

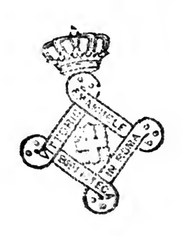


30

MANUAL DE MORAL

I DE

ECONOMIA POLÍTICA.



MANUAL DE MORAL

I DE

ECONOMIA POLÍTICA,

PARA EL USO DE LAS CLASES OBRERAS,

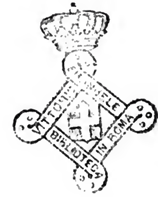
REDACTADO SOBRE EL DE

J. J. RAPET,

POR

MIGUEL CRUCHAGA.

La moral es la primera de las ciencias, economia política la segunda.—J. DROZ—*Economia Política,* Lib. 1.º cap. 1.º





VALPARAISO.
IMPRENTA DEL COMERCIO,
CALLE DE LA ADUANA NO. 44.

1860.

PRÓLOGO.

Conocedor de la falta que hace en Chile una obra que ponga al alcance del pueblo los principios de la moral i de la economia política, he tratado de llenar ese vacio, bajo los auspicios del Supremo Gobierno.

Para obtener el objeto indicado, pensé al principio traducir literalmente el Manual de moral i de economia política de Mr. Rapet, premiado por la Academia de Francia; pero como esa obra, aun cuando contiene los principios jenerales, está adaptada a las condiciones del pais en que fué escrita, he creido necesario hacer algunas variaciones que la apropiaran mas a las del nuestro. He redactado por esta causa, en vista de ella, otra de la misma naturaleza en que se encuentra refundida la primera con las supresiones que me han parecido oportunas i con esplicaciones nuevas. En muchas partes me limito a traducir el Manual de Rapet, del cual he conservado la forma de conversaciones en que está escrito por considerarla a propósito para presentar con claridad las objeciones que pueden hacerse sobre los principios dilucidados.

M. CRUCHAGA.

INTRODUCCION.

I.

Hai lugares que, con grandes elementos de progreso, permanecen casi solitarios esperando que una poblacion intelijente los haga producir hermosos frutos i les dé vida.—Entre estos figuraba hácia el año de 1820 la aldea de Mirebeau. Pocas aldeas tenian a su alrededor perspectivas tan bellas, pocas una posicion tan feliz. Colocada a las orillas de un rio navegable, protejida contra los vientos, cercada de llanuras de fácil riego, i de coliñas de suave pendiente, parecia invitar a sus habitantes para que, aprovechando los jérmenes de riqueza que junto con sus contornos encerraba la hicieran figurar entre las ciudades mas florecientes e industriales. Su nombre (Mirabello) estaba en armonia con su posicion; desde las mismas calles y habitaciones, se veian a corta distancia las frondosas arboledas de otra aldea vecina en cuyo fondo sobresalia la cruz del campanario.

Apesar de esta situacion tan feliz, la aldea de Mirebeau permanecia estacionaria. No se notaba adelanto en ninguno de los ramos que podian esplotarse con ventaja.

La corriente de agua que atravesaba la llanura vecina, i que habria podido ser una verdadera fuente de prosperidad, era mas bien un horroroso azote. Las aguas, mal encajonadas, se desbordaban frecuentemente despues de las lluvias, e inundando el llano, lo cubrian de plantas malhechoras i daban oríjen a miasmas pestilentes que diezmaban la poblacion.

Las tierras colocadas detras de la aldea eran de buena clase; pero, agotadas por una sucesion de cultivos casi siempre iguales, daban cosechas mui inferiores a las que, con buen trabajo, debieran producir. Careciendo de forrajes i por consiguiente de animales, a consecuencia del estado deplorable de sus praderas,

ignorando, por otra parte, el arte de hacerlos, los habitantes no podian dar a las tierras el abono que les habria restituido la fecundidad i dejaban una parte de ellas en barbecho, perdiendo así la entrada que producen constantemente con una adecuada variacion de cultivos Trigo, avena, papas i algunas legumbres i frutas de mala clase, tales eran las producciones del distrito.

Las artes no habian tenido tampoco mejor suerte. A escepcion de un carpintero,, de un herrero, de un albañil i de uno que otro artesano de los que son indispensables en todo pueblo civilizado, ningun industrial mas vivia en Mirebeau. En todo se notaba la indolencia, una repugnancia invencible por lo que salia de la rutina habitual, una pereza incompatible con lo que no era exijido por una necesidad imperiosa.

Los habitantes de Mirebeau miraban tambien mui mal a los de la ciudad que habian querido comprar propiedades entre ellos. En lugar de felicitarse por un aporte de capitales que habria vivificado el territorio, se irritaban por esa concurrencia que aumentaba el precio de las tierras, cuyas menores porciones se disputaban con encarnizamiento, mientras que no podian cultivar la mitad de las que tenian a su disposicion. Por esta causa, las pocas personas a quienes la belleza del sitio habia atraido hácia Mirebeau se vieron precisadas a retirarse pronto, i la aldea perdió, con un aumento de capitales, los saludables ejemplos de conciudadanos habituados a otros usos e iniciados en otras industrias.

El aspecto solo de la mayor parte de las habitaciones anunciaba la miseria i rudeza de sus moradores; algunas parecian hechas mas bien para halbergar animales que seres humanos. Eran estrechas cabañas sin otra abertura que la puerta de entrada; i en las cuales vivian, en una sola pieza, el padre, la madre i los hijos de ambos sexos. El suelo, formado por la tierra desnuda i casi siempre mas bajo que el terreno que lo circundaba, mantenia una humedad contínua i producia enfermedades que les ocasionaban la muerte en edad temprana o debilitaban su constitucion vital.

Al recorrer la aldea, no se podrian encontrar esos risueños verjeles que dan un aspecto encantador a ciertas poblaciones, ni se oia otro ruido que los gritos i las disputas de los niños abandonados a sí mismos, pues no habia entonces una sola escuela en Mirebeau. Los padres, sin instruccion, no comprendian que fuera

útil darla a sus hijos i alegaban la imposibilidad de privarse de su trabajo mientras que no tenian mas ocupacion que vagabundear en los caminos.

El aspecto moral no era de ningun modo satisfactorio. Los habitantes ocupaban la mayor parte de su tiempo en innobles goces, sin que por esto dejaran jamas de quejarse de la miseria creciente de los tiempos. En las férias, en todas las reuniones se hacian notar por ese espíritu de detraccion que enjendra odiosas querellas.

Esta situacion no era aceptada, sin embargo, por todos. No faltó un hombre que, amante del lugar de su nacimiento, tratase de encaminar a sus moradores por el buen sendero. Era el doctor Dupré.

Antiguo médico de los ejércitos durante las campañas del imperio, acostumbrado por la naturaleza de su empleo a recorrer diversos paises, habia tenido ocasion de notar en ellos progresos sorprendentes. Aldeas enteras recibieron a su vista una transformacion completa. El ruido del trabajo se hacia oir en lugares en que solo el grito de las aves salvajes interrumpia en otro tiempo el silencio de los campos i de los bosques. El perfeccionamento de los cultivos i el adelanto de la industria producian en todas partes una metamorfósis verdadera. Solo la aldea de Mirebeau se encontraba estacionaria.

El doctor Dupré hizo la comparacion i se dicidió inmediatamente a iniciar a sus habitantes en las mejoras modernas. No desconocia la dificultad de la empresa; pero ilustrado por sus propias observaciones i hombre de temple vigoroso, principió resueltamente la obra, dispuesto a luchar con enerjia contra el jenio del mal.

II.

Habia en esa época en la aldea un rico propietario llamado Valcour, poseedor de un antiguo dominio patrimonial, que descuidaba muchas veces para ir a residir en la ciudad vecina. El carácter de los habitantes le tenia alejado de Mirebeau; mas no por eso les negaba sus recursos, deseando como hombre instruido i animado de escelentes intenciones, que se le presentara ocasion de emprender el mejoramiento de la aldea. Valcour i Dupré se

asociaron para trabajar en el mismo sentido ; el segundo iba a ser el pensamiento, el primero se encargaba de dar su ayuda para realizarlo. Todo se manifestó favorable.

El cura de la aldea, anciano octojenario, a quien su edad hacia imposible practicar el bien que halbergaba en su corazon, murió en ese tiempo, i como Dupré quisiera aprovechar esta circunstancia se dirijió a ver al obispo, suplicándole lo reemplazara con un eclesiástico, que servia otra parroquia del departamento, cuya caridad era solo igualada por sus luces. El doctor, que era bien conocido del obispo, obtuvo resolucion favorable i con el nuevo párroco volvió a Mirebeau lleno de ardor. Sentia que sus fuerzas estaban triplicadas.

Seria demasiado largo indicar todos los medios que estos tres hombres emplearon para cambiar la faz de la aldea ; ese cambio fué tal que, para pintar su situacion veinte años despues, bastaria, en cierto modo, tomar el reverso del cuadro que hemos trazado anteriormente.

El doctor Dupré i Valcour estaban persuadidos de que el ejemplo es el mejor medio de convencer a una poblacion ignorante, i consecuentes con este principio, para inducir a las habitantes de Mirebeau a adoptar mejor jénero de vida i un método de cultivo perfeccionado, nada encontraron mas conveniente que hacer hablar a los resultados. Valcour se aprovechó de la espiracion del arriendo de su propiedad para obligar a su nuevo arrendatario a conformarse a sus miras, secundándolo con grandes trabajos de mejora, emprendidos a su costa.

Dupré habia administrado hasta entonces su fundo con la ayuda de un mayordomo ; pero resuelto a mejorarlo, ya que no poseia los capitales necesarios, tomó un partido que por sí solo era uno de los mas saludables ejemplos que pudiese dar. En vez de seguir la costumbre de los muchos cultivadores que tienen la imprudencia de tomar prestado para aumentar sus propiedades, determinó vender la mitad de la suya a fin de procurarse capitales para mejorar el resto. En esta circunstancia, impuso silencio a su amor propio i no temió esponerse a todas las suposiciones a que debia dar orijen la enajenacion parcial de su fundo. Los resultados probaron que lo que habria podido ser solamente un buen ejemplo, era tambien un escelente cálculo. Diez años mas tarde, la mitad restante le producia mas del doble de lo que daba ántes todo entero. Capitales empleados con habilidad en trabajos de

disecacion, en reparaciones i en instrumentos perfeccionados habian mas que doblado su haber en ese lapso de tiempo.

Resultados tan evidentes no podian dejar de convencer a los habitantes de Mirebeau; asi es que luego algunos cultivadores seducidos por el ejemplo i arrastrados por los consejos de Dupré, i otros, ayudados secretamente al principio por Valcour, se decidieron a adoptar sus procedimientos. Desde ese momento lo mas dificil estaba ya hecho Los dos amigos no habian desconocido que miéntras obraran solos, su ejemplo seria poco convincente para los cultivadores pobres, pues que estos tienen tendencias a desconfiar de lo que hacen las ricos i a creer que lo que para los últimos es bueno para ellos ninguna ventaja ofrece. Inducir por tanto a algunos a que siguiesen sus miras podia considerarse como una victoria. El resultado confirmó sus previsiones.

El doctor Dupré no habia descuidado ningun medio; estaba en todas partes para vijilar los trabajos; hacia a los habitantes visitas frecuentes para tener ocasion de darles consejos i aprovechaba siempre todas las circunstancias en que podia encontrarlos reunidos a fin de dirijir la conversacion hácia las medidas que pensaba adoptar para el bien de la aldea.

Uno de los primeros puntos sobre los cuales habia pensado seriamente Dupré era la canalizacion del arroyo que atravesaba la llanura de que se ha hablado. Logró asi prevenir los desbordamientos que trasformaban el campo en un pantano pestilente. Los pastos que la presencia del agua habia dejado invadir por plantas mal hechoras estaban ya disecados i alimentaban gran número de animales que producian el necesario abono. El arroyo era, pues, lo que habria debido ser siempre, una fuente de riqueza. Las caidas de agua que en su tránsito ofrecia estaban ya aprovechadas con algunos molinos de gran beneficio para los aldeanos, exentos de la necesidad de hacer largos viajes para moler sus granos.

Todo esto era sin embargo la parte mas insignificante de los proprogresos que el doctor habia tenido en vista. El territorio de la aldea era estenso; pero una gran parte se componia de prados y bosques que prestaban poco alimento al trabajo; las tierras en que podian ocuparse los habitantes eran de cortas dimensiones. El doctor comprendió la ventaja de atraer una industria que les suministrara ocupacion i logró realizar su idea, arbitrando medios para que se construyera una filatura que fué aumentada mas tarde

con una fábrica de telas pintadas. Despues se cimentaron tambien fundiciones para aprovechar el carbon mineral, que en los contornos se encontraba, i poco a poco el valle, ántes inhabitado, llegó a ser el asiento de activas industrias.

Todo esto sin embargo no se hizo sin dificultades i sin luchas. Los habitantes de Mirebeau no eran en el principio, ni bastante numerosos ni bastante intelijentes para que pudieran desempeñar todos los trabajos de la fábrica ; fué necesario por consiguiente llamar obreros de afuera i esto produjo un levantamiento casi jeneral. No se queria ver que, ejecutando trabajos que no estaban al alcance de los habitantes, estos obreros no hacian mal a nadie i que su presencia en la aldea daba valor, por el aumento de los consumidores, a muchas cosas que ántes no lo tenian. Por el contrario se decia "que eran otras tantas bocas que iban a encarecer los artículos." Solo Dupré cuya influencia era debida a la estimacion que por él se tenia, logró calmar la irritacion, i, si bien no pudo obtener que los nuevos trabajadores fuesen acojidos con benevolencia, consiguió al ménos que no llegasen a ser víctimas de una ciega hostilidad.

El doctor Dupré tuvo necesidad de toda su influencia en una circunstancia en que la medida que se debia tomar le pareció desiciva para el adelanto de la aldea. Tratábase de la enajenacion de los bienes comunales que formaban una parte considerable del territorio de Mirebeau i se componian de bosques i de una gran estension de llanura adonde los pobres enviaban a pacer sus ganados i a buscar la leña necesaria.

Luego que se propuso por primera vez esta medida, se levantó un grito casi jeneral de indignacion. Se creia que se iba a arruinar a la aldea, a despojar a los pobres de lo que les pertenecia i a reducirlos a la mendicidad. Con todo, el municipio tenia necesidad de crearse recursos para los grandes trabajos de utilidad pública que se iban a emprender; habia por otra parte suma conveniencia en entregar al cultivo individual esa considerable estension de terreno que permanecia casi estéril : el doctor se resolvió a llevar a cabo el pensamiento.

A fin de compensar el inconveniente que podria resultar de la supresion de los bienes comunales se distribuyó una parte entre los habitantes. Las tierras restantes fueron vendidas a personas estrañas a la aldea que vinieron a fijarse en ellas con sus capitales y a poner en práctica un nuevo sistema de cultivo. Desde entónces

los bosques que no habian tenido ningun valor comenzaron a ser replantados i a suministrar constante trabajo.

Los fondos provinientes de la venta de los bienes comunales se emplearon en objetos útiles; se mejoraron todos los caminos hasta dejarlos en buen estado; se construyeron otros nuevos para unir a la aldea con las poblaciones vecinas; se hicieron plantaciones para atender a la salubridad, i paseos públicos para el solaz de los habitantes; i se reparó i ensanchó la iglesia que era ya insuficiente para contener a todos los que acudian a las distribuciones relijiosas.

Entre tanto las habitaciones habian recibido tambien modificaciones no ménos satisfactorias. Variaban de dimensiones en proporcion al número de los que debian ocuparlas; pero todas estaban construidas sobre un plan análogo i, a instancias del doctor que habia hecho comprender la importancia de la luz i de la renovacion del aire, todas tenian puertas i ventanas en suficiente número i colocadas, en cuanto era posible, en diversos lados. Rodeadas de jardines, llenas de árboles frutales i de hermosas flores, parecian elevarse del seno de un inmenso verjel. Ya no se veian hoyos ni pantanos infectos. La vista ya no sufria con la presencia de los montones de basuras, cuyos jugos fertilizadores se dejaban ántes perder con gran detrimento de la salud de los habitantes.

Para llegar a estos resultados, el doctor Dupré habia contado con la jeneracion naciente. Sabia que las antiguas costumbres oponen siempre obstáculos a los nuevos adelantos, i, por este motivo, uno de sus primeros cuidados fué la creacion de una escuela. Los buenos maestros eran entónces escasos; pero tanto Dupré como el cura tuvieron la fortuna de encontrar un jóven de juicio recto, con escelentes sentimientos i una verdadera aficion a la enseñanza. La escuela de que fué encargado comenzó desde luego a dar buen fruto. Los padres se fueron acostumbrando, apesar de sus preocupaciones, a mandar a sus hijos para que recibiesen la instruccion de que ellos estaban privados, i al cabo de poco tiempo se hizo necesario organizar una escuela para niñas. A fin de completar esta obra se estableció tambien una sala de asilo para los niños de las familias ocupadas en los talleres.

Todos estos esfuerzos habian dado sus frutos. La moralidad de los habitantes se desarrollaba con la prosperidad de la aldea. Las costumbres eran mas dulces, el carácter ménos salvaje. La

actividad habia sucedido a la pereza. A las ferias i mercados solo concurrian los que tenian necesidad de comprar o de vender. Recojíanse ya en la aldea algunos productos ántes desconocidos, miéntras que cultivos variados ponian a los habitantes mas a salvo del mal suceso de una cosecha sola.

Los árboles frutales, ántes descuidados, eran el objeto de un ventajoso comercio desde que los habitantes habian mejorado sus clases, persuadidos de que tanto cuesta cultivarlos buenos como malos. El mismo razonamiento empleó el doctor para inducirlos a que mejoraran las razas de animales, i consiguió que se introdujera una industria nueva: la fabricacion de quesos. Siguiendo el ejemplo de las asociaciones rurales de la Suiza, todos depositaban la leche de sus vacas en poder del encargado por turno de hacer el queso, i despues se distribuia a proporcion de la cantidad que cada uno habia suministrado. Esta asociacion tan sencilla permitió utilizar las menores porciones de leche, disminuyendo considerablemente los gastos i la pérdida de tiempo. Introdújose tambien el gusto por la crianza i cuidado de las abejas, que con tan poco trabajo dan un producto seguro, i se hicieron mas jenerales las industrias domésticas, que dan ocupacion constante a las mujeres i niños, i a los hombres durante los dias de mal tiempo i las largas noches del invierno, en que son un preservativo para que no se desmoralicen, asistiendo a las casas de juego u otras de esta naturaleza.

A tan feliz resultado habia contribuido poderosamente la clase para adultos que hacia el maestro. En ella se les iniciaba en varios adelantos, miéntras que el cura les daba la instruccion relijiosa i se atraia la confianza de todos, haciéndoles preguntas sobre sus negocios i dándoles útiles consejos.

Sin embargo, todo no anduvo igualmente feliz, como que no hai dicha perfecta en este mundo i el bien está siempre mezclado con el mal, para servirnos de prueba. Los progresos fueron acompañados de algunas vicisitudes. Hubo reveses parciales que produjeron la ruina de muchos imprudentes i ambiciosos, lanzados en especulaciones temerarias. Hubo tambien, como siempre, accidentes imprevistos, periodos de prueba enviados por la Providencia, a honradas familias; pero esas desgracias escitaron la compasion jeneral, que con su jeneroso concurso logró aliviarlas en parte. Sobrevinieron finalmente algunas malas cosechas. Las diferentes industrias que se habian planteado no fueron todas

igualmente prósperas: algunas estuvieron momentáneamente en peligro i las ménos fuertes sucumbieron.

Estas alternativas de actividad i de paralizacion que se reproducen casi periódicamente, no podian dejar de afectar a los habitantes de Mirebeau; pero éstos, que no comprendian que los tiempos de paralizacion son los momentos de reposo en que la humanidad toma nuevo aliento para lanzarse en el camino del progreso, principiaron a dirijir su vista hácia la época pasada, i aun algunos sintieron que se les hubiese impulsado por la nueva senda. Los que asi pensaban no eran, por cierto, los mas instruidos; sin embargo, como los ignorantes componian una gran parte de la poblacion, se notaba cierto desaliento avivado por esos espíritus que siempre tratan de mirar las cosas bajo un aspecto desagradable, i que cifran su fama en la oposicion a toda mejora.

Una circunstancia desgraciada vino a aumentar los males de la situacion: fué la muerte de Luis Morand.

III.

Luis Morand, uno de los antiguos habitantes de Mirebeau, se habia hecho notar desde un principio por su honradez y actividad. Casado con una jóven virtuosa, era padre de tres hijos a los cuales suministraba con largüeza todo lo necesario, trabajando en su pequeño campo con el auxilio de su esposa. Habia logrado tambien hacer algunas economias, cuando tubo la desgracia de asociarse con su hermano mayor quien, sin recursos suficientes, emprendió un pequeño comercio de trasporte por agua.

Al principio, la empresa parecia llevar una marcha próspera; mas luego tuvo mal resultado por la concurrencia de otras que contaban con capitales abundantes. Al poco tiempo murió el hermano de Luis Morand i éste recojió a sus dos hijos con la esperanza de que, trabajando mas, lograria alimentarlos i educarlos convenientemente. Obrando asi, Morand se habia conducido con nobleza; su buena accion le habria atraido las bendiciones del cielo, i con su intelijencia i su buena conducta habria llegado a buen fin; pero cometió una grave imprudencia.

Presentáronse en venta en ese tiempo algunas tierras que redondeaban mui bien las suyas i, como no pudiera resolverse a dejar pasar este negocio que, a su juicio, era tan conveniente, determinó hacerlo a todo trance. Sus nuevas economias no le

bastaban para pagar esa adquisicion, mas nada pudo acobardarlo; siguió la mania de algunos cultivadores que, cegados por la pasion de la tierra, toman en préstamo a un interes mui subido, para comprar propiedades que solo producen uno mucho menor. La diferencia es comunmente de dos a tres por ciento, i en muchos casos de mas.

Luis Morand, como todos los cultivadores que se encuentran en su situacion, se hacia las mas halagüeñas ilusiones. pensaba que con los productos de su nueva propiedad i con las economias que realizara sobre el campo que ántes poseia, iba a pagar no solo los intereses del capital prestado, sino tambien a reembolzarlo en corto tiempo. Todas sus esperanzas se frustraron.

Dos cosechas malas le pusieron desde luego en la imposibilidad de hacer economias i aun de pagar el interes del capital. Posteriormente una larga enfermedad proviniente del esceso de trabajo le obligó a emplear en el cultivo de su pequeño fundo a obreros que, con mas costo, solo lo hicieron dar cortos productos. Fué necesario que capitalizase los intereses i que renovase varias veces la deuda bajo condiciones mas i mas onerosas.

Aun era tiempo de que pudiese eximirse de tan pesada carga vendiendo nuevamente la tierra que habia comprado i una parte de su patrimonio. Asi se lo aconsejó repetidas veces Dupré; pero Morand no siguió sus consejos, i llegó al fin a ser espropiado hasta de casi todo el campo heredado de sus padres.

Obligado a buscar trabajo, fué a pedirlo a la filatura, con la esperanza de que admitieran tambien a su hijo mayor. Morand era ya mui conocido como intelijente i laborioso; fué mui bien recibido en la fábrica, en donde se empleó con su hijo. La familia habia vuelto a gozar de dias tranquilos, cuando una catástrofe fatal vino a destruir todas sus esperanzas.

Morand volvia una tarde de la fábrica, i, como de costumbre, marchaba a paso rápido a fin de tener mas tiempo que poder emplear en su casa, cuando de repente oye gritos agudos. Eran unos cuantos niños que, jugando a las orillas del rio, habian visto caer a uno de ellos en el agua. Luis Morand corre al momento, arroja su vestido i se precipita en el rio. Despues de algunos instantes, logra encontrar al niño; pero en el momento en que iba a sacarlo se le escapa. Entra de nuevo, lo toma i lo lleva consigo a la orilla en donde le presta todos los cuidados que su posicion reclama i lo entrega a su familia. El niño se salvó;

pero a costa de su bienhechor. Morand, que estaba sudando al arrojarse al agua, no habria sufrido mas que una impresion pasajera, si al salir del rio hubiera continuado su marcha; se demoró para prestar sus cuidados al niño vuelto a la vida, i las consecuencias fueron desastrosas. Dióle una violenta fiebre i al cabo de tres dias murió, apesar de todas las atenciones del buen doctor.

Esta circunstancia sumerjió a la aldea en el mas profundo duelo. Morand era jeneralmente querido. En los tiempos en que tuvo comodidad, su puerta habia estado siempre abierta para los desgraciados; cuando llegó a ser pobre, sus brazos i su esperiencia estuvieron aun al servicio de los que reclamaban ayuda o buen consejo. La causa de su enfermedad contribuia tambien a aumentar el dolor producido por su muerte. La poblacion casi entera consideró por estas circunstancias como un deber asistir al acompañamiento fúnebre del virtuoso obrero, presidido por el jefe de la aldea. La escena fué de las mas tiernas i una justa recompensa, tributada por todos los que tienen corazon, al que por sus buenos sentimientos se habia espuesto noblemente.

Al retirarse el convoi, notábase en todos el sello de la tristeza. Al sentimiento producido por la muerte de Morand se unia la inquietud jeneral. Los negocios comenzaban a disminuir, la actividad de las fábricas minoraba i se presumia una baja próxima en los salarios.

Una gran parte de los acompañantes se quedó con el doctor Dupré para conversar con él sobre los asuntos de la aldea, como era costumbre; pero en esta ocasion todos guardaban el mas profundo silencio. Se veia pintada en sus rostros la incertidumbre acerca de lo porvenir. Este silencio solo vino a ser interrumpido despues de largo rato por la esclamacion de un jóven llamado Andres Buenafé.

—¡Bien! dijo Andres, ¿de qué han servido al pobre Morand su actividad i su honradez? Ha trabajado durante toda su vida como un condenado a galeras, y ahora que está muerto, su familia se encuentra reducida para siempre a la miseria.

—Andres, dijo al instante el doctor, ¿sabes que tu pregunta contiene muchas partes?

—Oh! replicó Andres, no penseis mas de lo que yo queria decir. Estoi lejos de pretender que Morand ha hecho mal en arrojarse al agua por salvar al nieto de la viuda Bonnet. Cuando se

puede salvar la vida a un semejante, el hombre que tiene corazon no duda jamas.

—Andres, no necesitas decir que tu intencion no es criticar la accion de Morand; te conozco bastante para saber que habrias hecho lo mismo; pero realmente tu pregunta envuelve muchas otras que seria largo contestar; me limito, pues, a decir que Morand habia cometido una grave imprudencia.

—¿Cuál? preguntaron todos los asistentes.

—Haber comprado la tierra de Condrai sin tener el capital necesario para pagarla. Esa propiedad valia seis mil francos, i él solo contaba con mil.

—Pero, dijo Jarland, cultivador, a quien afectaban l s palabras de Dupré, porque deseaba comprar sin tener capitales; ¿podia haber perdido la ocasion de comprar esas tierras que redondeaban tan bien su patrimonio?

—Ciertamente; eso valia mas que endeudarse.

—Sin embargo, dijeron algunos de los concurrentes, no se endeudaba precisamente, pues por una deuda de cinco mil francos iba a tener una propiedad de seis mil, i la entrada era suficiente para pagar el interes con esceso.

—Los resultados han probado lo contrario, replicó Dupré. Desde que el interes que debia pagar por las cantidades adeudadas era mui superior al rendimiento de las tierras ¿cómo habia de poder hacer el reembolso? Verdad es que si Morand hubiera cultivado por sí mismo el campo habria obtenido mas productos; pero, aun en este caso, la devolucion habria sido demasiado remota.

—Habria llegado ciertamente a buen fin, dijo Jarland, quien, escusando a Morand, defendia su propia causa; habria llegado a buen fin si no hubiera sido, como algunos de nosotros, víctima de una série de calamidades.

—Pero acaso las lluvias, el frio, la sequedad, las enfermedades no son accidentes a los cuales todos los cultivadores están sujetos? ¿Acaso los que tienen deudas están exentos de ellos? ¿Por ventura no vienen casi periódicamente i deben entrar en los cálculos de los hombres de juicio? Luis Morand no ha sido, pues, prudente al hacer esta adquisicion; hé ahí su primera falta. Ha cometido ademas otra, negándose despues a vender la parte necesaria para pagar sus deudas. El amor propio que nos hace incurrir en tantas faltas, no se lo ha permitido, i las consecuencias, como lo sabeis, han sido dolorosas.

—Ciertamente, lo sabemos, dijo Andres; su familia está ahora en la miseria. En cuanto a él, lo digo aun, ¿de qué le ha servido su probidad? Ha trabajado como un esclavo, privándose de todos los placeres; ahora está muerto, i ni sus privaciones, ni sus trabajos, ni sus fatigas han podido asegurar el pan a su desgraciada familia.

—Si ha cometido una falta, añadió Leonardo Dubois, cuyo carácter humano habia sido exitado por esa pintura; si ha cometido una falta, se puede decir que los usureros se la han hecho pagar bien caro. Si el Gobierno se ocupara un poco mas de los intereses de los hombres honrados, haria entrar en razon a esos infames i les impediria que oprimiesen a los pobres; pero parece que se entendiera con los bribones.

—Leonardo, replicó Dupré con una tranquilidad que contrastaba con el arrebato del primero: ¿por qué tanta cólera?

—¿I cómo no se ha de esperimentar al ver cómo andan las cosas? esclamaron a la vez algunos obreros i cultivadores, agriados por las dificultades de los tiempos.

—Pero, amigos mios, ¿estáis seguros de que las cosas podrian suceder de otro modo? ¿Por qué injerir en todo al Gobierno, como si pudiese dar la lluvia i el buen tiempo, el calor i el frio; como si le fuese posible dar la pobreza a unos i la riqueza a otros; como si estuviese en sus manos el hacernos honrados i buenos? ¿No sois acaso bastante grandes para dirijir los negocios por vosotros mismos? ¿Créeis, por otra parte, que el Gobierno lograria impedir que en materia de negocios cumplieseis vuestro voluntad Yo he tratado de hacerlo con Luis Morand, que era mui razonable i nada he conseguido; a pesar mio, ha tomado recursos de esos que Leonardo llama pícaros i usureros, i entónces no los insultaba. Si alguna vez llegaba a maldecirlos era cuando no querian continuar a ningun precio sus anticipaciones; pero cuando por fin consentian aun bajo condiciones exorbitantes, miraba como salvadores a esos mismos individuos que diferian su ruina, haciéndola mas segura. Esa es la historia de todos los que prestan i de los que toman prestado.

—Es verdad, esclamaron muchos que conocian el asunto por esperiencia propia.

—Pero, continuó Leonardo ¿no haria el Gobierno un servicio a los que necesitan dinero, impidiéndoles que llegaran a ser la presa de los que pueden prestarles?

—No digo que no, pero seria necesario saber por qué medio alcanzaria ese fin. El Gobierno no puede prestar; no tiene mas dinero que el que todos damos para el servicio del pais. No podria tampoco obligar a los que lo tienen a prestarlo; pues los tenedores; ántes de entregarlo sin garantias, consirerarian mejor esconderlo o invertirlo aun sin necesidad. No habria por consiguiente mas medio que impedir a los unos prestar i a los otros tomar en préstamo a un interes crecido; pero esto seria un verdadero ataque contra la libertad individual. Si el Gobierno se mezclara asi en vuestros asuntos, lo llamaríais tirano i hablaríais con razon.

—Entónces, ¿qué hacer? esclamaron varios, si los pobres deben estar a la merced de los ricos.

— No deben ponerse a merced de ellos, i para conseguirlo es indispensable que sean laboriosos, intelijentes i precavidos. Es necesario que sepan dirijir sus negocios por sí mismos, i que no esperen la direccion ajena i sobre todo la del Gobierno. ¿Qué razon puede haber para que el Gobierno dirija con mas tino los negocios de cada uno en particular? Debemos, una vez por todas, dejar de creer que el gobierno puede variar las cosas a su antojo, i que, si se mezclare mas, todo marcharia mejor. No seria difícil probar que sucederia lo contrario.

—Es decir, replicó Leonardo, que es necesario que los pobres queden pobres i que sean oprimidos por los ricos.

—No, ciertamente. Lo que debe procurarse es que los pobres, si es que todos no pueden ser ricos, dejen a lo ménos de ser pobres i tengan comodidad. Creo que ya se ha hecho algo en Mirebeau para alcanzar ese resultado.

—Todos os tributamos las debidas gracias, esclamaron los asistentes.

—Al hablar asi no lo he hecho para atraerme vuestros elojios sino solo para probaros que se puede hacer mucho sin pedir al gobierno lo que no le es posible llevar a cabo; pero para esto seria necesario que os diese a conocer la naturaleza del gobierno; que os esplicara el mecanismo de la sociedad i os dijera cómo se arreglan las relaciones de los hombres entre sí; que os hiciera comprender en fin que las cosas están dirijidas por leyes que el hombre no puede cambiar a su antojo.

—Contadnos todo eso.

—Nada me agradaria mas, amigos mios, pero es mui largo.

—No importa.

—Cuando digo que seria largo, no es porque tuviéramos que ocuparnos durante tres o cuatro horas; necesitariamos comenzar desde mui léjos i probablemente os cansaria.

—No por cierto, esclamaron todos. Ya sabeis con qué placer os escuchamos.

— Con vuestras manifestaciones me obligais a continuar; estoi ya pronto a resolver vuestras dudas sobre la organizacion de la sociedad. Trataré de pintaros la armonia que existe entre los diversos seres de la creacion i de esplicar los mutuos deberes i derechos del hombre; pero como ya la hora es avanzada principiaremos el domingo siguiente para proseguir en los mismos dias. Voi ahora a visitar a la viuda de Morand i a comunicarle la resolucion que habeis tomado de cultivar por turno su huerto, única parte que le ha quedado de toda la propiedad.

Antes de separarnos permitidme que os pregunte, i esto será en parte una respuesta a lo que al principio dijo Andres, ¿solo la compasion os ha movido a adoptar esa resolucion tan jenerosa? ...... No me respondeis; pero ya veo que habeis sido movidos por un sentimiento de respeto hácia la memoria de Morand, porel reconocimiento que ha inspirado la causa de su muerte.

Todos prestais a su familia jenerosos socorros; habeis declarado que encomendariais con preferencia a la viuda Morand vuestros trabajos; sus hijos mayores gozan ahora de mejores salarios; la misma viuda Bonnet, en su afliccion por no tener recursos que suministrar, ha decidido instalarse durante el dia en casa de la mujer de su bienhechor para cuidar sus hijos pequeños a fin de que dedique todo su tiempo al trabajo.

Díme ahora, Andres ¿crées que las virtudes de Morand no han servido de nada a su familia?

—Oh! no lo creo; su familia recibe una justa recompensa; pero él ¿qué ha obtenido? Mi pregunta subsiste siempre.

—Es verdad, Andres, no he tenido intencion de contestarla por ahora sino en parte; mas ya que el asunto interesa seguiremos tratándolo en nuestra próxima conversacion.

Despues de esto todos los concurrentes se separaron.



MANUAL DE MORAL

I DE

ECONOMIA POLÍTICA.

PRIMERA CONVERSACION.

Dios, el hombre i el mundo.

Todos los habitantes de la aldea recibieron con placer la noticia que se les dió acerca de las conferencias que Dupré pensaba principiar. Todos encontraban en él un verdadero amigo que desde largos años atras dirijia sus actos hácia la mejora de Mirebeau; jamas uno solo, despues de verlo, salia desconsolado. Su talento, su profesion, sus consejos i su fortuna estaban a disposicion del necesitado. Se esperaba que sus palabras, al mismo tiempo que intructivas, fueran de un amistoso alivio para los que sufrian.

El domingo fijado la reunion fué mui numerosa. Al entrar, Dupré dió las gracias por tan notable manifestacion de cariño. Despues de esto preguntó a Andres Buenafé:

—¿ Crées que Luis Morand esté enteramente muerto?

—Ciertamente, respondió Andres. ¿No lo hemos conducido al cementerio el último domingo?

—Sí, hemos enterrado su cuerpo. Pero ¿todo muere con él?

—Dicen que no, señor, pues que hai en el hombre una alma

i un cuerpo, i despues que éste perece, aquella continúa viviendo. Luis Morand, segun esto, no ha muerto entero, i veo a donde quereis ir.

—En efecto, si todo no ha muerto en Luis Morand hai en él algo mas precioso que su cuerpo, puesto que lo que dura es mas precioso que lo que pasa. Ese algo, que se llama alma, i que es la parte mas importante de nuestro ser, tiene por consiguiente un interes poderoso en el modo como hayamos vivido: pues si el alma subsiste es sin duda para un fin.

—Convengo, dijo Gagelin, boticario influenciado contra Dupré, porque la medicina desinteresada de éste se conciliaba poco con sus intereses; convengo; pero lo principal es saber si el alma existe: es mui difícil creer en lo que no se ve ni se comprende.

—No niego que sea difícil. Sin embargo, sobre el testimonio ajeno, creéis sin comprenderlo que una pequeña semilla pueda producir una encina que domine los montes i sostenga porfiada lucha contra los vientos; creéis, sin comprenderlo, que un poco de vapor pueda arrastrar pesados carros; creéis, tambien sin comprenderlo, que un alambre trasmite en segundos las palabras a largas distancias. Entónces ¿por qué no creéis en el alma?

—Creo en las cosas de que habeis hablado porque las veo, o a lo ménos, si no veo como suceden, veo los resultados; pero no veo al alma ni sus efectos.

—La única diferencia que hai, Gagelin, es que los hombres no tienen interes en no creer en los fenómenos físicos, al paso que todos los que niegan el alma lo tienen para no creer en su existencia, pues, si creyeran, para no ser inconsecuentes, deberian poner sus actos en armonía con su creencia. El verdadero motivo que nos induce a no creer en la existencia del alma, es que esa creencia nos obliga a violentar nuestras pasiones; pero si creéis en las cosas cuyos efectos están a la vista, debeis creer en la union del alma i del cuerpo i por consiguiente en la existencia de aquella, pues negándola es imposible comprender al hombre.

—¿Cómo asi? - replicó Gagelin.

—¿Cómo asi?—Voi a probarlo; Si no tenemos alma ¿comprendeis la existencia del hombre? ¿Comprendeis cómo el cuerpo obra, piensa i habla? Entónces serán la carne, los huesos o la sangre los que hacen esas operaciones. Si no tenemos alma, no hai en el hombre mas que materia, como en la madera de esta mesa, como en el libro que tengo en la mano. Pero si asi fuera

¿de qué modo podria la materia hacer en el hombre lo que es incapaz de hacer en todo lo que nos rodea, en la madera, en la piedra, en el fierro, en el aire i en el agua?

—Será porque la materia del hombre es viva, dijo Leonardo Dubois.

—Ten cuidado, amigo; no reemplaces una cosa que no conoces por otra que tampoco te es conocida. Esto no debe hacerse jamas si no queremos esponernos a engañarnos i ser engañados, acostumbrándonos a tomar por realidades, palabras que repetimos en seguida sin comprenderlas. Asi, dime Leonardo ¿qué es la vida?

Dupré quedó esperando la respuesta que ninguno le dió apesar de que todos trataban de encontrarla. Al fin prosiguió.

—Veo que no puedes responderme i no me sorprendo. Yo mismo, que he hecho bastantes estudios, me veria embarazado para esplicarte lo que es la vida. Te daria probablemente una esplicacion mui larga i complicada i no haria mas que colocar en tu cabeza unas palabras en lugar de otras.

Sin embargo, ya que no definimos la vida, podemos al ménos indicar lo que vive en la tierra. ¿Solo los hombres tienen vida?

Todos se apresuraron a señalar a los animales; algunos tambien a las plantas.

—Teneis razon. Los animales i las plantas nacen, crecen, se alimentan i mueren como el hombre; eso es lo que constituye la vida, pero si ésta bastara para esplicar cómo la materia hace lo mismo que el hombre, os preguntaria entónces ¿por qué todo lo que tiene vida no obra como él? por qué las plantas que nacen, viven i mueren, no son semejantes a los animales que tienen sobre ellas la posibilidad de obrar i de moverse i que esperimentan el placer i el dolor? por qué los animales difieren tanto del hombre que cuenta con la intelijencia i con un lenguaje que le permite comunicarse con sus semejantes?

Veis bien, amigos mios, que la vida es una palabra que no esplica todo. No esplica de ninguna manera cómo la materia, que vemos alrededor de nosotros completamente incapaz de sensacion i de movimiento, llegaria a ser en el hombre susceptible de intelijencia, capaz de sentir i de querer.

Por profesion, como sabeis, he estudiado mucho el cuerpo del hombre i el de los animales, como tambien las plantas. Pues bien, ni en el hombre, ni en los animales irracionales, ni en las plantas he podido notar la parte de la materia que pudiera conce-

bir o formar ideas. Me veo, pues, obligado a reconocer que hai en este mundo mas de lo que nuestros ojos ven, i en el cuerpo del hombre algo que no podemos tocar. Ese algo que siente, piensa i quiere, es lo que llamamos alma.

Para todo hombre que razona, es evidente que lo que en nosotros piensa, siente, i quiere, no es ni el cuerpo ni una parte de nuestro cuerpo. Prestad atencion a lo que pasa cuando pensais o quereis, i decid si es una parte de vuestros cuerpo la que ha pensado, querido o esperimentado un deseo o una emocion cualquiera. Ademas, si una parte del cuerpo pudiera pensar i querer, todas las demas partes tendrian la misma facultad. Mis piernas tendrian deseos como mis ojos. En este caso, si una quisiera marchar hácia la izquierda i la otra hácia la derecha, yo no veo cómo se podria andar.

Todo el auditorio prorrumpió en risa.

—No os riais, dijo Dupré. Lo que he dicho es lo que deberia verificarse si la materia tuviera la facultad de pensar; pues la ciencia demuestra que todas las partes de nuestro cuerpo, el cerebro o los pies, por ejemplo, no estan compuestas de la misma materia, i asi podrian pensar en diverso sentido.

Ah ! no estamos compuestos solo de materia; hai en nosotros, como todo lo prueba, una alma que siente, que llora por la desgracia, que busca consuelo para los que estan sufriendo, que forma ideas para aumentar la felicidad i el bienestar del hombre. Si perdeis un objeto querido, si la muerte os arrebata al hijo de vuestro amor, no conteis vuestra pena a las flores i a los demas objeto análogos que no os acompañarán a sentirlo i permanecerán mudos i frios ante vuestro amargo llanto. Buscad a otro hombre i él encontrará palabras que mitiguen el duelo; él os dirá que hai un Dios que vela por nosotros, que tendrá en cuenta ese sentimiento para recompensarlo con un goce puro, i si acaso no llega ese hombre a consolaros, tomará al ménos parte en vuestra dolencias i le prestará sus lágrimas. ¿Por qué? Porque en el hombre existe una alma que simpatiza con la de los otros hombres, i que no se encuentra en los demas seres del mundo.

Esa alma es enteramente diversa de la materia e independiente del cuerpo, i, como sustancia simple, no está sujeta a la muerte, porque la muerte es la disolucion, i lo que es simple no puede disolverse.

Si esta consideracion sola no bastara para probarnos que el

alma es inmortal nos lo probaria esa aspiracion vehemente hácia la inmortalidad que todos esperimentamos. ¿No sentirian Vdes. ser olvidados?

—No nos conformariamos jamas, esclamaron muchos a la vez.

—Cuando pienso, dijo Buquet, padre de familia, que pudiera ser olvidado, sufro sobre manera. Desearia dejar un recuerdo eterno.

—Sí, todos deseamos la inmortalidad. Los sábios trabajan constantemente para que se recuerden sus nombres, los artistas lloran ante el olvido, los padres de familia plantan árboles cuyos frutos no han de aprovechar, para que sus hijos, al verlos, les dediquen siquiera un recuerdo. En todas partes se nota ese horror a la nada, en todas partes una aspiracion vehemente por la inmortalidad. Cómo suponer entónces que Dios nos haya dado ese deseo sin los medios de satisfacerlo. Dios es inmensamente bueno para atormentarnos con aspiraciones justas que jamas podamos ver cumplidas. Ya que nuestro cuerpo se disuelve, queda para satisfacer el anhelo por la inmortalidad, esa alma pura e intelijente que nos acompaña, que vivirá por toda la eternidad.

—Señor Dupré, dijo Buquet, no creo necesario que nos probeis la inmortalidad del alma. Si no fuera por esa creencia, que es imposible no sea cierta ¿qué consuelo nos quedaria, qué esperanza sino la nada?

—Son antecedentes, Buquet, para que podamos seguir despues sobre principios fijos. Si el alma, como hemos dicho, es inmortal, hai sin duda alguna razon para que asi sea, i Andres nos lo ha hecho presentir, diciendo que veia a donde pensaba llegar. ¿Cuál es, pues, el fin con el cual Dios ha puesto en nosotros ese principio inmaterial tan diverso de nuestro cuerpo, de ese conjunto de carne y huesos, sujeto a la descomposicion, que nace, vive un tiempo i muere como la yerba i el bruto? ¿Por qué ha puesto en nosotros un principio mas noble i mas puro, capaz de esperimentar el placer i el dolor, de sentir i de amar, de elevarse por el pensamiento hasta la contemplacion del mundo, hasta la comprension del órden i de las bellezas que en él reinan i por consiguiente hasta el reconocimiento i el amor por el Creador de tantas maravillas i el gran dispensador de tantos beneficios?

—Señor Dupré, esclamó Andres, tened la bondad de probarnos que Dios ha criado al alma e indicarnos lo que es Dios.

—Andres, no pensaba que tuviésemos que ir tan lejos.

—No penseis, señor Dupré, que no creo en Dios i en que ha sido el autor del alma. Esta creencia está mui arraigada en mí. Pero desearia oir vuestras palabras sobre este punto para estar preparado i contestar, si alguna vez encuentro, por desgracia, quien me haga objeciones.

—Andres, te felicito por la sinceridad de tu lenguaje i te doi las gracias por la ocasion que me ofreces para hablar de la grandeza i la bondad de Dios.

No te haré, Andres, a tí ni a ninguno de los que me escuchan la injuria de pensar que hayais podido creer un instante que el mundo con todo lo que encierra sea obra de la casualidad. La casualidad no es *nada*; es solo una palabra vana como las que se emplean para esplicar lo que no se comprende. No ser nada o no existir es la misma cosa. ¿Cómo entónces la nada, o lo que no existe, podria formar una cosa existente? Díme tú, Leonardo Dubois, que estás acostumbrado despues de un largo trabajo a hacer tejidos, crées que la casualidad haya podido formar el mundo.

—Es imposible, respondió Leonardo, la casualidad no podria hacer ni medio dedo de tejido.

—Hai tambien uno que otro ignorante, siguió Dupré, de los que tratan de atacar a la relijion por todos medios, que han dicho que el mundo ha existido siempre; pero todos los trabajos de los sábios, aun de los contrarios a la relijion católica, han demostrado la falsedad de este dicho. No solo la Escritura Santa nos cuenta la historia de la creacion; en todas partes la leemos, hasta en las mismas capas de la tierra que estan indicando la época en que fueron formadas. La historia de todos los pueblos antiguos i las investigaciones hechas por los sábios, confirman la verdad de lo espuesto en la Santa Escritura.

Por otra parte si examinamos la naturaleza del hombre, (permitidme que os hable como médico), no podemos ménos que creer que ha salido un dia enteramente formado de las manos de su Creador. Subiendo de jeneracion en jeneracion, vemos que los niños son criados i educados por sus padres, éstos por los suyo si asi sucesivamente. Pero al fin llegamos naturalmente a un límite, a encontrarnos con un solo hombre i una mujer, puesto que el hombre como el resto dela creacion no ha existido siempre. ¿Diremos que se han creado a sí mismos? Es un absurdo. Lo que

no es *nada* no puede darse al *ser*. ¿Supondremos que ha salido de algun jérmen existente en la naturaleza? Esto es igualmente absurdo. ¿Concebis que un niño se desarrolle sin el auxilio de sus padres?

—Es imposible, esclamó Ravand, cultivador. Sin los cuidados de sus padres, el niño no viviria un dia, ni una hora.

—A mí me basta, como médico, esta consideracion, prosiguió Dupré, para estar íntimamente convencido de que el hombre ha salido enteramente formado de las manos de su Creador. Ahora decidme ¿habeis comprendido bien cuánta sabiduria ha sido necesaria para crear al hombre? ¿Habeis considerado alguna vez esa reunion prodijiosa de partes que, en una armonia perfecta, concurren a formar un todo tan apropiado a su destino? ¿Habeis estudiado el mecanismo del cuerpo humano que sobrepasa con mucho a nuestras máquinas mejor construidas?

—He pensado muchas veces, dijo Leonardo, i confieso que nuestras máquinas, cuyo injenioso mecanismo admiro, no son nada en comparacion del cuerpo humano.

—¿Habeis observado, prosiguió Dupré, el juego de los músculos que, por contraccion imperceptibles, hacen moverse a los miembros con una fuerza enorme? ¿Comprendeis la injeniosa disposicion de nuestros órganos que transforman el alimento en sangre i llevan a todas las partes del cuerpo la salud i la vida? ¿Comprendeis la estructura maravillosa del órgano del oido que por la impresion producida por el aire en una débil membrana nos permite sentir el retumbante trueno i el zumbido imperceptible del insecto que se mueve a ñuestros pies? ¿Os habeis fijado en los ojos, mas maravillosos aun, que con el auxilio de una débil imájen, pintada en el espacio de algunas líneas, nos ponen en aptitud de abrazar con una sola mirada un paisaje de muchas leguas, distinguiendo hasta los detalles?

Dejemos sin embargo el cuerpo del hombre i dirijamos por un intante la vista sobre uno de esos séres de formas tan diversas que pueblan la tierra. Tomemos uno de esos insectos que por su pequeñez son casi imperceptibles. En ese insecto hai, sin embargo, un tronco, cabeza, alas i miembros; en esa cabeza hai ojos i en los ojos menbranas, nervios i músculos; en el tronco todos los órganos indispensables para la vida, con canales que se ramificañ en todos sentidos; en cada miembro imperceptible de ese insecto, casi invisible él mismo, hai partes distintas, músculos

para mover las sustancias, vasos de naturaleza i objetos diversos, i en esos vasos un fluido nutritivo que por ellos circula. ¿Cuál es la mano del obrero que ha podido ejecutar un trabajo tan delicado?

Dirijamos nuestras miradas sobre la tierra que habitamos i veremos aqui vastas llanuras cubiertas de frutos que pueden alimentar poblaciones enteras, o risueños prados de hermosa verdura; allá jardines tapizados de flores que recrean nuestra alma con su suave olor, colinas llenas de bosques que invitan al hombre con su frescura; mas lejos, altas montañas que elevan a los cielos sus cumbres cargadas de nieves, orijen de muchos rios. Ved esos arroyos que pasan susurrando entre frescos valles para convertirse despues, con el aumento de otros, en caudalosos rios que derraman por todo la riqueza i la vida; ved esos mares que la ignorancia consideraba en otro tiempo como obstáculos al comercio entre las naciones, i que han llegado a ser el medio mas rápido para que se comuniquen; vedlos cortados por innumerables buques que hacen participar a un pais de las producciones de todos los otros.

Admiremos esa alternativa contínua de los dias i de las noches, esa sucesion constante de las estaciones que nos traen a su tiempo las flores i los frutos, los calores que fecundan la tierra i los frios que le dan descanso. Dejando despues esta tierra i elevándonos sobre su superficie, contemplemos la marcha de ese sol que se levanta en la mañana en medio de una atmósfera de oro, que en el medio dia, lanza sus rayos para madurar los frutos i que se oculta en la tarde entre nubes de púrpura; veámosle ocultarse a veces para que caigan lluvias bienhechoras. Cuando ha desaparecido en el horizonte, admiremos la tranquilidad de la noche que invita al hombre a la meditacion en el silencio de la naturaleza. Miremos esas lámparas brillantes suspendidas en los cielos, sigamos en su curso a los astros que, verificando sus movimientos con una asombrosa regularidad, vuelven precisamente en cada año, en cada dia, al lugar que deben ocupar, despues de haber recorrido, en el intervalo, círculos de mas de doscientos millones de leguas, como el que describe la tierra al rededor del sol, i que solo es una pequeña parte de los círculos de otros astros. Con la idea de esta inmensidad ante la cual la intelijencia queda como aniquilada, a la vista de tantas magnificencias i maravillas, ante el pensamiento de tantos beneficios, aun cuando no hubiera otras pruebas indestructibles, como las

que ántes hemos dado, ¿quién podrá desconocer que el alma, el cuerpo i los demas seres de la creacion solo pueden ser la obra de Dios? No es ciertamente la casualidad la que ha podido hacer tan bellas obras; las ha hecho un ser infinitamente grande que es el que llamamos Dios.

No faltan con todo algunos hombres que, ya que en su interior no pueden negar que Dios existe i que ha criado al mundo, tratan sin embargo esteriormente de finjir que no lo creen porque de otro modo se verian obligados a obrar en armonia con su creencia i a luchar contra el desórden de las pasiones. Ellos nos hechan en cara que creamos en Dios i ellos creen en el poder de la casualidad, es decir de la nada!

Amigos, no demos nosotros el espectáculo de semejante error. Os hago estas reflecciones para que las mediteis hasta nuestra próxima reunion.

CONVERSACION SEGUNDA.

Dios, la libertad del alma, la moral.

Durante toda la quincena se habló en Mirebeau de las palabras que Dupré habia pronunciado en la primera conferencia. Los hombres relijiosos andaban contentos viéndose defendidos por el que gozaba de mas prestijio en la comarca; los ignorantes veian abierto un campo vasto para instruirse en materias de suma importancia; la jeneralidad, en fin, sentia deseos de asistir a esas conferencias en que la intelijencia se ilustraba i el corazon adquiria sentimientos mas puros.

Entre los concurrentes predominaban las personas de buenas ideas, amigas de su gobernador i de su cura i habituadas a respetar lo que la moral prescribe. Estas personas no necesitaban oir al doctor para estar convencidas de lo que debia decir, pero, como muchas veces se veian embarazadas por las objeciones que suelen hacerse i que encontraban dificultad para contestar por no tener costumbre de hacerlo, aceptaban con reconocimiento la ocasion que Dupré les ofrecia para que aprendieran el modo de rebatirlas.

Entre estas personas sobresalian: Bertrand, arrendatario, a quien la economia daba recursos para hacer muchas limosnas; Tomas Ravaud, querido por la bondad de su corazon; Duroure, otro cultivador, hombre leal i de una integridad a toda prueba, pero de franqueza algunas veces ruda; Saujon, apreciado i buscado por la conciencia con que hacia sus trabajos; Buquet, jóven tejedor, padre de una numerosa familia, trabajador infatigable que, despues de ocupar doce horas al dia en su oficio, empleaba una parte del tiempo restante en el cultivo de su campo. Debemos citar tambien a Dubuison, sócio de Lenoir, propietario de la filatura, hombre justo i bueno pero firme, encargado de dirijir los

trabajos i que por esta causa tenia relaciones contínuas con los obreros, i finalmente al maestro Raymond, mui considerado por los servicios que habia hecho a la aldea.

Habia tambien en la reunion algunos hombres cegados por las pasiones o por intereses personales que temian la influencia de los consejos de Dupré sobre las costumbres de los habitantes de Mirebeau i por consiguiente sobre sus intereses. En la primera reunion no se habian sentido con fuerza para atacar; al doctor; mas se proponian ya tomar desquite en todas las ocasiones oportunas que se les presentasen.

De este número eran Vicente Dornier, hombre de carácter violento, Jarland, que no habia sabido arreglar sus negocios i culpaba por esto a Dios i a los hombres; Basset, tabernero i Passemard, dueño de café, cuyos intereses sufrian con las palabras de Dupré; Gagelin, boticario, i Maucorps, ajente de negocios, mas hábil para embrollarlos que para obtener el arreglo.

Un rayo de satisfaccion iluminó la frente del doctor cuando al entrar se encontró con una reunion mas numerosa que en el primer domingo.

—Mis buenos amigos, dijo, os doi las gracias por vuestra asistencia a las reuniones. Para corresponder a vuestra confianza trataré de seros útil. Si logro este objeto me consideraré sumamente feliz.

Dupré iba a comenzar, pero Maucorps, uno de los que se proponian embarazarlo, le dijo con apariencia de curiosidad sincera:

—Señor doctor, no hai ciertamente entre nosotros persona alguna que ponga en duda la existencia de Dios. Dios existe. ¿Pero cuál es? ¿Podemos comprenderle? ¿Cuáles son los deberes que de su existencia emanan? Estas son cuestiones que nos preocupan i sobre las cuales deseamos que Vd. nos hable.

—Señor Maucorps, respondió Dupré, soi mui feliz al oir que no hai incrédulos en Mirebeau; porque nada hai mas desconsolador que la duda, nada que torture tanto el corazon.

Pero esto no lo considera Vd. suficiente i desearia saber lo que es Dios. En lugar de contestar, podria dejar el cuidado de hacerlo al señor cura; pues el asunto le corresponde a él mejor que a mí. Sin embargo, ya que se me ha preguntado, diré francamente mi opinion.

No repruebo esas investigaciones sobre la naturaleza de Dios. El que jamas ha reflecionado, acerca de este punto, manifiesta

tener un espíritu mui lijero. Con todo, tengamos cuidado. ¿La necesidad de comprender a Dios no será un resto de incredulidad que para dispensarse de la obligacion de amarle se escusa con esa necesidad? ¿Tratamos del mismo modo de comprender todas las cosas ántes de gozarlas? Vosotros, amigos mios, que regais la tierra con vuestro sudor i colocais en ella granos de trigo que llegarán a ser espigas fértiles, ¿os habeis detenido alguna vez ántes de hacerlo para examinar el motivo por el cual jerminan? Sabeis que sucederá así, no pedis mas i dais gracias a Dios, que bendice vuestros trabajos. Tú, Vicente, cuando fundes el hierro, ¿has tratado de comprender por qué el fuego lo hace estenderse bajo el martillo?

—Nunca, esclamó Vicente. Sé que asi sucede i no averiguo mas.

—I nosotros, amigos, cuando gustamos uno de esos suaves frutos que la Providencia nos envia ¿nos abstenemos acaso de comerlos por no comprender en qué consisten ese perfume i ese sabor que tanto nos recrean? ¿Qué hariamos, si ántes de obrar, quisiéramos conocerlo i analizarlo todo? ¿Comprendemos siquiera nuestro cuerpos? No, sin duda. ¡Somos un misterio para nosotros mismos i nos asombramos de que Dios lo sea para nuestra débil intelijencia!

Algunos desearian que pudiésemos conocer a Dios por nuestros sentidos. ¡Imprudentes! No saben que, si eso fuera posible, no alcanzarian a soportar el brillo de su grandeza. No comprenden que para conocer a Dios por los sentidos, seria indispensable que fuese materia, lo que es absurdo, porque entónces seria perecedero i limitado.

Dios es un espíritu infinitamente poderoso e infinitamente bueno, i como tal solo se nos revela por medio de nuesta alma, que es tambien un espíritu ¿No habla a vuestras intelijencias i a vuestros corazones? Yo, aun cuando jamas lo he tocado con mis manos, lo siento siempre i creo en él. Conozco que existe al mirar una flor, al respirar el aire, al observar la obra mas pequeña de cuántas hai sobre la tierra. Todo dice a mi intelijencia que existe; esto me basta i no trato de averiguar el secreto de su naturaleza. Ser infinitamente limitado, como soi ¿de qué manera podria comprender al ser infinitamente grande?

—Pero, dijo Buquet, si no podemos comprender a Dios completamente, ¿no podemos i debemos estudiar sus obras a fin de conocer el objeto que tienen?

—Ciertamente, respondió Dupré. Así como las investigaciones sobre la naturaleza divina pueden ser peligrosas para muchos espíritus, estraviándolos en abismos sin fin, así el estudio de las obras de Dios es saludable, porque alimenta en nosotros el pensamiento de su grandeza i de su bondad. Estudiemos las obras de la creacion de que os he dicho algo anteriormente i comprenderemos su poder. Cada paso que demos en este estudio nos llenará de gratitud por su bondad, mostrándonos con qué admirable sabiduria ha apropiado todo a nuestra naturaleza. Desearia, amigos, que estuvieseis versados en las ciencias; os sentiriais sobrecojidos de admiracion al ver como todo se liga i se encadena en este mundo hasta tal punto que, cambiada una cosa, seria necesario cambiar todas las demas.

—Aunque yo no soi un sabio, esclamó Tomas Ravaud, he comprendido bien en la otra reunion la belleza de las cosas de que en ella se habló; pero hai muchas cuya utilidad no comprendo i desearia ver esplicada.

—Ese deseo de saber es mui laudable, Ravaud, i por otra parte es fácil satisfacerlo, leyendo algunos trabajos en que el estudio de la naturaleza i mil otras materias estan puestos al alcance de todos. Las bibliotecas populares suministran esos libros que a todos os recomiendo consulteis, elijiendo bien las lecturas que os sean mas convenientes.

—Por desgracia, señor, continuó Ravaud, yo no sé leer i me veo privado del gusto de hacer esas lecturas. Desearia una esplicasion que me ayudase. No encuento que todo esté bien arreglado en el mundo i, por ejemplo, considero que la tiera es demasiado dura para los que la trabajan.

—Yo tambien la encuentro dura, Ravaund; mas no comviene que sea de otro modo. Cada cosa debe estar apropiada a sus diferentes usos. Si la tierra fuese mas lijera se trabajaria con mayor facilidad; pero no podriamos construir habitaciones; porque no reposarian sobre un fundamento sólido. Ni aun los árboles vivirian; el menor viento bastaria para echarlos por tierra.

—Es verdad, señor Dupré. Esa esplicacion me enseñará que debo ser ménos quejumbroso.

Tambien he oido quejarse a Marcial i a Vicente: al uno porque consideraba penoso estraer la piedra i al otro porque encontraba mui duro el hierro para trabajarlo.

—Es verdad, dijeron a una los dos nombrados.

—Aun podria agregar a Benito Roussel que, al cortar sus árboles en el bosque, interrumpe muchas veces sus canciones para quejarse.

—He hecho mal, lo confieso; pero, aunque tengo brazo robusto, los árboles son a veces mui duros para mi hacha.

—Lo creo, Benito; sin embargo, esa no es razon para creer que la Providencia ha hecho mal las cosas. Si el hierro de Vicente no fuere tan duro ¿podria sin romperse cavar la tierra, estraer la piedra de Marcial o cortar los árboles de Benito? I si la piedra no tuviera tanta solidez, ¿podria servir para la construccion de nuestras casas? I si la madera de vuestros árboles no fuese tan resistente ¿cómo serviria para las habitaciones i para los variados usos a que se la destina? Veis, por estos ejemplos que somos injustos acusando a la Providencia, sin fijarnos mas que en nosotros mismos i muchas veces solo en el momento presente. Asi en el estio nos quejamos del calor i olvidamos que es necesario para que maduren nuestras cosechas; en el invierno murmuramos contra el frio que da tiempo a la tierra para preparar los jugos que alimentan la cosecha siguiente i al cultivador el reposo que necesita para soportar los trabajos del estio. I, por otra parte, esas alternativas de las estaciones esas intemperies i esos rigores que exitan las quejas de algunos, son precisamente lo que procura a otros el trabajo que los hace vivir. Si pudiera pasar revista a todo lo que existe en el mundo, os haria ver que una multitud de cosas que os chocan, son indispensables a vuestra existencia. En el curso de nuestras conversaciones, tendré sin cesar ocasion de haceros notar la armonia de las leyes providenciales que rijen en el mundo material i el social.

—Concibo, dijo Passemard, la utilidad de este arreglo; pero no veo su necesidad. Puesto que Dios es omnipotente, podia adoptar otro.

—Sin duda, todo podria estar arreglado de otra manera en el mundo; esto solo depende de la voluntad de Dios. Pero la posibilidad que tiene de hacer las cosas de diversos modo no debe disminuir en nada el reconocimiento por lo que ha establecido. I qué deducir, amigos mios, de esa armonia, sino que todo ha sido hecho para el hombre. Esto es lo que nos prueba mas i mas el estudio de la naturaleza i el de nosotros mismos.

—Me parece, sin embargo, que todo no es bueno en la tierra, objetó con aire de mal humor Jarland, a quien su situacion poco cómoda

hacia ver el mal en todas partes. ¿Considerais como beneficios las enfermedades, la peste, el hambre, las tempestades, las innundaciones i todas las calamidades, sin contar los animales que atormentan al hombre o atacan sus bienes?

—Jarland, aun todas esas cosas de que habeis hablado tienen una grande utilidad para el hombre i muchas veces hasta para el que sufre a consecuencia de ellas. Ademas, gran parte de nuestros males es solo el resultado de las faltas de los hombres, que podrian sustraerse de ellos o prevenir sus efectos con una conducta mejor o con mas prevision. Tambien, lo que es un azote para algunos individuos, llega a ser frecuentemente un beneficio para paises enteros; tales son las borrascas que purifican la atmósfera i traen lluvias bienhechoras. Lo mismo sucede con una multitud de cosas de que nos quejamos: las unas son un estímulo para el hombre, le impulsan a hacer uso de sus facultades; las otras desenvuelven el instinto de sociabilidad que Dios ha puesto en él, establecen relaciones de benevolencia y sana amistad i dan lugar a la práctica de las virtudes. Hasta ahora hemos prescindido de otro punto de vista de que trataremos despues i bajo el cual todas estas cosas que llamais calamidades son verdaderos beneficios. Todo ha sido criado con relacion al hombre.

Gagelin, dijo entónces, tratando de embarazar a Dupré:

—Convengo en que todo ha sido hecho con relacion al hombre i que esas cosas están tan bien combinadas que para cambiar una sola seria indispensable cambiar todas las demas. Esto no puede ponerlo en duda ninguno que reflexione. Pero habeis dicho que las cosas están dispuestas para la felicidad del hombre. Entónces ¿cómo conciliar esta idea con los males que encontramos a cada paso?

—I sobre todo, agregó Leonardo, ¿cómo conciliar la idea de la justicia divina con el espectáculo que se ofrece a nuestra vista: el triunfo de los malvados i el sufrimiento de muchos buenos?

—De un modo mui sencillo, Leonardo, dándonos cuenta de la naturaleza del hombre i de su condicion en la tierra. Pero ántes de tratar esta cuestion, permitidme que responda al descontento que el buen suceso de los malvados escita en muchos espíritus.—¿Por qué, se dice, los malvados triunfan en muchos casos en el mundo, miéntras que los hombres de bien fracasan en tantas ocasiones?—¿Esto os sorprende? Los malvados son jeneral-

mente finos, hipócritas i emprendedores, al paso que los hombres de bien son a menudo tímidos, irresolutos i lentos. Hé aquí una primera causa de triunfo a favor de los primeros; pero hai otra mas importante. Los malvados tienen a su disposicion los medios que pueden emplear los hombres de bien i, ademas, todos los injustos e infames a que un hombre honrado no recurriria por ningun precio. Tienen quizás diez caminos para hacer fortuna, miéntras que el honrado tiene uno solo. Unicamente me asombro de una cosa, i es de que no obtengan mas suceso. Pero dime, Leonardo, ¿querrias enriquecerte de este modo?

—No, por cierto. Os doi las gracias por esa esplicacion tan sencilla en la cual nunca habia pensado. Sin embargo, es doloroso ver que el malvado prospere.

—Es sensible, lo confieso; con todo, esto no sucede tantas veces como se crée. Se nota la prosperidad de los malvados porque el escándalo hace ruido, i no se cuenta a los que se arruinan, porque entónces desaparecen.

De los que prosperan por el trabajo, por la intelijencia o por otra causa de esta naturaleza no se hace mencion, aun que son los mas numerosos, porque esto se encuentra dentro de la regla. Con todo, hai malvados que prosperan, es incontestable, i me preguntais cómo se puede conciliar este hecho con la justicia i la bondad de Dios.

Pero, amigos mios, ¿no es esto la mejor prueba de la existencia de otra vida? Puesto que Dios es soberanamente poderoso, como lo atestigua la creacion, debe ser y es soberanamente justo i bueno; i como tal no ha podido tener la intencion de hacer a los buenos víctimas de su misma virtud. Si permite el triunfo de los malvados en este mundo, es porque se reserva para castigarlos en otra vida en que recompensará a los buenos por todo lo que hayan sufrido en la tierra. Veamos cuál es la naturaleza del hombre.

El hombre no es como el animal irracional, un ser que solo obedezca a instintos. Es un ser intelijente que tiene, como nos lo prueba la diferencia de conducta de los individuos, la libertad de hacer o de no hacer las cosas, i una voluntad para determinarse. I ya que es intelijente i libre, es decir, que puede distinguir entre el bien i el mal i que tiene libertad para elejir, la alta justicia de Dios ha establecido penas para los que obran mal i recompensas para los que practican la virtud. Por otra parte, la razon de acuerdo con la relijion, nos muestra que si Dios ha esta-

blecido, como se ha dicho, en otra vida, penas i recompensas, debemos merecerlas por nuestra conducta en ésta. La vida terrestre es, pues, una prueba cuya recompensa está en el cielo. ¿Cómo tendriamos derecho al premio, si no estuviésemos en el caso de merecer o de desmerecer? I aquí notad la bondad de Dios. Aun cuando la tierra no es mas que un lugar de tránsito, la ha adornado magníficamente i la ha apropiado a nuestras necesidades. Dándonos la intelijencia ha embellecido de mil maneras nuestra vida. Cuando examinemos las relaciones del hombre con la sociedad, verémos tambien cuántos recursos nos ofrece para mejorar nuestra posicion i verémos que esos recursos crecen cada dia con los progresos que la sociedad hace en la civilizacion. Los esfuerzos de las jeneraciones pasadas van aprovechando a las siguientes. La suerte de nuestros abuelos ha sido mejor que la de sus antecesores, la nuestra vale mas que la de nuestros padres, i para los que nos sucedan, entrevemos un porvenir mejor aun.

—Estoi convencido de esta verdad, dijo entónces Buquet, i esa esperanza me sostiene. Cuando pienso que con mi trabajo llegaré a ahorrar a mis hijos una parte de las dificultades que he encontrado, recobro un ardor nuevo i reflexiono que si yo ejecuto un trabajo pesado miéntras que otros lo tienen mas suave, es porque ellos han recibido fortuna de sus padres, al paso que los mios no me han dejado nada. Sin embargo, si me parece natural que los que tienen medios para vivir no trabajen como yo, esto no me esplica las diferencias. Comprendo que Dios castigue a los malos i recompense a los buenos; pero no comprendo porqué su justicia no coloca a todos los hombres en condiciones semejantes. Así, unos tienen, como yo, numerosa familia que alimentar; otros solo tienen uno o dos hijos o ninguno, como, por ejemplo, Duroure.

—Oh! amigo mio, esclamó Duroure, no me envidies porque no tengo hijos. Si estuvieras en mi lugar, sabrias cuánta desgracia es no tenerlos. Desearia verme obligado a trabajar diez i seis horas al dia, teniendo en cambio hijos que me dieran en la vejez algun consuelo, en vez de la soledad que espero.

—No creais, señor Duroure, que he dicho esto por envidia. Aunque mis hijos me impongan mas trabajo, una sola de sus caricias me compensa con esceso de lo que por ellos hago. Hartas veces os he compadecido. Pero, como decia, señor Dupré, unos tienen muchos hijos i otros pocos o ninguno; unos son débiles, otros fuertes; algunos hai que salen mal en sus empresas, otros que

en todo prosperan. ¿Hai en esto justicia? ¿Por qué sucede así?

—Preguntas dos cosas: la justicia i la causa de estas diferencias; a las dos responderé. Cualquiera que sea el modo como se considere ese arreglo; todo se presenta ordenado de un modo conveniente cuando dirijimos nuestras miradas hácia el cielo. La desigualdad que existe en el mundo se compensa con la justicia que se ejerce en la otra vida. La perspectiva de una felicidad sin fin nos ayuda a soportar el peso de algunos dias de fatiga i de pesar

Esa perspectiva nos es por otra parte necesaria a todos, ricos i pobres, porque todos tenemos pesares i males que sobrellevar; todos tenemos una parte en las pruebas de la vida. Todos nos quejamos de nuestra suerte i deseamos una mejor. Cuando no tenemos nada deseamos lo necesario; cuando contamos ya con lo necesario, deseamos lo supérfluo, i cuando gozamos de lo supérflua, deseamos aun porque está en nuestra naturaleza desear siempre. Las cosas que mas nos han interesado, una vez que las poseemos, no llaman nuestra atencion; las desdeñamos para suspirar por otras que desdeñarémos tambien.

Esta inmensidad de deseos es una nueva e indudable prueba de la inmortalidad del alma. Hai en ella un vacio inmenso que nada en la tierra puede llevar; siento en mí una aspiracion perpétua hácia una felicidad sin límites, de la cual, la mayor del mundo, es solo débil imájen. Mi alma me parece una desterrada que suspira por un bien eterno, por las delicias de la patria ausente. Espero, pues, i todos debemos esperar, llenos de confianza en la bondad de Dios, que, al poner en nosotros deseos que el mundo es impotente para satisfacer, no haya querido condenarnos a un tormento sin fin, el de desear, sin gozar; de vislumbrar la felicidad sin poder alcanzarla.

Paso ahora a la otra cuestion que se ha propuesto: ¿por qué existen diferencias entre los hombres?

La razon de esta diferencia, amigos mios, consiste en que el hombre es un ser sociable, es decir hecho para vivir con sus semejantes. Su destino es la sociedad i ahí únicamente puede adquirir el desarrollo de sus facultades. En efecto, en la sociedad es donde el hombre encuentra el empleo de sus diversas aptitudes i en donde sus sentimientos de benevolencia tienen ocasion de manifestarse. Para que esos sentimientos se desarrollen i lleguen a ser el lazo de union entre los hombres, es indispensable que

tengan necesidad los unos de los otros a fin de que se presten mútuamente servicios. Era necesario, en una palabra, que hubiese en este mundo fuertes i débiles, grandes i pequeños, pobres i ricos. Despues tendré ocasion de esplicaros la ventajas de la sociedad i vereis asi el eneadenamiento que en todo existe.

Amigos mios, hemos hablado ya de Dios i examinado, aunque mui a la lijera, su admirable creacion en que todo está encadenado i sometido a un plan maravilloso. Hemos visto despues que el hombre, como intelijente i libre, puede elejir entre el bien i el mal, haciéndose por tanto merecedor de premio o de castigo. La bondad de Dios se nos ha manifestado en todas partes; ya que nos ha puesto en la tierra para probarnos, nos la ha embellecido i nos ha dado medios para que podamos marchar por buen camino hácia la patria de las almas: el cielo. Hemos manifestado que nuestra alma es inmortal, i de todas nuestras observaciones se deduce, como lo sabeis, que el fin del hombre no puede ser otro que conocer, amar i servir a Dios para merecer por ese medio la felicidad eterna. Esto es lo que nos dice el catecismo i lo que la misma razon nos indica. Ahora, espuestos los antecedentes, debemos pasar a ocuparnos de otro órden de ideas relacionadas con las anteriores. Necesitamos hablar de la regla de conducta.

—Díme, Vicente, crées que haya una regla de conducta?

—Sin duda, señor, para todo hai reglas.

—Efectivamente. Todos los seres de la cracion están sometidos a reglas. Los astros recorren conciderables distancias para llegar siempre a un punto en dias fijos; las flores nacen, crecen i caen periódicamente.

¡I el hombre no tendrá ninguna norma de conducta, él que la necesita mas que los otros seres pues que, pudiendo hacer el bien i el mal, se veria contínuamente espuesto sino tuviera a que atenerse! Eso es absurdo. Dios que ha dotado al alma de tantas facultades no la ha dejado sin regla; pero esta regla no es como las otras. Dios, por su infinita bondad, hace comprender al hombre lo que es bueno i lo que es malo, segun la norma segura que al efecto ha dado; mas para conservar la nobleza del hombre, le deja su libre albedrio, esto es, la facultad de conformarse o no con ella. Esta regla tiene por consiguiente respecto de las otras una notable diferencia; las últimas no pueden infrinjirse, aquella sí. Apesar de la regla siempre subsiste la libertad humana.

Lo que importa sobre manera es determinar esta regla para que podamos marchar en armonia con ella, cumpliendo sus prescripciones. Mas no creais que este punto es mui difícil. El fin del hombre es el bien, Dios. Todas sus facultades, todas sus aspiraciones le conducen a ese fin. ¿Cuál debe ser entónces la norma de su conducta? No hai que dudarlo: la voluntad divina, la voluntad del supremo bien que no puede engañarse ni engañarnos. Arreglándonos a esa voluntad, jamas incurriremos en falta alguna i llegaremos a obtener el bien perfecto, que es el fin del hombre.

—Yo no tengo necesidad de esa regla, esclamó Gagelin, para saber como debo conducirme. Mi interes me lo indica mejor.

—Tened cuidado. Vuestra certidumbre bien puede muchas veces no ser mas que una ilusion. Entendámonos. Si decis que la norma de nuestras acciones debe ser el interes bien comprendido, esto es el arreglo de nuestra vida a la voluntad divina para alcanzar a Dios que es nuestro fin, estamos perfectamente de acuerdo. Si al decir que vuestro interes os indica lo que debeis hacer, quereis indicar con esto que jeneralmente vuestro interes está de acuerdo con nuestro deber, es decir, que, cumpliendo nuestro deber, servimos casi siempre a nuestros intereses, tambien convengo en esto. Me considero feliz en poder espresar desde ahora a todos los que me escuchan que el mejor medio de hacer lo que es útil, es cumplir el deber i ejecutar lo que la moral i la relijion ordenan. Este será un nuevo motivo para admirar la bondad de Dios que ha dispuesto tan bien las cosas en este mundo.

Pero si quereis fundar sobre el interes particular la moral pública i privada, permitidme que no sea de vuestra opinion. Demasiadas veces consideramos como nuestro interes no lo que nos es útil sino lo que nos agrada. Gustamos ante todo de las comodidades i del placer, i arrastrados por la pasion, sacrificamos sin cesar nuestros verdaderos intereses al placer del momento. Si adquirimos, pues, la costumbre de tomar a nuestro interes como guia de las acciones, nos esponemos a dañarnos gravemente, engañándonos acerca de lo que consideramos como interes.

Esta doctrina colocará tambien a los hombres en el mayor embarazo. Si el interes es la regla de conducta, como casi siempre se hace consistir en lo que agrada, no sé de qué base partir en mis relaciones con los demas hombres: lo que a uno agrada a

otro no gusta del mismo modo. La moral variará por consiguiente con la manera de juzgar que tengan los hombres acerca de lo que les es útil o agradable: habrá tantas morales como individuos. Ademas, la moral de cada individuo variará tambien de un dia a otro, porque lo que hoi encuentra agradable, mañana le parece incómodo. Os doi las gracias por esa moral que depende del capricho: me gusta mas la de la relijion i del deber que, como se ha esplicado, es una misma para todos los hombres.

I sin indicaros que la moral se opone a veces a lo que consideramos como nuestro interes, pero que no lo es si lo miramos con relacion a Dios, me basta hacer notar a donde conduce ese sistema. ¡Cuántos cálculos exije! Trato de averiguar mi interes de todos modos; sin embargo siempre quedo espuesto a no comprenderlo bien. En vez de hacer una cosa que me sea útil, sucederá casi siempre que, por no haber considerado el hecho bajo todos sus aspectos, haga otra que me dañe. Con la moral de Dios pasa lo contrario. Arreglándome a sus preceptos siempre alcanzaré la felicidad eterna. El deber pone así la felicidad en mis propias manos.

—Estoi satisfecho, señor Dupré, dijo Gagelin. No hai moral mas pura que la del Evanjelio.

—Ademas, Gagelin, no somos solo nosotros, pobres de talento, los que creemos en los preceptos de la moral cristiana. Los mas grandes jénios de los tiempos antiguos i modernos, han tenido las mismas ideas. No citaré a San Pablo, a San Agustin i a los demas Padres de la Iglesia, cuyo saber i profundidad se admiran todavia; no citaré tampoco a Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Frai Luis de Granada i muchas otras lumbreras de la humanidad. Basta recurrir a los últimos tiempos en que los jénios mas grandes e imparciales, Leibnitz, Newton, Cuvier, Balmes, o valientes capitanes, como Turena i mil otros, han manifestado su adhesion a la moral i a la relijion. Si estos jénios, ante los cuales se inclina con respeto la frente de los sábios i de los guerreros de todos los países, han creido en lo que la relijion nos invita a creer, no nos consideremos humillados por admitir lo que ellos admitieron.

Hai es verdad en la relijion, como tambien las hai fuera de ella, algunas cosas que no comprendemos; pero no debemos asombrarnos de que asi sea. En el mundo físico estamos rodeados de misterios; ¡qué estraño es, pues, que los haya en las cosas divinas! Lo que nos impide creer no son los misterios sino

las pasiones. Renunciemos a ellas, i entónces nos será fácil cumplir con las prescripciones de la moral cristiana, la cual consiste en el arreglo de nuestros actos a la voluntad divina para encaminarnos hácia nuestro verdadero fin: la dicha eterna.

—Teneis razon, esclamaron muchos de los oyentes.

—Haced que vuestros actos guarden armonia con vuestra creencia. Pero veo que os he detenido largo tiempo i creo ya conveniente terminar. En la reunion próxima hablaremos de algunos de nuestros deberes.

CONVERSACION TERCERA.

Deberes para con Dios.

Las palabras de Dupré habian hecho nacer en los concurrentes a las conferencias, deseos de instruccion que trataron de satisfacer con prontitud. Desde el dia siguiente, el maestro Raymond tuvo que contestar a mas preguntas que ántes, la escuela de adultos se vió mas frecuentada, i la biblioteca popular puso en circulacion muchos libros que hasta entónces solo habian tenido escasos lectores. Todos los que visitaban la biblioteca hacian consultas a Raymond acerca de las lecturas que deberian elejir i aprovechaban asi la esperiencia de este buen maestro, no esponiéndose a leer libros dañosos que muchas veces caen en manos de los que no tienen prudencia para hacer la eleccion o consultarla, i los pervierten. Aun algunos que no sabian leer fueron a buscar libros para hacer que sus hijos se los leyesen.

Sin embargo, no todos los habitantes de Mirebeau siguieron este ejemplo: hubo algunos que continuaron asistiendo a la taberna i al café, pero se encontraron con un número de compañeros mucho menor. Era evidente que las palabras del doctor iban ejerciendo una poderosa influencia sobre las costumbres. Passemard i Basset, cuyos intereses pecuniarios estaban en oposicion con el cambio, se decidieron a luchar contra el doctor, i conociendo que no les era posible vencerlo con el razonamiento, pensaron en recurrir a las sátiras, aprovechando todas las circunstancias favorables que se les ofrecieran. con nuevo vigor se preparaban para atacarle en las reuniones sucesivas en que debia tratar cuestiones mui importantes.

Esta malquerencia no pudo impedir, sin embargo, que Dupré, al entrar a la sala en el dia designado para la reunion siguiente, fuese recibido por los concurrentes con señaladas manifestaciones de gratitud i aprecio. El doctor, para corresponder a estas manifestaciones, no encontró otro medio mejor que esplicar desde luego a los asistentes las relaciones del hombre con Dios, que consideraba, i con razon, como la base de todos los deberes. Estaba convencido de que indicando las obligaciones que tenemos para con Dios hacia un gran bien a los vecinos, i, deseoso de realizar su idea, principió en los siguientes términos:

—En la última reunion hemos hablado de la moral en jeneral; pero como es necesario determinar las diversas clases de deberes que tiene el hombre, nos ocuparemos de esta determinacion durante algunos domingos. En resúmen, todos nuestros deberes lo son para con Dios. Este supremo ser es el que nos ha dado la norma de conducta i nos ha ordenado, para nuestro propio bien, que marchemos con arreglo a ella. Cualquiera infraccion es por consiguiente una falta contra Dios, ya sea que la infraccion tenga lugar en nuestras relaciones con el mismo Dios, ya que se verifique en las que tenemos con los demas hombres o en los deberes para con nosotros mismos. No obstante, como hai algunos deberes que se dirijen al ser supremo como objeto inmediato, estos son los que se llaman directos para con Dios: los otros se denominan indirectos. Indiquemos por ahora los primeros:

A fin de comprender la naturaleza de los deberes directos para con Dios, nos basta ver a la lijera lo que es él i lo que somos nosotros. Criaturas hechas por su admirable poder, que le debemos la continuacion de nuestra vida en cada instante, dotados de intelijencia i de otras facultades que nos embellecen; viajeros a quienes se nos ha prometido al fin del camino, si marchamos bien, la gloria eterna, debemos sin duda dirijir nuestra alma hácia Dios, que nos ha ennoblecido tanto, debemos creer en él, amarle, obedecerle i adorarle.

Nuestra misma alma, la creacion entera, nos están indicando que debemos creer en Dios. Nuestra existencia implica la suya. Hemos probado que Dios ha sido el criador de cuanto existe, ¿cómo no hemos de creer en él?

Creyendo en Dios, tenemos una vida llena de esperanzas; todo se presenta mas hermoso i consolador. Si en la tierra derramamos algunas lágrimas, se secarán en la otra vida para que

gocemos sin fin del Supremo Hacedor, en la existencia del cual hemos creido. El ateo jamas podrá encontrar un placer verdadero. Suponedlo rodeado de fauto i deslumbradora opulencia, siempre tendrá un vacio inmenso, no podrá saciar ese deseo de inmortalidad i de dicha completa que en el alma existe. En medio de los placeres efímeros de su existencia, jamas podrá desechar la imájen de la nada.

El Catecismo nos dice en seguida que el hombre ha sido creado a fin de que ame a Dios. Despues de haber estudiado sus obras ¿cómo podemos dejar de amarle? Seria necesario que fuésemos mónstruos de ingratitud para que no amáramos al que nos prodiga sus dones en todos los dias de nuestra vida i que vela sin cesar sobre cada uno de nosotros.

Amigos, he notado que muchos os quejais contínuamente, i aun cuando he dicho algo sobre este punto en conversaciones anteriores, me propongo todavia agregar mas. Desearia que desapareciera esa costumbre tan contraria al amor que debemos a Dios, i al efecto estoi dispuesto a responder a las preguntas que me hagais para esclarecer vuestras dudas. Gran parte de esas quejas proviene de que pensamos solo en nuestro cuerpo i olvidamos al alma. En lo que nos acontece vemos el mal que sufre el cuerpo i no el bien que resulta para la parte espiritual de nuestro ser. No los separemos en adelante i concedamos al alma una parte mui considerable de la atencion que damos esclusivamente al cuerpo.

—Pero, señor, dijo Leonardo, ¿no debemos ocuparnos del cuerpo para conservarlo enbuen estado? No podemos nada sin él.

—Sin duda, Leonardo, debemos cuidar de nuestro cuerpo. ¿Para qué nos ha impuesto Dios la obligacion del trabajo? Para proveer a nuestras necesidades materiales. Dios está por consiguiente mui léjos de exijirnos que lo descuidemos; pero ¿somos razonables en todo lo que hacemos por el cuerpo, objeto de nuestras predilecciones? Casi todos nuestros actos tienen por objeto la satisfaccion de sus necesidades o de sus goces, i en cada instante los goces que queremos procurarle le son dañosos por el abuso que hacemos. Buscamos el reposo, mas, entregándonos al descanso, nos abandonamos a la molicie i atentamos contra nuestra salud por la falta de ejercicio. Tenemos necesidad de comer para vivir; pero frecuentemente sobrepasamos los límites i los escesos nos ocasionan sérias enfermedades. ¿Qué son en

efecto casi todas las que sufrimos? El resultado de nuestros exesos o de nuestra imprudencia: escesos en la comida i en la bebida, escesos en el placer, escesos en el descanso, escesos en el trabajo; pues, por ambicion o por imprudencia, trabajamos a veces mas de lo que permiten nuestras fuerzas.

Las enfermedades que provienen de imprudencia no son ménos numerosas; hé aquí algunas de las causas: permanencia en lugares húmedos i mal sanos, baños tomados a destiempo, habitaciones en que no dejamos entrar el aire ni la luz, modo de vestirnos contrario a las leyes de la hijiene, falta de precaucion en casi todo lo que hacemos, corrientes de aire. No acabaria, si quisiera enumerar todas las circunstancias en que nos enfermamos por nuestra falta. Las enfermedades ocacionadas por causas de esta naturaleza son muchas mas que las que resultan de accidentes involuntarios.

—Entónces, dijo Andres, por qué se ha hecho nuestro cuerpo de tal modo que tantas cosas puedan causarle enfermedades o hacerlo sufrir?

—Andres, voi a contestar a tu objecion con una pregunta. Díme, si nuestro cuerpo no fuera sensible al dolor, podria serlo al placer?

—Es verdad, señor, nunca habia pensado en esto. Conozco que he hablado sin reflexion.

—Veis, amigos mios, que suprimir el dolor sobre la tierra, es suprimir el placer i toda la felicidad que podemos gozar. Voi, en esta ocasion, a haceros notar cuanto mayor es el bien que el mal que hai en el mundo, por una admirable disposicion de la Providencia. En efecto, el bien es en una infinidad de circunstancias, un don gratuito de Dios. Gozamos de él, en la vista de la naturaleza, en el aire que respiramos, en el sol que nos alumbra, en el dulce calor que nos envia, en la frescura de los bosques, en el perfume de las flores, en el sabor de los frutos i en todos los dones que se nos conceden gratuitamente; gozamos en la multitud de comodidades i de placeres que nos procuramos con el auxilio de la intelijencia, que es tambien un don de Dios; gozamos, en fin, en nuestro corazon que Dios ha hecho sensible a los placeres de la amistad, i por medio del cual encontramos tanta dulzura i encanto en la sociedad de nuestros parientes i amigos.

El bien, lo veis, se presenta en todas partes sin que tengamos necesidad de hacer esfuerzo alguno para gozarlo. Ademas nues-

tra intelijencia lo aumenta cada dia. El mal, por el contrario, salva la obligacion del trabajo, que tampoco es siempre un mal, pues una vida ociosa seria de un fastidio mortal, el mal es las mas veces voluntario i, como acabais de notarlo, depende de nosotros eximirnos de él con cuidado i prudencia. Dejemos, amigos mios, de ser injustos para con Dios i no digamos que el mal predomina sobre el bien.

Jarland, que deseaba a toda costa echar sus desgracias sobre Dios o sobre los hombres, no quiso dejar perderse esta oportunidad i esclamó, ¿cómo, pretendeis, señor Dupré, que todos los males que nos aflijen, nos suceden por faltas nuestras? Acaso proviene de mi culpa que el fuego haya quemado la mitad de mi habitacion, que una enfermedad haya ocasionado la muerte de mis dos bueyes, que mi carreton se haya roto matando a mi caballo, i que la muralla de mi quinta haya caido matando tambien a mi vaca? ¿No es esto una fatalidad?

—Mi querido Jarland, no habria tomado a vos ni a nadie por ejemplo, pero puesto que ya os habeis citado, voi a responderos. Sin duda no ha provenido directamente de vuestra culpa el incendio de la mitad de la casa, pero vuestro hijo no la habria incendiado, si hubiese estado en la escuela, si no se hubieran dejado fósforos a su disposicion i si le hubieseis hecho perder la costumbre de tocarlo todo. Tambien se habria evitado la enorme pérdida que os ha ocasionado el incendio de la habitacion si hubiéseis tenido la prudencia de asegurarla, como os lo aconsejé muchas veces. Vos no habeis deseado ciertamente la enfermedad de los bueyes i de la vaca, pero ¿por qué os habeis obstinado en dejar al lado de vuestra casa, apesar de las representaciones del señor gobernador, ese pantano infecto que por la humedad que producia, ha hecho perecer vuestros bueyes, i despues, con sus infiltraciones, ha minado el suelo, destruido la muralla i ocasionado la caida que causó la muerte de vuestra vaca? Vos tampoco habeis hecho pedazos el carreton i muerto el caballo; pero por qué dejasteis en tan mal estado la entrada al patio i por qué, cuando se encontraba en ese estado, cargásteis tanto el carreton? ¿Podeis decir ahora que no ha habido falta por vuestra parte en esos accidentes?

Jarland, confundido, no se atrevió a responder. Dupré, para llamar hácia otra parte la atencion de los concurrentes, prosiguió su esplicacion.

—No niego que hai males que afectan al hombre apesar de los esfuerzos que haga para evitarlos. Algunos como las tempestades, las inundaciones, los temblores, las epidemias son los mas temibles porque aflijen a poblaciones enteras. Otros, como las enfermedades accidentales, son casos fortuitos que a veces nada podria impedir. Pero estos males son pruebas que Dios nos envia para premiarnos si de ellas salimos triunfantes. ¿Por qué razon podemos quejarnos?

—Me parece, sin embargo, dijo el anciano Frapin, que no habeis hablado de la vejez i de las enfermedades que la acompañan. Este es un mal que no tiene cura.

—Con intencion no he hablado de este punto, Frapin. La vejez no es un mal accidental, es la consecuencia de la duracion de la vida del hombre. ¿No deseais todos vosotros vivir hasta viejos?

—Lo deseamos, esclamaron casi todos los asistentes.

—Tenia, pues, razon en no contar a la vejez entre los males, i aqui permitidme que os haga una observacion a la lijera. Aun los mas desgraciados desean vivir.

La vejez está acompañada de enfermedades que colocan al hombre en la imposibilidad de trabajar; pero, notadlo bien, la vejez no es el tiempo del trabajo, es el del descanso. No es tampoco una cosa escepcional i fortuita; es, por el contrario, una situacion regular i en vista de la cual debemos prepararnos. Si somos previsores, laboriosos i económicos en la juventud i en la edad madura, adquiriremos recursos para esa época. Si algunos accidentes o desgracias nos lo impiden, la sociedad nos ofrece abrigo.

La vejez es para todos los hombres, no solo para los pobres, un pensamiento que los preocupa durante su vida. La perspectiva de esa época i el deseo natural de tener recursos, cuando sea dificil adquirirlos con esfuerzos propios, es un grande estímulo. Dios, al mismo tiempo que ha impuesto el deber del trabajo, ha dado al hombre la fuerza suficiente para que lo sostenga; esa fuerza es la idea del porvenir.

El hombre, en efecto, no es como el bruto que solo trata de satisfacer las necesidades actuales. El hombre juntamente con el cuerpo tiene una intelijencia que lo estimula para que vaya atendiendo a las necesidades futuras. A esa intelijencia debemos los grandes descubrimientos que han mejorado la condicion humana, cambiando la faz de la tierra.

Los males de que hemos hablado son una invitacion perpetua de la bondad de Dios para que empleemos las facultades mas bellas de nuestro ser; las enfermedades que amenazan al cuerpo son un llamamiento a la prudencia, a la sobriedad i a la temperancia; aun la vejez es lo mas propio para exitar nuestra prevision. Estos males sin compensacion, si consideramos únicamente al cuerpo, tienen una grande utilidad desde que miremos en el hombre un ser moral.

Si solo hubiera en la tierra accidentes mui raros, todos los que sobreviniesen nos afectarian como un mal inesperado, i no podriamos sacar de ellos leccion alguna que nos fuese provechosa. Pero felizmente no sucede así: los mismos accidentes se renuevan, i al verlos reproducirse en idénticas circunstancias, nuestra atencion se despierta i tomamos precauciones para evitarlos. Reconocemos que ciertas acciones tienen tales inconvenientes, que ciertas circunstancias producen tales o cuales resultados, e inmediatamente, aprovechando las lecciones de la esperiencia, nos alejamos de los males, que eran ántes mas frecuentes. Así, por ejemplo, en los paises en que la instruccion está mas desarrollada, la duracion de la vida ha aumentado mucho.

Escitada por la necesidad, la intelijencia del hombre ha hecho mil conquistas. El temor del hambre, que en otro tiempo azotaba la tierra con mas frecuencia que ahora i de un modo mucho mas desastroso, lo ha impulsado con ardor al trabajo. Ha cultivado nuevos terrenos, ha perfecionado el cultivo, ha descubierto nuevas plantas i ha ido a buscar a grandes distancias alimentos antes desconocidos o desdeñados que aseguran su abastecimiento a una poblacion mas considerable. Gracias a estos esfuerzos provenientes de la necesidad nos encontramos en una condicion mui superior a la de nuestros antepasados i la de nuestros descendientes será mejor todavia. Si hasta los que llamamos males son un estímulo tan poderoso para el hombre a fin de que mejore su condicion, cómo no hemos de amar a Dios que lo ha dispuesto todo con tan admirable bondad?

Indicado todo esto no tenemos necesidad de probar que el hombre debe obedecer i adorar a Dios. El ha criado el mundo, manifestando un poder inmenso; puede disponer de nosotros en cada instante de nuestra vida, su autoridad es superior a todas las autoridades; debemos, pues, obedecerle, i reconociendo su grandeza, prosternarnos ante él i adorarle.

Estos cuatro deberes primordiales, que para con Dios tenemos, se refunden en uno solo: el amor. Si amamos a Dios seguiremos siempre su voluntad i cumpliremos así todos nuestros deberes pues su voluntad no quiere otra cosa que el bien. Amaremos a los demas hombres como hechura de su poder i nos amaremos a nosotros mismos, cumpliendo con las prescripciones morales i relijiosas, para poner en obra el bien a que su voluntad se dirije.

Basset, veia con dolor el jiro que habia tomado la conversacion ya que debia disminuir el número de concurrentes a su taberna. Cegado por su interes creyó que éste era el momento favorable para hacer una objecion i se atrevió a decir:

—Puesto que hacer el bien es el mejor modo de servir a Dios no tenemos por consiguiente necesidad de escuchar lo que nos dicen los sacerdotes. Segun ellos no es posible servirle sino estando siempre en la iglesia.

—Vais un poco lijero, señor Basset. El mejor medio de servir a Dios es practicar el bien; sin embargo esto no es bastante. ¿Probaríais el amor que teneis a vuestro padre obedediendo su voluntad, pero sin darle ninguna muestra de ternura i de respeto? No, sin duda. Asi mismo, nosotros debemos tambien manifestar a Dios que le amanos, darle las gracias por los favores que nos concede i cumplir en fin los preceptos relijiosos, rindiéndole el culto debido, que es una parte de la relijion.

—Pero, señor, replicó Basset, ¿tengo necesidad de ir a la iglesia para dirijir mis súplicas a Dios? El, que lo puede todo, que lo sabe todo i que está presente en todas partes, oye nuestras súplicas sin que tengamos necesidad de ir a dirijirlas a la iglesia.

—Es verdad, señor Basset, que Dios está presente en todas partes, aun en vuestra taberna en donde ve lo que pasa. Lée nuestros mas secretos pensamientos en el fondo de los corazones, apesar del velo con que tratamos de cubrirlos; oye nuestras súplicas cualquiera que sea el lugar en que nos encontremos. Pero si amamos realmente a Dios i le dirijimos con sinceridad los votos, ¿por qué rehusamos hacerlo en presencia de nuestros hermanos reunidos? El hombre tiene el deber de tributar a Dios tanto culto interno como esterno. Sin el primero, el culto esterno solo consistiria en actos insignificantes que no tendrian su fundamento en la creencia; sin el segundo, el culto interno se estinguiria con facilidad. Por otra parte, ya que de Dios hemos recibido alma i cuerpo, es mui justo que tambien por medio de

este último, manifestemos nuestro reconocimiento. Las prácticas de todos los pueblos están de acuerdo sobre este punto: todos han manifestado sus creencias por medio del culto esterno. Este es un deber que tenemos para con Dios i los hombres.

—I qué importa a los hombres, replicó Basset, que yo me dirija a Dios en particular o en público, con tal que no les haga daño?

—Les importa mas de lo que pensais, Basset. No tributando culto a Dios públicamente hacemos dudar de nuestros sentimientos i privamos a nuestros semejantes del ejemplo que estamos obligados a darles.

—Pero ¿necesita Dios de nuestros homenajes? preguntó a su vez Passemard.

—No, sin duda. Dios no tiene necesidad de nuestros homenajes; pero nosotros necesitamos hacer oracion i rendírselos.

La oracion es saludable al hombre, despierta en él el sentimiento de sus deberes. Ocupado en proveer a sus necesidades, estaria espuesto a olvidar las obligaciones que le impone su cualidad de hombre, si de tiempo en tiempo, ciertas prácticas relijiosas no le hicieran volver sobre sí mismo. Ademas, la oracion es indispensable al hombre, porque Dios le ha ordenado que ore i porque en ella pide al Ser Supremo alivio en sus necesidades i fuerzas para seguir marchando, o le da las debidas gracias por los beneficios que de su bondad recibe.

Dirijamos nuestra vista sobre la creacion i no podremos dejar de creer en Dios, de amarle, obedecerle i adorarle, tributándole los debidos homenajes interior i esteriormente. De otro modo incurriremos en la innoble falta de ser ingratos, e ingratos para con Dios.

CONVERSACION CUARTA.

La sociedad i sus ventajas.

Despues de los deberes para con Dios, el doctor Dupré creia conveniente esplicar las obligaciones que emanan de las relaciones de los hombres entre sí; pero, como entre los oyentes habia muchas personas poco instruidas, juzgó necesario indicarles préviamente el orijen de la sociedad i las ventajas que de ella resultan. Para llenar su propósito principió en los siguientes términos:

—Amigos, en nuestra última reunion hemos hablado de los deberes que tenemos para con Dios, deberes cuya infraccion nos hace incurrir en la torpe falta de los ingratos i de los ingratos para con el Ser que nos prodiga a todas horas sus beneficios. Hoi nos ocuparemos, aunque a la lijera, de la sociedad, a fin de que examinemos despues los deberes que como miembros de ella nos afectan.

El hombre ha sido creado para que permanezca sin lazo alguno de union con sus semejantes? De ninguna manera. Su organizacion física, sus facultades intelectuales, todo lo impulsa hácia la sociedad. Un hombre solo es un ser que se considera incompleto: necesita de una voz amiga que lo consuele en sus pesares, de padres que los crien en la niñez i le enseñen a marchar por el sendero del bien, de compañeros que le proporcionen los variados útiles que no podria adquirir con su trabajo propio. En todos los tiempos i en todos los climas las tendencias del hombre a vivir en sociedad son mui marcadas, i no puede suceder de

otro modo desde que en ella encuentra el desarrollo i aplicacion de sus facultades.

Qué es una sociedad? Es una reunion de individuos que viven juntos en un territorio mas o ménos estenso, que tienen comunidad de intereses, aun cuando estén dedicados a ocupaciones diversas, que se prestan mútuamente servicios i cambian entre sí el producto de su trabajo. Pues bien, en todas partes se encuentran sociedades organizadas i constituidas sobre las mismas bases: la necesidad de que los hombres se auxilien recíprocamente i cambien sus servicios. En todas partes, unos trabajan la tierra i viven en los campos que cultivan, otros ejercen las industrias de todas las clases i se reunen jeneralmente en poblaciones a fin de tener a su alcance los objetos que sus industrias exijen. Hai unos que venden, otros que compran i otros que se ocupan en buscar lo que se produce en un lugar para trasportarlo a donde se necesita. En todas partes el hombre trabaja i dispone del fruto de su trabajo; en todas partes hai leyes para darle seguridad.

—Sí, esclamó Gagelin, pero esas leyes varian considerablemente.

—Como los hombres difieren entre sí, replicó Dupré, hai grandes i pequeños, fuertes i débiles, buenos i malvados, incapaces e intelijentes, activos i perezosos, i sin embargo en el fondo, el hombre es siempre el mismo, organizado de la misma manera, dotado de las mismas facultades, aunque en grados diversos. Siempre el hombre nace, vive i muere, bebe, come, trabaja y descansa, es decir hace lo que constituye la vida humana. Asi tambien, en toda sociedad se encuentran los mismos elementos fundamentales; las diferencias solo son lijeras modificaciones que no cambian la esencia de la sociedad, como la diversidad de aptitudes i de caracteres no cambia la naturaleza del hombre.

Si en todos los puntos de la tierra, el hombre se reune siempre en sociedad, esto solo bastaria para probar que es impulsado hácia ella por su inclinacion; pero todo nos demuestra la misma verdad, su naturaleza moral i física, sus aptitudes particulares i sus instintos jenerales. Hai en él inclinaciones afectuosas i benévolas, disposicion para amar i buscar a sus semejantes, sentimientos en fin de todas clases que solo pueden encontrar su satisfaccion en la sociedad. Por otra parte, se notan en los individuos diferencias de aptitud intelectual i de fuerza física esencialmente favorables a la existencia de la sociedad.

Asi, unos tienen fuerza muscular i pueden ejecutar los trabajos mas pesados; otros, incapaces de dedicarse a un trabajo penoso, se distinguen en los que exijen delicadeza i gusto, otros en fin, dotados de talento, se entregan al cultivo de las ciencias i de las artes, hacen los grandes descubrimientos a que la civilizacion debe sus progresos i conciben los planes que ejecutan los brazos cuya direccion está a su cargo. Todo encuentra empleo en la sociedad, i fuera de ella solo puede ejercitarse la fuerza material.

La sociedad tiene tambien su fundamento en la familia que es su imájen i en la cual cada uno concurre al bien jeneral desempeñando sus ocupaciones particulares. La familia es una reunion de individuos, unidos tanto por la afeccion i las necesidades, como por los lazos de la sangre. La sociedad, a su vez, es una reunion de familias unidas por su comunidad de intereses para cambiar servicios. Es una necesidad de la naturaleza humana que el hombre i la mujer se asocien con lazos permanentes; es igualmente de necesidad para sus hijos vivir con ellos a fin de gozar de su proteccion. La familia es así una asociacion en que los sentimientos mas nobles se satisfacen i, desarrollándose en la serie de las jeneraciones, puede alcanzar a formor una tribu o una nacion en que la semejanza de los hábitos i costumbres de todos los miembros recuerdan su oríjen comun.

El matrimonio, lazo de la familia, llega a ser de este modo el primer lazo de la sociedad, lazo hermoso i durable como conviene que lo sea la union del hombre i de la mujer para cuidar de los hijos cuya infancia es delicada i se prolonga por largo tiempo.

—He oido, dijo Buquet, que a algunas personas les gustaria que el matrimonio fuese un convenio por cierto tiempo. Pero esta idea me choca. ¿Quieren hacernos semejantes a las bestias que se unen para abandonarse i no reconocerse despues?

—Te felicito por esa indignacion que hace honor a tus sentimientos; mas tranquilízate. Algunos insensatos han podido tener la idea de esa monstruosidad que no se practica ni entre los salvajes, pero el desagrado universal ha hecho luego justicia.

—Tanto mejor, señor Dupré. Sin duda esas jentes no habian tenido hijos.

—Tienes mucha razon. Esos hombres no podian conocer el amor a los hijos. Teniéndolos no habrian hablado de esa manera, no habrian despreciado ese sentimiento enérjico i puro que junto con la necesidad son los lazos de union en la familia. Ese

sentimiento lucha con todos los obstáculos que se le oponen, da fuerza al hombre para que soporte las fatigas mas rudas i hace desaparecer el egoismo humano hasta tal punto que los padres ejecutan en favor de sus hijos lo que no harian para si mismos.

Hemos visto, amigos mios, que las necesidades materiales e inmateriales de los hombres son el fundamento de la sociedad, i que ellos se reunen para satisfacerlas mas fácilmente. Ahora vamos a examinar si obtienen el objeto que se proponen. Hai desde luego un hecho bien comprobado que basta por sí solo para que se pueda contestar afirmativamente. Este es el número de hombres que viven en una misma estension de terreno en el estado salvaje i en el de sociedad. La esperiencia demuestra que los hombres se multiplican en todas las partes en donde pueden vivir. Pues bien! en los países salvajes no se ha encontrado nunca mas de un habitante en cada dos quilómetros cuadrados a consecuencia de la escasez de los alimentos. Por consiguiente, esto nos manifiesta que si los hombres no se multiplican mas es porque con ese jénero de vida la tierra no puede alimentar mayor número.

En los países civilizados, por medio del cultivo de las tierras, de la mejora i crianza de los animales i de todas las artes de la civilizacion, la poblacion puede crecer hasta tal punto que haya por término medio mucho mas de cincuenta habitantes en cada quilómetro cuadrado; es decir, que la misma estension pueda alimentar cien veces mas habitantes. En nuestro departamento hai un poco ménos, pero en toda la Francia hai mas de sesenta i cuatro habitantes por quilómetro, i cuando sea mejor cultivada aun podrá alimentar fácilmente el doble.

—I porqué no esta mejor cultivada? esclamó Jarland, que siempre encontraba ocasion de culpar a los otros. Si el gobierno estimulara mas a la agricultura, se alimentaria mayor número de hombres, i todos seriamos mas felices.

—Un instante, Jarland; no confundamos dos cosas tan distintas como el gobierno i la sociedad, que, por otra parte, nada tienen que ver con este asunto. Hace largo tiempo que se ha dicho i enseñado cómo debe cultivarse la tierra para que produzca mas, i los agricultores intelijentes han adoptado buenos procedimientos en muchos países. Si no se practican en todas partes es porque imponen trabajo, hacen necesarios ensayos i estudios a fin de conocer lo que conviene a las tierras, i se encuentra mas có-

modo continuar lo que se ha hecho siempre aun cuando se vean los buenos resultados de las mejoras.

En fin, terminando esta pequeña digresion a que me ha llevado la interrupcion de Jarlan, pasemos a tratar de las ventajas de la sociedad.

—Os confieso, señor Dupré, dijo entónces Benito Roussel, leñatero, que yo no veo bien cuales son las grandes ventajas que saco de la sociedad cuando estoi cortando árboles en el bosque.

—Vas a verlo, Benito. Por qué ocupas tus dias en cortar árboles?

—Para ganar mi vida.

—Bien; pero, sin la sociedad i sin las industrias a que da oríjen, ¿qué harias de tus árboles? Si la leña que cortas te da con que vivir, es porque en la sociedad hai personas que necesitan esa leña i te pagan para que la cortes, i porque con el dinero que te dan en pago compras lo que te hace falta. Si no hubiera sociedad no encontrarias a nadie que te pagara i a nadie a quien pudieras comprar. ¿Qué harias para vivir?

—Haria otra cosa.

—Tú no atiendes a que si no hubiese sociedad organizada, te verias obligado a proveer directamente a tus necesidades. Tendrias que trabajar tu campo, sembrar tu trigo i cosecharlo; despues seria necesario que dejases tu campo para moler el trigo, amasar tu pan i cocerlo. En seguida seria necesario que abandonases ese trabajo, un dia para hacer tus vestidos, otro para reparar tu casa o construirla. Pero para hacerte vestidos necesitarias cultivar cáñamo, recojer lana, preparar ese cáñamo i esa lana, hilar uno i otro i transformar el hilo en jénero. ¿Cuántos trabajos tendrias que hacer ántes de obtener cuero para zapatos?

Esto no es todo: deberias fabricar tambien tu arado i todos tus instrumentos de agricultura, los útiles para construir tu casa, tu lecho, tu mesa, tu banco, tus ollas, todos tus muebles i utensilios. Deberias ser a la vez agricultor, herrero, albañil, tejedor, carpintero, sastre, zapatero i que sé yo? o mas bien no serias nada de eso. Tu vida se pasaria entre una multitud de ocupaciones diversas, perderias tu tiempo en los cambios de un trabajo a otro. Tu existencia seria como la del salvaje, sin un momento de descanso i careciendo de todo.

—Teneis razon, dijo Benito.

—Ves por esto cuanto provecho sacas de la sociedad. Mientras

que te ocupas en los bosques en cortar árboles, cantando i sin pensar en nadie, el agricultor cultiva el trigo que debes comer, el molinero lo muele, el panadero lo cuece, el pastor vijila las ovejas de las cuales se saca la lana que será transformada en jénero para que Miguel te haga tu vestido. A fin de que puedas cortar tranquilamente los árboles, el albañil i el herrero estan a tus órdenes para que los ocupes, el especiero va a buscar a todas partes la sal, el aceite i el vinagre que necesitas para condimentar tus alimentos. Todos trabajan para que tú puedas ocuparte en las selvas i en los bosques.

—Veo que todo eso es mui cierto, señor Dupré.

—Pero, señor doctor, dijo Gagelin, llevado de su deseo de hacer objeciones, no podeis negar que al lado de esas ventajas, la sociedad presenta muchos inconvenientes.

—Nunca he dicho lo contrario, Gagelin. Desde que tengo el gusto de conversar con todos vosotros, he repetido muchas veces que las cosas tienen un lado bueno i otro malo. La sociedad está sometida a esa condicion como todas las cosas humanas; está compuesta de hombres que no son perfectos i por consiguiente tampoco puede ser perfecta. Los hombres entran en ella con sus pasiones, i naturalmente debe sufrir por esas pasiones. Sin embargo, ya que no hai nada tan útil como formarse una idea exacta de las cosas, ¿podriais precisar los inconvenientes que encontrais en la sociedad?

—Me será mui fácil. Desde luego, la sociedad, poniendo a los hombres en contacto, da ocasion para que se desarrollen sus faltas i da oríjen a delitos i crímenes que no se cometerian sin ella. Si no existiera la sociedad, no habria bribones ni usureros, no habria robos ni asesinatos.

—Eso es incontestable, Gagelin; no se puede dañar a vecinos que no se tiene, i donde no hai cosa alguna que poder tomar, nada se roba.— Gagelin, viendo que habia dicho un disparate, se mordió los labios. Dupré prosiguió luego:

—Pero yo exajero, Gagelin, como vos habeis exajerado. Ese estado de separacion absoluta no ha existido jamas, i no podreis concebirlo sino en el caso de un hombre arrojado por accidente en una isla desierta, como Robinson. Fuera de este caso, el hombre tiene por lo ménos una familia, i la Escritura Santa nos enseña que en la primera familia Cain mató a Abel. Veis por consiguiente que no hai necesidad de que los hombres estén reunidos

en sociedades numerosas para que sus pasiones se manifiesten: existen en el corazon i en todas partes encuentran oportunidad para ejercitarse.

El hombre no está jamas enteramente separado de sus semejantes; el instinto de sociabilidad se manifiesta en él en todos los grados de la barbarie. Suponedlo tan salvaje como querais, siempre se reune en hordas, en tribus. En ese estado, la ignorancia de conocimientos agrícolas i la dificultad de encontrar alimentos en cantidad suficiente obligan a los hombres a desparramarse en pequeño número en un territorio mui estenso, los puntos de contacto son tan escasos como es posible, i sin embargo las pasiones humanas se manifiestan tambien en él. Qué digo? en el estado salvaje es en donde aparecen en toda su violencia. No sabemos que el hombre no civilizado es cruel i feroz hasta tal punto que devora a sus semejantes i que el mas fuerte mata al mas débil para apoderarse de sus despojos?

En ese estado, que con razon se llama de barbarie, las pasiones toman el carácter mas vergonzoso; las inclinaciones son abyectas, las costumbres groseras; los sentimientos mismos de la naturaleza se pervierten; la mujer es una esclava i una bestia de carga que ejecuta los trabajos mas penosos. Muchas veces el padre da muerte al hijo recien nacido, que no sabe como alimentar, i el hijo mata a su padre anciano o enfermo para desembarazarse de una boca inútil. ¿Es este, Gagelin, el estado de inocencia que pretendeis oponer a la corrupcion de la sociedad?

—Pero, señor Doctor, al señalar los vicios que se manifiestan en la sociedad, no he querido hacer el elojio del estado salvaje. Mi único objeto ha sido decir que la sociedad hace mas frecuentes los crímenes, multiplicando las ocasiones.

—Veamos si lo que decis ahora es exacto. A medida que los hombres aumentan, la sociedad se complica, las riquezas i las comodidades son mas numerosas, las relaciones de los hombres, son mas continuas i por consiguiente las tentaciones deben aumentar. Podrán cometerse mas robos; pero ¿no sucederá que el número de los objetos robados sea proporcionalmente mucho menor que en el estado de barbarie en donde las sustracciones son mas escasas porque no hai casi nada que sustraer? La razon lo indica asi.

Ademas, en una sociedad civilizada el robo es prevenido i perseguido de todos modos por la vijilancia de los majistrados; en

el estado de barbarie se hace a cara descubierta, a mano armada. En cuanto a los asesinatos, no creo necesario deciros que la civilizacion los va haciendo cada dia ménos numerosos; pues que tambien cada dia proteje con mas eficacia la persona i los bienes de los individuos. La civilizacion ha dulcificado las costumbres; ha restituido a la mujer sus derechos, haciéndola igual al hombre i descargándola de los trabajos penosos; proteje a la viuda i al huérfano i ha quitado al padre el derecho de vida i de muerte que el hombre de los tiempos bárbaros creia tener sobre su familia. Si la sociedad, en su perfeccionamiento sucesivo, no suprime las pasiones, porque no puede cambiar el corazon humano, al ménos las debilita i sobre todo reprime sus efectos por el apoyo tutelar que presta a todos sus miembros.

Veamos ahora cuales son los motivos porque se reunen los hombres en sociedad i si obtienen el objeto que al hacerlo se proponen. Investigando los hechos que han dado orijen a la sociedad, i prescindiendo del instinto natural que hai en el hombre a vivir con sus semejantes, podemos afirmar que, los motivos principales que lo han impulsado son la necesidad de defender sus derechos i el deseo de aumentar sus goces.

Los derechos fundamentales del hombre son los que tiene a la conservacion de su vida, de su libertad i de su fortuna. Pues bien ¿no vela la sociedad para que estos derechos se respeten? ¿No se arma con todo su poder para defender al oprimido i castigar al opresor? Inútil es comparar las garantias del individuo en el estado de barbárie i en el estado de sociedad; en aquel está espuesto a los caprichos del mas fuerte i debe soportar su voluntad por grandes que sean los perjuicios que le infiera; en este hai siempre un poder protector que vela sobre los oprimidos.

Si queremos ahora averiguar cuántas son las ventajas que la sociedad ofrece a sus miembros aumentando sus goces, no tenemos mas que recurrir a las relaciones de los viajeros que han visitado las islas de la Oceania, en alguna de las cuales subsiste aun el estado de barbárie. Segun ellos, los individuos solo tienen por habitacion una choza en que penetran el aire i el agua, por vestido una jerga grosera, por utensilios un arco i algunas flechas, por comida un alimento precario espuesto a las continjencias de la caza o de la pesca. Hé ahí la riqueza i la vida del hombre reducido a sus recursos propios i sin el socorro de sus semejantes.

¡Ah! no podemos negar que el hombre en sociedad obtiene los objetos que lo han movido para asociarse.

—Sí, respondió Leonardo, seria insensatez desear el estado salvaje apesar de la libertad de que en él se goza.

—I qué libertad, Leonardo? La de morir de hambre cuando la pesca ha sido mala i la caza infructuosa, sin que nadie dé ayuda para esperar un tiempo mas favorable; la de ser despojado por otro mas fuerte sin que ningun brazo se levante para defendernos; la de sentirse sin apoyo i sin protector, i de vagar en vastas soledades sin encontrar una mirada amiga, no viendo otros hombres que los concurrentes que nos disputan el venado tras el cual marchamos. Salva la posibilidad de vagar cuando el cuerpo está lleno. ¿Cuál es la libertad del salvaje? Tal libertad no es mas que una espantosa esclavitud. En ese estado el hombre es esclavo de sus pasiones, que la educacion no reprime, es esclavo de las estaciones, esclavo de todas las fuerzas de la naturaleza que él solo es impotente para superar: su vida está espuesta diariamente a merced de la casualidad. ¿Es esta la libertad querida de que acabas de hablar? Yo, por mi parte, prefiero la sumision a leyes que conozco i que son siempre benévolas i tutelares para el hombre que las respeta.

Si en la sociedad existen algunas desigualdades es porque tienen su orijen en la naturaleza misma. La sociedad trata de destruírlas a medida que se perfecciona i tiende dia por dia a igualar las ventajas de que los hombres gozan en su seno. Solo deja subsistente una desigualdad i es la de los talentos que ella no puede dar i de los cuales todos recojemos mas frutos que aquellos a quienes Dios se los ha concedido.

—Pero, señor Dupré, dijo Leonardo, si en el estado de naturaleza, los hombres no son iguales en los dones del cuerpo o del espíritu tienen por lo ménos un derecho igual a las producciones que la naturaleza ofrece con tanta liberalidad.

—Sí, es verdad, tienen derecho a las yerbas de que la tierra se cubre espontáneamente, pero no al trigo, que en ninguna parte crece sin cultivo; a los frutos ásperos i salvajes que dan los árboles silvestres, pero no a los frutos sabrosos que producen especies perfeccionadas; al pescado que pueden tomar, i a la carne de los animales que cazan, mas no a la de los que el hombre cria ahora cuidadosamente. A eso se reducen los decantados derechos sobre todas las producciones que la tierra suministra. Ah! me

olvidaba, tambien tiene el derecho de vestirse con las hojas de los árboles o con los despojos de los animales que ha podido matar, i el de albergarse bajo las enramadas o en las grutas i cavernas de que llega a apoderarse el primero. Tal es el estado de naturaleza con las grandes ventajas que asegura: lleva a una miseria de que no tenemos idea en nuestros países civilizados. Es probable que el menaje de un obrero laborioso i frugal sea superior al de un príncipe africano, dueño absoluto de la vida i de la libertad de millares de salvajes que viven en ese estado a que se querria que volviésemos.

—Nadie tiene esa intencion, dijo Leonardo; seria una insensatez.

—Sin duda nadie tiene esa intencion; nadie querria ni se atreveria a aconsejar que volviésemos a semejante estado de cosas; mas ahí nos conduciria infaliblemente un cambio en la constitucion actual de la sociedad, si la miseria espantosa que ese cambio produciria no obligara luego a los hombres a seguir la marcha natural. Aprendamos a preveer las consecuencias de los cambios i, ántes de proponerlos, veamos a donde conducen.

Los sufrimientos de Robinson Crusoe que vivió desamparado en una isla, manifiestan las ventajas que de la sociedad sacamos. Por mui triste que sea la situacion en que nos encontremos, nada es, comparada con la de Robinson en su isla, careciendo de todo, entregado a sus fuerzas i obligado a proveer únicamente por sí a sus necesidades. Grandes i útiles auxilios le prestó la cooperacion de un hombre no mas, tan destituido como él de recursos. I, sin embargo, Robinson no estaba privado de todos los socorros de la sociedad, puesto que habia salvado del naufrajio, pólvora, un fusil, un hacha, un cuchillo, cordeles, tablas, fierro i provisiones para vivir mientras alcanzaba el resultado de sus esfuerzos. Tenia ademas en su soledad otro tesoro social que descuidamos siempre, sus ideas, sus recuerdos, su instruccion, su esperiencia en fin. Abramos los ojos a la luz i reconozcamos que en la sociedad la suma de los goces que toca a cada uno de sus miembros, es mui superior a la que podria procurarse solo por sus esfuerzos propios.

Entre las comodidades que pueden obtenerse en la sociedad, el rico tiene mayor parte que el pobre. Pero ¿qué prueba esto? Solo que es ventajoso ser rico, i por esta causa todos deseamos serlo. Tanto en el estado salvaje como en el de civilizacion, es agradable ser fuerte, hábil, tener buen alimento i buen vestido.

Deseemos la riqueza i hagamos esfuerzos para alcanzarla, pero no seamos injustos con la sociedad.

Los ricos no forman una clase en la cual no nos sea lícito introducirnos. Todos podemos pretender la comodidad i la riqueza por medio del trabajo i sobre todo del talento, de la prevision, del órden, de la economia i de las buenas oportunidades que Dios nos envia, con tal que sepamos aprovecharlas. Sin embargo, no seamos demasiado ambiciosos; aspiremos al bienestar, que llegaremos alcanzarlo, si trabajamos con perseverancia; despues nuestros hijos tendrán mas comodidad i nuestros nietos mas todavia, porque, como lo veis vosotros mismos, fuera de algunas fortunas estraordinarias que se notan porque son escepciones, la riqueza en las familias es siempre la obra de muchas jeneraciones. Lo que importa sobre todo es comenzar.

Aun cuando me encuentro en una situacion desfavorable para hablaros en este sentido, pues, no obstante que haya gran número de personas mucho mas ricas que yo, puedo ser considerado como tal en comparacion con algunos de vosotros, con todo voi a citaros un ejemplo. Mi abuelo era un pobre cultivador de esta aldea que, a fuerza de trabajo i de prudencia, dejó un corto haber a sus hijos. Mi padre que siguió sus huellas murió dejando mayores bienes, i yo, por mi industria, he aumentado lo que heredé de mis ascendientes. Del mismo modo habeis visto elevarse en el país las familias de Bertrand, de Ravaud, de Duroure i de muchos otros que podria citar. Habeis visto decaer, por el contrario, a familias conocidas ántes por sus riquezas; han caido gradualmente en la escasez, en la pobreza, en la miseria. ¿I cómo ha sucedido esto? Por disipacion o por pereza. Algunos han sido desgraciados, pero todos han agravado su posicion por errores o imprevision.

—Cedo ante esas razones que no podria contestar, dijo entónces Miguel. La sociedad procura a todos los hombres sin distincion ventajas inmensamente superiores a todas las que podrian obtener en el estado de separacion, pero no puede dar la riqueza a todos i principalmente a los perezosos i a los disipadores. Sin em bargo. ¿No deberian los gobiernos interesarse especialmente en la suerte de los que son ménos favorecidos qor la fortuna i que tienen mas necesidad de que se les dé auxilios?

—¿I no lo hace así, Miguel? No hablaré de todos los trabajos de utilidad pública emprendidos por los gobiernos, como puentes, ca-

minos, canales, puertos, ferrocarriles, que nos ayudan tanto a hacer nuestros negocios i que aprovechan sin duda a los ricos como a los pobres; pero de los cuales, éstos, como que son mas numerosos, sacan mas ventajas. Basta que cite algunos de los establecimientos creados para mejorar la condicion de la clase pobre de la poblacion; tales son los hospitales, los hospicios, las casas de refujio, las de huérfanos, los montes de piedad, las cajas de ahorros, las cajas de prevision, los seguros sobre los bienes i sobre la vida, las sociedades de socorros mútuos i muchos otros. En fin, ¿no se establecen en todas partes escuelas para que el pobre reciba gratuitamente la educacion, que lo salva del vicio, i con la educacion la instruccion, que le permite hacer mejor uso de sus facultades i sacar partido de todos los recursos que la sociedad pone a su disposicion? Decidme ¿la educacion i la instruccion distribuides con jenerosidad no son el mejor medio que la sociedad podia enplear para disminuir las desigualdades que existen naturalmente entre los hombres?

—Eso es incontestable, dijo Gagelin.

—Notad bien, amigos mios, prosiguió el doctor, que la desigualdad se hace sentir mucho mas cruelmente fuera de la sociedad. En el estado salvaje, los hombres están reducidos al empleo de sus fuerzas físicas, i como todos deben entregarse para vivir a los mismos trabajos, la diferencia natural de las fuerzas constituye una diferencia enorme en los goces que pueden procurarse. El estado social, al contrario, tiene necesidad de todas las fuerzas de sus miembros , cualesquiera que sean; hace llamamiento a todas las facultades, a los dones mas diversos, a los del alma como a los del cuerpo. Cada uno encuentra ocupacion proporcionada a su fuerza o a su debilidad, i la sociedad remedia así, en cuanto es posible, la desigualdad natural de los hombres.

No nos quejemos, pues, de la desigualdad que existe en el mundo. Hai ricos: tanto mejor para ellos i para vosotros. Si fueran pobres como vosotros ¿seriais por esto mas felices? No, seriais mas pobres, como os lo esplicaré despues. Amémosnos los unos a los otros como hermanos i miembros de una sociedad, a la cual debemos mucha parte de nuestra felicidad.

CONVERSACION QUINTA.

Deberes sociales (1).

En la última reunion hemos tratado de la tendencia natural que impulsa al hombre a vivir con sus semejantes, de la constitucion de la sociedad i, aunque a la lijera, de las ventajas que por medio de ella se obtienen. No creo necesario insistir sobre esas materias: basta que nos consultemos a nosotros mismos. Nuestro corazon está sediento de amor; nuestra intelijencia necesita la asociacion para manifestar con fruto sus concepciones. Somos por naturaleza espansivos, i para desarrollarnos, nos es indispensable que haya padres que crien i eduquen, maestros que enseñen, amigos que participen de nuestro placer i nos consuelen cuando el dolor nos aflije, gobernantes encargados de dirijir i administrar los intereses comunes, sociedad en fin.

Las esplicaciones hechas hasta aquí sobre la sociedad son sinembargo mui incompletas, pues que nada hemos dicho de los deberes que tiene el hombre como ser que vive en relaciones con sus semejantes. Esta es la tarea de que nos ocuparemos hoi, tratando con la separacion conveniente las obligaciones para con la sociedad en jeneral, para con la nacion, para con la familia i para con los individuos respecto de los cuales estamos ligados por relaciones particulares.

(1) Al tratar de esta materia, como de algunas otras de la parte moral, he seguido principalmente las teorias espuestas por Don Ramon Briseño en su "Curso de Filosofia moderna." El Manual de Rapet es mui incompleto.

Todos los hombres tenemos un fin, todos hemos recibido de la mano de Dios un alma i un cuerpo, todos necesitamos de socorros recíprocos para marchar por el sendero de la vida con descanso i placer, todos debemos desarrollar nuestras facultades para alcanzar la verdad. ¿Por qué no hemos de avanzar unidos? ¿Por qué no se ha de suplir por unos lo que a otros falta? Esta organizacion de los hombres i la identidad del objeto tras del cual caminan, hace mui razonable i conveniente la fraternidad, fraternidad no solo de los que tienen relaciones estrechas entre sí, sino tambien de toda la especie humana, sin distincion de razas ni de lugares.

Hubo un tiempo, por desgracia demasiado largo, en que se hizo diferencias entre los hombres segun el lugar del nacimiento i se concedió a unos derechos que a otros se negaban, considerándolos como de naturaleza inferior; pero estas ideas van desapareciendo ya de casi todo el mundo civilizado i principalmente de los países en que impera el cristianismo; porque la razon da a conocer la identidad de todos los hombres entre sí i la necesidad de que se unan. Ya sea que el nacimiento tenga lugar en las fértiles llanuras de la América o en los ardientes arenales del Africa, el hombre es un ser que tiene un destino sagrado, que necesita contar con la independencia para obrar i que debemos respetar i amar para ser a nuestra vez respetados i amados.

De esta relacion de todos los hombres entre sí resultan deberes i derechos recíprocos variados que se refunden en el amor. El amor lo comprende todo. Si amamos a nuestros semejantes veremos siempre en ellos hermanos a quienes debemos ayudar, los consolaremos en sus pesares, los salvaremos de los peligros en que se encuentren, los estimularemos con el ejemplo de la virtud, los consideraremos finalmente como viajeros que marchan junto con nosotros por un mismo camino que debe llevarnos a Dios.

Los principales deberes que tenemos para con los hombres en jeneral i que, como hemos dicho, se refunden en el amor, pueden esplicarse con estas dos sabias máximas: *No hagas a otro lo que no quieras que hagan contigo los demas; i haz con los otros hombres lo que quieras que contigo hicieren.* La primera de estas dos máximas comprende los deberes de respeto i de justicia, la segunda se refiere mas especialmente a los de amor o de caridad, i con arreglo a las dos debemos ser induljentes con las faltas aje-

nas, benéficos para con los desgraciados, verídicos en nuestras acciones i palabras, amigos de la equidad en todas nuestras relaciones i transacciones, jenerosos en el perdon de las injurias, respetuosos a la dignidad del hombre i ante la autoridad de los gobernantes encargados de dirijir los intereses comunes. Tales son las bases sobre las cuales debemos cimentar nuestra conducta para alcanzar la fraternidad universal i cumplir nuestros deberes respecto de todos los hombres. Si algun necesitado os pide limosna para remediar su escasez, cualquiera que sea su nacionalidad, mirad en él solo al hombre, al hermano que padece; pensad en vosotros mismos i ved si os gustaria que aliviaran vuestra miseria.

—Bien, señor, esclamó Honorio Buquet, eso es lo que manda i enseña el corazon.

—Pero no siempre lo que se practica, añadió Leonardo Dubois; porque todavia hai pruebas manifiestas de que desgraciadamente algunos no piensan del mismo modo, como se ve en la existencia de los esclavos.

—Es cierto, Leonardo, que aun axisten esclavos para deshonra del hombre, mas no creais que esto proviene de que se les nieguen las aptitudes del libre, no de que se desconozca en ellos la existencia de un alma pura i noble, capaz de las mas grandes concepciones. Hai interes en algunos para sostener la esclavatura; pero a pesar de todo va desapareciendo del mundo a impulsos de la civilizacion. Dentro de un término, quizás no mui largo, el esclavo quedará libre como lo ha hecho Dios, la dignidad humana quedará sin mancha i se podrá realizar con mas facilidad la union de todos. Entre tanto respetad vosotros siempre al hombre i amadlo: el ejemplo influye grandemente.

Prosigamos. Si fuertes son las relaciones que nos ligan con el jénero humano, con mayor razon las tendremos para con la patria. La circunstancia de nacer en un país al cual quedamos ligados por los recuerdos i por la familia, que nos alimenta con los frutos que produce su suelo, nos obliga a amarlo, a interesarnos en su adelanto i en su gloria, a ayudarlo con nuestras fuerzas. I este amor no se tiene solo en virtud del deber, el corazon lo exije. El nombre de la patria conmueve jeneralmente sus hijos aun cuando no tengan bien desarrollados sus sentimientos. Si oimos encomiarla, nos alegramos espontáneamente, reclamando interiormente para nosotros una parte de esa alabanza, si por el

contrario se la vitupera, el rostro del hombre honrado palidece.

—Es verdad, señor, esclamó el maestro Raymond, es mui dulce el nombre de la patria, mui dulce vivir i morir por ella.

—El sentimiento de amor por la patria es uno de los que han dado oríjen a las acciones mas desinteresadas i puras; uno de los que permanecen mas gravados en el corazon a pesar de la ausencia i de los años. ¿Por qué han emprendido los hombres las acciones mas peligrosas, sin otra esperanza tal vez que la muerte? Por vengar las injurias hechas al país en que nacieron. ¿Por qué han marchado muchas veces a lejanas tierras a reducir tribus salvajes, luchando con toda clase de embarazos, con el hambre, con el frio, con la muerte? Por difundir la relijion i engrandecer a la patria. Siempre este santo nombre infunde aliento en sus hijos: el hombre que no es capaz de amarla, es tambien incapaz de todo afecto puro. El deber i el corazon se unen para hacer que la amemos.

La patria tiene necesidades diversas i por esto exije de sus hijos distintos sacrificios. El gobernante debe hacer que todas sus obras lleven el sello de la justicia, impulsarla por la senda del verdadero i sólido progreso; el juez dictar sus sentencias con arreglo estricto a la lei; el escritor ilustrar a las jentes con el auxilio del talento que Dios le ha dado para que alumbre i no para que pervierta, para que conduzca i no para que estravie; el relijioso visitar i consolar al oprimido, derramar en todos los corazones los consuelos de la relijion i ser por sus propias obras el verdadero modelo i el mas fiel cumplidor de las doctrinas que predica; el maestro un padre fiel i virtuoso que enseñe a sus discípulos las ciencias i la virtud; el artesano una de las fuentes de la riqueza necional, siempre moral i siempre activo. Todos tienen su parte en la obra del adelanto de la patria, i todos deben llenarla con fé i con vigor. A los que en la sociedad son los menos ricos les toca una parte mui crecida: el estado de la jente pobre es uno de los mejores datos para juzgar de la situacion de un país.

Mas no son éstas solas las obligaciones que para con la patria tenemos; no basta que sea rica de bienes materiales, es tambien indispensable que lo sea de virtud, i por esto debemos ayudarnos unos a otros todos los ciudadanos, con el ejemplo i con el consejo, luchar contra las pasiones i luchar hasta vencer en esa guerra que promueven contra el verdadero adelanto de la sociedad.

En tiempo de guerra no solo al militar de profesion incumbe defender a la patria, todos sus hijos tienen el mismo encargo, todos deben ayudarla a vencer a sus enemigos, a dejar sin manchas su bandera i a sacrificar si es necesario sus vidas por la independencia nacional.

El gobernante que respeta i ama a los gobernados, el gobernado que obedece a las autoridades, el que cumple con todos los deberes que tiene para con la patria, es siempre premiado con la estimacion jeneral. Mas si no lo alcanzara, la conciencia premiaria sus trabajos.

El amor a la patria no debe estar en los labios sino en el alma, no debe manifestarse tanto por las palabras como por los hechos.

Si consideramos ahora la tercera sociedad que es la doméstica o de familia, podemos mirar al hombre como esposo, padre, hijo, hermano, pariente, patron o sirviente.

El matrimonio que da oríjen a la familia es un sacramento i al mismo tiempo un contrato por el cual el hombre i la mujer se unen para vivir juntos durante toda la vida, para amarse i auxiliarse recíprocamente i para cuidar con particular esmero de los hijos. Ya ántes hemos hablado de la necesidad de que el lazo del matrimonio sea por toda la vida i creo que vosotros me habeis encontrado razon.

—¿I quién podrá aceptar como bueno un lazo que no sea duradero? esclamó Honorio.

—Es mui cierto, Honorio, todo hombre que reflexione no podrá convenir en que el hombre i la mujer se unan para abandonarse, en que dejen a merced de las contingencias el cuidado de sus hijos. Esto choca a la razon. Para que haya armonía en las familias es indispensable que la union sea perpétua.

Los esposos hacen comunes sus sentimientos, sus bienes i sus ideas. El marido, como mas fuerte e instruido, debe cuidar principalmente de los intereses de la familia i ser el jefe; a la mujer, que tiene sentimientos mas delicados i es mas propia para las atenciones domésticas, le corresponde cuidar de la parte interior de la casa i contribuir a la paz de la familia. Los esposos deben tener esmero en complacerse lejítimamente i guardarse la mayor fidelidad; pues, si alguno de ellos no la guarda, se acaba la tranquilidad doméstica i empiezan los celos con sus funestas consecuencias.

El marido i la mujer están obligados a trabajar para sustentar

i mejorar a la familia; pero hai ciertas atribuciones que desempeñan mejor uno que otro. Asi, por ejemplo, si es necesario emplear en algunas ocasiones medidas un poco fuertes, esto incumbe mas bien al marido que tiene mas vigor i enerjia; si es necesario tomar alguna resolucion en asunto un poco delicado, debe tambien consultársele porque el consejo del hombre es jeneralmente mas desapasionado, ya que la mujer es arrastrada por la dulzura de su carácter. Mas, si se trata de algun asunto en que tenga parte la sensibilidad, si hai que volver al sendero del bien a algun hijo mas desgraciado que criminal, si hai que tocar el corazon para conmoverlo i purificarlo, entónces es conveniente que obre la mujer, que tiene jeneralmente mas corazon que cabeza. Esta es, en pocas palabras, la situacion del esposo i de la mujer: aquel tiene por especial encargo pensar i trabajar, ésta trabajar i amar, aquel dirijir por el raciocinio i en caso necesario por el rigor moderado, ésta, sin encontrarse escenta de esos deberes, puede dirijir mas bien conmoviendo i hablando al corazon. Tal es la grande armonía en los caracteres del hombre i de la mujer, uno completa lo que falta al otro i entre ambos forman el apoyo mas sólido i mas hermoso de la familia.

Luego que los esposos llegan a ser padres contraen obligaciones para con las personas a quienes han dado el ser. Deben criarlos con escrupuloso esmero, suministrarles todo lo que necesitan para vivir i desarrollarse, servirles de guia en su camino. Mas, el cuidado de la crianza i alimentacion no es el único a que están obligados a atender. El hombre tiene intelijencia i corazon, i los padres, por su propio bien, por el de la sociedad, deben ilustrar a sus hijos, despertar i animar en ellos todos los buenos sentimientos. Las ideas i sentimientos que se inculcan en el alma i en el corazon del niño en la juventud i en la niñez, son casi siempre decisivas de las tendencias del hombre, o por lo ménos ejercen una notable influencia en sus actos; pues no es fácil arrojarlas, mezcladas como se encuentran con los primeros recuerdos de la vida, que son talvez los mas dulces. Por esta causa debe ponerse un cuidado particular en hacer comprender al niño la necesidad de ser virtuoso, los crímenes a que da oríjen la falta de relijion, la desesperacion del alma que no sabe elevarse a Dios para buscar en él la fuente del consuelo. No basta dar lecciones, es necesario que el ejemplo de los padres estimule a los hijos i grabe en ellos esas palabras, que quedarán así unidas a sus re-

cuerdos. La ternura de la madre puede i debe conseguir mucho del hijo en todo tiempo i principalmente en esos primeros años en que una caricia imprime mejor en el alma una leccion cualquiera, que el látigo u otro castigo.

La virtud debe ser en todo caso el fundamento mas sólido de toda buena educacion e instruccion, i así aun cuando los padres no puedan proporcionar a sus hijos, por falta de conocimientos o por otro motivo justo, una instruccion suficiente, deben velar por el desarrollo del corazon, enseñar a sus hijos los preceptos relijiosos i el modo de cumplirlos, indicarles los obstáculos que se encuentran en la vida i como se salvan, correjir sus defectos, investigar cuáles son sus inclinaciones.

Como la instruccion es mui conveniente, si los padres no son capaces de darla, deben buscar maestros que hagan sus veces i que por su virtud merezcan ser sus reemplazantes. Ahora que las escuelas son tan numerosas i que la instruccion está al alcance de todos, seria desidia mui grave en los padres no hacer que sus hijos se aprovecharan de las ventajas que la instruccion ofrece.

La vijilancia i cuidado de los padres deben tambien estenderse al tratamiento hijiénico de los hijos, a fin de que no sufran detrimento en la salud por causas provenientes del descuido. Muchas veces se ve que por culpa de los padres, los hijos contraen enfermedades que debilitan su constitucion y los hacen inhábiles aun para ganar su subsistencia en los trabajos mas sencillos i que exijen ménos fuerzas.

El cargo que tienen los padres es altamente delicado i grave. Reciben de Dios, niños sin fuerza i sin conocimiento del mundo, a quienes deben preservar de los vicios, ilustrando la intelijencia i purificando el corazon; están obligados a ser el modelo en que sus hijos vean la práctica de las virtudes, a ser sus mejores i mas tiernos amigos, a levantarlos en sus caidas, si es que por desgracia las tienen, a velar dia a dia sobre sus inclinaciones para estimularlos a correjirlas, a mirarlos, en fin, como continuadores de su propia vida. Mas estos deberes tienen su compensacion; i desde luego debe notarse que el hombre no necesita hacer grandes esfuerzos contra su naturaleza para cumplirlos. En el corazon se encuentra profundamente grabado el amor mas ardiente i puro hácia los hijos, amor que Dios ha colocado talvez para que sirva como el lazo de la union mas cordial en la familia. ¿Qué padre, por insensible que sea, no derrama lágrimas cuando sus hijos pa-

decen, cuál no se interesa en sus triunfos i en sus prosperidades, estimándolos como si fueran propios? En la jeneralidad de los casos, lo difícil no es amar, porque hasta las fieras aman, sino saber dirijir ese amor de una manera provechosa, i no dejarse llevar de la ternura irreflexiva que en ciertas ocasiones suele comprometerlo todo. Esta misma inclinacion natural a amar a los hijos, que desde luego hace tan fáciles i llevaderos los sacrificios de los padres, les presenta tambien grandes compensaciones de sus trabajos. Una buena accion del hijo, una alabanza que de é se haga, pagan al padre largos sudores i fatigas. En ellos no existe el egoismo. Pero si aun quereis mas compensacion pensad en las caricias de los hijos a sus padres: con una sola se dan por satisfechos.

—En cuanto a esto, dijo Honorio, yo os puedo dar la prueba: un beso de mis hijos me reanima i consuela; son tan dulces las caricias de esos seres que nos deben la existencia!

—Estos deberes que tienen los padres para con sus hijos, continuó Dupré, son correlativos con sus derechos, pues que si están obligados a amarlos i a cuidarlos con esmero, tambien es mui justo que los hijos correspondan a tantos sacrificios. Formados i amados por los padres deben tributarles una gratitud viva, obedecerles, consolarlos. Cuanto hagan los hijos por ellos no será mas que una compensacion mui corta de sus fatigas. El hijo que no cumple con tan santas obligaciones es indigno de que se le considere como hombre, i para nada puede ser bueno en la vida. Ay! del hijo desnaturalizado; llevará siempre un veneno en su conciencia, i si acaso por esperiencia propia llega a conocer el sufrimiento horrible que ese abandono causa al corazon del padre, no le quedará siquiera el consuelo de quejarse con justicia; porque recordará sus estravios i temerá que sus hijos le echen en cara su conducta.

Los hermanos deben tambien amarse, conservar entre sí una fiel i tierna amistad, socorrerse en sus necesidades, tolerarse sus flaquezas como hijos que son de un mismo tronco. Para que procedieran de este modo bastaria que pensasen en el sufrimiento que ocasiona a los padres la desunion entre sus hijos. Todos los parientes tienen tambien el deber de amarse i socorrerse con tanto mayor esmero cuanto mas inmediatos sean. Si bien es cierto que la moral exije el cumplimiento de esos deberes entre todos los hombres, tambien lo es que en igualdad de circunstancias ordena

que se atienda con preferencia a aquellos a quienes estamos ligados por vínculos mas estrechos.

Tales son las reglas principales de la organizacion de las familias, de cuya union depende la armonía de la sociedad en jeneral i con especialidad de la particular en que vivimos.

Entre los patrones i los criados existen asi mismo obligaciones recíprocas, cuyo cumplimiento es indispensable para la tranquilidad del hogar. Los primeros deben cumplir a los segundos todas las condiciones del contrato que hayan celebrado, pagarles con puntualidad sus salarios, asistirlos en sus enfermedades, cuidar de que cumplan con los preceptos relijiosos, tratarlos con caridad. Los últimos, deben, en compensacion, obedecer a sus patrones en todo lo que no se oponga a la moral, cuidar de los intereses de la casa como de los suyos propios, aprovecharse de los consejos útiles que se les den i concurrir a conservar la armonía de la familia, no dando lugar a quejas o disgustos entre sus miembros.

Cuando los padres confian la educacion e instruccion de sus hijos a otras personas, se establecen entre maestros i discípulos relaciones importantes de las cuales nacen deberes recíprocos.

El cargo de maestro es uno de los mas importantes, ya que de sus lecciones, segun sean buenas o malas, resulta la felicidad o la desgracia de los discípulos, de las familias i de la sociedad. Llamados por los padres a reemplazarlos respecto de sus hijos, deben amarlos como padres, ilustrar la intelijencia con todas las buenas ideas, e inspirar al corazon las virtudes i los sentimientos mas puros. La ilustracion de la intelijencia i la purificacion del corazon deben marchar unidas, porque sin la virtud la enseñanza será no solo inútil sino tambien perjudicial. El maestro debe llevar por guia estas ideas i confirmar sus teorías con el ejemplo. Mui ingratos serian los discípulos si no correspondieran a tantos sacrificios i penosas tareas; asi es que deben amar, respetar i obedecer a sus maestros, considerándolos como segundos padres; porque si de los verdaderos se recibe la existencia, a los maestros somos deudores del nacimiento de la verdad en la intelijencia i de la virtud en el corazon.

Para completar el cuadro de los deberes sociales mas importantes es indispensable que recordemos las obligaciones de los amigos. "La amistad es un pacto sagrado, por el cual dos personas se obligan a compartir sus sentimientos mas ocultos de placer o de pena, a correjirse sus defectos i a auxiliarse mutuamente en

la carrera de la vida." Por consiguiente, los deberes de los amigos consisten en cumplir con estas obligaciones que contraen la intelijencia i el corazon. Los amigos deben ayudarse en todas las circunstancias de la vida, i principalmente en tiempos de sufrimientos; entónces es cuando la amistad se prueba en el crisol de la desgracia, que solo deja brillante i pura a la amistad verdadera. Los amigos no deben olvidar jamas que se han unido para purificarse i correjirse recíprocamente i no para estimularse en sus defectos. El que proteje asi los vicios es un traidor i un falsario, que se brinda miéntras dura el tiempo de la felicidad; pero que huye despavorido ante el aspecto de la desgracia. Solo los virtuosos son buenos amigos.

CONVERSACION SESTA.

Deberes del hombre para consigo mismo.—Observaciones jenerales.

Durante la quincena que siguió a la última entrevista, la ajitacion de que hemos dado cuenta anteriormente continuó creciendo. El trigo habia alcanzado en las ferias del departamento un precio bastante alto, i se temia por instantes que llegaran a realizarse los temores que las personas de prevision habian concebido desde que vieron los resultados de la cosecha. A la carestía del pais se habia juntado la paralizacion de algunos talleres: el descontento hacia fermentar las cabezas, i, como sucede en circunstancias semejantes, muchos se obstinaban en no creer en la insuficiencia de la cosecha; porque entónces no habrian tenido de quien quejarse.

Por una ceguedad, que se nota a veces en las masas, aun respecto de las cosas mas evidentes, muchos de los habitantes estaban persuadidos de que en tiempo ordinario la Francia produce mas cereales de los que consume, i asi aun cuando la cosecha habia sido mala, persistian en creer que sobraban grandes rezagos.

La escasez, decian, no es real: los propietarios i abarrotadores guardan su trigo para hacernos sufrir i venderlo en seguida a un precio exorbitante.

Este lenguaje era significativo: parecia estar cercana la época en que de la palabra se pasara a los hechos. Las mujeres particularmente se mostraban amenazantes en sus discursos, i ya en la

féria del sábado, en la ciudad vecina se habia visto una afluencia no acostumbrada. Los vendedores habian sido escasos, los compradores numerosos; por consiguiente el trigo habia tenido una alza considerable.

Dupré conocia mui bien la influencia que ejercen las preocupaciones sobre las personas poco acostumbradas a pensar, miéntras no se les hace conocer i palpar la verdad; asi es que sintió un verdadero placer al recordar que, estando ya mui avanzadas las esplicaciones de la parte moral, podria desde la entrevista siguiente dedicarse a disipar los errores respecto a los intereses materiales que tan acreditados estaban entre los habitantes de Mirebeau. Pero ántes de terminar sus conversaciones sobre los deberes creyó conveniente dar algunos consejos, tomando en cuenta la situacion.

—Amigos mios, dijo al comenzar, ántes de reanudar el curso de nuestras conversaciones, permitidme que os haga algunas advertencias que me parecen útiles en la actualidad. Ayer, dia de féria, habia en la ciudad una afluencia de personas demasiado considerable. Mas de tres cuartas partes de los que habeis ido, nada teníais que comprar: entónces ¿a qué habeis ido?

—Hemos ido, dijo Andres, dudando, como van todos, a ver.

—Así, amigo mio, has ido con muchos otros únicamente por satisfacer una vana curiosidad. I sabes lo qué has hecho? Has aumentado con tus compañeros la inquietud, ya harto grande, que reina en los espíritus. Viendo esa multitud en el mercado, nadie podria creer que hubiese ido únicamente *para ver*, como dices, habria pensado que concurria a comprar. Por esta curiosidad habeis hecho consentir en la existencia de necesidades mucho mayores que las que hai realmente, habeis aumentado la alarma i hecho subir el precio del trigo.

—Hemos hecho mal, lo confesamos, dijeron muchos de los asistentes.

—Vuestra conducta ha sido peor que lo que creeis, prosiguió Dupré. Aumentando el número de los asistentes, sin motivo alguno, habeis permitido a los malhechores que obrasen. Los hurtos han sido numerosos. Ya sabeis, por otra parte, desde hace muchos años, cual es mi opinion respecto de las férias. Os he dicho que los que tienen la costumbre de asistir a ellas sin necesidad pierden lo que han ganado, en cosas inútiles o en festejar a sus amigos, miéntras que los campos o sus talleres sufren con su

ausencia, adquieren hábitos de ociosidad i olvidan muchas veces hasta sus buenos sentimientos.

La curiosidad ha producido efectos mui graves. Yo he visto en Paris i en otras grandes ciudades turbulencias que la curiosidad sola ha hecho mui peligrosas i largas, con gran detrimento de todos, mientras que sin ella habria bastado un solo instante para hacerlas cesar. Se oye decir que hai o que ha habido, en tal lugar, un poco de conmocion, se piensa que durará i se dice *vamos a ver lo que hai.* Qué sucede? Los mal intencionados, que felizmente son poco numerosos, exajeran su importancia, viendo la multitud que los rodea; se creen animados i sostenidos en sus malos designios; adquieren mas audacia i llevan a cabo golpes que no habrian tenido atrevimiento ni aun para principiar, si se les hubiera dejado solos. La accion de la autoridad tiene entónces que hacerse efectiva, i como no se puede distinguir a los ajitadores, quedan estos muchas veces salvos, i son conducidos a prision los que asistieron movidos por la curiosidad.

Guardaos, pues, amigos mios, de ir por curiosidad a los lugares en que hai ajitacion; no digais: *vamos a ver.* I si habiéndola, teneis por necesidad indispensable que salir de vuestras casas, buscad un camino que no os conduzca al lugar del peligro. Habeis visto por el alza en el precio del trigo, que es culpa vuestra i por los otros ejemplos que os he citado, cuán malos son los efectos de la curiosidad.

Ahora, prosigamos tratando de los deberes en el órden que hemos adoptado.

En nuestras últimas conversaciones hemos hablado sobre los deberes que tenemos para con Dios, la sociedad, la patria, la familia i ciertas personas respecto de las cuales nos ligan relaciones especiales; tócanos ahora tratar de las obligaciones que debemos cumplir con nosotros mismos, i al hacerlo, podremos admirar una vez mas la armonía de la creacion i de las leyes morales.

Los deberes que el hombre tiene para consigo mismo pueden refundirse, como todos, en el amor. Encargado de alcanzar un alto fin, cual es el desarrollo de sus facultades i el goce de Dios, natural es que ame ese fin, que es su felicidad eterna, i que se ame a sí mismo como encargado de alcanzarlo. Esplicado así el amor que el hombre debe profesarse, es natural i justo. Amando su perfeccion que Dios ama, ama lo que ama Dios. ¿Cómo quitarle

el deseo de felicidad perfecta que su corazon ambiciona? ¿Por qué no ha de amar su perfeccion i el desarrollo de sus facultades? La utilidad se encuentra unida con la moral, ésta le manda que se ame, aquella le indica que le conviene amarse. Pero desgraciadamente muchos no comprenden el amor que deben tenerse, i de aquí nace la necesidad de indicar las reglas que se dirijen contra el abuso del amor. Entremos en la clasificacion.

El hombre es un ser compuesto de alma i de cuerpo, tiene facultades que desarrollar i órganos que conservar; así es que los deberes que tiene para consigo mismo son de dos clases, unos que se refieren a su alma i otros a su cuerpo.

Entre estos últimos, el que puede decirse que los comprende a todos es el de la conservacion; pues que sin la existencia no hai deberes de ningun jénero. Es, por consiguiente, indispensable atender a la propia conservacion con prudencia i cuidado; pero, como hemos dicho, este deber comprende varios. Así, por ejemplo, proporcionar al cuerpo el descanso segun el trabajo, el alimento segun la necesidad i el trabajo segun las fuerzas, son obligaciones que es imposible dejar de cumplir sin que se interrumpa la marcha regular de las funciones del organismo. Lo que mas debe evitarse para conservar las fuerzas, son los escesos; mas desgraciadamente hai en este punto un notable estravío. Muchos dedican a su cuerpo mas atenciones de las que merece i se ocupan tanto en su regalo que lo acostumbran a la molicie i se imposibilitan para todo lo útil. Templanza, sobriedad, castidad i trabajo, tales son las virtudes que al par que purifican el alma, conservan perfectamente la robustez del cuerpo. Mirad sino, i vereis en los que no las ejercen, la corrupcion en el alma, la palidez en el rostro, la estenuacion en todos sus órganos i la degradacion en el conjunto. Empleadlos en un trabajo cualquiera i quedarán exánimes con el menor esfuerzo; proponedles una especulacion ventajosa, pero que exija actividad, i sufrirán los mayores embarazos, si es que por fortuna se resuelven a iniciarla. I esto con todo es la parte mas débil del cuadro: en el cuerpo de esos hombres habrá un alma sin vida, incapaz de sentimientos elevados, muerta casi para la virtud i para la sociedad, postrada en medio del fango. Sed templados i sóbrios i vuestro cuerpo ájil i robusto no se resistirá a los estímulos del alma, ni prostituireis con vuestro ejemplo el santo lazo que os une a la familia i a la sociedad. Sed castos para ser sanos, para tener un corazon puro; i trabajad, porque una vida

sin trabajo es vida de fastidio vergonzoso. El que trabaja conserva sus fuerzas, adquiere una distraccion útil, si es que padece, obtiene recursos para vivir por sus esfuerzos, i despues de una vida útil, alcanza el reposo necesario en su vejez, debiéndoselo todo a Dios i a su empeño.

El hombre tiene, sin embargo, para consigo mismo, otros deberes mas importantes que los del cuerpo; son los que se refieren a su alma: esta es la que nos ennoblece i hace grandes, la que nos eleva hasta la contemplacion de la verdad i la práctica de la virtud. Dotada como se encuentra de tres facultades esenciales, *sensibilidad*, *intelijencia* i *voluntad*, nuestras obligaciones guardan relacion con estas tres facultades. La *sensibilidad* se nos ha dado para satisfacer las necesidades animales i para fomentar el desarrollo de las facultades superiores; por consiguiente debemos dirijir bien nuestros sentidos para encontrar la verdad, aprovecharnos de ellos de manera que no nos induzcan a formar conceptos falsos, emplear los oidos para instruirnos i no para escuchar a los que nos equivocan o nos corrompen, servirnos de la palabra en objetos útiles, sin pervertirla; en jeneral ordenar nuestra sensibilidad de modo que solo recibamos impresiones lejítimas que nos conduzcan a la verdad.

El pensamiento debe tambien arreglarse a fin de que encontremos la verdad. La instruccion, la meditacion i la observacion ayudan poderosamente al entendimiento para que marche rectamente, i como auxiliares poderosos, debemos emplearlos con celoso empeño. "El hombre no es mas que una caña, dice Pascal, pero piensa. Para aplastarlo, no es menester que se arme el universo entero, pues un vapor, una gota de agua, una paja bastan para quitarle la vida. Mas, aun cuando el universo le aplastara, siempre el hombre valdria mas que el universo, pues este obedece ciegamente las leyes que no conoce, i el hombre conociéndolas, obedece o resiste a ellas. Ademas el hombre tiene ciertas leyes de que el universo carece: las leyes morales, incomparablemente inferiores a todas las de la física, de la mecánica i de la jeometria. Así, toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento. Trabajemos, pues, en pensar bien, que este es el principio de la moral."

Debemos, por último, disciplinar nuestra voluntad para que nos dirija al bien i fortificarla contra las causas que atentan contra su independencia: las pasiones, la sensualidad, la imajinacion.

Los conocimientos que mas importa al hombre adquirir para llenar los deberes que tiene consigo mismo son, por consiguiente: "1.° , todos los relativos a sus obligaciones particulares i jenerales, i los que le enseñan a dirijir su voluntad por el camino del bien, familiarizándole con la práctica de las virtudes. Todas las obligaciones morales son deberes para consigo, pues de su exacto cumplimiento resulta su perfeccion moral i felicidad; 2.° , los que se dirijen a gravar profundamente en nuestro corazon la idea de Dios i de la relijion. Despues de esto, cada uno debe trabajar en formar una idea justa de sí mismo i de su estado: idea que los antiguos consideraban como fundamental en la investigacion de la verdadera sabiduria; i 3.° , los que constituyen una idea exacta de las cosas que ordinariamente se miran como medios de felicidad. Tales son: la estimacion, las riquezas, los placeres i las ciencias!" (1).

El buen empleo del tiempo es asi mismo condicion indispensable para nuestro adelanto; un momento perdido no se recupera jamas. Para arreglar bien su empleo, conviene tener presente estas instrucciones: 1.ª preguntémosnos ántes de hablar o de hacer alguna cosa, *¿para qué sirve?* De este modo, meditando las palabras i acciones, es mas difícil el error; 2.ª conviene dedicar diariamente algunos instantes para ver lo que se ha hecho, dicho u oido durante el dia. Este exámen, que puede hacerse con ventaja al acostarse, da a conocer si se progresa o se retrocede i los obstáculos que se oponen; i 3.ª como seria fácil que olvidáramos los resultados de ese exámen, importa mucho llevar un rejistro para anotarlos en él diariamente.

Terminada ya la esposicion de los diversos deberes que tenemos, pudiera entrar ahora a esplicaros detalladamente su graduacion, mas basta lo dicho para establecer la siguiente escala de preferencia: 1.° deberes para con Dios, 2.° deberes para con la humanidad, 3.° deberes para con la patria, 4.° deberes para con la familia i 5.° deberes para con nosotros mismos.

Para cerrar el cuadro que hemos trazado de la moral, indicaremos que el móvil regulador de las acciones humanas debe ser la *caridad*, o lo que es igual, el principio en virtud del cual amamos a Dios por sí mismo y sobre todas las cosas, i a nuestros prójimos como a nosotros mismos por amor a Dios. "Paciente, suave i

(1) Briseño, *Curso de filosofia moderna*, páj. 273.

nunca envidiosa, la caridad obra siempre como conviene obrar; no conoce el orgullo, la ambicion ni la codicia; es desinteresada aun en negocios propios; huye de la aspereza i aleja de sí las sospechas; no se alegra del mal que vé; se complace en la verdad; todo lo lleva con paciencia, todo lo espera con confianza, todo lo sostiene con fortaleza, i su reino no acabará jamas." El hombre caritativo lo amará todo con relacion a Dios, de que está llamado a gozar, i será feliz en las mayores adversidades de la vida. La caridad y la verdad son hermanas inseparables.

(1) Epístola a los Corintios, 13.

CONVERSACION SÉPTIMA.

Necesidades, trabajo, propiedad.

A la inquietud causada por la insuficiencia de la cosecha se unian los temores que algunos atentados contra la vida i la propiedad de los ciudadanos habian hecho nacer en todos los espíritus. Los desórdenes habian llegado hasta tal punto que hubo que sentir los asesinatos de varias personas, en medio de un tumulto de grandes proporciones, en que las propiedades fueron violadas a viva fuerza. La confianza estaba casi completamente perdida, i los vendedores huian del mercado para no ser despojados de sus especies. El precio del trigo continuaba subiendo, los consumos disminuian, los trabajos se paralizaban i los talleres se cerraban.

Hablábase al mismo tiempo de una medida grave que iba a tomarse en la fábrica. Segun algunos, solo se trataba de reducir el número de los obreros, miéntras que, segun otros, debian cerrarse todos los talleres. Algunos pensaban en la diminucion de los salarios, i otros, finalmente, aseguraban que ninguna de estas presunciones era fundada, que Lenoir i Dubuisson no dejarian ningun obrero ni disminuirian los salarios sino que reducirian el número de dias de trabajo. Aun respecto de esto último habia discordancia: hablaban algunos de dos dias de trabajo solamente, otros de tres i otros de cuatro.

Por estas circunstancias, las conversaciones eran mui animadas en los grupos formados por los obreros, ya a la hora de la comida, ya a la salida de los talleres. Discutíanse las cuestiones

de trabajo i de salario puestas a la órden del dia i, con ocásion de éstas, tratábanse muchas otras relativas a la organizacion de la sociedad, a la propiedad i a la produccion. Se repetian los cuentos mas inverosímiles, se hacian proposiciones imposibles, i al fin todos se separaban sin haber podido entenderse, pero mas inquietos, porque se habian comunicado mútuamente sus errores.

Era llegado el caso de tratar estas cuestiones en las conferencias, i el doctor Dupré lo comprendió así. Desde hoi, dijo, entraremos a ventilar algunas cuestiones de economia política, sin descuidar la moral. Esta nos enseña los deberes, la marcha del hombre hácia su perfeccion, aquella investiga cuáles son *las causas jenerales en virtud de las cuales la humanidad o un grupo de ella se encuentra mas o ménos rico, indica los medios de aumentar el estado de riqueza, ya de la humanidad, ya de una porcion solamente, e investiga los procedimientos jenerales para alcanzar mejor este objeto.*

Definida la economia, creo inútil demostrar su importancia desde que, como lo veis, de los principios que contiene se deducen reglas seguras, que ordenan el procedimiento jeneral que debe observarse para aumentar la riqueza. Verdad es que no desciende a indicar los detalles de la industria, como, por ejemplo, el modo de torcer el hilo para fabricar tejidos; porque esto es materia de otros estudios; pero aclarando las grandes cuestiones relativas a la administracion de las industrias, a los gastos de fabricacion i otras de esta naturaleza, produce resultados harto satisfactorios. Ni es ménos importante para la sociedad en jeneral que para los individuos, no solo porque, tendiendo a incrementar la riqueza de estos, produce la de aquella, sino tambien porque la considera i estudia como tal sociedad i, ademas de indicar las causas que contribuyen a su progreso ó a su decadencia material, trata varias cuestiones que para ella son de alta importancia; impuestos, modos de distribucion de la riqueza, etc. Así, no nos detengamos mas en hablar sobre la importancia de la economia política, bastante reconocida, i espliquemos sus principios de mas interes, tomando los debidos puntos de partida.

Cualquiera que sea la opinion que se forme sobre el hombre, tiene necesidades, este es un hecho incontestable.

—Lo sabemos, esclamaron varios de los asistentes.

—Estoi persuadido de que lo sabeis como yo, prosiguió Dupré; mas permitidme que os lo diga para que veamos las consecuen-

cias. El hombre tiene necesidades, i la primera condicion de su existencia es proveer a ellas. Para conservar la vida debe suministrar diariamente alimentos a su cuerpo. Llega desnudo a este mundo, i a fin de resistir a la intemperie de las estaciones, necesita vestidos para cubrirse, techo para abrigarse. Para procurarse ese alimento, esos vestidos i ese abrigo, le es indispensable trabajar, combinar medios i hacer esfuerzos de alma i de cuerpo, i para desarrollar su espíritu necesita tambien trabajar; de manera que por todas partes llegamos a esta condicion del trabajo, sin la cual nada se obtiene. Venimos, pues, a la tierra con necesidades i estas, cuando no son satisfechas, nos hacen esperimentar sufrimientos; pero, una vez satisfechas, llegan a ser un goce. Asi gozamos, cuando teniendo hambre, comemos, aunque solo sea un pan malo; gozamos, cuando teniendo sed, bebemos; despues de haber sido mojados por la lluvia, el dulce calor del fuego nos hace esperimentar así mismo un verdadero goce. Podria citaros muchos otros ejemplos, pero me limito a las necesidades mas comunes.

La condicion de estar sometido a las necesidades llega a ser un motivo para que demos gracias a Dios, que ha unido los goces a la satisfaccion de ellas.

—Lo creo, dijo Honorio, si juzgo por el placer que esperimento cuando puedo procurar a mi familia lo que hemos deseado. Dudo que los ricos sientan un contento semejante puesto que, no sufriendo con fuerza las necesidades, tampoco deben sentir tan fuertemente el goce: veo en esto una justa compensacion. Pero para los que no satisfacen sus necesidades no habria, sin la vida futura, una compensacion de sus sufrimientos.

—Tu observacion es fundada, Honorio, pero mas rara de lo que piensas. Si hai muchos hombres a quienes cuesta trabajo proveer a sus necesidades, hai a lo ménos, mui pocos en nuestro estado de sociedad, cuyas necesidades mas imperiosas no sean satisfechas. Esto nos conduce a hacer una distincion.

Las necesidades cuya satisfaccion es imperiosamente indispensable, son las de comida, bebida, vestido i habitacion. El hombre debe proveer a ellas bajo pena de sufrir o aun de perecer; es el mínimum. Pero este mínimum varía segun los lugares i los tiempos. El alimento, los vestidos i la habitacion que bastarian en la Grecia o en una gran parte de la América, serian insuficientes en países frios como los del norte.

Hai ademas varias otras causas que influyen en las necesidades: una de las principales es la influencia de nuestra imajinacion. Comparad al salvaje i al hombre mas pobre de nuestros países civilizados. Qué enorme diferencia hai entre lo que basta al primero i lo que necesita el último! Aun en países como el nuestro, lo que solo parece estrictamente necesario al habitante rico de las ciudades, seria comodidad para un hombre de condicion media i lujo para nosotros, habitantes de los campos. Con lo que basta al cultivador i al obrero, un nogociante se creeria desgraciado, un grande se consideraria en el colmo del infortunio. La costumbre de gozar de ciertas comodidades acaba por hacerlas necesarias.

—Esto es precisamente lo sensible, dijo Duroure. A las necesidades naturales agregamos otras que solo existen en nuestra imajinacion, las aumentamos sin cesar y nos hacemos desgraciados por nuestra propia voluntad. Somos, por consiguiente, mui injustos acusando a Dios del trabajo que nos cuesta satisfacer necesidades cuya creacion es voluntaria. Así, por ejemplo, en otro tiempo una cabaña compuesta de una sola habitacion nos bastaba para la familia; ahora necesitamos una pequeña casa con dos o tres piezas por lo ménos.

—Hai mucho de verdad en lo que acabais de decir, Duroure. Es cierto que creamos una infinidad de necesidades, aumentamos el trabajo que nos cuesta su satisfaccion, i despues murmuramos contra Dios que nos ha colocado en un mundo en que la vida es tan difícil. Las comodidades que gozamos van sin cesar creciendo, pero nuestros deseos crecen mas rápidamente aun, i con muchos mas motivos i medios para ser felices, nos consideramos talvez mas desgraciados que nuestros padres.

Todo esto es verdad; sin embargo, el mal no está precisamente en el deseo, sino en nnestra facilidad para formarnos una necesidad de cada una de nuestras aspiraciones: así llegamos a ser los autores de nuestra propia desgracia, deseando cada uno de nosotros con pasion lo que no puede procurarse en la posicion en que se encuentra colocado. En esto consiste el mal, i no en los deseos que son por sí mismos un bien cuando están encerrados en justos límites, i que Dios ha colocado en nuestro corazon como un medio para mejorar nuestra suerte. En efecto, al deseo de vivir mejor debemos los progresos que se han hecho desde el principio del mundo; por eso el hombre crea, combina, inventa, hace sin cesar descubrimientos, cuyo resultado final es poner a disposicion

del mas pobre, comodidades que primitivamente solo podia gozar un número reducido.

Nuestros deseos son de este modo un medio de que la Providencia se sirve para hacernos aceptar el trabajo a que estamos condenados: para satisfacer nuevas necesidades hacemos nuevos esfuerzos. El aumento de deseos es un estímulo poderoso para los hombres como para los pueblos, hasta tal punto que los que tienen mas deseos i necesidades son los que hacen mas progresos. En estos pueblos es tambien donde se satisfacen con mas facilidad, apesar de su mayor número, mientras que las naciones en que las necesidades son mas reducidas, han quedado jeneralmente atras, porque han tenido menos estímulo para ejercitar su intelijencia i esforzarse. ¿Comprendeis ahora la utilidad de los deseos en el hombre, i como son uno de los medios de que la Providencia se sirve para mejorar nuestra condicion en la tierra?

—Sí, señor Dupré, esto hará que sea mas circunspecto ántes de acusar a mis semejantes.

—Ahora, prosiguió Dupré, voi a haceros notar otras ventajas en los cambios de que os quejais. ¿Decidme, con esos cambios en el jénero de vida, no es verdad que ha sobrevenido uno tambien grande en las costumbres? ¿Desde que las casas son mas cómodas, las costumbres no han llegado a ser mas dulces, no se han habituado mas los vecinos a vivir en familia?

En este momento Passemar i Basset no pudieron contener un movimiento que indicaba cuan contrario era ese cambio a sus intereses. Desde que el interior de las habitaciones habia llegado a ser mas agradable, los hombres habian tenido menos tentaciones para ir a la taberna o al café. Dupré, sin manifestar que habia notado su descontento, prosiguió:

—Es posible que algunos gasten demasiado en su traje, lo creo i lo siento; pero ¿el deseo de satisfacer ese gusto no ha dado ocasion a esfuerzos antes desconocidos? ¿Hombres i mujeres no son ahora mas activos i cuidadosos? Se usa mejor calzado, pero se marcha mas lijero i se hacen cuatro o cinco veces mas negocios que antes. Se ha reemplazado la resina por la vela o el aceite, mas la licencia de las noches pasadas en el seno de la oscuridad ha sido tambien cambiada por ocupaciones lucrativas i lecturas provechosas.

—Teneis mucha razon, señor Dupré, i así os pido perdon por haber cedido al descontento que me ha hecho esperimentar el lujo en atencion a la escasez actual.

—No teneis por que pedir perdon, Duroure; son mui bien conocidas vuestras intenciones. Pero permitidme os diga que lo que os parece un desarrollo escesivo de las necesidades, tiene su utilidad, aun bajo el punto de vista de la escasez que nos amenaza.

Todo el auditorio prorrumpió en una esclamacion de sorpresa.

—Se crée que la civilizacion, aumentando las necesidades, debe hacer a los pobres mas miserables, porque les es mas difícil satisfacerlas. Este es un error.

Bajando el nivel de las necesidades i de las comodidades de los pobres, no solo se disminuyen sus goces, sino que tambien quedan privados de un recurso en los tiempos calamitosos, en caso de carestia o en caso de paralizacion de los negocios, de crísis comercial o de suspension del trabajo. Si su jénero de vida tiene por límite la satisfaccion de las necesidades mas imperiosas, no puede reducirse mas, i si falta el trabajo o sobreviene la carestia, se sufre tambien un malestar sensible. ¿Si no comeis mas que pan y solo bebeis agua, que hareis si vuestros recursos disminuyen o si el pan sube de precio? Pero si consumis habitualmente vino, carne, café, si usais buenos vestidos, si os procurais en circunstancias ordinarias, muebles, libros i comodidades de diverso jénero, podeis reducir esos gastos antes de quedar privados de lo necesario.

Hace treinta años no se comia en Mirebeau mas que pan, queso, papas i algunas frutas de mala especie; solo se probaba la carne algunas veces en el año; se usaban vestidos trabajados en las mismas casas, i en estas no habia mas que uno o dos bancos, un lecho i una o dos ollas con otros pocos ustensilios análogos. ¿Qué resultaba de aquí? Que si el trabajo faltaba o el precio del trigo subia, como no teniais nada en que poder disminuir los gastos, estábais en la imposibilidad de procuraros lo mas indispensable, el pan, sufriendo el hambre con todos sus horrores.

Ved, por el contrario, lo que sucederá este año. Aumentando el precio del trigo, sin que vuestros recursos aumenten, comenzareis por privaros de muchas cosas que tomais ahora; no renovareis con tanta frecuencia vuestros vestidos, i si es necesario absolutamente comprareis otros de jénero mas ordinario; aplazareis todos los gastos que no sean indispensables; consumireis ménos azúcar i ménos café, bebereis menos vino, i así, sin que vuestros recursos aumenten, tendreis el dinero necesario para

hacer frente a la alza del pan. Vivireis ménos bien, sin duda, tendreis ménos comodidades, pero contareis con lo indispensable, i aun talvez con algo mas.

Estas observaciones consolaron a todos los habitantes de Mirebeau, pues con justicia se consideraban felices al comprender la facilidad con que podrian esperar tiempos mejores.

Las necesidades, como os lo he dicho, son el estímulo poderoso que tenemos para el trabajo, i éste, a su vez, es el que nos suministra todo lo necesario para la vida. El trabajo, o en otros términos, el esfuerzo voluntario tendente a un fin determinado, es el que ha hecho progresar a las naciones. Los pueblos que se han contentado con satisfacer sus necesidades mas imperiosas, que se han resignado a trabajar únicamente por conservar su vida, jamas han salido del estado de postracion mas completa, miéntras que los pueblos vigorosos que han tenido fé en sus fuerzas i han trabajado no solo para vivir sino para gozar comodidades que a los perezosos estan vedadas, se encuentran ahora a la cabeza del movimiento civilizador del mundo.

El trabajo tiene dos formas: ya se aplica a la *trasformacion*, al *trasporte* o a la *conservacion* de un objeto material, o ya es solamente un esfuerzo del alma empleado en conservar la riqueza existente. El primero se puede llamar trabajo muscular i el segundo de ahorro; sobre ambos trataremos despues con estencion. Entre tanto, permitidme que os diga algo sobre la propiedad i sobre la seguridad que de ella debe nacer; pues sin esta seguridad, los esfuerzos del hombre serian menores i aun el trabajo de ahorro desapareceria quizás por completo.

La propiedad es el derecho de gozar de lo que nos pertenece, i el sentimiento de la propiedad tan inherente al hombre que lo tiene en todas las situaciones de la sociedad.

Pero, preguntó Ravaud, no se nota el instinto de propiedad en las bestias, por ejemplo, en el ave que defiende su nido, en las abejas que defienden su colmena? Tienen aun el instinto de lo que pertenece al hombre. ¿No es el instinto de la propiedad el que impulsa a mi perro a defender mi casa durante la noche?

—Vuestra observacion es mui fundada, Ravaud, i no debemos, por consiguiente, asombrarnos de ver tan desarrollado en el hombre el sentimiento de la propiedad. Se manifiesta en el niño mucho ántes de que la educacion le haya hecho conocer el valor de las palabras *tuyo* i *mio*. El salvaje, que se puede considerar

durante toda su vida como un niño, mira como propiedad suya al animal que ha muerto para alimentarse con su carne i vestirse con su piel, i fabrica el arco i las flechas que le sirven en la caza, mas si hubiera de ser despojado de ellas no se tomaria el trabajo de hacerlas.

La proteccion de la propiedad favorece a todos, a los que tienen poco como a los que tienen mucho. Todo hombre que presta servicios a la sociedad, ya sea como un Watt que llevó las máquinas de vapor a tan alto grado de perfeccion, ya un simple cultivador que produce trigo o un zapatero que hace zapatos, todos necesitan de esa proteccion de su propiedad, todos deben gozar de lo que ganan como precio de sus servicios. No se puede protejer el desarrollo del trabajo sin protejer la propiedad; si los hombres no pudieran gozar del fruto de sus servicios solo trabajarian lo necesario para satisfacer sus necesidades mas apremiantes i las sociedades volverian a los tiempos de atrazo.

Mas no basta que el hombre pueda conservar el fruto de su trabajo i gozarlo, importa tambien que pueda disponer de él. Si solo se pudiera gozar durante la vida, el hombre tendria ménos estímulo i se limitaria a trabajar lo necesario para satisfacer sus necesidades durante la existencia, sin pensar en el porvenir de su familia. El amor de la familia i de los amigos, ese sentimiento tan poderoso de que os he hablado otras veces, duplica sus fuerzas. Para ahorrar a sus hijos los sufrimientos que ha esperimentado él mismo, hace esfuerzos de que talvez se consideraria incapaz. Pero, a fin de obtener este resultado, es indispensable la seguridad i el derecho de disponer de lo que se adquiere para despues de la muerte. Por eso la sociedad, en todos los países civilizados, asegura a sus miembros el derecho de disponer de sus bienes por testamento, i solo en algunos se pone restriccion en ciertos casos a ese derecho, pero únicamente a favor de los parientes inmediatos.

Al contrario, en todos los países en donde los ciudadanos no estan seguros de gozar i disponer libremente de sus bienes, la sociedad permanece estacionaria i en la infancia. La historia nos confirma lo espuesto, demostrando que, en los tiempos antiguos i en los modernos, las naciones mas florecientes son aquellas en que la propiedad está mejor protejida. Comparad sino la Europa con esos Estados del Asia i del Africa en que nadie se encuentra seguro de no ser despojado violentamente de lo que ha adquirido.

Apesar de las ventajas que la naturaleza les ha prodigado, permanecen sumerjidos en el abatimiento; el comercio languidece, la agricultura i la industria manufacturera se encuentran estacionarias; nada se emprende ni imajina. ¿I si no hai seguridad para el presente, cómo se han de emprender trabajos que solo pueden aprovecharse en un tiempo mas o ménos largo? La fortuna que se busca mas en esos países es la que consiste en oro, en plata, en piedras preciosas i en alhajas, porque escapa mejor a la rapacidad de los despojantes. En ellos una poblacion escasa vejeta penosamente en un suelo que podria alimentar diez veces mas habitantes. Hé aquí el efecto necesario de la ausencia de la seguridad, del desconocimiento del derecho indisputable de la propiedad.

—Esto se comprende mui bien, dijo Leonardo. El trabajo es costoso, como vos lo habeis dicho, i lo sabemos bien los que trabajamos; mui natural es que nadie se imponga sacrificios cuyo fruto no ha de gozar. Asi es que cuando no hai seguridad solo se trabaja para satisfacer las necesidades del momento, no se emprende nada para el porvenir, i sin embargo solo trabajando con prevision i empeño es como los pueblos hacen progresos.

—Despues de lo dicho por Leonardo, prosiguió Dupré, nada tengo que agregar sobre esta materia. Refundiendo lo espuesto, me limitaré a deciros, para que concentreis vuestras ideas, que las necesidades son las que estimulan al hombre para que trabaje, que el trabajo es de dos clases, i que este trabajo se reduce i casi desaparece cuando no se respeta la propiedad. En la conservacion de la seguridad estamos interesados no solo porque la moral nos lo manda, sino tambien porque sin ella se paraliza la marcha de los pueblos, disminuyen los esfuerzos i se hace asi mas difícil la satisfaccion aun de las necesidades imperiosas.

CONVERSACION OCTAVA.

Trabajo de ahorro.

El acontecimiento temido por tanto tiempo en Mirebeau, sucedió al fin. Lenoir i Debuisson, despues de haber prolongado sus sacrificios miéntras les fué posible, se vieron obligados a detenerse, porque sus capitales estaban ya absorvidos completamente, la venta era mui escasa, i los precios tan bajos que casi no cubrian los gastos.

Reducidos a este estremo, trataron de investigar cuáles serian los medios ménos perjudiciales para ellos i para sus obreros. Todos tenian inconvenientes. La cesacion completa de los trabajos les imponia por sí sola una pérdida grave, porque en todo caso tenian que pagar los intereses de los capitales tomados a préstamo. Por otra parte, no era tampoco posible ocupar a todos los obreros, aun reduciendo los salarios, ya que no habia seguridad de reanimar la venta disminuyendo los precios.

En esta situacion se decidieron por un tercer medio, el de reducir el número de los obreros. De este modo podian hacer la eleccion entre ellos, no despedir mas que a los solteros i a los que se encontraban en posicion de esperar con ménos sufrimiento la época en que comenzaran los trabajos, i conservar a aquellos a quienes la falta del salario habria hecho mui difícil la provision de sus familias.

Decididos por este medio, dieron a conocer a los obreros la triste necesidad en que se encontraban, les indicaron el partido que habian adoptado, despues de un exámen maduro, i aplazaron

para el sábado siguiente la designacion de los que continuarian ocupando. En el intérvalo tomaron datos de las personas que podian ilustrarlos sobre la posicion de los trabajadores; asi es que cuando se hizo la designacion, no hubo muchos reclamos ni quejas porque se reconoció la justicia de la eleccion. Pero no todos aceptaron sin murmurar su nueva posicion, i algunos clamaron contra la pretendida injusticia, pasando de estas quejas particulares a las jenerales contra la sociedad, como sucede en casos semejantes.

Dupré comprendió la conveniencia de poner fin a estas quejas, i al efecto se decidió a manifestarles que, el hombre, cualquiera que sea la situacion en que se encuentre, puede mejorar su fortuna con prevision i constancia.

—En esta semana, dijo, ha sobrevenido a nuestra aldea una desgracia, que, aun cuando estaba prevista desde hace largo tiempo, no por eso es ménos sensible; pero ya que ha sobrevenido. saquemos algun fruto de ella para el porvenir. Servirá, por lo ménos, como una leccion dolorosa que nos hará fijar nuestras ideas a la vista de los hechos, i comprender los inconvenientes de la imprevision, sin la cual la paralizacion de los trabajos de fábrica produciria únicamente efectos transitorios i poco sensibles.

En efecto, si algunos de los obreros, de los que no tienen ahora ocupacion en la fábrica sufren por esta circunstancia sin poder proveer a sus necesidades, es mui probablemente por culpa de ellos mismos.

—Cómo así, esclamaron algunos de los asistentes.

—Sin duda alguna, amigos. Si no tienen ahora recursos con que esperar tiempos mejores, es porque no han ahorrado durante su vida, por los hábitos de disipacion que son tan comunes, o, colocándolos en la situacion que les es mas favorable, porque no han palpado las ventajas del ahorro.

—Sin embargo, es mui difícil llegar a ser rico cuando no se tiene herencia de sus padres, dijo Honorio Buquet.

—Es verdad, Honorio; ya os he dicho que las grandes fortunas son casi siempre obra de muchas jeneraciones, i que este es uno de los motivos porque debemos trabajar mas para fundar el porvenir de nuestros hijos. Pero no es necesario ser rico para ser feliz. Tratemos de adquirir el bienestar i la comodidad, i, a ménos que nos sobrevengan desgracias imprevistas, los alcanzaremos.

—Y cómo, señor Dupré, dijeron muchos, pues nosotros lo queremos i no lo hemos obtenido.

—Es que no lo quereis bastante, es decir, no lo quereis con una voluntad firme. Quien quiere el fin, debe aceptar los medios lícitos que se le presentan.

—Cuáles son estos medios?

—Los iré indicando en las conferencias sucesivas que tengamos. I para cumplir con este propósito, os indicaré por ahora en qué consiste el trabajo de ahorro i cuáles son sus ventajas. Como recordareis, hemos dividido el trabajo en jeneral en dos grandes clases: trabajo muscular i trabajo de ahorro, i aunque es verdad que este último es siempre posterior al primero, porque es necesario producir por medio del trabajo muscular para poder despues ahorrar de lo producido, sin embargo trataré desde luego del trabajo de ahorro para que podamos conferenciar despues, sin interrupcion, sobre la organizacion del muscular. Permitidme que os hable con detencion; la materia es mui importante.

Entre las cualidades que mas ennoblecen al hombre, ocupa un lugar mui distinguido la que se llama prevision, i mui claro es que debe ocupar ese lugar ya que lo eleva sobre todos los otros seres, poniéndole a la vista el mal para que lo evite, el bien para que marche en su busca. Sin la prevision, el hombre solo atenderia al momento presente, viviria satisfaciendo sus necesidades apremiantes; los accidentes pasarian sobre él sin que los hubiera imajinado, sin que se preparara para luchar con ellos. Sin prevision, el porvenir se presenta oscuro. Por esto vemos que el salvaje cuando recoje frutos que solo podria gastar en largo tiempo, convida a todos sus vecinos para que le ayuden a consumirlos, i queda despues espuesto a las incertidumbres de la caza o de la pesca, como si le fuera mui costoso tener segura su subsistencia. Esto es el hombre sin prevision. Por el contrario, el que prevee los acontecimientos se eleva sobre todos los demas i es difícil que sufra por accidentes impensados.

Pues bien, amigos, apesar de las ventajas reconocidas de la prevision, no ha merecido, sin embargo, una atencion especial por parte de nuestro pueblo. ¿Hasta dónde llegan ahora las miras de muchos de nuestros conciudadanos, i sobre todo, de los obreros? Se elevan sobre los acontecimientos, los preveen i se preparan para que los encuentren prevenidos? Quisiera contestar a estas preguntas afirmativamente, porque la sola confesion de lo

contrario me es dolorosa; pero, por desgracia, los hechos están mui a la vista para que pueda ni siquiera dudarse. Los obreros, si bien en Francia han hecho progresos notables respecto de otras naciones, no han formado todavia una idea cabal del porvenir; viven, como se dice jeneralmente, con el dia; no se han elevado a la verdadera posicion que debe tener el hombre en el mundo, esto es dominarlo todo por medio de la intelijencia i de la prevision. "El hombre, segun las palabras de Pascal que os he citado otra vez, es la caña mas débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa." En el pensamiento consiste toda su nobleza, i el pensamiento se ejercita mui poco sin la prevision. Mas ahora, una gran parte del pueblo vive sin pensar en el dia siguiente; derrocha en un solo momento lo que ha ganado a costa de grandes sudores; llega a la ancianidad, tiene que continuar trabajando o implorar el auxilio de la limosna i termina su vida en un hospital, sin haberse cuidado de abrir para sus hijos una nueva senda. No creais por esto que yo ataco a los que dan limosna: mui al contrario, los considero acreedores a las bendiciones del mundo. Pero los que la piden, pudiendo haber ahorrado recursos para sus necesidades, los que no han llegado a la miseria por accidentes desgraciados sino por imprevision o disipacion, defraudan a los pobres sin culpa suya de lo que les corresponde. Hai, por otra parte, mas dignidad en bastarse a sí propio en todas las posiciones de la vida.

El trabajo no basta sin la prevision i el órden que de todo sacan partido; la prevision i el órden hacen estar preparado en todas circunstancias. No hai casa que el órden no contribuya a hacer prosperar, asi como no hai ninguna que la falta de órden no arruine o empobrezca. Sin órden, nada se hace bien o a tiempo, todo se pierde, todo se deteriora; es necesario comprar i reparar incesantemente.

La prevision exije tambien el ahorro, o lo que es lo mismo, la reserva de una parte de lo que se gana para ponerse a cubierto de las eventualidades. Desgraciadamente, como os lo he dicho, mucha parte de los hombres no entiende sus verdaderos intereses. Los jóvenes obreros no quieren comprender que la juventud es el tiempo del trabajo i de las privaciones, porque la vejez es i necesita ser la época del descanso i del bienestar. Miéntras son jóvenes, gastan lo que ganan, sin pensar en el porvenir; la edad i las enfermedades vienen en seguida a sorprenderlos ántes que

se hayan procurado no el bienestar, pero ni aun los recursos mas indispensables. Estos son los delirios de la juventud; rie i canta miéntras conserva el vigor de sus fuerzas, miéntras el corazon palpita con enerjia, i luego, al llegar la vejez, llora porque las fuerzas flaquean, cuando ha podido estar prevenido para la ancianidad solo con no beber vasos tan repetidos en sus alegres fiestas. La juventud es por sí misma una época de belleza grandiosa; no es necesario proporcionarse mas goces que los que de ella resultan. Dejemos los placeres comprados para cuando la cabeza esté blanca i el corazon abandone el alegre banquete de la juventud.

Amigos mios, para alcanzar la comodidad no debe desdeñarse nada; no hai pequeñas economias. Un centavo ahorrado es un centavo ganado. ¿Qué es un centavo? se dice, no vale la pena de pensar en eso. Un centavo por dia, no lo olvideis, hace diez i ocho francos veinticinco céntimos por año: cinco centavos por dia, dan noventa i un francos venticinco céntimos, es decir, cerca de cien francos. Cinco centavos economizados diariamente dan con los intereses acumulados, mil ciento cuarenta i siete francos setenta i cuatro céntimos, al cabo de diez años mil novecientos setenta i nueve francos treinta céntimos, o cerca de dos mil francos, a los quince años, i tres mil diez i siete francos veintisiete céntimos a los veinte años (1). Diez centavos al dia darian el doble, o dos mil trescientos francos a los diez años, cómo cuatro mil a los quince, i mas de seis mil a los veinte.

—¿Cómo tanto? señor Dupré, dijeron muchos de los asistentes, no lo habríamos creido.

—Es que no conoceis el poder del ahorro i de los intereses acumulados; pero es cierto. Con una parte solamente de las sumas que acabo de indicaros, se puede hacer el comercio por menor, comprar una casa, un campo; lo mas difícil está hecho; en todo, el principio es lo que mas cuesta. Pues bien, no hai ninguno entre vosotros que no pueda economizar esos cinco centavos por dia.

¿Qué seria necesario hacer? Suprimir algunos gastos supérfluos, que en realidad no importan nada para vuestro bienestar, el tabaco, el vaso de la mañana, sin contar el que se toma algunas veces a medio dia i en la tarde, el vaso que se ofrece a cada ins-

(1) Esto sucede en Francia en que el interes es ordinariamente en los ahorros de cuatro por ciento. En Chile se obtendria el doble.

tante a los camaradas, como si no se pudiera conversar con él sin manifestarle el aprecio con vaso en mano; no frecuentar los bailes i los lugares de diversiones públicas, las ferias i los mercados; i no comprar una multitud de cosas de poco valor, sin duda, pero que, a fuerza de renovarse, acaban por llegar a ser mui costosas. ¡Cuántas circunstancias hai en que se peca contra la economía por costumbre, por irreflexion, sin saberlo, ni quererlo! Calculad i decidme si hai uno solo de vosotros que no pueda ahorrar esos cinco centavos al dia. Si hablara a obreros de las ciudades diria diez, quince, veinte centavos i aun mas.

—Sabeis que, segun esto, la vida deberia ser un tejido de privaciones, esclamó Pablo Boitard, en el cual la temperancia i la economia no eran cualidades dominantes.

—Encontrarias quizá mas cómodo, replicó Dupré, divertirte miéntras eres jóven, i venir despues a pedir a los que han trabajado bastante una parte de lo que tienen; pero esto no es justo. Si no quieres privarte ahora, amigo mio, no te quejes si tienes que sufrir en tu vejez. Ademas, esa privacion solo seria incómoda durante los primeros dias; al cabo de poco tiempo, el hombre se acostumbra a todo: el trabajo, la lectura, el amor i respeto de los demas hombres hacen olvidar completamente esas privaciones, i así, sin contar con ese amor i respeto jeneral que es el justo premio de los prudentes, por una privacion i un corto sufrimiento de algunos dias seriais despues mui felices; las enfermedades, los accidentes, las carestias, como la de ahora, os encontrarian preparados i esperimentariais privaciones ménos dolorosas. Cualquiera que sea, pues, el producto de vuestro trabajo, gastad siempre un poco ménos, que este es el medio de alcanzar la comodidad i el bienestar.

Si pensarais mas en el porvenir, os diré aun, no cometeriais todas esas imprudencias que ocasionan heridas i enfermedades, ni esos escesos que arruinan tantas veces la salud; si pensárais en el porvenir, no adquiririais ántes de casaros esos hábitos de gasto que os hacen tan difícil la economia cuando estais en familia i que contribuyen a que tantos obreros agreguen a sus faltas el grave delito de dejar a sus familias en la miseria i el abandono, continuando la vida de disipacion que ántes han llevado. Quizá no habeis pensado bien en lo funestos que son a los obreros esos hábitos de disipacion i de intemperancia; se constituyen en necesidad i hacen mui penosa la vida austera del padre de familia.

Ademas de estos hábitos hai otra costumbre mui contraria al espíritu de ahorro, i es la que en el lenguaje popular se llama correr tierra, costumbre mui desarrollada en los obreros de los campos i aun entre los de las ciudades.

—Cómo, esclamó Boitard, que habia vuelto recientemente de un viaje de esta naturaleza, no veremos entónces el país?

—El deseo de ver el país no es mas que un pretesto para satisfacer la curiosidad i emanciparse del cuidado de la familia. Despues de muchos años de viajes, durante los cuales anda errante sin fijarse para trabajar establemente, un obrero vuelve siempre mas pobre que al partir, no hace ningun ahorro, i, las mas veces, sino siempre, adquiere todos los defectos reinantes en los lugares que recorre.

Solo con el espíritu de órden i arreglo de que os he hablado i con la costumbre de ahorrar, se llega a obtener la felicidad. El hombre que tiene esas cualidades es apreciado i respetado, asegura su bienestar en la vejez, i, al morir, goza el placer de ver a sus hijos en posicion conveniente para alcanzar otro estado mas halagüeño. Este placer solo, compensa con esceso los pequeños e insignificantes sufrimientos que ocasiona el ahorro al principio.

No os digo mas por ahora, pero os pido sí, como interesado en vuestra suerte, que mediteis por un momento i decidais si vale mas un placer fugaz i casi siempre dañoso con todas las incertidumbres del porvenir, o el bienestar i el progreso de toda una familia, o de uno de vosotros adquirido con insignificantes ufrimientos.

Quizá algunos direis que reconoceis las ventajas del ahorro, pero que os cuesta ganar lo necesario para gastar i ahorrar. Pues bien, voi a contaros la historia de Juan Schmid, que manifiesta que el hombre mas pobre puede ganar su pan i alcanzar la comodidad.

"Juan Schmid era un antiguo soldado que tenia una pierna de palo; era tan pobre, hace algunos años, que se le veia pedir limosna de puerta en puerta en las aldeas vecinas a la de su residencia, cerca del lago de Constanza, porque su trabajo no le bastaba para dar de comer a sus tres hijos pequeños. Ahora Juan Schmid descansa en un gran sillon, goza de todas las comodidades i no se sabe cómo las ha alcanzado. Unos dicen que ha descubierto un tesoro; no, dicen otros, ha hecho pacto con el diablo; i yo respondo que los que hablan así no saben su historia. Voi a contarla:

Juan Schmid tenia, como he dicho, tres hijos que habia educado bien apesar de su pobreza, pues les daba buenos consejos i ejemplos, i tenia cuidado de enviarlos a la escuela.

Un dia en que Schmid dividió el pan entre sus hijos, les dijo: "hijos mios, ya estais bastante grandes para ganar vosotros mismos con que vivir; pero no mendigueis, pues podeis hacer otra cosa; eso es robar el pan a los que son mas desgraciados. Tú, Pedro, tienes catorce años i buenos ojos, busca trabajo. Tú, Gabriel, tienes trece años i buenos brazos, empléalos. Tú, Jorje, tienes once años i buenas piernas, aprovéchalas."

Los tres niños esclamaron: ¿qué quereis que hagamos?

Juan les respondió: sé bien que no tenemos campos que cultivar, leña que cortar, ni ganado que pastorear, pero hai muchas cosas que se pierden sin que nadie las utilice, i de las cuales se puede sacar partido con un poco de industria. Voi a enseñaros esto, i si ganais algun dinero, no gasteis sino segun vuestras necesidades i economizad para el porvenir. Si podeis llegar hasta el punto de alimentaros i de poder separar tres centavos por dia, cada uno de vosotros, al cabo del año, tendrá cincuenta i cuatro francos, i a los diez años quinientos cuarenta.

Entónces Juan Schmid se puso en camino con sus tres hijos. Les hizo recojer todos los huesos que se arrojaban como inútiles, a fin de vender los mas grandes a los torneros que los emplean en toda clase de obras de su oficio, i los otros a los cultivadores para abonar la tierra. Les hizo reunir tambien todos los pedazos de vidrio, que compran en las fábricas para juntarlos con otros i hacer vidrios nuevos. En el estio recojieron grandes cantidades de hojas de rosas i de flores medicinales que les fueron compradas por los boticarios; éstos les pidieron mas i les indicaron otras muchas plantas i raíces de que se hace uso. Recojieron así mismo pelo de vaca, crines de caballo i cabellos, cuando podian procurárselos un poco largos. Los tapiceros compraban el pelo de vaca, los carroseros i mueblistas los crines de caballo i los peluqueros el pelo. Todo esto producia dinero sin exijir otra cosa que atencion i cuidado.

Nada dejaban perder, asi es que la casa que habitaba Juan Schmid con sus hijos llegó a ser un almacen que apenas podia contener todos los objetos que llevaban diariamente, como los pájaros pequeños cuando quieren construir su nido. Poco a poco se hicieron conocer de las personas que les compraban, aprendie-

ron a distinguir la calidad de las mercaderias i llegaron a adquirir mas i mas habilidad para encontrarlas.

Al fin del año, Juan Schmid sacó la cuenta de lo que habia colocado a interes, i encontró ciento cuatro florines o cerca de doscientos cuarenta francos.

En el año siguiente, el trabajo marchó mejor, i al cabo de cuatro años bien empleados, se vieron dueños de mil trescientos francos.

Sin embargo, los tres jóvenes estaban ya grandes i muchas veces disputaban entre sí: ya reprendia uno a otro porque no habia trabajado bastante, ya por haber vendido demasiado barato.

El padre, Juan Schmid, que no podia soportar las disputas, les dijo: "tomad cada uno doscientos francos i trabajad por separado: con industria i economia siempre se sale bien. El resto del dinero quedará en la casa del comerciante en donde lo hemos depositado, i miéntras no lo necesitemos, los intereses se agregarán anualmente al capital."

Durante mucho tiempo no tuvo Juan Schmid noticias ciertas de sus hijos, i con todo no quiso hacer uso del dinero. Sin embargo, como despues cayese enfermo, escribió al comerciante de la ciudad: enviadme trescientos francos de mi capital, pues estoi viejo i débil.

Os envio el dinero que me pedis, contestó el comerciante: sois rico, vuestro capital se ha ido aumentando poco a poco i ahora pasa de cuatro mil francos.

Pero Juan Schmid no estaba contento, apesar de su dinero. "Moriré solo, enteramente solo, esclamaba, i la mano de un hijo querido no cerrará mis ojos."

Con todo, Juan Schmid no murió, i estando sentado en una bella tarde, con otros paisanos, cerca de un tilo, vió llegar a un criado que preguntó: "no vive aquí el señor Juan Schmid?"

Los aldeanos, asombrados, respondieron: sin duda, héle aquí. Poco despues se vieron entrar en la aldea tres coches mui bellos, de los cuales bajaron tres jóvenes i dos damas. Todos se arrojaron en brazos del viejo Juan Schmid i lo colmaron de caricias.

A vos, padre, dijeron, debemos nuestra felicidad; si no nos hubierais enseñado a recojer i utilizar yerbas, plumas i granos, i a ahorrar, seriamos ahora mendigos.

Los tres hijos i las esposas de dos de ellos llenaron de gozo los

postreros dias del anciano i emplearon el dinero colocado en la casa del comerciante en la fundacion de una escuela (1).''

Esta es, amigos mios, la verdadera historia de Juan Schmid. Ella prueba cuales son las ventajas del ahorro, i que para ahorrar no es necesario tener mas que voluntad de hacerlo; prueba tambien las ventajas de una buena educacion. Jóvenes que, sin educacion buena i, sobre todo, cristiana, se habrian estraviado en el mundo sin estar al lado de su padre, del cual no conviene jeneralmente que se separen los hijos, volvieron, sin embargo, por haber sido bien educados, a prestar a Schmid los servicios que todo hijo debe a los autores de sus dias.

"Vosotros, pues, obreros, cultivadores, criados, todos los que quereis llegar con seguridad a la posesion de los primeros bienes de la vida, una casa, un terreno, una propiedad cualquiera; vosotros los que deseais tener una familia, una esposa, hijos, i asegurar despues de vuestros dias a esa mujer i a esos hijos, lo que todo hombre debe a lo que deja en la tierra: pan i educacion, haced ahorros; así encontrareis bienestar para vosotros i seguridad para vuestros hijos; esos ahorros serán una leccion i un ejemplo para ellos. El espíritu de órden i de economia produce al fin moralidad i riqueza; el dia siguiente no será siempre amenazante; tendreis el fruto de vuestra prevision pronto a todas horas para volver a vuestras manos, aumentado por el tiempo i por el interes, i en el dia de la necesidad podreis sacar de ese tesoro que habeis preparado i que siempre da mas de lo que se le confia (2).

Sin embargo, hasta aquí no hemos visto mas que uno de los efectos del ahorro; solo lo hemos considerado como un medio poderoso i sencillo para obtener la comodidad i la fortuna, i este no es el único aspecto favorable bajo el cual debe tratarse. Produce todavia muchos otros beneficios harto importantes para que los pasemos desapercibidos.

El hombre que no prevee que talvez al dia siguiente puede encontrarse sin lo necesario para alimentarse a si mismo i a su familia; el que de sus entradas no separa algo para ponerse a salvo de las eventualidades del porvenir, no tiene, verdaderamente, la dignidad que debe acompañar al hombre. Luchando como un animal cualquiera para encontrar su alimento, no hace uso de la intelijencia que Dios le ha dado para que domine a la naturaleza,

(1) *Zschokke.*
(2) Lamartine. — Caisses d'épargne, páj. 34.

vejeta solo hasta que le llega la hora postrera, permanece con la frente hundida en el polvo sin elevarse hasta contemplar el porvenir, i, al desaparecer de la tierra, deja en abandono esposa que llora la miseria, hijos que, sin facilidad para mejorar su suerte, seguirán la marcha ya trazada por su padre o mendigarán talvez el pan i el hospital.

¡Cuán distinta es la suerte del hombre previsor! El que ahorra, el que algo posee, se ennoblece i se hace digno a sus propios ojos i a los del mundo. Tiene algo adquirido, necesita conservarlo, está interesado en el órden público, coopera a la felicidad de su patria, con la cual lo liga a mas del amor por la tierra del nacimiento, el santo lazo de la propiedad. Ese hombre no es, no puede ser ya el borracho que escandaliza, el jugador que pierde su corazon en las bacanales de la taberna, el traidor o el padre infame. Lo que se adquiere con sacrificios no se pierde con placer.

Ademas, el hombre que nada posee es difícil que pueda adquirir la instruccion que es de necesidad en el dia. Cuando casi todos tienen instruccion, el que no la posee está en una posicion desfavorable i no puede luchar con armas iguales en el mundo. Pues bien, el que nada ahorra vive casi siempre ignorante, al paso que el hombre económico puede i se acostumbra a dedicar algun tiempo a su instruccion; no está jeneralmente tan urjido por la necesidad.

"Opongamos, pues, a los vicios que trae consigo la disipacion, las virtudes que hace jerminar en el hombre la resolucion sostenida de preferir a los placeres que le embrutecen, el deber de ahorrar para su vejez i para la de su esposa, i para establecer a sus hijos. La frugalidad, la prevision, el espíritu de órden, tales son las cualidades que luego adquieren. Encorvado por largo tiempo bajo el peso del infortunio, su alma se eleva en el primer dia de suceso. Comienza a estimarse, i con justicia, pues lo que posee lo debe, no a la casualidad del nacimiento, sino al trabajo i a la prudencia. Su carácter se dulcifica, sus costumbres mejoran, su familia es mas feliz."

Antes de terminar, voi a referir la historia de la familia de Robert (2); quizá el ejemplo me ayude a convenceros de las ventajas del ahorro.

(1) Salverte. — Caisses d'épargne, páj. 27.

(2) Escrito publicado por los administradores de la caja de ahorros de Liancourt.

"Robert, obrero honrado, habitaba en una bonita aldea de provincia; era jardinero, sin otro recurso que su trabajo para vivir, alimentar i educar a sus tres hijos, dos hombres i una mujer, a los cuales cuidaba de dar la mejor instruccion que sus facultades le permitian. Cuando los hijos estuvieron ya grandes, i despues de la muerte de Robert, el mayor, Carlos, partió de su aldea i se estableció en Paris, en donde le fué fácil ocuparse con ventaja, pues era bastante hábil; la mujer se empleó como costurera, i Santiago sucedió a su padre cuyo oficio habia aprendido.

Quince años pasaron sin que los dos hermanos se viesen, pero al fin el deseo de abrazar a Santiago i a la hermana decidieron a Cárlos a volver a la aldea de su nacimiento. Solo una cosa disminuia el placer que se prometia gozar al lado de su familia: no era jugador ni bebedor, ganaba buen salario i con todo iba a volver a su casa con las manos vacias; apenas tenia lo bastante para su viaje i para llevar alguna de esas bagatelas de Paris que tanto se estiman en las provincias. ¿Cómo habia sucedido esto? Es que Carlos no habia pensado en el porvenir i llevaba esa vida descuidada de muchos obreros. Siendo, como era, intelijente i honrado, jamas le habia faltado trabajo; el salario le bastaba ampliamente para todas sus necesidades i aun para sus placeres; todos los domingos podia ir a regalarse con sus camaradas fuera de las barreras, i como pocas veces *hacia san lúnes*, podia considerarse como un jóven apuesto, aunque al fin de cada quincena todas sus entradas estuviesen absorbidas en una multitud de gastos pequeños. Dejaba correr su vida sin pensar que ese estado de cosas podia cambiar alguna vez, ya a consecuencia de la edad, ya de las enfermedades.

Llegado a su aldea, se dirije apresuradamente a la cabaña cuyo recuerdo no habian podido borrar en él quince años de ausencia. Al principio creyó haberse engañado, pues la hermosa casita que veia, no se parecia siquiera a la cabaña de Robert; estaba en el mismo lugar, pero el techo era de tejas, i un parron tapisaba las murallas bien blanqueadas, adornaba las ventanas con sus guirnaldas i daba a la habitacion un aspecto encantador.

Cárlos, para disipar sus dudas, entra desde luego en una de las piezas en la cual solo encuentra a una mujer todavia jóven ocupada en bordar zapatos colocados en gran cantidad en una canasta; se dirije a ella para informarse de lo que busca, pero apenas ha pronunciado algunas palabras, la jóven esclama con

uñ acento que le prometia el recibimiento mas cordial: ¿Será usted Carlos Robert a quien esperamos? Sea usted bien venido; Santiago tendrá mucho gusto en verlo." Estaba, pues, en casa de su hermano.

Despues de las primeras manifestaciones, la jóven, ocupándose delante de Cárlos en los aprestos de una comida ofrecida cordialmente i aceptada de la misma manera, contestó a todas las preguntas que su curioso huésped le dirijió. Santiago era jardinero; hacia ocho años que estaba casado con una bordadora de zapatos; cada uno habia llevado como dote al otro el amor al trabajo, una conducta arreglada i un cariño sincero. Con estos recursos, en apariencia tan débiles, habian podido proveer a sus necesidades, educar a sus hijos i colocar la casa en el estado de prosperidad en que Cárlos la encontraba. Este no concebia lo que estaba a su vista; la felicidad de su hermano era evidente, como lo era tambien su bienestar material; pero ¿qué habia hecho para obtener este resulado? Santiago tenia un porvenir seguro, miéntras que él, ganando diariamente mas que los dos esposos juntos, i no teniendo que cuidar mas que de sí propio, se encontraba en el mismo estado que al salir de la aldea i se veria mui embarazado para atender a su persona, si alguna enfermedad llegase a impedirle trabajar. Esta idea se le ocurria por la primera vez.

A la hora acostumbrada, Santiago volvió a la casa, acompañado de su hijo mayor que habia pasado a buscar a la escuela. Mui poco tiempo le bastó para reconocer a su hermano en el estraño que veia, i despues de los primeros testimonios recíprocos de afeccion, comenzaron de nuevo las preguntas por una i otra parte. Cárlos supo que su hermana, apesar de ser corta su entrada, habia logrado formarse una pequeña dote i que estaba a punto de casarse con un jóven honrado, buen obrero i jardinero como Santiago. Todo lo que iba sabiendo lo convencia mas i mas de la felicidad de su hermano; al fin le preguntó qué habia hecho para obtenerla. Voi a decírtelo, respondió Santiago; esa felicidad la debo a la caja de ahorros."

Despues os hablaré sobre cajas de ahorros, por ahora me limito á deciros que tienen por objeto recibir las imposiciones de todos i principalmente de los pobres, para jirar con ellas i aumentarlas considerablemente.

"A la caja de ahorros! esclamó Cárlos con un tono de sorpresa i de incredulidad.—Justamente contestó Santiago..... Al princi-

pio, mi hermana i yo no sabíamos en que hacer economias, pero al fin, a fuerza de reflexionar, entrevimos la posibilidad de ahorrar cada uno de nosotros una moneda de cuarenta centavos a la semana; ella, cuidando un poco ménos de su tocado, i yo, renunciando al vaso de la mañana i no jugando las partidas de billar i de cartas todos los domingos, como acostumbraba hacerlo mi padre; en fin, impusimos corrientemente nuestros ochenta centavos durante el primer año.

—Dios mio, qué vida tan triste i monótona habeis debido llevar! esclamó Cárlos, suspirando profundamente al pensar en todos los gastos inútiles que se permitia sin escrúpulo, miéntras que su hermano i su hermana se sometian a un jénero de vida que juzgaba tan triste.

—Al principio he tenido que sufrir un poco; pero mi hermana me estimulaba para que perseverase. "Santiago, me decia, puesto que es preciso pasar por la lengua de la jente, valo mas que sea por la de los locos que por la de los sabios, i yo estoi mas contenta de que los taberneros te traten de avaro que si los hombres honrados te llamaran borracho: sigamos siempre nuestro camino i veremos al fin quién tiene razon." Seguí sus consejos, solo conservé de mis camaradas a los que me profesaban una amistad verdadera i obtuve un éxito favorable.

—Pero en qué emplebabas tu tiempo, preguntó Cárlos asombrado de semejantes resoluciones?

—Piensas quizás que nos fastidiábamos; mui al contrario, respondió Santiago. Todos los domingos asistiamos al servicio divino. Mi hermana, despues de haber dejado sus economias en la caja de ahorros, venia a verme i a comer conmigo en familia, i cuando el tiempo estaba bueno, saliamos a pasearnos a los alrededores. Te aseguro que esto hacia mucho mas bien a mi salud que ir, como antes, a sentarme ante una mesa de juego en la taberna, oyendo gritar a unos i jurar a otros, respirando muchas veces un aire infecto. En la noche nos acostábamos contentos, sin tener el pesar de haber gastado nuestro dinero, i al dia siguiente estábamos frescos i dispuestos para seguir nuestro trabajo. He gozado tantos placeres en esos paseos, que he conservado la costumbre de hacerlos, i aun voi a ellos en los dias de fiesta con mi mujer i con mis hijos. Durante el invierno leiamos algunos libros que me prestaba un buen señor, del cual soi jardinero; el vecino se reunia tambien a veces para conversar, i de

esta manera nuestra vida pasaba en medio de una alegria franca que constituye mi felicidad. Ademas no creas que estábamos enteramente privados de diversiones: mi máxima favorita es que no conviene el esceso. Cuando teniamos algunas pequeñas ganancias superiores a nuestras necesidades i a nuestras imposiciones en la caja de ahorros, que no habriamos dejado de hacer por nada, las reservábamos para algunas ocasiones aparentes; por ejemplo, el dia del cumpleaños, la fiesta del pueblo. En una de estas ocasiones he conocido a mi mujer, por lo cual bendeciré a Dios toda mi vida. Pero vuelvo a nuestro asunto.

Despues de pasado un año, como acabo de decírtelo, contamos nuestras economias i encontramos, con gran contento nuestro, que teniamos doscientos doce francos en la caja de ahorros; jamas nos habia sucedido cosa igual. Mas esto no fuė todo: en ese año la sidra no estaba cara, teniamos fondos, pudimos comprar por mayor i, calculando, vimos que nuestra bebida no nos costaba sino casi la mitad de lo que nos importaba tomándola por azumbres en la taberna. Lo mismo nos sucedió con muchos otros artículos. Así, nos aconteció lo que acontece siempre a las personas económicas que ven multiplicarse sus ahorros unos por otros, desde que han hecho el primero i convinimos en imponer cada uno de nosotros cuatro francos. Nuestro pequeño tesoro fué de este modo aumentando sin que tuviéramos que incomodarnos ni privarnos de nada necesario. Entonces conocimos la verdad del proverbio: "en todo, lo único que cuesta es el primer paso" i prometimos no separarnos de la línea que nos habiamos trazado.

Santiago habria podido continuar por largo tiempo su relato, sin que su hermano se cansara de escucharle; pues le hacia una viva impresion; pero la abrevió, mostrándole la cuenta de sus ahorros. Al fin del segundo año tenian seiscientos cuarenta i siete francos; a los tres años, mil noventa i siete; a los cuatro, mil quinientos sesenta i cinco, i a los cinco, dos mil cincuenta. Entonces, dijo Santiago, comenzamos a disminuir nuestro gran tesoro comprando algunas tierras, mas reemplazábamos luego lo que salia de la caja, i, semejante a nuestra vaca lechera, la plata volvia a aumentarse despues que sacábamos.

La noticia de la llegada de Cárlos se habia esparcido en la aldea; luego la curiosidad en unos, recuerdos de una amistad de la infancia en otros, condujeron a casa de Santiago un buen número de visitas i este, considerando la llegada de su hermano

como una de esas buenas circunstancias que su padre habria festejado, hizo traer vino.

—Aseguro, dijo un paisano dirijiéndose a Cárlos, que Santiago te habrá hablado a favor de la caja de ahorros; es su mania, pero es verdadero lo que dice, pues por lo que a mí toca, me ha ido mui bien siguiendo sus consejos.

Como tú sabes, yo era carretero, i habria continuado siéndolo toda mi vida. Pero tenia un buen patron i este me ha retenido, quizas a mi pesar, una pequeña parte de mi salario para imponérmela en la caja de ahorros. De tiempo en tiempo ha agregado tambien algunas pequeñas gratificaciones, cuando yo le prestaba servicios estraordinarios; asi es que al cabo de pocos años tenia una bonita suma. De esa he sacado lo necesario para establecerme; ahora tengo una pequeña casa i dos caballos que hago trabajar por mi cuenta.....

—Yo, dijo otro interlocutor, tenia cerca de trescientos francos i contaba ademas con la esperanza de una buena cosecha para poder comprar algunos pedazos de terreno; pero no encontraba a mi gusto, i a mas no queria comprar con anticipacion, porque me habrian hecho pagar cinco por ciento de interes. Tampoco consideraba prudente guardar en casa mis mil francos por temor de ser robado. Felizmente la caja de ahorros se estableció; he impuesto mis mil francos, que se han aumentado al año siguiente; he esperado con tranquilidad que se vendiesen tierras a mi gusto i a bajos precios, i en vez de abonar yo el cinco por ciento de intereses, que pagamos aquí en las compras de terrenos que deben entregarse despues, por los servicios que los empleados nos prestan, he recibido el cuatro por ciento. He ganado cuarenta francos el primer año i ochenta en el segundo en lugar de haber pagado cincuenta el primero i ciento el segundo.....

La conversacion rodó aun por mucho tiempo sobre esta materia hasta que, al venir la noche, todos se retiraron. En este dia Cárlos habia recibido una fuerte impresion; habia aprendido que el órden i la economia eran practicables i útiles en todas las posiciones de la vida, pero mas provechosas a las clases menos favorecidas; reconocia que la miseria i el desenfreno eran efectos de la apatia i falta de cuidado por el porvenir. ¿Qué le habia faltado para ser, como su hermano, esposo i padre feliz, encontrando la comodidad en el fruto de su trabajo, amado i respetado por sus conciudadanos? Un poco de prevision. Cárlos se quedó con San-

tiago hasta despues del casamiento de su hermana i volvió entonces a Paris, resuelto a aprovecharse de las lecciones que habia recibido en su aldea i a reparar el tiempo perdido. Ojalá que su enmienda encuentre imitadores!"

¿Qué os ha faltado a vosotros para no tener que sufrir en estas circunstancias? lo mismo que a Cárlos, un poco de prevision.

CONVERSACION NOVENA.

Trabajo muscular. — Division i direccion.

Nada de nuevo habia sobrevenido en Mirebeau despues de los dolorosos acontecimientos que hemos referido i de la suspension casi completa de los trabajos. Los habitantes se apresuraban, cada uno segun sus medios, a auxiliar a las familias mas pobres. A los dones abundantes que distribuian o hacian distribuir por medio del cura los propietarios acomodados, tales como Valcour, Dupré, Duroure, Bavaud i Bertraud, agregaban el socorro mas útil, el trabajo. Se aprovechaban de esta circunstancia para hacer en sus propiedades mejoras que en otra ocasion no habrian llevado a efecto.

Sin duda era penoso para una parte de los obreros entregarse a un trabajo diverso de aquel a que estaban habituados i naturalmente menos retribuido. Sin embargo, se consideraban felices al encontrar, en circunstancias tan difíciles, una ocupacion que por lo menos les daba pan para sus familias, i ya comenzaban a comprender por esperiencia propia la verdad de lo que les habia dicho Dupré, que en los tiempos calamitosos los pobres no pueden ser auxiliados sino coñ el sobrante de los ricos; asi es que, si algunos habian acusado antes a la riqueza, los que procedian de buena fé apreciaban ahora su utilidad. La esplicacion hecha en la conferencia anterior les habia dado a conocer tambien que no tenian justicia para quejarse, pues si no habian hecho reservas para esas épocas de apuro solo a sí mismos podian culparse. Las ideas se iban mejorando, i esto daba aliento al doctor para proseguir con nuevo empeño.

—En la última conferencia, dijo al principiar, hemos hablado sobre el trabajo de ahorro i creo que habreis quedado susficientemente convencidos de su utilidad. Trataremos ahora de la otra rama del trabajo, esto es del muscular, o, en otros términos, de la aplicacion de las fuerzas del cuerpo, auxiliadas por las del alma, a la materia a fin de darle utilidad para que satisfaga las necesidades humanas o conservarla.

Muchas son las cuestiones relativas al trabajo que pudiera tratar aquí, i entre otras, las causas que contribuyen a que sea mas o ménos vigoroso, tales como el clima, la raza, la instruccion, etc.; pero como de este modo tendria que prolongar por un tiempo mui largo nuestras conferencias, entraré desde luego a tratar de su division i direccion. Bástenos saber respecto a los demas puntos que se rozan con el trabajo i que no son del resorte de la ciencia que estudiamos, que, por mui pequeñas que sean las fuerzas del hombre a consecuencia del clima o de la raza, siempre tiene como auxiliares poderosos para aumentar su poder a la instruccion i a la hijiene. Con la primera fortifica su intelijencia, con la segunda, conserva i aumenta sus fuerzas corporales. No desatendamos, pues, estos dos medios que se nos han dado para mejorar nuestra condicion i tengamos presente que las prescripciones de lo moral respecto de la hijiene son tambien reglas saludables para nuestro adelanto material. Pasemos a nuestro asunto.

Puesto que el hombre no puede procurarse nada en la tierra sino por medio del trabajo i que por este medio puede obtenerlo todo, le importa en estremo imprimirle una buena direccion. Simplificarlo, ya para alcanzar el mismo resultado con ménos sufrimiento, ya para obtener con una misma cantidad de esfuerzos la mayor suma posible de comodidades o de goces, debe ser, por consiguiente, el objeto de los esfuerzos de nuestro espíritu. Admitís esto?

—Ciertamente, dijeron los concurrentes.

—Hacer con mucho esfuerzo lo que podria hacerse fácilmente, emplear mucho tiempo i trabajo en una cosa que podria realizarse con prontitud i a poca costa, obstinarse, por ejemplo, en trasportar penosamente al hombro, en muchos viajes, lo que podria conducirse con facilidad en uno solo, con una carretilla, seria una locura, una pérdida de tiempo i de fuerza. Admitís tambien esto?

—Sin duda.

—Si en lugar de emplear diez horas de trabajo para hacer una

cosa, pudieseis hacerla en cinco horas, os quedarian cinco para hacer otra; os procurariais así dobles goces.

—Es evidente.

—I si alguno, pudiendo disminuir su trabajo i aumentar sus goces, no lo hiciera, ¿qué seria?

—Un loco.

—Pues bien, lo que es verdadero de un individuo, lo es de todos i de la sociedad entera. Cada individuo, trabajando separadamente, ve con facilidad si su obra podria ser hecha de un modo mas sencillo, i por consiguiente si se toma o no un trabajo inútil. Pero hai medios de economizar el trabajo o de aplicarlo con mas ventaja que un individuo aislado no puede emplear i que solo pueden ser aplicados por personas que trabajan de consuno. Si, por ejemplo, un hombre debiera labrar el campo durante la primera hora, aserrar madera durante la segunda, coser vestidos en la tercera, construir murallas en la cuarta i hacer zapatos en la quinta, hai pocas probabilidades de que todo fuera bien hecho. Estoi, por otra parte, seguro de que cinco hombres trabajando de este modo, no harian tanta obra como otros cinco que fueran uno labrador, el segundo aserrador, el tercero sastre, el cuarto albañil i el quinto zapatero.

—Es cierto, dijeron todos los asistentes; este es el principio de la division del trabajo, agregaron algunos.

—Toda profesion exije cierto aprendizaje, prosiguió Dupré. Las facultades del hombre son limitadas i nadie puede hacerlo todo. Hai personas que no pueden aprender mas que una cosa; otras, mas hábiles o mas perseverantes, pueden hacer dos o tres. Este no es, sin embargo, el único obstáculo para que un hombre pueda hacer muchas cosas. Se necesita siempre tiempo i preparativos para hacer bien una obra, el espíritu debe reflexionar en lo que se quiere, los músculos del cuerpo exijen esfuerzos para ejecutar lo que se le pide, asi es que siempre se pierde tiempo al comienzar un trabajo, sin contar con que, desempeñando funciones distintas, no se aprovecha bien la capacidad especial que tienen los individuos para ciertas i determinadas operaciones.

—Es verdad, dijo Saujon, siempre necesito como un cuarto de hora para ponerme en estado de trabajar bien en mi oficio.

—Si un hombre hace muchas cosas, la preparacion es mas larga, porque es necesario que el espíritu i el cuerpo abandonen las ideas i costumbres que provienen del trabajo anterior. Un

carpintero, aun cuando fuese un escelente sastre, al dejar su herramienta, necesitaria algun tiempo para que sus dedos se acostumbraran a la aguja.

Robinson Crusoé, solo en su isla, debia hacerlo todo i lo hacia lo mejor que le era posible, pero todo lo hacia mal. Si cinco hombres hubieran sido arrojados en la isla, en vez de uno, habrian tenido ventaja en dividirse las ocupaciones; mas ni cinco hombres ni ciento podrian dividirse el trabajo como lo vemos en Francia. En las manufacturas i en los grandes talleres es donde esta division ha sido llevada mas lejos. Diez hombres trabajando juntos hacen al dia cuarenta i ocho mil alfileres, esto es cuatro mil ochocientos cada uno. Si un solo hombre tuviera que preparar el alambre, cortarlo, arreglarlo i ponerle punta i cabeza ¿alcanzaria a hacer cien? Es mui difícil.

La division i la buena organizacion del trabajo no solo facilitan las comodidades de la vida; dan tambien oríjen a algunas que hombres aislados no podrian proporcionarse. Robinson pudo hacer un bote del tronco de un árbol, pero no le fué posible hacerlo flotar. Se necesita el concurso de muchos hombres para construir i equipar un buque, para lanzarlo al mar y dirijirlo. Ni un individuo solo ni un pequeño número de obreros podrian levantar grandes edificios, construir puentes, acueductos o arreglar los puertos. Es necesario que cada individuo trabaje en un objeto especial para que haga bien su obra i que los esfuerzos de todos reunidos se dirijan a obtener el fin deseado.

—La division del trabajo tiene sin duda ventajas inmensas, dijo Leonardo, pero tiene tambien sus inconvenientes. Así, un hombre no conoce mas que una operacion, i su trabajo depende de la cooperacion de otros obreros i de muchas circunstancias accidentales. Pero, de cualquier modo que llegue a perder su trabajo, si no sabe hacer otra cosa, es un hombre sin recurso. El que pasa su vida en hacer cabezas de alfileres no podria hacer nada con esa aptitud, si su ocupacion llegase a faltarle; al contrario, el que está habituado a confeccionar un artículo entero, puede emplear sus facultades en cualesquiera circunstancias.

—No he pretendido, replicó Dupré, que la division del trabajo no tuviera inconvenientes; seria la única cosa en el mundo que se encontrara en este caso. Tiene, pues, los suyos i tú los has indicado bien; sin embargo se reducen principalmente a dos. El primero es que en algunas circunstancias i sobre todo en las ma-

nufacturas, un operario depende de los que concurren con él a la confeccion de un objeto; si éstos no asisten el lúnes, el operario tendrá dificultad para trabajar. Pero los obreros tienen el remedio en la mano: renuncien a los malos hábitos i el inconveniente desaparece. No olvidemos que hai solidaridad entre los hombres, sufrimos con las faltas de los otros, así como nos aprovechamos de su trabajo i de sus buenas cualidades. Exhortémosnos, por tanto, mútuamente al bien.

El segundo inconveniente consiste en que el obrero que no hace mas que una cosa es poco apto para dedicarse a un nuevo trabajo, si su ocupacion habitual llega a faltarle. Pero se concibe que un simple detalle de la fabricacion de un objeto no es cosa tan difícil que no pueda aprenderse pronto, si hai empeño, i ademas la instruccion es un remedio seguro para este inconveniente. Si un obrero ha frecuentado las escuelas durante su juventud, si ha desarrollado su intelijencia por medio del estudio, si mas tarde ha continuado su instruccion aprovechando la facilidad que se le ofrece ahora, no se verá embarazado ciertamente para aprender nuevas operaciones i adecuarse a las exijencias de su posicion. Apelo a aquellos de entre vosotros que han tratado de instruirse, Honorio, Leonardo, Andres. ¿Creeis que necesitariais mucho tiempo para ganar el sustento en otro estado distinto del que habeis elejido?

—No lo creemos, contestaron los interpelados con la satisfaccion que da el sentimiento de un mérito adquirido por sus propios esfuerzos.

—Como veis, prosiguió Dupré, los inconvenientes de la division del trabajo pueden ser casi enteramente sobrepujados por nuestros buenos hábitos i por el buen empleo de las facultades que Dios ha dado a cada uno de nosotros. No nos detengamos, por consiguiente, en los inconvenientes de la division del trabajo, ya que podemos hacerlos cesar, i aprovechemos sus ventajas.

Estas ventajas son incalculables; pero para apreciarlas de algun modo, recordad lo que os he dicho sobre la inmensa cantidad de personas ocupadas en preparar comodidades para el mas insignificante de nosotros. Pensad en el estado de destitucion en que viviriais si desde siglos atras, la division del trabajo no hubiera permitido a los hombres producir mas de lo que consumian i acumular en la tierra los productos i los trabajos que encontramos en ella al nacer. Pensad en esos millares de cooperadores

que en todos los puntos del globo se emplean en proveer a vuestras necesidades o que preparan a millares de leguas de distancia, las materias que han de suministraros ocupacion. Decid entónces si semejantes ventajas bastan para compensar algunos lijeros inconvenientes.

Otra ventaja que resulta de la division del trabajo i de la cual no os he hablado hasta ahora, es que facilita mas que cualquiera otra cosa los perfeccionamientos i los progresos. Sin esta division, todos los hombres tendrian que dedicarse a las mismas ocupaciones i los Pascal, los Newton, los Watt, los Davy, los Cuvier, los Gay-Lussac, los Verzelius, los Vaucanson, los Jacquart, en vez de enriquecer a la humanidad con sus descubrimientos, se habrian visto obligados a absorver sus poderosas facultades en la práctica de una multitud de operaciones mecánicas, indispensables para la conservacion de su vida. Les hubiera sido imposible hacer en las ciencias i en las artes los grandes trabajos a que la humanidad debe gran parte de los beneficios de que goza. Notemos, ademas, que cuando toda la atencion de un hombre se dirije hácia un mismo objeto, hai muchas mas probabilidades de que descubra el medio de abreviar i de perfeccionar su trabajo, que si su espíritu estuviera preocupado con una multitud de operaciones diversas. En efecto, debemos a obreros, numerosos perfeccionamientos en la industria: me bastaria citaros a Vauquelin, Jacquart, Roubaux, Arkwright y Watt, que han hecho tan brillantes descubrimientos u operado una revolucion en la industria.

—¿Se ha conservado, preguntó Andres, el nombre de los obreros a los cuales se deben perfeccionamientos en la industria?

—Ciertamente, amigo mio, i tú encontrarás la vida de muchos de ellos en un libro titulado "los Artesanos Célebres."

—Voi a leerlo.

—I harás bien. Tú i tus camaradas vereis hasta dónde se puede llegar con el trabajo, el espíritu de observacion, el órden i la perseverancia. Pero volvamos a nuestro asunto.

El hombre trabaja para producir a fin de proporcionar goces ya a sí mismo, ya a otros. Cuando su trabajo no tiene este objeto, cuando emplea su espíritu o su cuerpo sin resultado útil, eso no es trabajo tal como lo consideramos. Para merecer este nombre, el trabajo debe ser productivo i útil, i cuando cumple con estas condiciones, es uno de los poderes mas bienhechores. Por consi-

guiente, miéntras mas productivo sea el trabajo, mas bienhechor es; por consiguiente tambien, todo lo que estimule a los hombres al trabajo será un beneficio para la humanidad, pues aumentando la produccion, se aumentan los goces.

—Segun esto, dijo Honorio, el deseo del individuo, de mejorar su condicion es un sentimiento bienhechor para la humanidad.

—Seguramente, Honorio, con tal que sea honrado i que no trate de mejorar su posicion sino por medios honestos. El hombre no puede mejorar su condicion de una manera durable, sino produciendo mas de lo que consume. El ladron, por ejemplo, puede acumular riquezas; mas éstas son sustraidas a otros a quienes han costado su trabajo. Por el contrario, por medio de la produccion i de una produccion mayor que lo que se consume, se hace un servicio a la humanidad, aumentando el fondo comun i los goces propios.

Todo ahorro de trabajo es, por consiguiente, un beneficio para la humanidad. Si se llega a abreviar en una hora el tiempo necesario para hacer cierta obra, esta economia será una ganancia neta para la sociedad, porque esa hora se empleará en producir otros objetos que aumentarán las comodidades de que se puede disponer.

—Bajo este aspecto, hizo observar Leonardo, la division del trabajo seria un beneficio triple para la humanidad, pues economiza el tiempo de tres modos: se hace mejor lo que se hace habitualmente; se hace mas en el mismo tiempo; en fin, se economizan tiempo i materiales, haciendo marchar a la vez muchas partes de una misma obra.

—Bien, Leonardo. No necesito agregar nada para probar la utilidad de la division del trabajo. Pero veamos otras consecuencias de los principios que hemos sentado.

La produccion, hemos dicho, es el objeto del trabajo, puesto que el hombre no trabaja sino para producir a fin de satisfacer necesidades i procurarse comodidades. El mejor empleo del trabajo será, por tanto, el que asegure produccion mas abundante, i como el hombre, con la division actual del trabajo en todos los ramos de la actividad humana, no produce solamente para sí, la sociedad tiene un interes directo en que se dé la mejor direccion al trabajo individual.

—Este principio me parece efectivamente incontestable, dijo Leonardo; pues desde que se dirija mal el trabajo, o se hace

ménos de lo que podria hacerse en el mismo tiempo o se hace peor. En todos estos casos, la sociedad pierde todo lo que habria ganado con una direccion mejor del trabajo.

—Pues bien, se puede dar mala direccion al trabajo de muchos modos. Esto tendrá lugar, por ejemplo, siempre que el producto neto no sea tan grande como es posible con relacion al producto bruto.

—¿Qué se llama producto neto i producto bruto? preguntó Miguel.

—El producto bruto, contestó Dupré, es la suma de todo lo que se produce; se llama, al contrario, producto neto lo que queda despues de deducidos los gastos de fabricacion. El producto neto es la cantidad con que el capital de la humanidad se aumenta despues de un trabajo cualquiera. Por tanto, miéntras mas se disminuyan los gastos de produccion, mayor será el producto neto, i así es que si por una mejora en los procedimientos, por la oportunidad en la direccion dada al trabajo, por una mayor economia o un empleo mejor entendido de las materias primeras, disminuimos los gastos de produccion, aumentamos en otro tanto la ganancia i el fondo social. En el caso contrario, la mala direccion dada al trabajo disminuye la ganancia, aumentando los gastos de produccion.

—De aquí concluiremos, dijo Leonardo, que es necesario esforzarse en disminuir la cantidad de trabajo i de materiales necesaria para confeccionar toda especie de productos.

—Es la coñsecuencia rigorosa del principio.

—¿Pero no sucede algunas veces, replicó Leonardo, que reduciendo la pena que cuesta la fabricacion de un producto, se disminuya al mismo tiempo la cantidad de obra para los obreros? Si, por ejemplo, una industria ocupa un cierto número de obreros, la mejora de los procedimientos de fabricacion que permita obtener el producto con la mitad ménos de trabajo, ¿no privará tambien de obra a la mitad de los obreros?

—Esto puede suceder i sucede algunas veces; pero el mal no es nunca tan grande ni tan estenso, ni dura tan largo tiempo como lo crées; se compensa así mismo prontamente con un bien mucho mayor. Mas, esta cuestion se liga con otra jeneral i de alta importancia, que examinaremos con cuidado en nuestra próxima reunion.

Entre tanto, no olvideis que el interes de la humanidad entera es que se produzca todo con el menor trabajo posible.

CONVERSACION DÉCIMA.

Utilidad de las máquinas.

En nuestra última reunion, dijo al comenzar, Dupré, hemos visto que, siendo el trabajo una pena a que el hombre solo se somete para satisfacer sus necesidades, todo lo que puede disminuir esa pena es un bien, i que por consiguiente los esfuerzos del espíritu humano deben propender a ese fin para hacer mas en el mismo tiempo i obtener de este modo mayores goces.

Ocasionando todo trabajo una pena, el hombre trata de disminuirla por un instinto natural. Reemplaza, en cuanto puede, el trabajo de sus brazos o de sus dedos con el de las fuerzas de la naturaleza e inventa medios para poner estas fuerzas a su servicio con la ayuda de los útiles, de los instrumentos i de las máquinas. Una máquina, cualquiera que sea, es, en efecto, un instrumento o un aparato mas o menos sencillo o complicado, con el auxilio del cual el hombre ha encontrado medio de ahorrarse trabajo produciendo con mas prontitud i facilidad lo que desea. Así, aun el salvaje usa instrumentos o máquinas. El arco, las flechas, el hueso encorvado de que se sirve para tomar su presa, son instrumentos, groseros, es verdad, pero son instrumentos.

No contento con servirse de estos útiles para apoderarse de las cosas que existen, el salvaje hace otros para producir objetos nuevos. Despues de haber empleado la madera, la piedra i los huesos para sus armas, nota que hai metales i se aprovecha de ellos para hacer instrumentos resistentes, con los cuales trabaja nuevas materias.

El labrador se servia al principio de un débil instrumento

manejado con la mano; despues se empleó el arado que corta profundamente el terreno i lo vuelve con facilidad con el auxilio de los animales que le dan movimiento.

Cuando el grano ha crecido i madurado es necesario recojerlo; pero como es largo i penoso arrancarlo con la mano, se empleó al principio un cuchillo; despues una persona de injenio notó que, si fuera curvo cortaria mejor, i se inventó la hoz, que fué un gran progreso; mas tarde se empleó la guadaña. Es tambien preciso separar el grano de su envoltura, i esto se hizo con la mano; mas, luego se notó que este resultado se obtendria con mas rapidez golpeando las espigas.

La molienda del grano para convertirlo en harina ha sido asi mismo objeto de perfeccionamientos semejantes. Al principio se golpeaba, despues se inventó el molino con dos piedras circulares de que aun se hace uso en el Oriente, i, finalmente, en la Europa civilizada se empleó en este uso al agua, al viento i al vapor, que imprimen movimiento a máquinas poderosas.

—Es necesario confesar, dijo Ravaud, que estas invenciones sucesivas han sido un gran beneficio para el hombre. ¿Qué seria de los cultivadores, a quienes aun ahora cuesta tanto producir el trigo, sin el socorro del arado, de la hoz i de tantos instrumentos preciosos que les economizan trabajo?

—Las otras industrias no deben estar ménos reconocidas que la vuestra, Ravaud. Emplearia mucho tiempo si quisiera daros solamente una idea de los perfeccionamientos sucesivos que el hombre ha introducido en esas industrias, i de las invenciones de que se ha servido para mejorar su condicion, salvando los obstáculos que le opone su debilidad física. Cada invencion ha aumentado efectivamente el bienestar material i la suma de los goces, como si la tierra hubiera llegado a ser mas fértil i las estaciones mas clementes. Cuando el molino de agua ha reemplazado al molino de mano para moler el trigo, se ha necesitado mucho ménos trabajo para preparar el alimento, i el tiempo que ha quedado libre se ha podido emplear en la adquisicion de otras comodidades. Lo mismo ha sucedido con todas las invenciones que han disminuido el trabajo puramente físico del hombre.

—Estas invenciones son incontestablemente un beneficio en jeneral, dijo entónces Honorio. Me parece, sin embargo, que puede haber circunstancias i países en que se tenga una opinion diferente. Así, por ejemplo, en un país mui poblado como la Francia,

un gran número de obreros adquiere la costumbre de ganar la vida en un jenero particular de trabajo; si se inventa una máquina para fabricar el objeto que producen, se encuentran sin ocupacion. No diré nada de lo que concierne a mi industria, pero ved lo que ha sucedido aquí, hace algunos años, en la produccion de los clavos en que se ocupaban muchos obreros en sus casas. Se inventó una máquina para hacer clavos, i esos obreros han tenido que dedicarse a otro trabajo a que no estaban habituados, i en el cual han tenido necesidad de ejercitarse.

—Lo que acabas de decir es cierto. Añadiré que algunas veces, los obreros, así reemplazados, han concebido la idea desgraciada de continuar su trabajo, esperando poder luchar con la máquina, i trabajando a precio mas i mas bajo, han logrado sostener por algun tiempo la competencia, pero lo bajo del precio los ha reducido a la pobreza. Entónces se han quejado de la injusticia de la sociedad; han dicho que trabajaban penosamente i que sin embargo eran mui mal pagados, i han acusado a la sociedad que no los retribuia, segun ellos, en razon a su trabajo, miéntras que solo debian atribuirse a sí mismos la dificultad de su posicion. ¿Por qué querer luchar contra máquinas que podian producir con mas economía? ¿No era insensatez esperar que les pagaran el mismo precio por lo que se podia obtener mas barato?

Trabajar o producir para los otros es venderles un servicio, pero no debemos ni podemos obligarlos a que nos paguen mas de lo que valen. Cuando por una invencion nueva, se llega a fabricar por diez francos lo que valia veinte, se dice que este objeto no vale ya mas que diez francos, i nadie quiere dar mas por él. ¿I acaso porque hai en el mundo personas que no saben, no pueden o no quieren emplear los nuevos métodos, nos obligarán a que les paguemos el precio antiguo? ¿Con qué derecho atentar a la libertad de los otros?

—I los fabricantes, dijo Blondeau, que habia anexado a su fundicion la fábrica de clavos de que hablaba Honorio, ¿somos acaso libres de emplear o no un nuevo método de fabricacion? Vendiendo mis productos, como lo habeis dicho, vendo servicios al público. ¿Puedo hacerlos pagar mas caros de lo que valen, es decir, por un precio mayor al que tienen en otra parte?

—No, ciertamente, señor Blondeau, ni vos ni nadie pueden hacer esto. Desde el instante en que se inventa un nuevo procedimiento de fabricacion, los fabricantes no solo tienen el derecho,

sino el deber de emplearlo. No hacerlo es faltar a las obligaciones para con la sociedad, a la cual debemos prestar todos los servicios de que somos capaces, no pidiendo por ellos mas de lo que valen.

—Sin embargo, replicó Honorio, la idea de que una máquina pueda ocasionar la desgracia de muchos obreros, privándolos de obra ¿no es de tal naturaleza que haga pensar que las máquinas producen mas mal que bien? No tienden a reemplazar el trabajo humano i a privar a las clases obreras de sus medios de subsistencia? Si aquellos cuyo trabajo es reemplazado deben morir de hambre, la invencion de las máquinas no es ya un beneficio.

—Algunas reflexiones os harán ver que esos temores no tienen fundamento. La cantidad de trabajo que puede emplearse en una época cualquiera, depende del capital de que los hombres disponen para pagarlo; los obreros no pueden, por consiguiente, vivir i ser pagados, miéntras se realiza la venta de lo que se fabrica, sino con el capital economizado; por tanto, miéntras mas considerable sea ese capital, mas posibilidad hai de emplear obreros. Ahora bien, el empleo de las máquinas no ocasiona la diminucion del capital destinado a la produccion; al contrario, como la invencion de una máquina es una cosa lucrativa, su empleo debe aumentar el capital, i como todo acrescentamiento del capital aumenta la demanda del trabajo, porque miéntras mas riqueza haya en un país mas necesidades hai en él que pueden satisfacerse, las máquinas acrecen naturalmente la demanda de trabajo. Esto se puede comprobar en Francia. El empleo de las máquinas ha aumentado enormemente el capital destinado a la industria, de tal modo que ahora es mas de diez veces mayor que hace un siglo. La industria emplea muchos mas brazos que ántes de su introduccion.

—Pero, replicó de nuevo Honorio, ese capital no se destina al pago del trabajo, es absorvido por las máquinas.

—Es verdad que una porcion se invierte en las máquinas, i si ellas fueran traidas de la luna, el dinero que se invirtiese para obtenerlas, no se emplearia en pagar trabajo; pero son hechas por obreros i se necesitan muchos esfuerzos para construirlas i conservarlas, esfuerzos que son competentemente remunerados.

La diferencia entre los artículos fabricados a mano i los fabricados mecánicamente consiste en lo siguiente: en el primer caso, el trabajo manual hace directamente el artículo, pero lo produce en pequeña cantidad; en el segundo, el trabajo hace la máquina

para fabricar el artículo, i esta lo produce en cantidad mucho mayor. Se gasta poco mas o ménos la misma suma de trabajo, i el público en jeneral obtiene goces mucho mayores.

No debe, pues, temerse que las máquinas reemplacen el trabajo manual i dejen sin obra a una porcion del jénero humano. La esperiencia de los países en que el empleo de las máquinas está mas difundido, como la Inglaterra, la Francia i la Alemania, prueba que las máquinas han aumentado mucho el trabajo manual i mejorado la condicion de las clases obreras. Ademas, las han hecho participar del bienestar que resulta de la facilidad con que todos nos procuramos una multitud de goces de que ántes estábamos privados o que comprábamos solo en cantidad mui corta. Llego, en efecto, a tratar de una de las grandes ventajas de las máquinas. Su empleo hace abundar todos los objetos fabricados, pues el deseo de emplear las máquinas, nace de que permiten producir con el mismo costo una suma mucho mas considerable de artículos.

—Pero este provecho es para el fabricante, replicó Honorio.

—Es un grave error. La abundancia trae la baratura, como sabeis, puesto que la abundancia hace superior la oferta de los artículos al pedido de ellos, i la baratura ofrece a los pobres la posibilidad de procurarse lo que antes no podian tener. Ahora el obrero mas humilde de Francia puede comprar vestidos propios, decentes i abrigadores. Tenemos, es verdad, jentes con harapos, pero son desgraciados a quienes el vicio, la imprudencia o accidentes particulares han reducido a ese estado. Los realmente amigos del trabajo pueden siempre obtener alimento sustancioso i vestidos decentes. Esto parece quizás poco, porque estamos habituados a tenerlo; mas no sucede lo mismo en todo el mundo, ni siempre ha sucedido tampoco en Francia. Un obrero de fábrica se encontraria mui mal vestido i mal comido si lo estuviese como los maestros ahora doscientos años.

Léjos de ver un mal en las máquinas, mirémoslas por consiguiente como el mayor servicio que la intelijencia haya podido hacer al hombre condenado a obtenerlo todo por medio del trabajo. Si una máquina que disminuye la pena nenesaria para producir un artículo i que permite producirlo con la mitad o la tercera parte del trabajo, pudiera ser considerada como un mal, seria indispensable decir otro tanto de las demas, pues todas tienen el mismo objeto; ni deberíamos detenernos en nada, porque lo que es ver-

dadero de unas lo es tambien de todas las otras de la misma naturaleza, de las mas sencillas como de las mas complicadas. Una vez puestos en esta via, no podeis deteneros, para ser consecuentes; no podeis establecer un límite entre las máquinas que hayan de suprimirse i las que hayan de conservarse. Es necesario aniquilar todo lo que de cualquier modo, abrevia el trabajo o disminuye la pena; es necesario destruir los útiles e instrumentos de toda especie, pues son máquinas que economizan trabajo haciéndolo mas fácil, el martillo, el serrucho, la lima, la aguja, las tenazas, el hacha.

—No, no, esclamaron a una voz Saujon, Miguel, Benito, Marcial i los obreros de las diversas industrias ejercidas en Mirebeau.

— Es necesario suprimir la hoz, el arado, la rueda de molino...

—¿Qué seria de nosotros sin esos instrumentos? dijeron a su vez todos los cultivadores.

—Veo en esta unanimidad, prosiguió Dupré, que no teneis deseos de volver al estado de nuestros padres que rompian la leña con sus manos, i removian la tierra con sus uñas, por falta de las preciosas máquinas que ahora tenemos a nuestro servicio. Conservémoslas, pues, con reconocimiento i puesto que nos prestan servicios tan grandes, no cometamos la inconsecuencia de aprobarlas cuando nos convienen i condenarlas cuando nos desagradan. ¿Quereis ahora que os diga cuándo una máquina agrada o disgusta?

Una máquina gusta cuando ejecuta un trabajo para el cual la mano no basta; así nadie se queja de la máquina a vapor que impulsa los buques que ninguna fuerza humana podria mover. Gusta cuando ejecuta un trabajo que hai costumbre de ver hecho por ella; asi os sucede con el arado i la sierra porque nunca habeis visto labrar el campo o arreglar madera sin emplearlos.

Una máquina disgusta, por el contrario, cuando viene a ejecutar un trabajo que hai costumbre de ver hecho por la mano del hombre. Desagrada particularmente cuando se introduce en una industria en que el trabajo mecánico era desconocido ántes, como sucedió con la fabricacion de las medias, que ántes se hacia esclusivamente a mano. ¿Pero lo que es bueno para una industria, porque ahorra trabajo i decuplica el poder del hombre, ño será bueno para otra en que debe obtenerse el mismo resultado? Dejemos de proferir quejas que dan lugar a la creencia de que solo vemos las cosas bajo el punto de vista del momento, i que el interes jeneral con que nos parapetamos no es mas que un pre-

testo para disimular nuestro descontento porque nos vemos obligados a romper con nuestros hábitos i a variar nuestro trabajo.

Es verdad, Honorio, que las máquinas nuevas obligan a los obreros que reemplazan a buscar otro jénero de trabajo; pero es falso que supriman trabajo, puesto que aumentan el capital. Esto se ha dicho sin duda i se repite cada vez que se trata de introducir nuevas máquinas en una industria, mas la asercion ha sido siempre desmentida por los hechos. Se ha dicho cuando se inventó la maquinaria para hacer medias, i ahora hai mas personas ocupadas en su fabricacion que cuando habia solo calceteras a mano, porque todo el mundo usa medias; se ha dicho cuando la filatura mecánica se sustituyó al trabajo a mano, i en nuestros dias la filatura proporciona mas trabajo que el que ántes daban la rueda i el huso; se ha dicho cuando el tejido mecánico ha reemplazado al oficio del tejedor, i ahora el tejido frances ocupa muchos mas brazos que antes, porque suministra jéneros a casi todo el mundo; se ha dicho, hace cuatro siglos, cuando el descubrimiento de la imprenta suprimió la industria de los copistas, i ápenas habian pasado algunos años, la imprenta ocupaba cien veces mas obreros que los que la edad media empleaba como copistas; se ha dicho mas recientemente cuando la prensa mecánica ha reemplazado a la prensa de mano, i ahora hai muchos mas obreros en las imprentas que hace treinta años i la baratura de los libros los ha puesto en manos de todos, favoreciendo la propagacion de la instruccion.

—Todo esto es bello i bueno, dijo Andres, que hasta entónces habia permanecido en silencio; pero no es menos cierto que cuando una máquina se introduce en una industria, hace mal dejando sin trabajo a una parte de los obreros que la industria ocupaba.

—Este mal es verdadero, Andres; mas, ya os lo he dicho muchas veces, no hai bien tan grande que no esté acompañado de algunos inconvenientes; provienen de la naturaleza de las cosas i es necesario resignarse. Por otra parte, no solo las máquinas ocasionan trastornos lijeros a la industria, los ocasiona tambien todo cambio en las costumbres: los descubrimientos inesperados, los caprichos i fantasias de la moda que cambian nuestras necesidades o les dan otro curso. Un nuevo camino hace mal a las propiedades próximas al antiguo: ¿pediremos que sea suprimido? Un ferrocarril destruye la utilidad del nuevo camino, ¿nos opondremos por esto a su construccion?

Los fenómenos naturales, aun los mas bienhechores, dañan a veces a algunas industrias. Citemos ejemplos. Si la estacion es contraria a la salud, hai considerable número de enfermos i los médicos están mui ocupados; si cambia el temperamento, la salud vuelve, los enfermos se restablecen i los médicos no tienen ni la mitad de las visitas de antes. La helada perjudica a las viñas, arruina a los propietarios i enriquece a los que tienen provisiones de vino en sus bodegas. Cuando despues de haberse esperado una mala cosecha, sobreviene un tiempo favorable, se arregla todo en beneficio del público, pero los comerciantes que han internado trigos, que en la escasez nos habrian sido útiles, reciben notable perjuicio a consecuencia de la buena cosecha.

Lo mismo sucede con las máquinas: dañan momentáneamente a algunos individuos, pero son un beneficio para todos. ¿Deberá sacrificarse el bien jeneral i permanente de la sociedad entera para evitar el perjuicio reducido i pasajero de algunos?

Por otra parte, este mal no es grave ni estenso. La introduccion de las máquinas no es súbita; por el contrario es lenta i gradual, i para esto hai muchas causas: la rutina, que rechaza o no gusta por lo menos de los cambios i estudios que exije la organizacion de un nuevo jénero de trabajo, el gasto, etc. Una máquina capaz de reemplazar el trabajo de muchos obreros es una máquina costosa; se necesitan capitales considerables para establecerla i este gasto obliga a muchos fabricantes a retardar su empleo.

En fin, aun cuando todos los fabricantes de un país quisiesen adoptar a la vez esa máquina, no podrian hacerlo, porque las de ese jénero son necesariamente complicadas; al principio hai pocos obreros que estén al corriente de su fabricacion, asi es que para obtenerla es indispensable pedirla con anticipacion de un año, diez i ocho meses, dos años o aun mas. La dificultad de tenerla crece grandemente cuando, en recompensa del descubrimiento, se da privilejio de invencion que limita la fabricacion en manos de un solo constructor.

Este inconveniente de las máquinas apenas es perceptible en los países en que los brazos son insuficientes, como acontece sobre todo América del Sur. En estos países producen las ventajas que os he indicado i muchas otras, sin dar oríjen ni siquiera a desgracias momentáneas, porque los obreros tienen siempre trabajo disponible.

Antes de separarnos, permitidme que reasuma en pocas palabras todo lo que hemos hablado.

El hombre no obtiene nada sino por el trabajo, i el trabajo es una pena. Todo lo que economiza el trabajo i la pena es, pues, un beneficio para la sociedad, porque le queda mas tiempo para procurarse nuevos goces. Las máquinas economizan trabajo, por consiguiente son un beneficio para la humanidad.

Las máquinas son aun ventajosas en cuanto suprimen la parte mas penosa del trabajo: una de sus grandes ventajas es permitir i facilitar el empleo de las fuerzas de la naturaleza, poniéndolas al servicio del hombre. Favorecen tambien el incremento del capital i por consiguiente aumentan el pedido de trabajo.

Diariamente las máquinas emancipan mas a los obreros, suprimiendo lo que para ellos hai mas duro en el trabajo, i los hacen pasar al estado de seres intelijentes encargados de dirijir el empleo de las fuerzas de la naturaleza, dóciles a sus órdenes, reemplazando gradualmente el esfuerzo del cuerpo por el mas noble del espíritu. ¿Quien no debe considerarse feliz con un estado de cosas que tiende a aumentar la dignidad del hombre i sobre todo la del obrero?

CONVERSACION UNDÉCIMA.

Riqueza. — Consumo. — Capital i su empleo.

No habiendo acontecido ningun hecho nuevo que llamara la atencion del doctor, comenzó la conversacion en los siguientes términos:

—Ya que en las conferencias anteriores hemos hablado sobre el trabajo bajo sus dos formas, trataremos ahora de las riquezas, de los consumos i del capital. Permitidme que desde luego os pregunte ¿qué entendeis por ser rico?

—Tener mucho dinero, se apresuró a responder un gran número de asistentes.

—Veamos, ¿de qué os serviria una bolsa llena de plata, si naufragáseis en una isla desierta? absolutamente de nada.

—Sí, dijo Jarland; pero en un pais habitado, la moneda nos sirve para comprar todo lo que necesitamos.

—Entónces os diré que las cosas que deseamos adquirir con la moneda, como el pan, los vestidos, las tierras, etc., constituyen la riqueza del mismo modo que la moneda con la cual nos las procuramos, i aun, que estas cosas son la mas sólida riqueza; pues que el oro i la plata nos serian ménos útiles que el fierro i el plomo, sino sirviesen para que nos procurásemos las comodidades de la vida. Podemos, pues, decir que la riqueza comprende todas las cosas materiales, apropiables i útiles. De este modo se encuentran incluidos todos los objetos que se compran i venden, tales como las tierras, las casas, los productos de la agricultura, los

manufacturados, los animales domésticos, en una palabra, todo lo que tiene valor i puede hacer gozar al hombre.

Veis, segun esto, que es necesario formar, acerca de la riqueza, una idea diversa de la habitual que la hace consistir, sobre todo, en la moneda. Naciones ha habido que, por tener esa opinion tan errónea, se han visto inundadas de monedas, perdiendo su agricultura, sus fábricas, todos sus jérmenes de produccion. Este ejemplo harto doloroso bastaria para hacernos comprender lo que debe considerarse como riqueza, si la razon no lo indicase con claridad.

El objeto que se propone el hombre al producir es proporcionarse goces por medio de las riquezas que crea. Este uso de ellas es lo que se llama consumo, i acerca de este punto tuviera mucho que deciros, indicando las diversas especies de consumo; pero como esta materia, si bien de mucha importancia en la ciencia, no la tiene tan grande para el fin que nos hemos propuesto, me limitaré a recomendaros el menor consumo posible de todos los objetos que no sirvan para mantener las fuerzas corporales, ilustrar la intelijencia, i, en resúmen, aumentar la fuerza productiva. Pasemos a tratar del capital, que será por hoi nuestro principal estudio.

El capital es todo lo que existe sobre la tierra, es el resultado de la acumulacion del trabajo de todos los siglos, lo que los hombres han producido ademas de su consumo.

—Entónces, preguntó Jarland, ¿el dinero no constituye por sí solo el capital?

—No, el capital de una persona puede estar bajo todas las especies de bienes o de propiedades.

—I sin embargo, cuando se habla de los capitales de un hombre, parece que se trata siempre del dinero que posee. Asi, cuando Mr. Bertrand compró la quinta de Mr. Valcour, todos dijeron que obtendria mejor resultado que su predecesor, porque tenia mas capitales.

—Esto proviene, Jarland, de que se aprecia mejor el capital cuando está bajo la forma de dinero i, asi, para valorizar la fortuna de un hombre, estimamos siempre en monedas todo lo que posee.

—Por consiguiente, dijo Honorio, todo lo que poseen los ricos es capital.

—Sin duda, pero lo que poseen los pobres tambien lo es. Tus

vestidos, tus muebles, tus ustensilios, todo lo que te pertenece constituye un capital.

—Segun esto, esclamó Honorio riéndose, yo era capitalista sin saberlo.

—Ciertamente, i es un grave error llamar capitalistas únicamente a los que poseen mucho. Hai capitales grandes i pequeños, hai capitalistas pobres i ricos, pero todos lo somos en un grado cualquiera; la diferencia consiste en la estension de los capitales. Robinson arrojado en su isla era un capitalista rico con relacion al salvaje que no posee nada, porque habia salvado del naufrajio algunos útiles i provisiones.

Se comete una gran falta creyendo que el capital solo consiste en grandes riquezas. El capital de las clases ménos favorecidas de la fortuna, constituye una parte no pequeña de la riqueza pública, como bastan para provarlo sus imposiciones en las cajas de ahorros que suben en Francia a 272.000,000, pasando en Inglaterra de 900. I sin embargo las imposiciones son una parte imperceptible del haber de esas clases, que consiste en sus tierras, sus casas, sus jardines, el material de sus tiendas i sobre todo en sus muebles i vestidos. Aunque de poco valor en detalle, todo esto forma un capital de vasta importancia.

Ademas, el capital no es solo lo que pertenece a los individuos. Los caminos, los puentes, los canales, los puertos, las iglesias, los arcenales, las escuelas, todas las construcciones pública , todo eso es igualmente capital. Una nacion es, por consiguiente, mas rica no solo cuando cada uno de sus miembres, por separado, tiene mas fortuna, sino tambien cuando posee mas capitales de todas clases. Asi cuando en lugar de gastar su dinero de un modo estéril, lo emplea en grandes trabajos que deben subsistir, aumenta su capital i la riqueza de todos sus miembros, porque facilita el trabajo de las jeneraciones futuras.

—No se puede dudar, dijo Gagelin, que el aumento de este capital beneficia a un país, pues que todos sus habitantes lo aprovechan; pero ¿ sucede lo mismo con el capital que poseen los individuos? El capitalista se enriquece sin cuidarse de los demas.

—Es verdad, Mr. Gagelin; obra como vos, como yo, como todo el mundo, busca lo que le interesa; pero no puede obtener su bien sin hacer bien a los demas. Tanto mejor, por consiguiente, si se enriquece, ya que no puede enriquecerse sin prestarnos servicios. Miéntras un fabricante dirije con habilidad

sus negocios, difunde el trabajo i el bienestar al rededor de sí, mas si se arruina, por cualquiera causa que sea, ocasiona la desgracia de los que ha empleado. El obrero que disipa su capital en vez de acrecerlo, se daña tambien a sí mismo i perjudica a la sociedad. El capital no se aumenta, en efecto, sino por medio del trabajo acompañado de órden i economia; esto es consumiendo ménos de lo que se produce.

—¿Pero entónces, replicó Gagelin, cuál es la utilidad de la acumulacion de las riquezas? O se gastan o se acumulan: si todos gastan, quedamos lo mismo que ántes, si todos acumulan no hai ganancia para nadie.

—Ese razonamiento peca en sus dos partes. Si se gasta mas, se obtienen mas goces. Si se ahorra, el obrero i el pobre colocan sus economias a interes, de modo que llegan a ser una fuente de entradas i el fundamento de una pequeña fortuna, i el rico emplea sus capitales en hacer trabajar.

—¿I si no hace trabajar? preguntó Andres.

—Tiene que hacerlo necesariamente, pues que no le es posible satisfacer sus necesidades de otro modo, ya que todo lo que consume y compra es producto del trabajo. El rico está tambien obligado a hacer trabajar para sacar provecho de su capital, para conservarlo i para aumentarlo.

Estamos, pues, interesados en que el capital sea protejido contra toda especie de turbacion; siempre que disminuye en una sociedad, disminuye al mismo tiempo el trabajo, i en todos los lugares donde hai riesgo de que sea confiscado o robado desaparece, ocasionando una miseria espantosa, como sucede en los Estados del Asia. Las revoluciones i las convulsiones civiles son harto funestas al capital, pues que destruyen la seguridad; los negocios se suspenden, los capitales permanecen improductivos por el temor de perderlos, los talleres se cierran i los obreros languidecen de miseria o intentan conmociones que agravan sus males aumentando la inquietud.

No debo tampoco olvidar otra utilidad del capital mui importante para los obreros: es que permite ocuparlos cuando el trabajo escasea. Algunas veces interesa a los grandes manufactureros conservar sus trabajadores, aunque mas bien pierdan que ganen; hé aquí la razon. El establecimiento les ha costado sumas considerables, quizá toda su fortuna. Si se detienen pierden enteramente el interes del dinero empleado. Continuando el trabajo, su

pérdida es a veces menor, i, si los empresarios son hombres buenos i humanos, prefieren perder de este modo porque así dan trabajo y pan a sus obreros. Sabeis lo que han hecho este año los señores Lenoir i Dubuison, prolongando el trabajo lo mas que han podido?

—Lo sabemos, ciertamente, i les estamos reconocidos, dijeron muchos de los obreros dirijiéndose a los fabricantes.

—Perdon, señor Dupré, dijo Leonardo. No querria con mis objeciones contradecir los buenos sentimientos que se acaban de espresar i de los cuales participo completamente, pero sabeis que ante todo trato de ilustrarme. Todo lo que nos habeis dicho prueba incontestablemente la utilidad del capital: sin embargo, ¿no hace pagar algunas veces demasiado caros los servicios que presta a la sociedad?

—En otros términos ¿preguntas, Leonardo, si el capitalista saca de sus capitales un interes superior a sus servicios? Observa los hechos. Un grande establecimiento impone un trabajo pesado i miéntras mayor es el capital que en él se emplea, mayor es tambien la ansiedad que ocasiona. Es por tanto mui justo que, ademas del interes de los capitales, el empresario saque de su esplotacion un beneficio proporcionado al trabajo que se toma, i con todo, sucede muchas veces que la única ganancia que se obtiene es el interes del dinero, interes que no pasa del cinco por ciento. Cuántas veces aun el establecimiento dá pérdidas en vez de ganancias!

En efecto, cuántos capitalistas, fabricantes, manufactureros no han fracasado! Cuántos grandes establecimientos se han cerrado despues de algunos años de existencia! En este caso, la ganancia mas clara ha sido la de la sociedad cuyo capital se aumenta con el esceso de sus productos i sobre todo la de los obreros que han recibido con regularidad sus salarios durante todo el tiempo. El propietario se ha arruinado i el salario de sus obreros ha estado al abrigo de toda pérdida.

—Esta seguridad que tienen los obreros, advirtió Leonardo, mientras que los intereses de los patrones corren tanto riesgo, es una ventaja preciosa en la cual confieso no se fija bastante la atencion; es una compensacion de la cortedad del salario comparado con las grandes ganancias que, segun se dice, obtienen algunos manufactureros.

—Es verdad, Leonardo, que algunos manufactureros, poco

numerosos por otra parte, obtienen ganancias crecidas; pero calculemos. Esas grandes manufacturas cuestan sumas enormes en terrenos, en edificios, en máquinas i en material de esplotacion. Solo el interes de ese capital será tal vez de cincuenta mil francos.

—Admito de buena gana, dijo Miguel, las ganancias de los fabricantes. Aun cuando no trabajan del mismo modo que nosotros, su trabajo no es por eso menos real, i la intelijencia que crea i dirije una grande esplotacion tiene un valor que es difícil apreciar i remunerar convenientemente. ¿Pero el interes de los capitales prestados es justo?

—Mui pronto has olvidado, Miguel, lo que hemos dicho sobre el trabajo de ahorro. El ahorro impone un sacrificio; mui justo es que tenga compensacion y la compensacion es el interes. La supresion del interes tendria por resultado la diminucion o la destruccion del capital.

—Cómo así, Mr. Dupré?

—Es mui sencillo. Hemos dicho, que el capital es el producto del trabajo que no se ha consumido. Pero si el capital no produce nada, para qué imponerse privaciones? Suprimir el interes del capital es atentar al derecho individual de disponer de las cosas, es aniquilar todo lo que impulsa al hombre a hacer esfuerzos en vista de un resultado futuro.

Hai, pues, razon para decir que la supresion del interes del capital es el retroceso a la barbarie, pues que esa supresion destruye lo que provoca el oríjen del capital mismo. I sin capital, el hombre no puede nada; solo puede comenzar nuevamente la obra del salvaje, hasta que, a fuerza de trabajos perseverantes durante muchos siglos, logre reconstituirlo.

Quitad de la agricultura el azadon, el arado, el hacha, la pala, en fin, todos los instrumentos; quitad los animales existentes, las semillas destinadas para reproducirse, los cercados i mejoras de todo jénero, quitad todo esto, porque todo es capital, i decidme ¿qué seria de la agricultura?

Quitad a la industria manufacturera sus edificios i sus máquinas, porque todo es capital, i la industria manufacturera no existirá.

Suponed al mundo sin casas, i a las casas sin útiles; suponed que no hai buques que conduzcan mercaderias por mar, ni caminos que permitan trasportarlas por tierra, i la miseria mas espantosa reinará en el mundo entero

Guardémonos, por consiguiente, de entrabar el desarrollo de los capitales; privariamos a la humanidad de la mayor parte de los servicios que le prestan i que sumariamente os he indicado. A este respecto aun desearia hacer bendecir a la Providencia que ha establecido tan admirablemente las leyes del mundo social que, a medida que los capitales de los ricos aumentan, disminuye la entrada que sacan de ellos, mientras que el beneficio de los pobres i el de la sociedad en jeneral van creciendo.

—Cómo puede suceder esto, preguntó Miguel, ya que, a medida que los capitales de los ricos aumentan, tienen mas facilidad para enriquecerse? Se dice jeneralmente que los primeros mil francos son los que cuesta ganar.

—Las dos cosas se concilian mui bien, Miguel, como vas a verlo. A medida que los capitales de los ricos aumentan, estos pueden, procurándose mas goces, emprender mas trabajos productivos; pero al mismo tiempo, cuando los capitales se multiplican en un país, se hacen concurrencia a sí mismos. Por esto con el aumento de la riqueza hemos visto disminuir en todas partes el interes. Los capitales que en un país poco rico producen diez por ciento anual, aumentándose suelen no dar despues mas que cinco i aun a veces ménos; lo que quiere decir que los ricos sacan de sus capitales una entrada proporcionalmente menor.

—¿Podria suceder entonces, dijo Honorio, que los ricos perdiesen en vez de ganar con el aumento de los capitales?

—Esto no es posible, Honorio, porque si los ricos perdiesen, dejarian de producir i entónces la riqueza disminuiria. Pero esto no tiene lugar porque el aumento de los capitales es mas rápido que la diminucion del interes, de modo que, aun cuando este interes disminuya, los capitalistas tienen, sin embargo, una entrada mayor. Asi, cuando el interes era de seis por ciento, un capitalista con cien mil francos de capital tenia seis mil francos de entrada. Cuando el interes ha bajado al cinco, los capitales están doblados por lo ménos i el capitalista tenia doscientos mil francos que le producian diez mil. Cuando el interes ha bajado al cuatro, tendria un capital de cuatrocientos mil francos, de suerte que, apesar de la baja del interes, su entrada seria de diez i seis mil francos. Segun esto, la entrada absoluta de los capitalistas va siempre en aumento, al paso que disminuye al mismo tiempo el gravámen de la industria.

—De este modo, preguntó Mr. Gagelin, ¿no podria llegar el caso de que el interes fuese igual a cero?

—No, Mr. Gagelin, porque en este caso no se formarian nuevos capitales, se consumiria toda la produccion i el capital disminuiria rápidamente. Contentémonos con que el interes baje un poco mas, pero no esperemos, no deseemos aun que baje escesivamente porque comprariamos este resultado con una diminucion jeneral del capital, es decir, con el empobrecimiento del mundo entero.

Aun queda sobre esta materia un hecho importante que notar i es que en las épocas de grande actividad industrial i comercial, cuando los capitales se multiplican rápidamente i al mismo tiempo hai facilidad para emplearlos, como entónces son mui pedidos para satisfacer las necesidades de los negocios, sucede que el interes aumenta en vez de disminuir. Este es un resultado que ha engañado muchas previsiones; pero que, impidiendo una baja demasiado grande del interes de los capitales, responderá a la vez a los deseos de los capitalistas i de los trabajadores, de los productores i de los consumidores.

CONVERSACION DUODÉCIMA.

Cambio de servicios.

La situacion comenzaba a mejorarse. Por un momento se habia podido temer que el precio del pan, ya mui alto desde el mes de febrero, subiese aun mas cuando la cosecha estuviera a punto de consumirse; pero felizmente no sucedió así. Los arribos de trigos estranjeros principiaban a ser abundantes i aun que no permitian que el precio del pan bajara, porque habian sido comprados un poco tarde, impedian, al ménos, que alcanzasen un precio mas alto. Asi se habia llegado hasta abril.

Ya la jerminacion se habia verificado felizmente, la estacion era favorable, los trigos estaban crecidos i ofrecian una espectativa halagüeña. La esperanza comenzaba a renacer en los corazones i, aunque la posicion fuese siempre difícil para una gran parte de la poblacion, en Mirebeau como en el resto de la Francia, la tristeza disminuia gradualmente i se soportaba el mal con mas resignacion porque se preveia el fin en un porvenir mas o ménos cercano. A causa de las espectativas de la cosecha se presentia tambien una diminucion en el precio del pan.

Era fácil leer este sentimiento en los rostros cuando, quince dias despues de la última conferencia, entró Mr. Dupré en la sala. Su auditorio se habia aumentado con algunos asistentes: eran los propietarios de la manufactura i de los hornos de fundicion i algunos otros jefes de talleres ménos importantes de Mirebeau.

Despues de algunas palabras de felicitacion dirijidas al auditorio acerca de los síntomas felices que comenzaban a manifestarse, inició la conferencia como sigue:

—Hemos visto, dijo, que el trabajo es la fuente de la riqueza i que por medio de él se eleva el hombre a la propiedad. Todas las cuestiones que se relacionan con el trabajo tienen por consiguiente para nosotros una grande importancia, i, ya que hemos tratado del trabajo en sí mismo i de sus productos, permitidme que os hable ahora del cambio de los servicios i de los productos.

Hemos visto que si el hombre estuviese aislado, si cada uno debiera hacerlo todo por sí mismo i pasar en cada instante de un trabajo a otro, tendria que hacer grandes esfuerzos, i apesar de todo, estaria mal vestido i mal alimentado i no tendria ni la milésima parte de los goces que el hombre pobre de las sociedades modernas se procura con muchos ménos sacrificios; pero felizmente el hombre no está aislado en la tierra. Y, como todos tienen las mismas necesidades, lo que es útil a uno lo es tambien a los demas. Así es que, si por una circunstancia cualquiera, por una capacidad especial, uno de ellos ha hecho o se procura de cierto objeto mas cantidad de la que necesita para su consumo, si al mismo tiempo un segundo o un tercer individuo se encuentran en igual caso respecto de otros productos, cada uno cambiará una porcion del suyo por otra del de los demas. Así harán un cambio i se prestarán mútuamente servicios.

Desde que se ha verificado este cambio, cada hombre nota luego que le es ventajoso dedicarse a la produccion de un solo objeto, ya que con él puede obtener todos los demas que necesita. Al mismo tiempo, ocupándose esclusivamente de la produccion de este objeto, obtiene por sí solo una cantidad mucho mayor que la que podrian producir, dedicándose a distintas ocupaciones, los que le dan otros productos en cambio. Todos, por este medio, producen mas, tienen mas productos que cambiar i satisfacen mejor sus necesidades. El cambio ha traido consigo la division del trabajo i esta a su vez facilita y multiplica los cambios, aumentando los goces. Division del trabajo, cambio de productos, satisfaccion mayor i mas fácil de las necesidades del hombre, todo esto se liga.

—Pero, dijo Gagelin, a quien la materia que se trataba parecia de su competencia, hablais de cambios de productos como si los hombres los cambiaran siempre entre sí. Me parece, por el contrario, que pocas veces hacen cambio i siempre ventas i compras.

—Eso es posible que lo hagais vos vendiendo medicinas, dijo Andres; pero yo que soi obrero, trabajo i no vendo. En cuanto a

comprar, os aseguro que no me sucede tantas veces como decis, sobre todo en el tiempo que corre.

—Ambos teneis razon, cada uno segun el sentido en qué habla, respondió Dupré; pero considerais las cosas bajo un punto de vista demasiado estrecho. Acordaos de que he comenzado diciendo que los hombres cambian entre sí servicios: para hacerme comprender he hablado de un cambio de productos, porque se ha principiado de este modo. Hablando con mas exactitud diremos que cambian entre sí servicios.

—Con todo, me parece, replicó Gagelin, que eso no es enteramente cierto. Cuando voi a la fundicion a comprar una marmita o un mortero i doi escudos buenos por esos utensilios, creo que hago un servicio a Mr. Blondeau i que él no me lo hace a mí.

—I yo, dijo a su vez Duroure, cuando alquilo un muchacho para el trabajo, creo tambien que soi yo i no él quien presta el servicio.

—Ambos estais equivocados. Decidme, Mr. Gagelin, ¿para qué comprais marmitas o morteros?

—Para servirme de ellas.

—I vos, Mr. Duroure, ¿para qué tomais el muchacho que guía el arado?

—Para trabajar mis tierras.

—Por consiguiente, Mr. Gagelin, si comprais marmitas o morteros porque las necesitais, Mr. Blondeau os hace un servicio cuando os los entrega. I vos, Mr. Duroure, os encontrais en igual caso puesto que si pagais el muchacho o lo tomais *a vuestro servicio*, como decis habitualmente, es porque teneis necesidad de él para que trabaje vuestras tierras. Juan Claude os presta, por consiguiente, un importante servicio trabajando para vos.

—Pero, si yo no hubiera tomado a Juan Claude habria empleado a otro i mis tierras serian trabajadas igualmente.

—Pues bien, ese otro os prestaria el servicio; hé aquí toda la diferencia. Del mismo modo, Mr. Gagelin, habriais podido comprar vuestros morteros en otra parte, i si los habeis comprado en casa de Mr. Blondeau es probablemente porque son mas baratos o mejores. En todo caso, teniais necesidad de morteros i Mr. Blondeau, que los fabrica, la tiene de venderlos. Ambos os habeis prestado servicios, vos comprando su mercaderia i él vendiéndola. En cuanto a tí, Andres, ¿crees que no vendes nada?

—Ciertamente, Mr. Dupré, bien sabeis que no hago ningun comercio.

—Tu error consiste en pensar que no vendes nada porque no haces lo que se llama comercio. ¿Qué hacias cuando estabas en la fábrica?

—Trabajaba, como todos lo saben.

—¿I qué te daban por tu trabajo?

—Dinero, aunque no todo el que habria querido.

—Te daban, pues, dinero, como se lo dan a Mr. Gagelin i a Mr. Blondeau, aunque piensen que no se les dá bastante por sus mercaderias. Si Mr. Blondeau vende sus marmitas, tú vendes tu trabajo.

—Segun esto, dijo Leonardo, el trabajo es una mercaderia i el obrero un comerciante como cualquiera otro, con la diferencia de que su mercaderia consiste en un trabajo por hacer en vez de un trabajo hecho. Mo gusta mucho este modo de ver las cosas; nos eleva a nosotros los obreros a nuestra propia vista i a la de los demas, i, salvo la diferencia de fortuna, no establece ninguna otra entre obreros i empresarios.

—Tienes mucha razon, Leonardo, i nunca ha debido pensarse de otro modo. Esto mismo no tendria lugar si no hubiese en los hombres la deplorable costumbre de detenerse en palabras en vez de fijarse en el fondo de las cosas. Los empresarios i los obreros cambian tambien servicios entre sí. Por ejemplo, cuando los efectos tienen salida, Mr. Lenoir necesita obreros para hacer su trabajo i vosotros necesitais trabajo para vivir. Mr. Lenoir os hace servicios dandoos trabajo i vosotros se lo haceis ejecutándolo.

Podiais pasar revista a todos los estados i os haria ver que en todas las relaciones de los hombres hai siempre cambios de servicios. Buscais un abogado en una circunstancia difícil i os dá un consejo que os saca de embarazo u os ahorra un pleito: os presta un servicio. Estais enfermos y llamais un médico que os examine; reconoce la causa de vuestra enfermedad i prescribe un tratamiento que os sana: os hace un servicio. Vosotros tambien se lo prestais, pues el abogado i el médico se dedican a la profesion para adquirir entradas i los que a ellos se confian en sus pleitos o en sus enfermedades los sirven pagándoles.

Examinad bien i vereis que todo se traduce en definitiva en un cambio de servicios. Lo que puede hacer incurrir en error es

que se presentan a veces bajo formas mui diversas: sin embargo, se reducen a cuatro especies principales que representan todos los que los hombres se prestan. Esceptuado el caso de las personas que dan por amistad o por un sentimiento de benevolencia, de lo cual no tenemos que ocuparnos, las relaciones se refunden en las siguientes:

Dar para que se nos *dé*,
Dar para que nos *hagan*,
Hacer para que nos *den*, i
Hacer para que nos *hagan*.

Dar para que nos *den* es el caso del comerciante que dá una mercaderia o un producto cualquiera por otra mercaderia o por dinero, que es tambien un producto. En este caso hai cambio de productos: comprende todo lo que se llama comunmente venta i compra.

Dar para que nos *hagan* es lo que tiene lugar cuando se emplea sirvientes u obreros para que nos hagan un trabajo.

Hacer para que nos *den* es el caso inverso del precedente: el de los sirvientes u obreros que trabajan por un salario i que cambian trabajo por dinero.

Hacer para que nos *hagan* es el caso en que se ejecuta un trabajo en cambio de otro. Este caso es raro en la actualidad.

—Comprendo, dijo Mr. Maucorps, ajente de negocios, que hai siempre un cambio de servicios. Sin embargo no sé en qué categoria se coloquen los del abogado i del médico de que hablabais hace poco.

—En la clase de los que *hacen para que se les dé*, o en otros términos, que trabajan para recibir. El abogado i el médico estudian las leyes i el procedimiento, los tratados de medicina i el cuerpo humano, los documentos de un proceso o la enfermedad de un cliente, a fin de recibir el pago de sus trabajos.

—Su trabajo no es mui grande, dijo Miguel, en relacion con el dinero que se les dá.

Cuando pagas al abogado o al médico no pagas solamente el trabajo que se toma al redactar un escrito o hacer una curacion, sino el que les ha ocasionado el estudio durante quince o veinte años i el que se toman estudiando sin cesar a fin de estar prontos para servirte cuando los necesites.

Lo mismo sucede a los sábios, a los injenieros, al majistrado que hace justicia, al funcionario que cuida los intereses públicos, al sacerdote encargado del culto y de la conservacion de la pureza en las costumbres, al preceptor que nos hace tan grandes servicios dándonos la instruccion; todos están en la categoria de los que *hacen* para que se les *dé*.

Todos trabajan para nosotros, i si no los vemos ocupados en el cultivo de la tierra o en algun oficio, estudian i meditan durante largos años con la frente en los libros, i casi siempre, cuando nosotros descansamos, ellos están aun en vela reflexionando sobre los medios de hacernos mas instruidos, mas morales, de asegurar nuestra seguridad i de acrecer nuestro bienestar por medio de trabajos, consejos, descubrimientos e invenciones nuevas. Estos trabajadores, cuyos servicios se desconocen a veces, son precisamente los que mas sirven a la humanidad; sus servicios no se limitan a algunos individuos, se dirijen a la sociedad entera. Estos servicios son algunas veces tan repetidos i de tal naturaleza, que seria difícil apreciarlos para pagarlos por su justo valor; i como por otra parte interesan a la sociedad en jeneral, el Estado es el que se encarga de retribuirlos por medio de sumas que el público pone a su disposicion. En todo caso, el salario que les damos o que el Estado les dá a nuestro nombre, no es mas que la justa remuneracion de los servicios particulares que hacen a los individuos o de los jenerales que prestan a la sociedad.

—Segun esto, advirtió Mr. Maucorps, los servicios prestados por todas estas personas son semejantes a los de los obreros i de los sirvientes.

—Ciertamente, Mr. Maucorps; todas esas personas trabajan para los demas i se les paga su trabajo. *Servidor* quiere decir que *sirve*, que *hace servicios*, todos estos lo hacen y *todo servicio merece salario*. Los honorarios del médico y del abogado, la pension del sacerdote, del funcionario i del majistrado son su salario: el nombre nada importa. Lo que es necesario ver es la naturaleza de los servicios i el cambio que de ellos se hace.

—¿No puede suceder, preguntó nuevamente Miguel, que uno dé mas productos o tiempo que el otro?

—Es posible, si la necesidad del uno es mas urjente que la del otro. Pero, qué importa? si han efectuado el cambio libremente es porque para ambos lo han considerado ventajoso, ya que sin

esto no lo habrian hecho. Que uno dé mas que el otro, ninguna importancia tiene; han cambiado servicios i recíprocamente se estiman satisfechos: de otra manera, lo repito, el cambio no habria tenido lugar, pues eran libres para efectuarlo.

—Sin embargo, Mr. Dupré, puede suceder que uno de los dos no sea libre. Si necesita pan i no tiene mas que vestidos para dar en cambio, como el pan es mas indispensable que el vestido, deberia pasar por lo que quisiese el tenedor del pan.

—Desde el momento en que el primero consiente en dar su vestido es porque cree que el servicio que se le hace impidiéndole morir de hambre vale el vestido que dá. Paga caro este servicio, lo confieso, pero es por que tiene una necesidad estrema i aun en este caso un servicio equivale a otro. Mas en el estado actual de la sociedad, las cosas van mejorando i la desproporcion que podia existir en el cambio de los servicios disminuye sin cesar.

—¿Cómo asi, dijo Leonardo? Yo creia que siempre iba en aumento.

—Es un grave error i vais a comprenderlo. Cuando los hombres están mui diseminados en un territorio, puede suceder que un producto solo se encuentre en poder de uno solo o de dos o tres al o mas. Si no hai mas que uno solo, tenemos que sufrir la lei i dar por su servicio el precio que quiera, a ménos que nos convenga mas producir por nosotros mismos lo que necesitamos. Si no hai mas que dos o tres tenedores, es posible que se entiendan unos con otros i que nos veamos obligados a pasar por lo que quieren, con la misma limitacion. Pero cuando la poblacion aumenta, cuando los hombres están reunidos en gran número, como en los Estados civilizados, entónces el mismo objeto se encuentra siempre en muchas mános diversas i el convenio es imposible, porque a él se opone el interes mismo de todos. Todos desean sacar el mejor partido posible de lo que tienen, pero temen que, subiendo demasiado el pedido, se busque el objeto en otra parte: disminuyen, por consiguiente, sus pretensiones i consienten en recibir ménos a fin de asegurarse la ganancia del negocio.

—Comprendo, dijo Leonardo; lo que nos permite obtener el objeto con mejores condiciones es la concurrencia que se hacen entre sí los poseedores.

—Precisamente, Leonardo; ese es el efecto de la concurrencia. Si perjudica al poseedor de un objeto impidiéndole que obtenga

en cambio tanto como quisiera, favorece al que lo necesita, permitiéndole procurárselo con mas facilidad i, como todos consumimos mas clases de mercaderias que las que podemos producir, ganamos por la concurrencia mas de lo que perdemos. Todo esto es a la vez el resultado de la division del trabajo i de la facilidad de los cambios. Pero volveremos a tratar mas tarde de este asunto. Por ahora voi a contestar a la objecion que Mr. Gagelin hacia hace poco a propósito de la palabra *cambio* que he empleado para espresar las relaciones de interes, mientras que en el mundo se usa poco ese término. Esto proviene de que hai un ajente intermedio que juega un papel importante en todas las transacciones i del cual debo deciros algo: es la moneda.

El cambio directo o de productos por productos, de un saco de trigo, por ejemplo, por vestidos, de un par de zapatos por leña, solo se practica en el oríjen de la sociedad. Los hombres notan luego que ofrece grandes inconvenientes, apesar de la ventaja inmensa que tiene por otra parte sobre un estado de cosas en que cada individuo debe producir por sí mismo todos los artículos de su consumo. Asi, el que posee el artículo que nos falta puede no tener necesidad del que podemos darle en cambio, i del mismo modo el que necesite nuestros efectos puede ser que no tenga lo que deseamos. Seria necesario entónces hacer un primer cambio para recibir una cosa que nos es inútil i trocarla en seguida por otra que al fin podriamos cambiar por la que nos falta. Pero ántes de llegar a este resultado final tendriamos que recurrir a cinco o seis cambios sucesivos, pasaria el tiempo en marchas e investigaciones i perderiamos una de las grandes ventajas del cambio, que es favorecer la division del trabajo i economizar el tiempo.

Ademas, el cambio directo seria muchas veces imposible. Pongamos, por ejemplo a Miguel, que es sastre i que necesita pan, vino, leña i velas. Uno solo de sus vestidos vale todo lo que necesita, pero el que le da pan no tiene vino i el que podria procurarle leña no tiene velas. Con todo no puede dar su vestido mas que a uno solo ni efectuar, por consiguiente, un cambio que arreglaria a todos. La dificultad no existiria si hubiese un artículo, una mercaderia que todos los hombres diesen en cambio de lo que desean i consintieran recibir en cambio de lo que poseen. Este artículo tendria todas las ventajas que se puede desear en un ajente para facilitar los cambios, si fuese susceptible de fraccionarse en cantidades bastante pequeñas para que se prestase a

todas las transacciones, si tuviera bastante valor en un volúmen pequeño para que su trasporte fuese fácil, en fin, si no se alterase, i su valor, de fácil comprobacion en todo tiempo, estuviese sujeto a pocas variaciones. Se ha encontrado una mercaderia que reune precisamente todas esas ventajas: es la *moneda*, o lo que se llama ordinariamente, pero mal, la *plata*.

—¿Cómo, señor Dupré, dijo Frapin: la plata es una mercaderia como mi trigo?

—¿I que quereis qué sea? ¿Acaso no comprais i vendeis moneda como comprais i vendeis trigo i lana?

—No, Mr. Dupré, no compro plata.

—¿I qué haceis al vender vuestro trigo o vuestras vacas? ¿No es comprar moneda, dando en cambio esos artículos, de la misma manera que el que os compra os vende su moneda para recibirlos? Esto es tan cierto que si tuvieseis una gran necesidad de moneda, dariais mas trigo o lana i si, por el contrario, el que os compra necesita mas vuestras mercaderias que vos el dinero, se verá obligado a daros mas por la misma cantidad de lana o de trigo.

—Comprendo la utilidad de esta invencion, dijo Mr. Ravaud; i creo que ha sido un gran beneficio para la especie humana; comprendo tambien que toda venta i toda compra no son en definitiva mas que un cambio, pero no veo tan bien lo que deciais hace poco, que en todo cambio de servicios, estos equivalen unos á otros. Me parece que hai muchos que hacen buenos negocios, mientras que otros son engañados.

—Esto puede suceder; diré mas, sucede muchas veces, i sin embargo no impide, que, cuando el negocio se concluya, haya igualdad en los servicios; si asi no fuera el negocio no se verificaria. Si pongo en venta azúcar o aceite, es porque tengo necesidad de deshacerme de estos artículos i prefiero la moneda que puedo sacar, probablemente porque necesito esa moneda para procurarme otra cosa. El que compra mi azúcar o mi aceite me hace un servicio, puesto que me dá en cambio la moneda que me falta. A su vez, él tiene mas necesidad de mi azúcar o de mi aceite que de su moneda i yo le hago, por consiguiente, un servicio dándole en cambio de ella lo que desea obtener. Por otra parte, los dos discutimos el valor del servicio que nos prestamos i solo cuando estamos de acuerdo se concluye el negocio.

—Sin embargo, advirtió Mr. Jarland, parece que el que dá

moneda presta un servicio mayor que el que entrega una mercaderia cualquiera.

—La diferencia no es mas que aparente i proviene del carácter particular de la moneda que podemos dar en cambio de todo lo que necesitamos i que no se consume con su propio uso. Con vestidos o zapatos nos veriamos muchas veces embarazados para procurarnos pan o carne; con moneda, por el contrario, podemos en un instante obtener todo lo demas. Esta es la razon por la cual preferimos siempre convertir nuestros productos en moneda; no estamos seguros de encontrar cuando lo queramos, un comprador para esos productos, miéntras que estamos ciertos de que el tenedor de una mercaderia cualquiera siempre se encontrará dispuesto a cambiarla por dinero, con tal que le ofrezcamos el suficiente.

En cuanto a la cantidad de nuestra mercaderia que tenemos que dar en cambio, varia en razon de diversas circunstancias que examinaremos despues, unas dependen de las necesidades del vendedor o del comprador, otras de la cantidad disponible de los objetos, o bien de la calidad de la mercancia i de la dificultad del trabajo; pero siempre habrá cambio de servicio, dando unos de los permutantes dinero porque tiene necesidad de mercaderias o de trabajo, i entregando el otro sus efectos o empleando su tiempo porque prefiere el dinero.

—Esto me parece mui verdadero, dijo Mr. Bertrand, pero hasta ahora no lo habia sospechado. Siempre he creido que prestaba un servicio al comerciante cuando le compraba algo, sin pensar que él me sirviese tambien.

—A fé mia, esclamó Andres, confieso que al trabajar para mi patron, nunca habia pensado que él me prestase un servicio. Veo ahora que nos servimos recíprocamente.

—Todo esto proviene de que en el mundo miramos mal las cosas y solo las consideramos en relacion con nosotros. Si pensáramos mas en nuestra recíproca posicion, guardariamos mas benevolencia unos para con otros i, defendiendo nuestros intereses, veriamos que despues de todo se trata de un servicio que debemos prestarnos mútuamente. Si os acordais bien de esta verdad, notareis cuan admirablemente cambia la naturaleza de vuestras relaciones.

—Gracias, Mr. Dupré, no lo olvidaremos, esclamaron los asistentes al separarse.

CONVERSACION DÉCIMATERCIA.

Valor del trabajo. — Oferta y pedido.

Las esperanzas que se habia principiado a concebir estaban a punto de realizarse. El lijero movimiento de baja en el precio del trigo habia tomado ya un carácter mas decisivo i la poblacion se encontraba en el caso de una tripulacion que, despues de una tempestad violenta, vé al fin que el viento calma i divisa el puerto en que ha de descansar de sus fatigas.

Asi es que desde el mes de abril, el comercio por menor habia comenzado a recobrar alguna actividad, i el trabajo, interrumpido por largo tiempo en muchos talleres i disminuido en todos, se reanimaba poco a poco. Las industrias pequeñas sentian mas este impulso, i ya los sastres, los cordoneros i los cerrajeros trabajaban casi todos. Solo las grandes industrias permanecian aun paralizadas, pero vendian poco a poco sus productos acumulados en el año i se esperaba verlas luego en actividad. Tal era el asunto de la conversacion jeneral, cuando Mr. Dupré llegó a la escuela.

—Mr. Dupré, dijo Honorio, cuando todos se sentaron, he seguido con atencion todo lo que nos habeis dicho sobre el trabajo i creo haber comprendido vuestras esplicaciones; sin embargo, hai en la cuestion del trabajo muchos detalles de que no puedo darme cuenta. Asi, puesto que pagamos los servicios i que todos estos servicios son trabajos, debe creerse que las cosas valen en proporcion de lo que cuesta hacerlas o producirlas, i con todo, me parece que no es asi.

—Veo con placer, Honorio, que quieres ver el fondo de las cosas a fin de apreciarlas bien i voi a contestar tu pregunta, aun cuando para hacerlo tendremos que recorrer algunos hechos.

En jeneral, las cosas solo tienen valor en cuanto son útiles: esto es evidente. Con todo, las cosas mas útiles no siempre tienen gran valor i algunas veces no tienen ninguno. Lo mas útil al hombre es sin duda el aire que respiramos, pues sin aire no podriamos vivir un solo instante, i sin embargo, el aire no tiene jeneralmente ningun valor, porque Dios lo dá gratuitamente. La luz del dia es tambien una de las cosas mas útiles i no tiene valor, porque se encuentra en el mismo caso que el aire. El agua nos es tambien indispensable como el aire i la luz, i del mismo modo no tiene valor o tiene mui poco, porque para obtenerla no hai mas trabajo que el de buscarla. Pero el aire, el sol i el agua pueden tener algunas veces un valor mui subido. Pongamos algunos ejemplos.

Durante una gran sequedad, los pozos de una pequeña aldea no daban agua i los pobres habitantes tenian que ir a buscarla a una distancia mui considerable. Las cosas llegaron a tal punto que una mujer, propietaria de una vaca i de un cordero, tuvo que dar este último a fin de obtener agua para su vaca. Al dia siguiente cayó una lluvia abundante, nadie necesitaba ya comprar agua i la mujer estaba inconsolable por haber dado su cordero. Imajinaos tambien a un propietario de viñas que viaje por el Africa i se encuentre con sed, ¿no se obligaria a dar su mejor tonel de vino en cambio de un vaso de agua?

—Ciertamente, señor Dupré. Es claro que en este caso el precio del agua está en razon de su escasez.

—Otro ejemplo. El aire no tiene valor, porque Dios lo da gratuitamente, pero hai, sin embargo, minas tan profundas i con galerias subterráneas tan largas que los obreros no pueden trabajarlas. ¿Los propietarios de esas minas no pagarán grandes sumas a los injenieros que lleguen a introducir en ellas el aire en cantidad suficiente?

—Sin duda, contestó Honorio: pagarán en este caso en razon de la dificultad i de los esfuerzos de alma i de cuerpo que son necesarios para vencerla.

—Lo comprendo, dijo Leonardo; pero ¿no es indigno que los hombres hagan a veces pagar mucho por servicios que les es mui fácil prestar?

—No se trata de esto, Leonardo; tomemos a los hombres tales como son, deseando sí que sean mejores. Pero dime, ¿sirves tú gratuitamente a los señores Lenoir i Dubuison?

—No, porque es necesario que me alimente.

—Esto se comprende, Leonardo; mas te haces pagar cuatro francos al dia, mientras que muchos de tus compañeros solo ganan la mitad.

—El trabajo de ellos es mas fácil.

—Entónces, Leonardo, tú pides en razon de la necesidad que tienen de tí, i como los demas, haces pagar tus servicios por lo que valen. No puede suceder de otro modo en el mundo.

Habeis visto por medio de los ejemplos que os he citado cómo el valor de una misma cosa puede variar segun las circunstancias i la necesidad de las personas. Sin embargo, las cosas tienen ordinariamente un valor jeneral que los hombres convienen en darles. Observemos lo que regla este valor ordinario.

Para producir un objeto cualquiera o para ponerlo en estado de servir, se necesita cierto trabajo, de suerte que el valor de los efectos será el del trabajo indispensable para producirlos, el cual depende de varias circunstancias.

Tenemos aquí a Leonardo que gana ochenta centavos al dia, ajustando los hilos en la fábrica, i a la viuda Bonnet que solo obtiene ocho centavos trabajando tambien todo el dia como calcetera. El valor del trabajo no depende por consiguiente del tiempo, ni su fuerza se mide por el gasto de fuerza muscular. Un labrador i un albañil parece que trabajan mas que un relojero, si se considera la fuerza que gastan; pero hai cincuenta trabajadores que pueden hacer la obra de los primeros por uno que se encuentra en situacion de ajustar las piezas de un reloj. Se piden incomparablemente ménos relojeros que labradores i albañiles i con todo hai mas dificultad para encontrarlos: hé aquí la razon por que ganan mas.

Los obreros tienen inclinacion a considerar su trabajo como mal remunerado, i aun los de una profesion se quejan a veces al ver que los de otra ganan mas dinero. Basta decirles: haced lo mismo, si podeis. Si no pueden hacerlo, es por consiguiente claro que esos obreros no obtienen mas que el precio de un trabajo que vale mas que el de los otros. Un operario que hace relojes de madera gana mui poco i a su lado vé que el que fabrica cronómetros o relojes para la marina hace a veces fortuna, mas nota al mismo tiempo que muchos otros pueden hacer relojes como los suyos miéntras que ninguno puede luchar con el fabricante de cronómetros: este debe naturalnente ganar mas, porque su trabajo tiene mas

valor. Si se pidieran muchos relojes de madera i solo uno pudiese hacerlos, habiendo diez fabricantes de cronómetros, el primero ganaria, por el contrario, mucho mas que los últimos.

Dos obreros en un estado ordinario de salud hacen poco mas o ménos el mismo trabajo. Es mui raro, por ejemplo, encontrar uno que haga el doble del otro, pero este trabajo, en cuanto tiene relacion con el espíritu, puede recibir un aumento casi sin límites. Si un comerciante de una aldea, como esta, viera lo que hace al dia uno en grande de Londres, de Paris, de Hamburgo o de alguna otra ciudad importante de comercio, le costaria trabajo creer a sus propios ojos. Con ejercicio, perseverancia i talento, el mismo hombre puede en ese caso llegar a hacer tres o cuatro veces mas que ántes.

Por consiguiente, Honorio, todos los obreros deben hacer lo que tú: instruirse mui bien en el oficio. Si te hubieras contentado con aumentar tus horas de trabajo, habrias alcanzado con mucha dificultad a establecer tu numerosa familia. Pero has estudiado, has ejercitado tu intelijencia, has llegado a ser un obrero hábil i tu trabajo es mejor pagado, porque haces las estofas mas finas i difíciles. Adquiriendo habilidad i maestría en el trabajo, es, en efecto, como se hace mas en el mismo tiempo, ya en cuanto a la calidad, ya a la cantidad, i por consiguiente adquirir esa habilidad i con ella la perseverancia es condicion esencial en una profesion. Como esto se obtiene con mas facilidad durante la juventud, ya que las facultades están vivas i enérjicas i se pueden hacer mayores esfuerzos sin agotarse, los jóvenes deben esforzarse en adquirirla a fin de colocarse en situacion de trabajar mas tarde con ménos sufrimiento i mas suceso.

—Pero, dijo Benito Roursel, hai algunos que tienen mas facilidad que otros para ser obreros hábiles. ¿Qué ocasion encuentro yo, por ejemplo, en mi leña?

—Sin duda, hai algunos que tienen mas facilidad que otros, pero si tú supieses leer i escribir, si tuvieras alguna instruccion, habrias encontrado ciertamente, aun en el corte de los árboles, el medio de ganar un poco mas. Ahora que la sociedad pone la instruccion al alcance de todos, no hai escusa para nadie. Mas, la instruccion, como cualquiera otra cosa, exije trabajo; se necesita atencion i esfuerzos, i no todos los hacen.

La habilidad da al hombre una ventaja mui grande; al mismo tiempo que aumenta su facilidad para el trabajo, le comunica en

muchas ocasiones un sentimiento de placer i de entusiasmo. Cuántas veces no se complace el obrero hábil en admirar la obra en que ha puesto la mano! Encuentra en ella una satisfaccion verdadera que dulcifica la órden en virtud de la cual está condeñado a trabajar i ganar el pan con el sudor de su frente. Cuántas veces habreis oido decir a personas llegadas a la época del descanso, despues de una larga vida de trabajo: no podria vivir sin hacer nada, i esto es tan cierto, que las pocas personas que permanecen inactivas, son mucho mas desgraciadas que las que trabajan.

—Todo lo que decis es mui cierto, dijo Miguel; sin embargo, si todos tuvieran habilidad, no encontraria empleo; pues, si hubiese muchos obreros hábiles, no habria obra para todos.

—Se ha repetido muchas veces lo que acabas de decir, a fin de oponerse al progreso de la instruccion entre los obreros, pero es un error. Ese inconveniente podria presentarse si los hombres dirijiesen mal su habilidad, de suerte que la aplicaran a la misma naturaleza de trabajo. Así, un mecánico gana mas que un obrero comun; pero si todos quisiesen ser mecánicos, no habria ocupacion para todos, i seria necesario que tomasen otra profesion muchos de los que imprudentemente hubiesen elejido la de mecánicos. La habilidad no está reñida con la prudencia, i al contrario, es necesario dar prueba de juicio no abrazando una profesion en que hai mas brazos de los que se necesitan.

Pero cuando el trabajo es bien dirijido, e importa mucho a los obreros que así sea, no puede haber esceso ni en el trabajo ni en la habilidad. Por eso se ve en muchas de nuestras ciudades que la riqueza ha crecido con mucha mas rapidez que la poblacion. Hai, por ejemplo, en Saint-Etienne i en Mulhouse veinte obreros quincalleros o impresores de estofas por cada uno de los que existian cincuenta años ántes, i sin embargo, todos están mas ocupados que en esa época.

Las observaciones que hemos hecho sobre la ventaja de la instruccion en los obreros i sobre el valor de las cosas, nos manifiestan que este valor se mide por lo que damos en cambio i está casi siempre en razon directa del trabajo que es necesario emplear. Sin embargo, el trabajo mismo no es ni un regulador fijo ni el regulador único del valor. Pongamos por ejemplo al pan. El trigo es un artículo cuyo produccion cuesta siempre poco mas o ménos el mismo trabajo, i con todo su valor varia considera-

blemente de un año a otro, como desgraciadamente lo habeis notado hace poco. Las estofas i los fierros os cuestan igualmente el mismo trabajo que ántes, i apesar de esto han llegado a venderse a un precio mui inferior al de los años precedentes. Teniais necesidad de pan i se ha vendido mas caro; habeis comprado muchos ménos vestidos, i, con todo, las estofas se vendian mas baratas.

Esto proviene de que el valor, variable ya segun la naturaleza del trabajo que exije, varia tambien en razon de una multitud de circunstancias particulares, entre las cuales, una de las mas importantes es la posicion relativa del que desea una cosa i del que la tiene. Esta situacion es la que se esplica ordinariamente diciendo que el valor o el precio (estimacion en moneda), de las cosas *varia en proporcion a la oferta y al pedido.*

—Qué es esto? se apresuró a preguntar Honorio. I desde luego ¿qué significan esas palabras *oferta* i *pedido?*

—Esto es precisamente lo que me propongo esplicaros ahora. Siempre que el poseedor de un artículo, de un objeto cualquiera, ya sea fabricante, ya mercader, busca un comprador para su mercaderia, se dice que hai oferta de la mercaderia o del objeto. Por el contrario, siempre que un consumidor, un comerciante, un individuo cualquiera desea comprar un objeto, se dice que hai pedido de ese objeto. Una mercaderia es ofrecida cuando un individuo dice: *¿quereis comprar?* Es pedida cuando un comprador dice: *¿quereis vender* o *teneis que vender?* Cuando en el mercado hai mas vendedores que compradores, *la oferta escede al pedido;* cuando por el contrario hai mas compradores que vendedores, *el pedido escede a la oferta.*

—No todos los objetos se venden en el mercado, observó Honorio.

—Se usan siempre las mismas espresiones porque dan cuenta de los hechos. Se dice del mismo modo que una especie está mui abundante en el mercado, cuando se encuentra en gran cantidad en un lugar o aun en una nacion entera. Se dice igualmente que una mercaderia está escasa en el mercado cuando en un país está poco abundante i en cantidad menor a la que desean los compradores. La aldea, la ciudad, el país entero se consideran como un mercado inmenso, en el cual se ajitan continuamente una multitud de vendedores i de compradores i se celebran sin cesar contratos de todo jénero.

—Lo comprendo mui bien, dijo Leonardo, i me parece que entreveo ya las diferencias resultantes de la relacion entre la oferta i el pedido que influyen sobre el valor de las cosas. Mas, en todo se trata de compradores i vendedores, de mercaderias compradas o vendidas; no veo nada que se aplique a los obreros i al trabajo.

—Leonardo, te dejas llevar de las palabras, i con todo, ya os he hecho ver, i a tí en particular, que el trabajo es una mercaderia como cualquiera otra. Cuando un obrero se presenta en una fábrica o en un taller, deseando que se le emplee, no hace mas que ofrecer el trabajo que puede ejecutar. Por la inversa, cuando el patron propone al obrero emplearlo, le *pide* su trabajo. El trabajo se *ofrece* si el obrero *ofrece* sus brazos para trabajar; se pide si el patron pide los servicios del obrero. Se dice, del mismo modo, que la oferta del trabajo es mui abundante cuando se presentan muchos obreros para hacer la misma obra, i que el pedido del trabajo abunda cuando los patrones piden muchos obreros para hacer una obra.

El trabajo puede estar, por consiguiente, abundante o escaso, ofrecido o pedido; puede ser que la oferta esceda al pedido o que sea inferior o igual, pues estos tres casos se presentan en todas las mercaderias. Veamos ahora cuáles son las consecuencias que resultan de las variaciones que sobrevienen en la relacion entre la oferta i el pedido de una mercaderia.

Tres casos pueden presentarse: la oferta es igual, superior o inferior al pedido. Pues bien, si hai un hecho perfectamente establecido por la esperiencia de todos los siglos i de todos los países, es que *el valor de una cosa está siempre en razon directa del pedido i en razon inversa de la oferta*, es decir que, siendo iguales todas las demas circunstancias, miéntras mayor es el pedido, es mayor el valor, i por el contrario, miéntras mayor es la oferta, es menor el valor.

—Así, dijo Andres, el precio de una mercaderia debe aumentar cuando se presentan muchos compradores, i bajar si el número de los que venden escede al de los que compran.

—Bien, Andres; pero es necesario comentar tu esplicacion. No es necesario que el número de los compradores sea mayor o inferior que el de los vendedores para que el precio de una mercaderia aumente o disminuya; basta que la cantidad pedida sea superior o inferior a la ofrecida. Podria suceder que el número

de los vendedores fuese mui considerable i el de los compradores mui pequeño; podria suceder tambien que no hubiese mas que un solo comprador; pero si la cantidad de mercaderia que quiere comprar escede a la que pueden cederle todos los vendedores, la mercaderia subirá por este solo hecho. Podria presentarse, por la inversa, un gran número de compradores, miéntras que la mercaderia estuviese en pocas manos, quizás en las de uno solo, i sin embargo, si la cantidad que puede ceder ese único vendedor escediese a la cantidad pedida por todos los compradores juntos, el resultado seria una baja de valor. El resultado natural de la oferta de una mercaderia es, por consiguiente, bajar el valor; el del pedido, aumentarlo.

Esto quiere decir que si una cosa vale habitualmente cien francos no se venderá, por ejemplo, sino en noventa i cinco cuando existe en gran cantidad i no es pedida, i podrá venderse en ciento cinco francos si hai pedido de ella superior a la oferta. El vendedor i el comprador tratan de sacar el mejor partido del trabajo que les cuesta al uno obtener la cosa que dá en venta i al otro la mercaderia con que la paga, i estando el vendedor i el comprador en presencia uno de otro, pueden defender su interes recíproco e ir, cada uno por su parte, hasta el punto en que tuviesen ménos ventaja en efectuar el negocio que en romperlo. Tú, por ejemplo, Andres, cuando compras un objeto cualquiera, ¿no tratas de obtenerlo por el menor precio posible?

—Ciertamente, Mr. Dupré.

—¿No te cuidas, por consiguiente, de los intereses del comerciante?

—No, indudablemente.

—Y tienes razon. Tú debes buscar lo que te interese; él lo que le convenga. Pero yo he considerado solamente dos individuos, un comprador y un vendedor, i en este caso la variacion en el valor que produce la diferencia entre la oferta i el pedido es siempre poco considerable. No sucede lo mismo cuando las cosas pasan entre un gran número de compradores i vendedores.

Si la oferta i el pedido son iguales, como sucede ordinariamente, la mercaderia conserva su precio natural. Veamos ahora el caso en que la oferta escede al pedido, advirtiendo que esto puede provenir de muchas causas. O los vendedores son más numerosos i tienen mas mercaderias que vender, o bien los compradores están en menor número, tienen pocas necesidades i no

se apresuran a comprar. Éstos, viendo que la mercaderia abunda, saben de antemano que los tenedores estarán dispuestos a hacer sacrificios para darle salida, i, como se ven en corto número, conocen que habrá poca concurrencia entre ellos, que quedarán siempre mercaderias suficientes para las necesidades de todos i no se apresuran a comprar. Los mercaderes o productores que tienen el deseo de vender i no quieren guardar su mercaderia o temen no poder procurarse el dinero o la especie que les falta, se apresuran a ofrecer sus artículos i están dispuestos a bajar su precio a fin de determinar a los compradores en su favor e impedir que compren a otros. El resultado será, por consiguiente, una disminucion: se dirá que el pedido y los compradores son escasos, que la oferta o la mercaderia está abundante, que los precios son pequeños i que el efecto está en baja.

—¿No tenderá la impresion producida por esta primera baja, observó Leonardo, a producir otra mayor?

—Sin duda. Compradores i vendedores quedan bajo el imperio de esa impresion. Los compradores no se apresuran a hacer pedidos, con la esperanza de que la mercaderia baje aun mas i los vendedores, temiendo no poder vender, se franquean a nuevas concesiones.

—Segun esto, la mercaderia debiera bajar indefinidamente.

—No, hai un límite en todo: las leyes providenciales que arreglan las cosas de este mundo a despecho de nuestros errores i de nuestros esfuerzos, impiden las separaciones demasiado grandes del precio natural, i desde luego hai un límite que solo se sobrepasa en tiempos escepcionales i por un término siempre mui corto; es aquel en que el precio de venta llega a ser inferior al de produccion. Esto puede acontecer con relacion a algunos individuos que, teniendo una necesidad urjente de especies i principalmente de dinero, se ven obligados a vender a cualquier precio; pero esta situacion no duraria, cuando mas, sino hasta que el artículo producido se agotase, pues no hai persona que no dejara de producir desde el momento en que el precio de produccion escediese al de venta. Las cosas no llegan a este punto sino en casos harto raros.

El consumo permanece habitualmente el mismo, a ménos que lo hagan disminuir acontecimientos desgraciados o que el aumento de gastos resultante de un consumo forzoso, como el del pan, haga disminuir todos los consumos ménos indispensables.

Esceptuados éstos casos, si la venta disminuye durante algun tiempo, ésta es una razon para que aumente pronto. El consumidor que ha agotado sus provisiones está obligado a renovarlas i, aunque desee esperar una nueva baja, tiene que comprar. Como hai muchos en el mismo caso, habrá un aumento en la venta, el precio de la mercaderia subirá i talvez llegará a esceder al precio natural.

—¿No podria suceder tambien, observó Gagelin, que el consumo llegase a ser mas considerable?

—Sucede muchas veces, Mr. Gagelin, i vuestra observacion es mui justa. El consumo del pan es el único casi constante, porque sobre él está basada la existencia del hombre; todos los demas son variables i arbitrarios i no tienen otro límite que los medios de cada cual para proveer a sus necesidades. Así, desde que una mercaderia baja de una manera sensible de su precio habitual, muchos que de ella se privaban por insuficiencia, se procuran ese goce o lo sustituyen a otros consumos, i algunos que ántes lo consumian, lo compran en mayor cantidad. El consumo de este objeto aumenta, el pedido iguala o sobrepasa a la oferta i el precio sube. Ordinariamente el consumo queda superior a lo que era ántes, porque durante ese tiempo de baja en el precio se desarrollan costumbres i necesidades nuevas que se desea satisfacer con regularidad. De aquí resulta algunas veces que los productores acaban por ganar a consecuencia de las bajas en el precio; lo que la diminucion les ha hecho perder, lo recobran con el aumento del consumo. Los consumidores ganan aun mas, pues obtienen por el mismo precio mercaderias en mayor cantidad o de mejor clase.

—Es cosa verdaderamente curiosa, dijo Honorio, esa influencia de las relaciones que existen entre la oferta i el pedido.

—Veamos ahora, prosiguió Dupré, el caso en que el pedido escede a la oferta, lo cual puede provenir tambien de muchas causas.

En este caso, las cosas siguen una marcha inversa a lo que hemos observado hace poco. Los vendedores esperan i los compradores se apresuran a comprar haciéndose concurrencia. Como la mercaderia está poco abundante, temen todos no adquirirla i dan un precio mas elevado que escede al habitual. Esta alza será tanto mas considerable cuanto mayor sea la diferencia entre la cantidad ofrecida i la pedida.

El resultado de esta primera alza, preguntó Leonardo, ¿no dará oríjen a otra mayor, como sucede con la baja?

—Exactamente, Leonardo. Vendedores i compradores quedarán bajo la influencia de lo que ha sucedido, pero en una disposicion inversa de la que hemos visto en el primer caso. Los vendedores quieren aprovechar su posicion, i los compradores, que conocen la escasez de la mercaderia, estan dispuestos a hacer mas sacrificios para obtenerla.

—La mercaderia, prosiguió Leonardo, tenderá a subir mas i mas, i en este caso no veo razon para que se detenga como sucede en el de baja. Esta tiene necesariamente por límite el punto en que el precio de venta es inferior a los gastos de produccion; pero la alza no debe tener límite.

—No, Leonardo; hai un límite para la alza como lo hai para la baja; está en la bolsa de los consumidores i en la concurrencia. A medida que el valor de una mercaderia aumenta, les cuesta mas a los consumidores procurársela, i si continúa subiendo, se abstienen de comprarla o, si es posible, la sustituyen con otro objeto de consumo. Miéntras mas suba el precio, menor será el número de los que la compren, i el pedido, que habia escedido a la oferta, se aproximará al equilibrio, de suerte que las cosas vuelven a su estado natural.

—Comprendo este resultado con relacion a todas las mercaderias que no son de necesidad absoluta, espuso Miguel; pero no puede tener lugar en cuanto al trigo, que es artículo indispensable i debe obtenerse a cualquier precio. La escasez lo hará subir ilimitadamente.

—Tambien es un error, Miguel; el consumo del trigo puede sustituirse con muchos otros i ademas el límite se encuentra aquí en los felices efectos de la concurrencia. En los tiempos ordinarios, cuando el trigo está barato, no se compra en el estranjero, porque los gastos de trasporte no permitirian venderlo al precio corriente en el país; mas cuando el precio aumenta, puede cubrir los gastos de trasporte, i la esperanza de obtener ganancias, determina a entregarse a este jénero de operaciones a los especuladores acaudalados que, importando el trigo en cantidad suficiente, hacen bajar el precio. La concurrencia, el interes personal impiden así que el alza pase de un límite ordinario i espero que en el porvenir prevendrá aun mas las escaseses que aflijen ahora a las poblaciones.

—Es un resultado que debe desearse, dijo Leonardo. Si alguna vez tiene lugar, me reconciliará con la concurrencia.

—La concurrencia, prosiguió Dupré, tiene muchas otras ventajas; tiende a prevenir el aumento creciente del precio que resultaria del esceso del pedido sobre la oferta. Luego que el valor de las cosas sobrepasa el precio natural, las ganancias del productor aumentan, i este aumento de ganancias tienta a nuevos individuos que son atraidos por la esperanza de hacer otras semejantes. Se empléan entónces en producir el mismo artículo; se abren nuevos talleres i se construyen nuevas fábricas; el objeto se produce mas en grande i se perfeccionan los procedimientos de fabricacion. El artículo en cuestion llega así a ser fabricado con mas economia i mas barato. La oferta escede entónces al pedido i el precio vuelve a su cuota primitiva. A veces baja aun mas a consecuencia de la competencia i acaba por llegar a ser inferior al antiguo precio natural o reproductor, esto es, al precio que compensa los gastos de fabricacion.

En efecto, desde el momento en que el objeto es fabricado mas en grande i que los gastos de produccion han disminuido, los productores, solicitados por la competencia, disminuirán sus precios de venta a fin de atraerse a los compradores, el producto quedará a disposicion de mayor número de consumidores, estos se procurarán el goce a ménos costo, sin que las ganancias de los productores disminuyan completamente, i así de una alza que parecia deber ocasionar privaciones para muchos, resulta al fin un aumento de goces para todos.

—Estos resultados son admirables, esclamó Ravaud. Hai verdaderamente algo de maravilloso en el efecto de esas leyes providenciales que obran por medios tan sencillos i cuya existencia no es siquiera sospechada por la mayor parte de los hombres.

—Vuestra observacion es mui fundada, dijo al terminar Mr. Dupré i, como os lo he dicho muchas veces, miéntras mas se estudian esas leyes naturales del mundo social, mas se las admira.

CONVERSACION DÉCIMA-CUARTA.

Relaciones del trabajo con el capital.

En los últimos dias de la semana que precedió a la reunion de que vamos a dar cuenta, se difundió en la aldea la noticia de que debia ejecutarse a un individuo condenado a muerte, e inmediatamente acudió para presenciar la ejecucion un número considerable de jente. Esa multitud, ávida de emociones, acudia con placer a un espectáculo felizmente nuevo para la mayor parte de los habitantes. Privada ordinariamente de todo lo que ajita fuertemente el espíritu, buscaba como desquitarse asistiendo a los últimos momentos de un moribundo.

Felizmente la ejecucion no se llevó a efecto. Despues de la confirmacion de la sentencia, el condenado, por un sentimiento natural al hombre, que jamas pierde la esperanza, habia firmado un recurso de gracia i obtenido la conmutacion de la pena. Sin embargo, esto no logró borrar del doctor Dupré la honda impresion que le habia causado ese atropellamiento del pueblo para concurrir a un acto tan sensible.

—Amigos, dijo al principiar, ayer he sufrido una sensacion penosa al ver la multitud que recorria las calles de la aldea. ¿Adónde iba esa multitud? No era al mercado, porque en él no habia mayor número que el ordinario. ¿Qué era, pues, lo que la atraia? Es forzoso confesarlo: era el deseo de asistir a la muerte de uno de sus semejantes; pues, si el crímen del desgraciado que esa multitud iba a ver perecer, lo ha puesto en el caso de tener que dar una cuenta terrible a Dios i a los hombres, no ha podido

hacerle perder su carácter de hombre i de cristiano. La justicia humana se ha pronunciado, i ahora no tenemos a nuestra vista mas que un desgraciado, un hombre, un hermano, cuyo tormento no debemos agravar apresurándonos vergonzosamente para asistir a su suplicio.

—Pero, señor, dijo uno de los asistentes, puesto que la lei quiere que la ejecucion tenga lugar en público, es sin duda para que el público asista.

—Sin duda, replicó Dupré, la lei quiere que la ejecucion se verifique en un lugar público. Pero cuál es el objeto de la lei al condenar a un criminal? No es vengarse; la sociedad no se venga; quiere solo, castigando al culpable, imprimir un temor saludable a aquellos a quienes sus pasiones podrian inducir a imitarlo. Como quitar la vida a uno de sus semejantes es una de las faltas mas grandes que el hombre comete, la sociedad castiga a los reos de ese delito con la mas terrible de las penas, la pérdida de la vida; las otras dejan la esperanza en el alma del culpable, la muerte solo la quita. Ademas, para que la condenacion sea eficaz, es necesario manifestar que el castigo se verifica. La ejecucion pública es el único medio de dar esta prueba, el único medio de atemorizar a los malvados no dejando duda en sus espíritus.

Pero la lei no invita individualmente para hacer esta comprobacion, i puesto que no nos invita, no nos manifestemos bárbaros hasta el punto de regocijarnos talvez con un espectáculo que imajinado solamente, debe inspirarnos horror. ¿Qué vais a hacer en el lugar del suplicio o en el trayecto que ese hermano desgraciado i culpable recorre ántes de llegar a él? ¿Vais para gozar viendo sus sufrimientos, para daros cuenta de su agonia o para ver correr la sangre que derrama en expiacion de su crímen i caer su cabeza bajo el plomo de los encargados de ejecutar su sentencia? Todas estas ideas son harto dolorosas, i me complazco en pensar que los asistentes solo habrán cedido a un sentimiento irreflexivo de curiosidad.

Dispensadme este lenguaje un poco severo, pero en la multitud que asistió ayer a la ciudad, sin que sus negocios lo exijiesen, he tenido el sentimiento de reconocer a algunos de los habitantes de Mirebeau, i aun he visto mujeres que, olvidando el horror a la sangre i todas las cualidades que son el mérito de su sexo, asistian talvez con complacencia a uno de los espectáculos mas

terribles que puedan presenciarse. En fin, debo decirlo, he visto padres i madres que, sin temer estinguir en sus hijos desde la tierna edad todo sentimiento de humanidad en el corazon, los conducian a presenciar la muerte de uno de sus semejantes como a las fiestas de la feria! Nada mas que con pensar en tal idea, el corazon se indigna i se entristece.

Pienso, amigos mios, que bastará haberos hecho notar lo que hai de inhumano i de bárbaro en ese indigno sentimiento de curiosidad, i cuento con que, ilustrados por estas lijeras reflexiones, no asistireis a esos actos i hareis lo posible para impedir que concurran aquellos sobre quienes teneis influencia o autoridad.

—Os lo prometemos, esclamaron los oyentes.

—Cuento con vuestra palabra, i ahora prosigamos tratando la materia de nuestras anteriores conversaciones. Os he dicho que despues de la cuestion del capital, hablaria sobre la de salarios; principiaré a cumplir mi promesa.

Estas palabras fueron acojidas con aprobacion, i la porcion del auditorio mas interesada en el asunto dedicó una atencion preferente.

—Os he demostrado que el trabajo es una mercaderia i que el obrero i el fabricante son, con relacion uno a otro, un vendedor i un comprador de trabajo. Os haré ver ahora que el trabajo está sometido, como todas las demas mercaderias, a la lei jeneral de la oferta i el pedido, i que en consecuencia será tanto peor pagado cuanto mas abundante i mas ofrecido se encuentre, i por el contrario será tanto mejor pagado cuanto ménos ofrecido i escaso esté.

—Me parece, observó Leonardo, que los términos de que os habeis servido son contrarios a los que se emplea habitualmente. Segun lo que habeis dicho, el trabajo será tanto mas abundante i mas ofrecido en una industria cuanto mayor sea el número de obreros que se presente i de que los empresarios puedan disponer, i por la inversa, estará tanto mas escaso i mas pedido cuanto menor sea el número de que los patrones puedan disponer. Esto cambia el lenguaje comun; pero me parece mejor, porque da cuenta de los hechos.

—Creo que tienes razon, Leonardo; mas, miéntras se adopte jeneralmente este lenguaje conforme a la verdad, nada nos impide que usemos del lenguaje ordinario, con tal que nos entendamos bien sobre los términos. De cualquier modo que hablemos, estamos ya al cabo de que miéntras mayor es el número de obre-

ros que buscan trabajo en una misma industria, mas baja el salario, i miéntras mas buscados son, mas suben tambien los salarios, en conformidad a la regla de la oferta i del pedido. Veamos, pues, las relaciones entre uno i otro, i para esto, examinemos los hechos.

Sabeis ya que el hombre solo vive con el fruto de su trabajo, i que cuando el producto ahorrado i acumulado de sus esfuerzos precedentes no le suministra los medios de vivir durante cierto tiempo, está obligado a esperar su subsistencia del producto de su trabajo diario. Esta es la condicion jeneral del hombre en el estado salvaje; seria tambien la de todos los que, en el de civilizacion, no han recibido nada de sus padres, i nada han reunido, si el producto acumulado del trabajo de los demas no los ayudase. Este producto es el capital que, en proporcion a su abundancia, asegura mas o ménos la subsistencia de los que nada tienen.

El resultado que hemos espuesto se obtiene por medio de una asociacion entre el capital i el trabajo. Sin el trabajo, el capital permaneceria estéril, sin dar fruto alguno, i el trabajo, a su vez, no podria nada sin el capital, que le suministra las materias sobre las cuales puede ejercerse i los instrumentos con que las beneficia. El capital i el trabajo son, pues, indispensables uno a otro, sus intereses recíprocos están estrechamente unidos, lo que perjudica al primero daña del mismo modo al segundo, i así desde los primeros pasos encontramos esa comunidad de intereses que se desconoce sin cesar tanto por parte de los empresarios como de los obreros.

—Comprendo esta comunidad de intereses, dijo Leonardo, en cuanto el capital i el trabajo no pueden nada aislados i sufren ambos por las mismas causas. Pero sus intereses no son idénticos i ademas no están en la misma dependencia unos de otros. Los obreros dependen mucho mas de los capitalistas que éstos de aquellos.

—Verdad es que el obrero que solo cuenta con su trabajo no puede esperar sin sufrir grandemente; pero el capitalista se encuentra en una situacion análoga, pues, si bien no sufre tanto, pierde tambien una parte considerable de su caudal, desde que no lo utiliza.

Esta diferencia está, por otra parte, compensada a favor del obrero por medio de ventajas incontestables, entre las cuales merece colocarse en primera línea la seguridad i la ausencia de

riesgos. En efecto, como los obreros no pueden esperar una venta siempre lejana, el capitalista les paga en forma de salario la parte que tienen en la propiedad de la mercaderia, tomando para sí solo el riesgo i dejando a los obreros completamente a salvo. El salario no es, por consiguiente, otra cosa que la porcion que se paga al obrero sobre el producto de lo que trabaja.

—¿Pero quién determina esta porcion? preguntó Leonardo.

—Se arregla siempre voluntariamente entre el capitalista i el obrero, i nadie tiene derecho de intervenir entre las dos partes interesadas.

—Entónces, replicó Leoñardo, el obrero está obligado a pasar por lo que el fabricante quiera.

—Esto podria tener lugar, Leonardo, si el capitalista no necesitase del obrero mucho mas de lo que se cree, i si no estuviese obligado muchas veces a aceptar su lei. El precio de los salarios está sometido a ciertas condiciones que nadie puede cambiar; me equivoco, hai una circunstancia que influye mucho en el precio, la cual, como lo vereis, depende de los obreros.

Siendo el trabajo un servicio cuya remuneracion es el salario, el monto de este salario depende necesariamente del valor del servicio prestado. Un individuo que solo se ocupa en llevar paquetes de una casa a otra, un ayudante que solo sabe servir a los albañiles, un jornalero sin habilidad i otros obreros de la misma categoria reciben un salario mui pequeño. Los mecánicos i los fundidores son pagados de cuatro a ocho francos, i los escultores, los grabadores sobre metales, ganan sumas mui diversas, que pueden variar desde diez hasta veinte i hasta cuarenta francos.

—Pero estas relaciones no son invariables, observó Andres.

—Ciertamente. Si hubiera la misma necesidad de un jornalero que de un tallador i si los hombres capaces de tallar se encontrasen con tanta facilidad como los jornaleros, no se les pagaria mas; si, por el contrario, fuese tan costoso encontrar jornaleros como talladores, se les pagaria lo mismo; pero como el trabajo de los últimos exije mas talento que el de los primeros, aquellos son mas escasos i mejor retribuidos.

—Sin embargo, unos i otros tienen las mismas necesidades, dijo Pablo Boitard. ¿No se podria exijir que tuviesen todos, por lo méños, un salario conveniente?

—Primero seria necesario saber qué se entiende por salario conveniente, i pronto trataremos esta cuestion. Pero supongamos

que por una lei se obligue a todos los que emplean jornaleros a que los paguen lo mismo que a obreros mas hábiles, seguramente no tendria esta medida otro efecto que impedir se emplease a los primeros; pues no habia de dárseles un salario crecido, si no se sacaba de sus servicios el valor de ese salario. Si el trabajo de un jornalero no vale mas que treinta centavos i la lei obliga al empresario a pagarle cincuenta, este abandonará mas bien la obra, ya que, no pudiendo forzar al público a que le pague mas de lo que vale, perderia pronto todo lo que posee.

—Admitiendo, sin embargo, dijo Honorio, que semejante lei pudiese existir i que se obligase a dar a todos los obreros un precio determinado, ¿habria ventaja para ellos?

—No sin duda. Si una lei tiránica asegurara al jornalero, al simple acarreador el mismo salario que al mecánico i al escultor, los obreros de esta última clase abandonarian su oficio, pues que su trabajo es difícil i solo los salarios elevados que obtienen pueden decidirlos a soportar la fatiga de espíritu que les exije. Entónces la escasez de brazos en ciertos oficios i la abundancia en otros harian desaparecer, a despecho de todas las leyes, la igualdad que se hubiera querido establecer arbitrariamente. Llegando a ser escasos los obreros en los oficios difíciles, los que los necesitasen tendrian que pagarles mucho; en los otros, por el contrario, la abundancia de obreros no permitiria que todos tuviesen ocupacion, i los que se encontrasen sin obra preferirian trabajar a cualquier precio ántes que morir de hambre, prevaliéndose de la lei. La concurrencia volveria las cosas a su lugar; pero entretanto habria habido perturbacion jeneral, suspension del trabajo i diminucion en la produccion. Hé ahí lo que se gana con apartarse violentamente de las leyes naturales.

—Si no es posible, dijo Andres, elevar ciertos salarios sobre su valor, ¿no es de temer que bajen de ese mismo valor?

—No, Andres. No se puede obligar a los hombres a que trabajen por ménos de lo que el público está dispuesto a darles como justo precio de sus servicios. Bajo el pretesto del bien público, se ha tratado algunas veces de obligar a los obreros a trabajar por un precio determinado, pero siempre en vano. Os he citado un ejemplo tomado de la Inglaterra i podria citaros muchos otros de nuestro país, que demuestran la impotencia de la lei siempre que quiere intervenir en estos asuntos.

—Entónces ¿no hai nadie que pueda fijar el precio de los salarios de un modo equitativo?

—Solo el público tiene este derecho, Andres. El valor de un servicio depende a la vez del trabajo del que lo vende i de la necesidad del que lo recibe. Si se quiere que paguemos por un servicio mas de lo que vale en ese momento para nosotros, preferimos pasarnos sin él, i la produccion, es decir el trabajo, disminuye en otro tanto.

—Por lo visto, observó Leonardo, el valor de los salarios es arbitrario.

—Fijarlo de una manera invariable es imposible, porque el valor del trabajo depende de una infinidad de circunstancias, entre las cuales es necesario colocar en primera línea el grado de talento que exije cada trabajo i la relacion que existe entre la oferta i el pedido.

—Me parece, sin embargo, replicó Leonardo, que en la mayor parte de las industrias hai un trabajo que consiste casi enteramente en operaciones manuales que exijen mui poca habilidad. Estos trabajos, que casi todos los hombres son capaces de hacer, son precisamente los que emplean mas brazos, tanto en la agricultura como en las demas industrias; se pagan siempre a jornal, i a mi juicio tienen un valor poco mas o ménos constante, puesto que exijen únicamente lo que poseen casi todos los hombres: fuerza física. ¿No hai algo que determine el precio de estos trabajos?

—El trabajo manual que efectúa la mayor parte de los obreros es, en efecto, el punto de partida sobre el cual suben en escala los salarios en todas las industrias, en razon de la dificultad de la obra. En circunstancias ordinarias i en virtud de la fuerza misma de las cosas, el salario de ese trabajo manual se determina por lo que necesita el hombre para vivir i no puede estar jamas de un modo permanente, ni mucho mas alto ni mucho mas bajo.

—Cómo mas bajo? preguntó Miguel. Comprendo que se pague mas de lo necesario para vivir; pero no concibo que se pueda pagar ménos.

—Es que lo necesario, apesar del significado de esta palabra, es una cosa mui elástica. Lo necesario varia, en efecto, con los tiempos i segun los países; lo necesario para el salvaje no es lo mismo que lo necesario para el hombre civilizado, ni es tampoco lo mismo en los países helados del norte que en los ardientes del

sur. En un mismo país, lo necesario varia con la civilizacion; en Francia, el del obrero del último siglo estaba léjos de comprender todo lo que contiene el del obrero de nuestros dias.

—¿Cómo valorizar, pues, la cuota de los salarios mas comunes, si lo necesario, que es su base, no puede determinarse de un modo preciso?

—Sucede con los salarios lo mismo que con los demas valores, solo se pueden fijar de una manera aproximativa. Esto sucede tambien con lo necesario, el cual comprende no solo el alimento indispensable para la conservacion de la vida, sino ademas la habitacion, sus útiles i los vestidos, todo segun los usos i necesidades del país. Así, el alimento debe ser suficiente i variado para que conserve las fuerzas i la salud; los vestidos deben ser apropiados al clima; la habitacion debe poner no solo al abrigo de la intemperie de las estaciones, sino tambien suministrar a la familia el medio de dedicarse en ella a sus ocupaciones i de habitar sin que se violen las leyes del pudor. Se necesita que esa habitacion esté provista de muebles i de utensilios que permitan vivir conforme a los usos del país, i en fin, segun las estaciones, se necesita fuego i medios de iluminacion en cantidades variables. Agregaré, para completar esta enumeracion, que lo necesario comprende la educacion i la ilustracion de los hijos i aun para el padre de familia los medios de cultivar su intelijencia.

Este consumo *necesario* no tiene nada de absoluto, como lo veis; sin embargo está poco mas o ménos determinado en cada país por el modo de vivir, con relacion al grado de civilizacion i a la riqueza jeneral. El precio del trabajo debe proveer a las exijencias de este consumo necesario o, en otros términos, a las necesidades de la familia del trabajador. Comprendereis ahora que ese consumo necesario no es de tal modo absoluto que no haya posibilidad de gastar ménos temporalmente. Entónces se sufre, se vive penosamente, pero con todo se vive.

—En ese caso, dijo Honorio, seria ventajoso habituarse a vivir con poco, porque así cualquiera estaria preparado para todos los acontecimientos.

—Te reconozco en esa proposicion, Honorio, a tí a quien nada cuestan las privaciones para educar a tu numerosa familia; pero debemos evitar la exajeracion. En la restriccion exesiva del consumo necesario de los hombres habria peligros de diversas clases i desde luego se comprometeria la salud, se debilitarian

las fuerzas i la industria perderia considerablemente. Ademas, como los salarios tienden siempre a arreglarse sobre ese consumo necesario, bajarian en proporcion i entónces, si sobreviniera alguna circunstancia que los hiciese bajar momentáneamente, la miseria seria espantosa. Cuando lo necesario comprende un gran número de objetos, puede sufrir reducciones ántes de llegar a los límites de lo que basta. Al contrario, cuando ya está reducido en cuanto es posible, no se puede quitar nada sin privaciones dolorosas, sin comprometer la existencia. Tal es la situacion de la desgraciada Irlanda, en que la miseria jeneral ha reducido desde hace tiempo el consumo necesario de la poblacion a lo mas rigorosamente indispensable para la conservacion de la vida. La menor calamidad, la menor insuficiencia de la cosecha coloca a los habitantes en una situacion de que no tenemos idea.

—Sabia bien que era una tontera hacer esas economias e imponerse tantas privaciones, dijo Pablo Boitard.

—No te apresures a sacar esta conclusion de mis palabras, prosiguió Dupré. El ahorro nunca es dañoso a los individuos, i, por otra parte, es raro que se le lleve hasta donde se pudiera ir. Ese ahorro individual es el fundamento mas seguro de la prosperidad de las familias; pero, como es individual, no puede tener una influencia grande sobre el importe de los salarios i contribuir a hacer que bajen.

No sucede lo mismo en una reduccion jeneral de los salarios, que proviene del estado de civilizacion poco avanzado de un país i de la falta de riqueza. En este caso, habiendo poco que dividir, la parte de los pobres llega a ser excesivamente pequeña i, siendo restrinjido el consumo necesario, los salarios, que tienden a aproximarse a él, bajarán mucho, de suerte que, cuando sobrevenga una crísis, la poblacion se encontrará completamente destituida de recursos. La situacion es, pues, infinitamente mas ventajosa en un país como la Francia, en que habiendo hecho grandes progresos la riqueza desde hace medio siglo, el consumo necesario ha recibido un aumento considerable. Habeis visto que el importe medio de los salarios ha ido subiendo, i que, apesar de algunas alternativas, no ha bajado jamas de un modo fijo a ménos de lo que era hace algunos años.

—Estas esplicaciones me parecen hasta aquí incontestablemente verdaderas, dijo Leonardo, i no tengo ninguna observacion

que hacer. Comprendo, en efecto, que por la concurrencia de los obreros, el salario debe tender a aproximarse al límite de lo necesario; pues todo obrero que carezca de obra, preferirá trabajar a precio mas bajo a fin de asegurarse ocupacion. Me ocurre, con todo, una duda. Puesto que lo necesario en cada país arregla en jeneral la cuota de los salarios, debe resultar de aquí que esa cuota depende de las subsistencias: quiero decir, que si los víveres están caros, los salarios deben estar altos, i que deben bajar cuando los víveres tengan poco valor. Sin embargo, en este año se ha verificado lo contrario.

—La esperiencia manifiesta, en efecto, contestó Dupré, que si la cuota de los salarios se arregla en jeneral sobre lo que es necesario para la vida, no sigue por esto el precio de los víveres, i vais a comprender la razon. La carestia accidental de los víveres produce siempre un trastorno en las costumbres de la poblacion. Si todas las ganancias de las clases poco acomodadas se invierten en la compra de alimentos, de suerte que no puedan comprar vestidos, los que fabrican estos vestidos se verán en la necesidad de restrinjir la fabricacion i de emplear ménos obreros. Esta circunstancia, dejándolos sin obra, los dispone a ofrecer su trabajo a un precio menor, i, al mismo tiempo, como los fabricantes tratan de dar salida a sus productos, bajando el precio, necesitan tambien disminuir los salarios. Por esta doble razon, los salarios bajan en vez de subir en un tiempo de escasez.

—Por una razon análoga, observó Miguel, podrán subir cuando los víveres están baratos.

—Precisamente. Si el precio de los víveres disminuye, queda mucho mas que poder gastar en otros objetos. Este pedido aumenta el trabajo de las manufacturas, se necesitan, por consiguiente, mas obreros i hasta que se haya encontrado nuevos brazos, los salarios suben o permanecen elevados.

Se dice algunas veces que los fabricantes deberian aumentar los salarios de sus obreros cuando los víveres i todos los demas objetos están caros. Sin duda, como ser humano i moral, el fabricante debe favorecer a sus obreros i pagarles su trabajo al precio corriente; pero no puede hacer mas. Un fabricante está en concurrencia con los otros, i para obtener la recompensa de sus esfuerzos, necesita mucha habilidad i suma economia. Por consiguiente, si pagara a sus obreros salarios mas elevados que los otros, éstos producirian a ménos precio i aquel se arruinaria.

—Pero, dijo Andres, si los otros obreros no quisieran trabajar a ménos precio, los salarios subirian.

—Si los otros obreros no quieren trabajar por ménos, replicó Dupré, i si todos encuentran trabajo, es porque el salario que piden es el corriente. Pero si no encuentran otro, eso indica que el precio que quieren es mui subido, i entónces se verán obligados a trabajar bajo condiciones ménos ventajosas. El interes de los obreros no está en arruinar a los fabricantes exijiéndoles un salario que no guarde armonia con el precio que el público dá por las cosas: deben limitarse a pedir el salario determinado por el curso corriente.

En resúmen, el importe de los salarios no es ni el resultado de la casualidad ni de voluntades particulares; está arreglado por las condiciones que determinan el precio de todas las cosas, esto es, por la relacion que existe entre la oferta i el pedido. Examinaremos mas detalladamente estas condiciones en la reunion próxima.

CONVERSACION DÉCIMA-QUINTA.

Salarios. — Coaliciones y complots.

Lejos de disminuir, la ajitacion que reinaba desde algun tiempo atras en el seno de la poblacion empleada en la industria de los fierros, habia ido creciendo i aun alcanzado a tomar en diversos puntos de Francia un carácter alarmante. Estraviados por las doctrinas que los espíritus turbulentos difundian en las masas, i cediendo a las instigaciones de algunos ajitadores, los obreros manifestaban pretensiones demasiado exajeradas.

Poco despues que comenzaron los trabajos interrumpidos, los obreros de las fundiciones satisfechos por verse ocupados en un año de escasez, i miéntras que otras industrias estaban paralizadas, habian aceptado sin hacer observaciones el salario que se les ofrecia, i se estimaban felices con tener obra a un precio cualquiera. Pronto, sin embargo, testigos de la actividad de su industria i viendo que se pedia un número creciente de brazos, comprendieron la necesidad que de ellos se tenia i se aprovecharon de su posicion, pidiendo casi en todas partes un aumento de salario. Esta pretension era mui natural i, como por otra parte, la prosperidad de la industria lo permitia, el aumento pedido se concedió sin dificultad.

Este primer suceso los animó, i apénas habian pasado dos meses reclamaron un nuevo aumento, fundándose no ya como en la primera vez en lo subido que estaba el precio de las subsis-

tencias i en la dificultad de vivir en esas circunstancias con los antiguos salarios, sino en la actividad del trabajo, en el aumento de fatiga que esto les imponia i en la necesidad de un alimento mas sustancioso que pudiese conservar sus fuerzas. Pedian, pues, que el jornal se aumentase para compensar este exceso de fatiga, i al mismo tiempo, que las horas suplementarias de trabajo fuesen pagadas por una tarifa doble. Estas diversas pretensiones eran tambien justas, asi es que, apesar del aumento considerable de los gastos de produccion que era su consecuencia, los empresarios de fundiciones consintieron en acojerlas, aun cuando temian, i no sin razon, que esta nueva concesion trajese otra.

Lo que habian temido sucedió. Los obreros estaban dirijidos por jefes que, bajo el pretesto de defender sus intereses, pensaban mucho mas en hacer triunfar sus teorias, i dóciles a la voz de estos jefes cuyo impulso seguian ciegamente, hicieron pronto nuevos reclamos; mas, disfrazando sus intenciones se guardaron bien de pedir un tercer aumento que en esta vez no habria tenido apoyo sólido. Pero sin pedir abiertamente un aumento de salario, sus reclamos tendian indirectamente al mismo fin. Pedian la adopcion de un nuevo reglamento obligatorio en todas las fundiciones, el cambio de las horas de trabajo, la supresion de algunos usos que desde tiempo atras estaban en vigor, el reemplazo del trabajo a tarea por el trabajo a dia en las operaciones en que estaba adoptado el primero, la esclusion de todos los ajentes intermedios entre el empresario i el obrero propiamente dicho, i algunas otras medidas que completaban las anteriores agravando sus resultados para los patrones.

Algunas de estas proposiciones eran inadmisibles, pues quitaban toda libertad a los empresarios, los colocaban a merced de los obreros i, bajo el pretesto de suprimir la esplotacion del obrero por el empresario, sancionaban la opresion de éste por el obrero. Otras atacaban la libertad de los trabajadores colocando a los mas intelijentes i a los mas activos bajo la dependencia de los ménos laboriosos i de los ménos hábiles. Para asegurar condiciones mas ventajosas a la mediocridad, se impedia al talento que sacase partido de sus esfuerzos superiores. Habia, no obstante, entre las otras, algunas proposiciones que habrian podido ser aceptadas si hubiesen sido discutidas libremente por empresarios i obreros, i adoptadas voluntariamente por unos i otros; pero las condiciones mas justas dejan de serlo cuando son impuestas i no consentidas.

El movimiento se estendia por todas partes, haciendo fermentar las cabezas. La ajitacion, por las razones que hemos hecho conocer, no tenia la misma gravedad en el departamento en que estaba situado Mirabeau, mas no por eso dejaba de inspirar sérios temores. Los salarios habian sido aumentados en dos ocasiones diversas en las fundiciones de la aldea, lo mismo que en los demas lugares, pero los obreros no habian presentado todavia su ultimatum como en los demas establecimientos. Discutian sí entre ellos la oportunidad de la medida, que, a decir verdad, encontraba una oposicion séria por parte de algunos obreros mas intelijentes que comprendian que concesiones arrancadas por la violencia no pueden tener ninguna influencia eficaz en la mejora de la suerte de los trabajadores.

Estos obreros eran de los que asistian a las conferencias de Mr. Dupré, pero desgraciadamente no eran numerosos. Las fundiciones estaban situadas en el lugar mas apartado del valle; los trabajadores empleados en ellas se habian agrupado alrededor i sus habitaciones formaban así un centro de poblacion lejano de la aldea, por lo cual les era mas difícil la frecuentacion de las reuniones de la escuela. Era, pues, de temer que, apesar del ascendiente que tenian sobre sus camaradas, los obreros instruidos por las advertencias del doctor fuesen impotentes para contener a las masas en los límites de la moderacion. El doctor confiaba, sin embargo, mucho en ellos i se felicitaba de que la série de sus conversaciones le permitiese tratar una cuestion que la ignorancia i las pasiones rodeaban de errores.

—Amigos, dijo, hemos visto que el valor mas bajo a que pueden llegar los salarios de un modo permanente es aquel que solo da al obrero lo absolutamente necesario para su subsistencia, i que el punto mas alto en que puedan igualmente mantenerse es aquel en que solo queda al capitalista la ganancia suficiente para compensar el riesgo del capital i su trabajo.

En otra ocasion examinaremos la importante cuestion de la relacion de la poblacion con el valor de los salarios; ahora nos limitaremos a ver sus relaciones con el capital. No pudiendo los obreros, lo mismo que todos, encontrar trabajo i vivir sino con el capital de la sociedad, de aquí resulta que el valor de los salarios depende de la proporcion que existe entre el capital i la poblacion: si solo tenemos un capital pequeño que distribuir entre muchas personas, la parte de cada una será necesariamente mui

corta. Un capital pequeño crea una demanda poco importante de brazos, i por consiguiente, siendo la oferta de estos superior al pedido, los salarios serán bajos.

—Esto se comprende, dijo Leonardo: pequeño capital i muchos obreros deben dar por resultado salarios reducidos i grandes ganancias para los capitalistas.

—Mui bien, Leonardo. Supongamos ahora que el capital aumenta. Como solo puede ser productivo por medio del trabajo, ocasionará un gran pedido de brazos, i como a medida que el capital aumenta, la concurrencia aumenta tambien entre los capitalistas i disminuye entre los obreros que son mas buscados, los salarios suben i las ganancias de los capitalistas disminuyen. En efecto, si Mr. Duroure da cuarenta centavos al dia porque trabajen en su casa, Mr. Ravaud cuarenta i cinco i Mr. Bertrand cincuenta, todos los salarios subirán a cincuenta centavos, pues de otro modo, los obreros dejarian a Duroure i a Ravaud para trabajar con Bertrand, si pudiese emplearlos a todos.

—Esto es evidente, observó Leonardo, como lo vimos hace poco en el caso inverso. A gran capital i pocos obreros corresponden salarios crecidos i pequeñas ganancias para los capitalistas.

—La primera consecuencia que debemos sacar de los principios que Leonardo acaba de reasumir en tan pocas palabras, es que en todos los lugares en que el capital abunda, los capitalistas deben contentarse con una ganancia menor i pagar mejor el trabajo.

—Es una nueva confirmacion de la teoria ya espuesta de que a medida que los capitales de los ricos van aumentando, sacan de ellos una ganancia menor.

—Si la poblacion crece sin que el capital aumente, si se duplica, por ejemplo, los brazos serán mas ofrecidos que pedidos, i por consiguiente, los salarios bajarán. Efectivamente, quedando igual la cantidad de trabajo disponible, puesto que el capital no ha aumentado, podrán presentarse dos obreros en vez de uno para hacer la misma obra, i en virtud de la concurrencia trabajarán por ménos.

Otra circunstancia que influye tambien en los salarios es el alza de los artículos necesarios para la subsistencia. Con esta alza, los salarios disminuyen en realidad sin que el monto del jornal baje.

—No comprendo, dijo Leonardo; esplicadnos esto.

—El jornal del obrero, prosiguió Dupré, es lo que gana para proveer a sus necesidades, i si sus gastos aumentan, su jornal puede ser proporcionalmente, no solo menor, sino insuficiente. Supongamos un obrero que gana cincuenta centavos al dia. Si gasta treinta en el sosten de su familia, le quedan veinte para atender a otras necesidades o para economizar; pero si la carestia de los comestibles le obliga a gastar cuarenta centavos en la manutencion, no le quedarán mas que diez para sus demas necesidades. Este resultado equivale a una baja de los salarios. El aumento en el precio de los demas artículos produce el mismo efecto, pero en un grado menor. Una disminucion en el valor de los comestibles produce, por el contrario, un resultado opuesto; equivale a un aumento en los salarios.

—Pero en caso de carestia de los alimentos, ¿no podria ordenarse, preguntó Andres, que los salarios se mantuvieran en un límite determinado?

—Tambien seria necesario ordenar que los alimentos continuasen al mismo precio.

—Es cierto. Pero por lo ménos no se podria prohibir al cultivador que subiese el precio de su trigo? ¿Por qué ha de ganar él solo cuando todos sufren?

—Ah! Leonardo, dijo Mr. Bertrand, por ventura el cultivador no sufre tambien? Consume i como consumidor participa del mal que aqueja al país.

—Agregaré, prosiguió Mr. Dupré, que tal prohibicion seria una violacion del derecho de propiedad. Diré, ademas, que seria una insigne torpeza, porque si se mantuviese por fuerza a los artículos en un mismo precio, siendo inferiores, por ejemplo, en una cierta parte a las necesidades del país, al cabo de seis meses serian consumidos. Qué se haria entónces? Pero esto no puede suceder, porque apesar de la prohibicion, los artículos no se venderian al precio fijado. Ya os he dicho lo que aconteció en Francia en tiempo de nuestra primera revolucion, cuando se tuvo la malhadada idea de fijar un *máximum* al precio de los comestibles. Os he citado tambien otros ejemplos que prueban la impotencia de la lei para arreglar el precio de los artículos.

—Todo esto, dijo Leonardo, prueba cuánto nos engañamos al pensar que el gobierno puede influir en los salarios por medio de reglamentos, ya sea manteniéndolos a un precio cualquiera i

subiéndolos cuando bajan demasiado, ya sea elevándolos al nivel de los alimentos cuando éstos escasean, o bien bajando el precio de las subsistencias al nivel de los salarios. Si el trabajo se encuentra en el mismo caso que una mercaderia, el precio del trabajo o el salario debe ser, como el de todas las mercaderias, arreglado libremente entre vendedor i comprador. Todo debe ventilarse en tal caso entre patrones i obreros. Segun esto, los obreros tienen derecho a entenderse mútuamente respecto de sus intereses, como los comerciantes i capitalistas se conciertan respecto de los suyos en sus clubs, mercados i bolsas.

—Seguramente, Leonardo.

—¿Por qué entonces el gobierno impide las coaliciones de obreros i castiga a veces mui severamente a los que toman parte en ellas?

—Amigo mio, es porque un gobierno ilustrado comprende mejor que nosotros la libertad. Queremos libertad e independencia para nosotros i no la queremos para los demas. Por otra parte, el deber del gobierno es asegurar la libertad para todos y protejerla contra los avances de algunos. Cada vez que por medios violentos, ilegales i atentatorios a la libertad, los comerciantes, empresarios i compañias han querido imponer la lei manteniendo precios diversos de los que las mercaderias debian tener naturalmente, el gobierno ha procedido contra ellos, como lo ha hecho así mismo contra los obreros que pretenden imponer su voluntad por la fuerza a los empresarios de industrias.

—I hace bien. Pero, Mr. Dupré, no es imponer su voluntad por la fuerza entenderse, cuando los salarios son mui bajos, para decir a los patrones que no se quiere trabajar bajo las mismas condiciones. Los patrones son libres de aceptar o rehusar.

—Como vosotros lo sois, dijo Mr. Blondeau, para aceptar o rehusar el salario que os ofrecen, cuando no teneis dinero i no encontrais otra ocupacion. No, mi amigo, la libertad en este mundo no es jamas completa para nadie, ni para los patrones, ni para los obreros. Cuando los empresarios han contraido compromisos, i los tienen siempre que hacen trabajar, ¿en dónde está su libertad para aceptar o rehusar, si todos los obreros de la misma industria se coligan para rehusar, a ménos que se acepten ciertas condiciones, i sobre todo si se impide trabajar por la fuerza a los que consentirian en ello? La interrupcion de trabajos para muchos de estos empresarios no es un malestar momentáneo,

como para el artesano, no es solo una diminucion de la ganancia, es las mas veces la ruina de su fortuna, i talvez, a causa de las quiebras que resultan de ella, la pérdida del honor. Bonita libertad, por cierto!

—Hai algo de verdad en lo que decis, Mr. Blondeau?

—No solo algo, Leonardo, replicó Mr. Dupré, sino todo. Las coaliciones, tales como se efectúan ordinariamente, son una destruccion completa de la libertad; hé aquí por qué la lei las castiga. I fijaos bien en lo que voi a deciros. La lei castiga a las coaliciones por favorecer a los artesanos. No defiende a los patrones contra los artesanos, proteje a éstos contra sí mismos.

Si las coaliciones no fuesen mas que un simple convenio entre los artesanos para tratar de obtener un salario mas subido, la lei no tendria que ver con ellas. Defienden sus intereses estando en su derecho; si se engañan, tanto peor para ellos; los errores i las malas decisiones provendrian de la libertad con que han obrado. Pero desde que la coalicion perjudica a la libertad de los demas, se hace criminal, i entónces la autoridad está en el deber de intervenir. Pues bien, la libertad es criminal cada vez que los artesanos imponen a otros, por la fuerza i la amenaza, la prohibicion de trabajar bajo condiciones que estos hubieran deseado aceptar. Esto es lo que acaba por suceder en todas las coaliciones; hai siempre en ellas gran número de artesanos que son violentados en su libertad por algunos cabecillas que satisfacen sus pasiones, i muchas veces odios i venganzas personales, impulsando a sus camaradas a la interrupcion del trabajo. Cuando se efectúa un pacto, hai siempre muchos artesanos que preferirian trabajar bajo las condiciones propuestas por los patrones i que son violentados por la fuerza. Nada impide a los obreros mancomunarse cuando lo juzguen a propósito; pero se hacen culpables cuando impiden trabajar a los que están dispuestos a hacerlo.

—No hai, sin embargo, dijo entónces Pablo Boitard, otro medio de obligar a los patrones a que acepten una medida que favorece a los artesanos.

—La prueba de que no los favorece, replicó Mr. Dupré, es que se ven obligados ellos mismos a hacer fuerza a muchos que desearian mejor alimentar a su familia trabajando por cincuenta centavos, que hacerla sufrir con la esperanza problemática de ganar algun dia tres pesos. Los autores de estas coaliciones son siempre solteros que tienen ménos cargos i que, pudiendo sopor-

tar un pacto mejor que los demas, se lo imponen a los desgraciados padres de familia para quienes es una ruina. Se dice que el pacto no tendria resultado si no fuese jeneral, i por esto se emplea la violencia; en esto está la injusticia, en esto el error.

Los artesanos son libres o no de complotarse. Si están unánimes, no hai lugar a violencia; si no lo están, la violencia es injusta i ademas inútil. O muchos artesanos estarian dispuestos a trabajar, o no habria sino mui pocos de éstos. Si son muchos, es soberanamente injusto que un puñado de individuos quieran imponer la lei a todos. Si son pocos, este pequeño número no seria bastante para satisfacer las exijencias del público i permitir a un empresario cumplir sus compromisos i a un fabricante poner en actividad las máquinas que no pueden funcionar útilmente sino con el auxilio de gran número de brazos.

En todo caso la lei, protectora de los intereses de todos i particularmente de los oprimidos, interviene justamente para garantir la libertad de los que se violenta. Se muestra así mismo protectora cuando una coalicion lanza un entredicho sobre tal o cual fábrica e impide a todo artesano que vaya a trabajar en ella.

—¿Pero qué debe hacerse, dijo aun Pablo Boitard, para que un patron se arrepienta de sus injusticias o mal trato i para traerlo a la razon?

—Te hablaré del mismo modo, Pablo. O todos los artesanos participan o no de esta opinion. Si participan de ella, la violencia es aun inútil para impedir que se vaya a trabajar a donde ese patron injusto. Si no participan, la injusticia está de parte de aquellos que, por satisfacer resentimientos personales, perjudican a otros artesanos en su libertad. Si apesar de las faltas de un fabricante algunos artesanos van a trabajar donde él, es porque obtienen ventaja. ¿Por qué, pues, impedirles lo que les es útil?

—Luego, vituperais toda especie de coalicion? preguntó Leonardo.

—Sí, Leonardo, una coalicion es siempre una medida que anuncia violencia i compresion. Un hombre de bien no puede aprobar que se eche mano de la fuerza bruta, aunque sea para obtener el triunfo de una causa justa. Cuando la razon tiene razon, triunfa por sí misma, por la fuerza de las cosas; necesita quizá algun tiempo, pero entónces su éxito es durable; el de la fuerza bruta es siempre pasajero. Las coaliciones son, ademas,

una injusticia respecto del público; lo obligan a pagar por el trabajo mas de lo que vale, a dar dos o tres francos, por ejemplo, por lo que podrian obtener por cincuenta centavos.

—Es verdad, Mr. Dupré, uno no piensa en esto, porque no vé sino lo suyo. Pero si impedis las coaliciones de un modo absoluto, cómo obtendrian los artesanos la reparacion de sus agravios?

—Cuáles son los agravios de que hablas, Leonardo? Será un agravio no ganar tanto como se quiere? Pero el fabricante podria quejarse tambien de no vender sus mercaderias como quisiera o venderlas a veces por ménos que lo que le cuestan.

El cultivador, que ha pagado sus obreros como en un año bueno, podria quejarse igualmente como agraviado cuando la cosecha no le indemniza sus gastos. Dejemos de mirarnos como víctimas cuando en realidad las cosas marchan segun las leyes de que hemos hablado.

—Pero, volviendo a nuestro asunto, ¿cómo podrán obtener los obreros un aumento de salario? ¿Condenais tambien los pactos que éstos hacen para no trabajar miéntras no se les aumente la paga?

—No condeno estos pactos por injustos i atentatorios a la libertad, como las demas coaliciones; pero los creo inútiles i dañosos. Su primer resultado, resultado infalible, es el sufrimiento de los obreros que entran en el pacto, pues que, no trabajando, agotan los recursos que han podido obtener e imponen privaciones crueles a sus familias. Supongamos que para obtener diez centavos mas hagan ese pacto obreros que ganan tres francos al dia. En un mes, contando mensualmente veinticinco dias de trabajo, perderán setenta i cinco francos, en tres meses doscientos veinticinco francos, i así, admitiendo que salgan bien con sus pretenciones, tendrán que trabajar durante diez i ocho meses para reparar el mal que han sufrido. Haced el cálculo, si quereis.

—Es exacto, dijeron muchos.

—Algunas veces, para sostener el pacto, las sociedades de obreros de una misma industria han empleado en subvenciones entre los miembros sin trabajo, fondos reunidos penosamente para auxiliarlos en sus enfermedades o en momentos críticos. Se ha visto en Inglaterra que algunas asociaciones de esa especie han gastado muchos centenares de miles de francos i, apesar de esto, han tenido que renunciar a su empresa despues de haber agotado inútilmente sus recursos.

Esos pactos producen resultados todavia mas desastrosos para los obreros. Su oficio es habitualmente aprendido con prontitud por otros i esto es mui natural, porque ejecutan trabajos sencillos: el trabajo que exija habilidad o talento obtiene un buen salario sin coalicion. Por consiguiente, si el pacto tiene por objeto hacer subir el precio de un trabajo fácil, esos obreros son suplantados pronto; se emplea a otros que se ponen al corriente del oficio, i cuando los que han entrado en el pacto se deciden al fin a proseguir su trabajo, encuentran que el número de los obreros ha aumentado en su industria i que no hai obra para todos, aun al precio antiguo: esto es lo que ha sucedido en repetidas ocasiones en las industrias qne ocupan muchos obreros.

—Es posible, dijo Pablo Boitard, si las pretenciones de los obreros no son razonables. Pero si son fundadas i los patrones no quieren consentir en aumentar los salarios, ¿cómo obligarlos?

—No debemos obligarlos. Díme, Pablo, qué pensarias de un comerciante que quisiera obligarte a que le dieses seis francos por una mercaderia que no estimas en mas de cien centavos? Lo considerarias un hombre ridículo i buscarias el artículo en otra parte. El comerciante puede, sin embargo, tener razon; la mercaderia puede costarle un precio tal, que perdiera dándola por ménos de seis francos. Tú no lo crees así i buscas el artículo en otra tienda, pero si no puedes obtenerla al precio que deseas, acabas por dar los seis francos.

Lo mismo sucede con el trabajo. ¿Por qué quieres ser el único juez entre tí mismo i el fabricante, en una cosa que os interesa a ambos? El fabricante sabe lo que puede dar, vosotros solo teneis conocimiento de lo que os falta. Si no puede daros lo que le pedís, ¿con qué derecho pretendeis obligarlo?

—Sin embargo, si el fabricante pudiese dar el precio que se le pide i con la intencion de ganar mas, no quisiese hacerlo, ¿cómo obtener ese resultado cuando los obreros tienen razon?

—Se hacen valer las razones i se discuten pacíficamente; si son fundadas, estad persuadidos de que triunfarán. Has dicho que son muchas las ocasiones en que un fabricante podria dar un salario mas crecido i que no lo hace, pero esto no sucede con frecuencia i dura poco. Un razonamiento mui sencillo bastará para probarlo, i los hechos confirman lo que os digo.

¿Cuándo piden los obreros un aumento de salario? No es seguramente cuando la industria marcha mal; es siempre cuando

marcha bien, cuando todos los obreros estan ocupados i el pedido de trabajo es mayor que la oferta. Pero entónces, suponiendo que los fabricantes no quieran pagar por un trabajo lo que pueden dar, como los brazos estan mui pedidos, habrá siempre, en virtud de la competencia, algunos que esten dispuestos a pagarlo al precio que vale realmente, seguros de atraerse a los obreros i de hacer, por la cantidad, ganancias mucho mayores. Los obreros buscarán a esos fabricantes, los otros quedarán abandonados i, si quieren sacar provecho de sus capitales en vez de arruinarse, obrarán como los demas. Si cuando Pedro i Pablo dan cincuenta centavos por un trabajo, Santiago i Juan pagan tres francos, es necesario que Pedro i Pablo los paguen tambien: de otro modo los obreros los abandonarian.

—Segun esto, los pactos de que hemos tratado son completamente inútiles?

—No digo que siempre sean inútiles: son mui raros los principios absolutos. Un pacto podria ser útil algunas veces a los obreros, permitiéndoles hacer valer sus razones i discutir sobre sus intereses con los fabricantes; pero ese deberia ser pacto enteramente pacífico i sin violencia, un pacto de pocos dias para esplicarse i entenderse. Sin embargo, esto es tan peligroso, la pendiente es tan resbaladiza, es tan fácil que se irriten unos contra otros, la pasion se mezcla con tanta prontitud en estos negocios, que yo no lo aconsejaria a los obreros.

Asi, en resúmen, las coaliciones, independientemente de todos los resultados fatales que os he indicado, no pueden asegurar una alza permanente de los salarios, a ménos que sea mayor el pedido de brazos que la demanda, i en este caso los obreros no tienen necesidad de coalicion. Lo único que puede influir de un modo permanente en el valor de los salarios, es la relacion de la poblacion con el capital, ya sea que la poblacion aumente con relacion al capital, lo que producirá inevitablemente una baja, ya sea que la riqueza pública aumente con mas rapidez que la poblacion, que entónces habrá alza, apesar de todos los esfuerzos de los empresarios.

En cuanto a esas coaliciones que consisten en no trabajar miéntras no se aumente la paga, influyen tambien de un modo pernicioso sobre los salarios, disminuyendo el capital; pues, miéntras duran, los capitales permanecen improductivos i los empresarios i los obreros consumen sin producir. Despues de una coalicion

cualquiera, como despues de todo acontecimiento que paraliza el trabajo, hai siempre disminucion del capital, inconveniente grave que no habia indicado. Permitidme os diga, al terminar, que cuando los empresarios i los obreros tienen buenas relaciones entre sí, las coaliciones, cualquiera que sea su naturaleza, son un espediente a que no es necesario recurrir. Entre personas que viven en buena armonia i que comprenden su posicion i sus intereses recíprocos, siempre hai medio de entenderse.

CONVERSACION DÉCIMA-SESTA.

Poblacion, subsistencias i salarios. — La poblacion tiende a mantenerse al nivel de las subsistencias, i los salarios estan en razon directa de los capitales i en razon inversa de la poblacion.

Aun cuando eran pocos los obreros empleados en las fundiciones de Mirebeau que asistian a las conferencias del doctor, las ideas que habia hecho nacer en sus espíritus se habian desarrollado no obstante entre todos. Esta circunstancia salvó a la aldea.

La palabra de órden salida de los principales centros de la industria de fierros, habia llegado al departamento. La coalicion comprendia que, para contar con espectativas de suceso, debia ser tan jeneral como fuese posible. Los obreros empleados en las diversas fundiciones del departamento fueron, pues, invitados a aceptar el programa de sus hermanos de los otros departamentos i, dominados por sus jefes, se conformaron casi todos con la especie de órden que se les habia trasmitido. Muchos de ellos, i sobre todo los mas instruidos, los padres de familia, los que tenian mas necesidad de trabajar, trataron de protestar contra las decisiones de una coalicion que sustituia la tirania de la masa a la pretendida tirania de los empresarios; pero, aunque eran mas numerosos en el fondo, el temor i el respeto humano les impedian espresar en alta voz sus sentimientos, i se dejaban arrastrar por una minoria opresora.

Mas instruidos i animados por los consejos de Leonardo i de los camaradas que tomaban ordinariamente por guias, los obreros

de Mirebeau comprendieron cuán contrario a sus intereses era sacrificar las ventajas ciertas de que gozaban a las que la coalicion les prometia. No pudieron decidirse a creer que una medida cuyo efecto inmediato era una pérdida considerable de los empresarios, que probablemente arruinaria a muchos i comenzaria por privarlos a ellos mismos de trabajo por algun tiempo, fuese un buen medio de mejorar su posicion. Respondieron, por consiguiente, negándose del todo a la invitacion que se les dirijió.

Esta negativa trastornaba los planes de la coalicion i probaba que habia division entre los mismos obreros. Se convino, por tanto, un plan para obligar por intimidacion a los obreros a asociarse a la coalicion i, en todo caso, apagar por fuerza los fuegos de todos los hornos!

Una mañana, al amanecer, el valle fué invadido repentinamente por una multitud compuesta de tres o cuatrocientos individuos armados de fusiles i de barras de fierro. Esta multitud se componia no solo de obreros de las fundiciones; se habia aumentado, al pasar por las villas vecinas, con algunas de esas personas que siempre estan prontas a unirse a los que proyectan un golpe, i la presencia de esa jente aumentaba el peligro.

Felizmente la poblacion de las fundicionos velaba, e informada de la aproximacion de los asaltantes, se armó al momento con los útiles que las fundiciones suministraban en abundancia. Se quiso entónces entrar en una transaccion; pero los obreros, mucho mas numerosos, se negaron a aceptar los planes de la coalicion, e indudablemente se habria trabado la lucha, si no se hubiera visto llegar en el mismo momento a los obreros de la fábrica que venian en auxilio de los de las fundiciones i a diversas brigadas de jendarmeria enviadas por la autoridad. Los asaltantes emprendieron la fuga, siendo capturados en gran número, los obreros volvieron a sus trabajos, despues de felicitarse recíprocamente, i algunas horas mas tarde, no quedó de esa invasion que amenazaba llevar el duelo a la aldea, mas que la emocion inseparable de semejante tentativa i el recuerdo del peligro comun.

Todo esto habia sucedido dos dias ántes de nuestra reunion, i el resultado ocasionaba una satisfaccion sincera en Mirebeau, pues todos esperimentaban ese contento que produce la feliz conclusion de un negocio que inquieta i el sentimiento de haber llenado su deber. Asi es que, al llegar a la escuela, los obreros

estaban contentos de sí mismos i de Mr. Dupré i seguros de que no les faltarian sus felicitaciones. Dupré no engañó sus esperanzas.

—Nuestra aldea ha corrido un gran peligro, les dijo; vuestra sabiduria nos ha salvado. Recibid a la vez mis felicitaciones i mis elojios. Mis elojios, eso es lo ménos importante; vuestra conciencia os los habrá concedido ya, i la satisfaccion de la conciencia vale mas que los elojios de los hombres; estos nos faltan a veces despues de una accion buena, el testimonio de la conciencia no nos falta jamas. Con todo, permitidme os diga que, despues de lo que acaba de suceder, estoi mas que nunca contento de haber nacido en Mirebeau. Miéntras que en tantas otras localidades, los obreros han comprometido por su imprudencia una posicion ya satisfactoria i que tendia a mejorarse, vosotros habeis asegurado el bienestar adquirido i os habeis colocado en situacion de acrecerlo. Recibid, pues, mis felicitaciones.

—Todo lo debemos a vuestros consejos, dijo Leonardo, espresando la idea de los asistentes.

—Amigos, puesto que lo creeis así, prosigamos nuestras conversaciones, conservando siempre en la discusion la calma de los que verdaderamente desean instruirse.

Hemos visto cuán impotentes son los medios arbitrarios i mas o ménos violentos a que los hombres pueden recurrir para fijar, segun su voluntad, el valor de los salarios, i acabais de manifestar que lo habeis comprendido. Ahora nos ocuparemos todavia de salarios i de un modo mui directo, aunque muchos de vosotros no hayais pensado nunca en la relacion que puede haber entre los salarios i el asunto de que vamos a tratar.

Sabeis ya que el trabajo es una mercaderia; que el salario, que es su precio, se determina por la relacion que existe entre la oferta i el pedido; que este precio, como el de todas las mercaderias, se arregla voluntaria i libremente entre el comprador i el vendedor, i que está sometido a ciertas leyes, a la influencia de las cuales ninguna fuerza humana puede sustraerlo. Sabeis tambien que el fondo que sirve para pagar los trabajadores i con el cual pueden vivir, es el capital jeneral de la nacion, o el conjunto de los objetos propios para el consumo que posee el país. La porcion de este fondo que puede recibir cada individuo depende, por consiguiente, no solo de la importancia del capital, sino ademas del número de personas entre quienes debe dividirse.

Quedando igual el número de individuos, la parte de cada uno será naturalmente tanto mayor cuanto mas considerable sea la riqueza del país. I a su vez, quedando igual la riqueza del país, la porcion de cada uno será tanto menor cuanto mayor sea el número de los individuos entre los cuales deba dividirse. Si tenemos, por ejemplo, un capital de cien francos para dividirlo entre cien individuos, cada uno de ellos tendrá un franco. Si el capital y la poblacion duplican juntos y alcanzan la cifra de doscientos, cada uno tendrá tambien un franco. Pero si quedando la poblacion en ciento, el capital sube a doscientos francos, la parte de cada uno será de dos francos. Seria tambien de dos si, subiendo la poblacion a doscientos habitantes, el capital subiese al mismo tiempo a cuatrocientos francos.

Por el contrario, si la poblacion es de cien habitantes i el capital baja a cincuenta francos, cada uno no tendrá mas que diez centavos, i si, quedando el capital en cien francos, la poblacion sube a doscientos habitantes, la parte de cada uno solo será tambien de diez centavos. En fin, si el capital se duplica i sube a doscientos francos, pero al mismo tiempo la poblacion llega a ser cuatro veces mayor i alcanza la cifra de cuatrocientos habitantes, solo habrá diez centavos para cada uno. ¿Comprendeis esto?

—Sí, señor Dupré, esclamaron los asistentes.

—Apliquemos el mismo razonamiento a los salarios i asi veremos que su valor depende no solo de la riqueza del país sino tambien de la proporcion que hai entre esta riqueza i la poblacion. Pequeña riqueza i gran poblacion dan salarios mui bajos; gran riqueza i poblacion relativamente mediocre, salarios crecidos.

—No veo, señor, dijo Honorio, el papel que hace la poblacion en este cálculo. Comprendo que si realmente hubiera que dividir una suma de dinero, miéntras mayor fuese el número de los participantes, menor seria la parte. Pero aquí no se trata de dinero que distribuir, sino de trabajo i de salarios.

—Es que tú pierdes de vista la relacion que hai entre la abundancia de los capitales, el pedido de brazos i el alza de los salarios, como entre la escasez de capitales, la oferta de brazos i la baja de los mismos salarios. Miéntras mas ricos estan los consumidores, mayor es el número de las necesidades que pueden satisfacer, i mayor el trabajo que pagan para procurarse esas comodidades; la produccion es mas activa porque el consumo lo es tambien; hai mas pedido de brazos o de trabajadores i estos reci-

ben salarios mas crecidos, porque la concurrencia tiene lugar entre los capitalistas i no entre los obreros. *La abundancia de los capitales, el pedido de los trabajadores i el alza de los salarios marchan de concierto.*

Por el contrario, cuando los capitales estan escasos, el consumo, la produccion i el pedido de brazos disminuyen, i los salarios de los trabajadores son mas bajos, porque la concurrencia obra con mas fuerza entre ellos que entre los capitalistas. *La escasez relativa de capitales, la oferta de brazos i la baja de los salarios marchan tambien juntos.*

—Pero qué relacion tiene todo esto con la poblacion? preguntó nuevamente Honorio.

—Vas a verlo. Supongamos un país que ocupa cierto número de brazos. Sí, por una circunstancia cualquiera, el capital de este país disminuye en la mitad, solo puede satisfacerse la mitad de las necesidades, i solo hai trabajo para la mitad de los obreros. Los que esten desocupados, con el deseo de tener obra, ofrecerán ellos mismos trabajar a precio mas bajo, i los fabricantes cuyas ganancias son reducidas, tambien por la disminucion de produccion, encontrando trabajadores mas baratos, despedirán a los obreros que ocupan, a ménos que éstos consientan en trabajar bajo las mismas condiciones, lo que aceptarán seguramente. Todos los salarios tendrán, por consiguiente, una baja.

He supuesto que los capitales hubiesen diminuido en la mitad, pero cualquiera que sea la diminucion siempre habrá una baja mas o ménos considerable en los salarios.

—Sí, dijo Leonardo, esto sucede cuando hai mas brazos disponibles que trabajos para ocuparlos. Mas la diminucion de los capitales me parece que no tiene lugar.

—Estás en un error, Leonardo. Este caso se presenta muchas veces i nuestras revoluciones en Francia nos han dado el ejemplo de disminuciones enormes del capital. El temor hace entónces que todos reduzcan sus gastos, i naturalmente la produccion disminuye. Calculad cuan grande debe ser la disminucion de los capitales en un país cuando la mayor parte de los obreros dejan de trabajar. Pero, prescindiendo de las revoluciones i de los disturbios políticos, el mismo resultado tiene lugar en otras circunstancias, como en este año. ¿No es una disminucion enorme de los capitales, el déficit que hemos tenido en la cosecha? No siendo los capitales de un país otra cosa que la suma de todo lo

que existe en ese mismo país, la disminucion de la produccion agrícola es necesariamente una disminucion de capitales.

—Es cierto.

—Ahora supongamos que sin variar los capitales, la poblacion haya doblado i nos encontraremos en el mismo caso que hace poco. Los capitalistas piden la misma cantidad de trabajo i hai doble número de hombres. La oferta de brazos exede en mucho al pedido i los salarios bajan.

Por el contrario, si los capitales no varian i la poblacion disminuye, se pide la misma cantidad de trabajo, i como hai ménos brazos, los trabajadores son mas pedidos que ofrecidos i sus salarios suben.

—¿Comprendes ahora, Honorio, la relacion que hai entre la poblacion i el salario de los obreros?

—Sí, señor Dupré. Se puede espresar, segun me parece, diciendo que el valor de los salarios sube cuando los capitales aumentan mas que la poblacion i que bajan cuando la poblacion aumenta mas que los capitales.

—Eso es, Honorio; pero todo se puede espresar en ménos palabras, diciendo que los salarios *estan en razon directa de los capitales i en razon inversa de la poblacion.*

—Pero, dijo Gagelin, cómo conciliar estos principios con la opinion recibida durante muchos siglos de que una gran poblacion es una fuente de prosperidad?

—Este es uno de esos errores que la economia politica ha refutado i que proviene de que muchas veces se toma el efecto por la causa. ¿Qué vale mas para una nacion: muchos habitantes viviendo miserablemente en un territorio o un número ménos considerable que goce de comodidad i bienestar?

—El bienestar del pequeño número es ciertamente preferible.

—Lo que ha contribuido a acreditar el antiguo error que la poblacion grande de un país constituye su riqueza, es que durante muchos siglos, todos los pueblos han estado organizados teniendo en vista la guerra. Una poblacion reducida, diseminada en un vasto territorio, ofrece pocos recursos para defenderlo contra los ataques de los enemigos, i de aquí se ha concluido que debia desearse mas una poblacion numerosa; de aquí han nacido los estímulos concedidos por los gobiernos al incremento de la poblacion; de aquí las recompensas i los privilejios otorgados por las leyes de muchos países a los padres de familias numerosas. Esta

opinion se encontraba en cierto modo justificada por el estado de la poblacion en los pueblos de la antigüedad i mas tarde en las naciones modernas durante la edad media. La escasez de la poblacion en territorios estensos no daba ocasion para que se conociesen los inconvenientes de una poblacion exesiva.

—Sin embargo, observó Mr. Ravaud, algunos pueblos de la antigüedad encontraron un recurso en la emigracion, recurso de las naciones modernas cuya poblacion es exorbitante.

—Vuestra observacion es justa, Ravaud; pero debe notarse que muchas veces las colonias de la antigüedad no tenian por objeto tanto desembarazarse de un exeso de poblacion como estender su influencia por medio de esas aglomeraciones de habitantes con una misma lengua i las mismas costumbres. Por otra parte, esas colonias encontraban a poca distancia países casi inhabitados en que podian establecerse sin las dificultades con que tropiezan las naciones modernas. Esta influencia, ejercida en los espíritus por las ideas antiguas i por la organizacion i las costumbres guerreras de los pueblos durante tantos siglos, nos hace creer que la poblacion no puede ser nunca demasiado considerable. Esto puede ser cierto en pueblos nuevos que viven en un territorio estenso i cultivado solo en parte, pero deja de serlo en pueblos mas adelantados en civilizacion i cuya poblacion está oprimida en un territorio circunscrito.

—Pero, advirtió Gagelin, a medida que la poblacion aumenta, hai mas brazos para cultivar nuevas tierras i por consiguiente siempre encuentra medios para vivir.

—No siempre, Mr. Gagelin, pues hai límites. Pero admito que no se haya alcanzado este límite. La poblacion, aunque considerable ya, podrá vivir, pero vivirá con dificultad, i desde luego, si crece con mucha rapidez, no tendrá para el cultivo brazos en proporcion de su aumento, porque este aumento se debe sobre todo a los nacimientos, i, durante largos años, los niños comen sin trabajar. Hai aumento de poblacion i de consumo sin aumento correspondiente de produccion.

—Es una observacion mui justa.

—Ademas, continuó Mr. Dupré, miéntras es pequeño el número de habitantes en un territorio estenso, se vive fácilmente. Al principio se ponen en cultivo las tierras mejores, pero a medida que la poblacion aumenta se ve obligada a cultivar tierras ménos i ménos fértiles, i entonces, si alcanza a poner a su nivel la produc-

cion de las subsistencias, solo lo obtiene con un trabajo siempre creciente.

—Cómo, señor Dupré, ¿puede suceder que la produccion de las subsistencias no se mantenga al nivel de la produccion? Esta no podria vivir en exceso, pues que no es posible vivir sin comer.

—No, Gagelin, no se vive sin comer, i asi cuando la poblacion es exesiva i los víveres insuficientes, se come ménos; se sufren privaciones; se consume una cantidad de alimentos menor que la necesaria para mantener las fuerzas del cuerpo; los niños nacen i sus padres no pueden prestarles todos los cuidados indispensables a su edad; su constitucion se debilita; la mortalidad crece i la poblacion vuelve a colocarse por la miseria al nivel de las subsistencias.

—Esto es cierto, prosiguió Gagelin, pero se me hace duro creer que podamos temer un exeso de poblacion: hai tantas tierras incultas en Francia.

—Hai, en efecto, entre nosotros muchas tierras incultas, mas es porque no conviene cultivarlas. Preguntad a Mr. Bertrand, a Mr. Ravaud, a todos los cultivadores que estan aquí si trabajarian con el mismo gusto i esperanza de lucro una hectárea de tierra de mala calidad que una de las que actualmente esplotan.

—No, ciertamente, dijeron todos los cultivadores a una voz.

—Lo creo, replicó Gagelin; pero, si la poblacion aumentase, seria ventajoso cultivarlos porque el precio subiria.

—Sí, Gagelin, mas todos sufririan como consumidores, pues que se comprarian mas caros los mismos productos. Miéntras mas aumentase la poblacion, mas trabajo le costaria vivir con tierras mas i mas ingratas; miéntras mas rápido sea el aumento de la poblacion, mayor será la escasez, porque se necesitarán esfuerzos mas poderosos para colocar la produccion de la tierra en relacion con la necesidad de alimentos. Podeis formar idea de la dificultad de hacer seguir a la produccion de las subsistencias los progresos de la poblacion, comparando la posibilidad de aumento de una i otra.

El padre i la madre, en cada familia, pueden tener fácilmente cuatro hijos i aun muchos mas, pero tomando por término medio este número cuatro, resulta en definitiva que el aumento de la poblacion puede marchar en la misma proporcion que los números 2, 4, 8, 16, 32, etc., es decir que la poblacion puede doblar en cada jeneracion.

—Estos números, advirtió Gagelin, representan en teoria el poder de reproduccion de la especie humana; pero en realidad un incremento tan rápido no tiene lugar en parte alguna.

—Este incremento se ha verificado, Gagelin, i si no es tan rápido en Europa, esto proviene únicamente de los obstáculos que encuentra.

—No comprendo estos obstáculos, señor Dupré: si la poblacion dobla, la produccion debe duplicarse con los brazos.

—No, Gagelin, olvidais que la produccion llega a ser mas i mas difícil a medida que la especie humana aumenta, porque es necesario cultivar tierras ménos fértiles i ademas habeis cometido un error mui grave confundiendo productos de naturaleza enteramente diversa. Sin duda, la produccion manufacturera aumenta en proporcion de los brazos, es decir de la poblacion; puede aun aumentar mas lijero a consecuencia de los progresos de la industria que abrevian el tiempo i multiplican los medios de produccion, llamando a las fuerzas de la naturaleza en auxilio del hombre.

No sucede lo mismo con la produccion agrícola; no se obtiene un incremento sino por medio de una cantidad de trabajo i de un aumento de gastos proporcionalmente mucho mayores. Sin hablar de las tierras incultas que es necesario poner en esplotacion, es mucho mas difícil hacer producir diez hectólitros mas de trigo a un campo que ya da veinte que duplicar la produccion de otro que solo da diez. Es verdad que se puede vivir sin tener completamente lo que se necesita, pero se vive mal, i de todo esto se ha deducido que *la poblacion tiende a colocarse al nivel de las subsistencias.*

—No se necesita mas.

—Sí, Gagelin; mas veamos con qué condiciones se obtiene ordinariamente. La poblacion solo se mantiene en ese nivel porque es violentamente rechazada cuando lo exede. Cuando las subsistencias estan abundantes i los salarios crecidos, se goza con imprudencia de esta situacion miéntras dura; los jóvenes contraen uniones prematuras; los hijos vienen a aumentar sus cargas i a hacer su vida mas difícil, i al fin llega un tiempo en que, habiendo aumentado la poblacion con demasiada rapidez, la oferta de brazos exede al pedido i los salarios disminuyen. Entónces las jeneraciones, no encontrando suficientes recursos para vivir, pierden sus fuerzas; las enfermedades i la miseria acaban la salud i contribuyen a que perezcan ántes de tiempo; los hijos, privados de

las atenciones que exije su debilidad, crecen débiles o mueren ántes de llegar a la juventud, i la poblacion vuelve por la miseria al nivel de las subsistencias i probablemente un poco mas abajo. Despues los hechos suceden en sentido inverso. La despoblacion hace que los salarios aumenten, porque disminuye la concurrencia; el aumento de los salarios provoca a su vez matrimonios precoces; estos matrimonios dan oríjen a un número creciente de niños, i entónces sobreviene de nuevo un exceso de poblacion que trae consigo la miseria i se comienza a pasar por todas las faces que os he descrito. Así es como por la imprudencia de los hombres, la humanidad pasa sucesivamente por alternativas de bienestar i de miseria. I sin embargo, si no podemos esperar en la tierra una felicidad completa, podemos a lo menos prevenir i disminuir los males que nos amenazan. No escaparemos sin duda de las calamidades que Dios envia al hombre para recordarle que este mundo es un lugar de prueba, pero podemos disminuir sus efectos i sobre todo, podemos prevenir los males cuyo oríjen está en nosotros mismos. Entre estos uno de los mas temibles para los obreros que viven con su salario es el exeso de poblacion.

—¿Como remediar este mal? dijo Honorio.

—Haciendo lo contrario de lo que tú has hecho. Escusa mi franqueza, Honorio; tu ejemplo nos servirá de leccion.

Puesto que los salarios bajan por el exeso de poblacion, porque entónces la oferta de brazos es mas considerable, lo que se necesita es que los obreros no contribuyan con su imprudencia a traer este exeso de poblacion, cuyo primer resultado es disminuir los salarios. ¿Sabeis de donde viene este nombre de *proletarios* con que se designa habitualmente a los obreros? Viene de una palabra latina que significa que se multiplican mucho, i esto porque no tienen prevision respecto al matrimonio.

—Pero, señor, dijo Honorio, cuando se carece de todo lo que hace agradable la vida, es un consuelo tener una esposa e hijos i vivir rodeado de seres queridos.

—Que consuelo, Honorio, ver vivir en la miseria a personas que se ama, condenar a privaciones dolorosas a la mujer que ha unido su existencia a la nuestra i tener hijos para hacerles sentir las torturas del hambre! ¡En vez de un consuelo, ¿no es el suplicio mas horrible para el hombre de buen corazon ver sufrir por su culpa a los que de él esperan el bienestar en la vida?

—Sin embargo, dijo Andres, no es culpa suya que su salario sea insuficiente.

—Sí, Andres, es culpable. No hai salario que no baste para alimentar a un hombre solo; pero el salario que basta para un hombre es muchas veces insuficiente para una familia, i lo será sobre todo si ese obrero se casa ántes de haber adquirido la habilidad necesaria para ganar un salario mejor. Todos los obreros no tienen el valor de Honorio; no saben resignarse a trabajar dia i noche, a privarse de todos los placeres para no imponer privaciones demasiado duras a los que de ellos esperan su subsistencia. Muchas veces se desalientan i, en vez de redoblar su ardor, unos se abandonan al vicio i olvidan sus pesares con el vino, i otros, para sustraerse a la vista de una familia desposeida de todo, abandonan a la caridad pública a su mujer i a sus hijos. Hé ahí las consecuencias de esas uniones hechas sin prudencia: el vicio i la miseria.

Comprended mejor vuestros intereses i vuestros deberes. La juventud es el tiempo en que deben echarse las bases del bienestar futuro. No os cargueis de familia ántes de poder alimentarla, economizad durante esos años de la juventud, comprad muebles, formad un peculio que os permita despues educar vuestros hijos sin imponeros ni imponerles demasiadas privaciones, i que, en los tiempos difíciles, os presente el medio de alcanzar otros mejores sin caer en la miseria.

—Segun esto, observó Pablo Boitard, nunca hai ocasion para divertirse, si el jóven debe economizar y privarse de los placeres, para privarse tambien despues cuando tenga familia.

—Si quieres divertirte, Pablo, miéntras seas jóven. no te quejes de trabajar penosamente cuando estés viejo. Si adquieres la costumbre de disipar locamente tu salario, sin duda estarás mui mal preparado para la vida del padre de familia, que es vida tranquila i dulce, pero tambien de sacrificios. Comprended mejor vuestros intereses i vuestro papel de hombres; esforzaos para ser buenos obreros buscados por los fabricantes, de modo que os tomen siempre los primeros i os despidan los últimos; economizad, tomad muchas veces el camino de la caja de ahorros i no el del baile o de la taberna; preparaos a la existencia digna i séria del padre de familia, i asi, cuando llegueis a tener los deberes de ese cargo, estareis en aptitud de llenarlos con recursos que os los harán mas llevaderos i dulces. Siguiendo este consejo, no

solo mejorareis vuestra condicion personal, sino que prevendreis tambien las consecuencias desastrosas que resultan para todos vosotros de un aumento de poblacion mas rápido que el de los capitales i que disminuye los salarios en las profesiones. Aun obtendreis otra ventaja mas, i es que cuando tengais que discutir sobre vuestros intereses con los patrones, como por ejemplo para ajustar los salarios, no estareis obligados a aceptar las condiciones que os ofrezcañ si no son razonables; pues, no esperando vuestro pan del salario del dia, tendreis menos urjencia para ocuparos i discutireis mejor las condiciones con armas iguales.

—Me parece, sin embargo, dijo Honorio, que esto no basta para mpedir el exeso de poblacion. ¿De qué serviria no casarse sin irecursos, si se viviera en el libertinaje?

—Tu observacion es mui justa, Honorio, y no habia hablado de estas uniones ilejítimas porque he pensado que vosotros mismos comprendeis que son infames. Al invitar a los jóvenes a que difieran el matrimonio hasta el tiempo en que se encuentren en estado de soportar el peso de las obligaciones que impone, he hablado en la intelijencia de que conserven la castidad en el seno del celibato, pues el celibato sin la castidad es peor que un matrimonio prematuro; a los inconvenientes de este une las consecuencias del vicio.

La conclusion lójica de lo que habeis aprendido es que la suerte de los obreros depende en gran parte de ellos mismos. En efecto, si hai un número exesivo de brazos disponibles, no se podrá impedir que la retribucion del trabajo sea insuficiente, i por el contrario, si estan escasos, ni aun los patrones mas avaros impedirán al obrero que venda su trabajo a un precio subido. Casaos pues, con prudencia; vivid entretanto castos, sóbrios, empeñosos i económicos, i así os preparareis para gustar un dia los goces del padre de familia sin tener que sentir el tormento mas cruel, el de no poder alimentar a vuestros hijos.

CONVERSACION DÉCIMA-SÉPTIMA.

Productores i consumidores.—La competencia proporciona vida barata.

A consecuencia del ataque intentado contra las fundiciones, los majistrados de la cabecera del departamento tuvieron que trasladarse a Mirebeau, i apenas comenzaron a ejercer sus funciones, auxiliados por todos los habitantes, que consideraban como un deber ilustrar a los jueces para obtener la represion de los delitos, reunieron pruebas suficientes para condenar a los culpables, entre los cuales se encontraba el tabernero Basset, nuestro antiguo conocido; pero el dia de la reunion todo estaba terminado.

—Amigos, dijo el doctor al principiar, hemos hablado estensamente de los salarios en nuestras últimas reuniones, i me he esforzado para haceros ver las cosas bajo su verdadero aspecto. Habré destruido, sin duda, algunas ilusiones, sin embargo, no creo que os pese conocer la verdad.

—No, por cierto, contestó un gran número de los asistentes.

—Ahora pienso hablaros en pocas palabras de las ventajas que la competencia ofrece a los obreros.

—Es cosa dura, dijeron casi todos los obreros i algunos cultivadores i fabricantes.

—No estraño esas palabras, prosiguió Dupré, porque las esperaba. Pero, decidme señor Blondeau, ¿por qué os quejais de la competencia?

—Porque me impide vender mis fierros tan bien como lo haria si no la hubiese i dar a mis obreros el salario que podria pagarles si vendiera mejor.

—I vos, Duval, preguntó el doctor a uno de los comerciantes principales de Mirebeau, ¿por qué detestais la competencia?

—Porque si no hubiera concurrentes que bajan el precio de sus mercaderias para atraerse los consumidores, no tendria que bajar el de las mias.

—¿I vos, Bertrand?

—Es mui sencillo: si cuando llevo mi trigo al mercado, no me encontrara en competencia con una multitud de cultivadores que ofrecen mas barato su trigo, porque tienen necesidad de dinero, obtendria uno o dos francos mas por saco.

—I vosotros, Andres, Mauricio, Benito?

—Nos habeis dicho, respondió Andres, que la competencia entre los obreros impide que los salarios suban, ¿cómo quereis, despues de esto que nos agrade?

—Basta raciocinar sobre las contestaciones que se acaban de oir. A vosotros, señores fabricantes, os desagrada la competencia, porque os impide vender vuestros productos como lo deseariais; pero olvidais que la competencia entre los obreros os permite pagarles ménos i que, gracias a esa competencia, comprais mas barato el trigo de Bertrand i las mercaderias de Duval.

Vos i vuestros compañeros, Duval, estais obligados por la competencia a dar vuestras mercaderias a un precio mas bajo para atraer a los compradores; pero os olvidais de que la competencia de los fabricantes os permite comprar por ménos esas mercaderias i todas las que entran en vuestro consumo.

Vosotros, señores cultivadores, arrendatarios i propietarios, estais descontentos con la competencia que no os deja vender tan bien vuestros productos; pero, hace seis meses, en virtud de la competencia entre los consumidores vendiais el trigo por un precio doble al actual. La competencia entre los empresarios de fundiciones os procura a un precio moderado el fierro empleado en vuestros instrumentos de cultivo; la de los fabricantes i mercaderes hace que obtengais barato todo lo necesario, i la de los trabajadores que no pagueis mucho a vuestros jornaleros i sirvientes.

En fin, vosotros los obreros, os quejais tambien de la competencia que impide que los salarios suban; pero no fijais vuestra atencion en que sin la competencia entre los fabricantes, esos salarios serian mucho menores i pagariais talvez el doble por todo lo necesario para la vida.

Como lo veis, si la competencia tiene inconvenientes, ofrece tambien ventajas para todos.

—Esto es incontestable, dijo Gagelin; pero, ¿qué importan estas ventajas si los inconvenientes son mayores?

—Os engañais, Gagelin. El efecto de la competencia es impedirnos sacar partido de nuestra posicion, como lo hariamos sin ella; mas, esta parte que perdemos en nuestras relaciones con los demas hombres, es ganada precisamente por la persona con que tratamos. Si perdemos un franco en la venta de una cosa cualquiera, este franco es ganado por el que la compra, i así a primera vista aparece que las ventajas de unos igualan a los inconvenientes que resultan para otros, pero estudiando bien la competencia se vé que en definitiva es altamente favorable a la humanidad.

—Convengo, señor Dupré, en que no hai nada que oponer a vuestro razonamiento, por lo que toca a la humanidad en su conjunto. Pero si la competencia es útil a los hombres en jeneral, no los perjudica igualmente i beneficia mas a ciertas clases de individuos.

—Esto no es posible, Gagelin, por lo ménos de un modo permanente, i vais a comprenderlo. Si, por ejemplo, la competencia pusiera en mala condicion a los obreros de una industria, a los productores de artículos de cierta naturaleza, o a los mercaderes de tal o cual especie, esa profesion seria abandonada poco a poco por una parte de los que la ejercieran, obreros, fabricantes o mercaderes i los que continuasen adquiririan una condicion mejor.

La competencia es una consecuencia de ese gran móvil de las acciones humanas que se llama interes individual, i, como el interes en que tiene su oríjen, es uno de los principios fundamentales de la existencia de las sociedades. La competencia de unos favorece a los demas i no deja predominar unos intereses sobre otros, sino que a todos los armoniza. Así, la competencia de los productores está contrabalanceada por la de los consumidores. Sin la competencia que se hacen los primeros, los últimos pagarian por todo un precio exorbitante, porque nadie limita voluntariamente sus ganancias, i sin la competencia de los consumidores entre sí, todo se venderia por un precio mui bajo.

La competencia de los empresarios está comprimida por la de los obreros. La de los obreros entre sí hace bajar los salarios, e impide que la produccion llegue a ser demasiado cara; la de los

empresarios, que tienen necesided de obreros, impide a su vez que los salarios bajen mucho.

—Pero, advirtió Gagelin, puesto que la competencia limita las ventajas, es necesariamente una causa de pérdida para todos.

—No, Gagelin, si la competencia hace que se pague un franco en vez de dos, cada uno gana la mitad ménos, pero gasta tambien la mitad ménos i así hai una compensacion. No es esta, con todo, la principal ventaja de la competencia; consiste en la emulacion que de ella resulta. La competencia, limitando las ventajas que cada uno obtiene con el objeto que produce, estimula al productor para trabajar mas i mejor. Para triunfar de sus competidores, el productor inventa procedimientos nuevos que le permitan producir con mas economia, i por eso ha centuplicado sus fuerzas poniendo a su servicio las de la naturaleza. La competencia no solo permite emplear gratuitamente la pesantez, el calor, la electricidad, la luz, la fuerza del vapor, del aire i del agua, sino que tambien hace del dominio público las invenciones por las cuales el hombre se apodera de esas fuerzas, i, disminuyendo la cuota del interes, coloca a la disposicion de los trabajadores los capitales que alimentan el trabajo. Merced a la competencia, la suma de esfuerzos necesaria para producir un resultado cualquiera ha disminuido de un modo incalculable i todos obtienen con sus entradas diez veces mas comodidad que ántes.

—Segun esto, preguntó Lenoir, ¿deseais la libertad completa del comercio?

—Sin duda, i ¿por qué no?

—Entregariais la industria nacional a los estranjeros?

—¿Qué entendeis por entregar la industria nacional a los estranjeros?

—Permitirles que introduzcan sus mercaderias entre nosotros libremente.

—Los estranjeros no podrian suplantar una de nuestras industrias sino con una de estas dos condiciones: hacer cosas mejores por el mismo precio o iguales, pero mas baratas; i si temeis la competencia, confesais que vuestras manufacturas no son tan buenas o que fabricais o vendeis mas caro. Si fabricais cosas peor hechas ¿por qué quereis impedirnos que las compremos donde se encuentran de mejor clase? Si fabricais artículos mas caros, ¿por qué obligar al público a que os compre así caro lo que puede encontrar mas barato, en una palabra, a que pague por vuestros

servicios mas de lo que valen? En uno i otro caso, atentais contra nuestra libertad, pidiendo al gobierno que prohiba la internacion de las mercaderias estranjeras o la recargue con derechos demasiado fuertes a fin de vender las vuestras a un precio subido.

—Entónces, señor Dupré, ¿no quereis protejer el trabajo nacional?

—¿Quereis sacrificar la industria nacional a la estranjera?

—No, no quiero ningun sacrificio; pues no lo es no querer pagar quince francos a los productores franceses por lo que los estranjeros pueden darme a diez. Con esto, los obreros franceses en vez de perder ganaran. Supongamos que, no pudiendo fabricar ciertos artículos de fierro al mismo precio que los ingleses, les compremos cien millones de francos en estos artículos, ¿creeis que los obreros franceses dejaran de hacer el trabajo que se pagaba con esos cien millones? De ninguna manera; fabricaremos cien millones ménos de fierro, pero haremos cien millones mas en otras mercaderias que recibirá la Inglaterra en cambio de sus fierros.

—Estais seguro, señor Dupré.

—Perfectamente seguro. La esperiencia prueba que en el comercio con los estranjeros, los productos se cambian por productos, a ménos que se trate de una necesidad accidental, como en estos dos años en que hemos necesitado cerca de quinientos millones en trigo, i aun en este caso el artículo que se encuentra pedido escepcionalmente se paga muchas veces con artículos de diversas clases i no con moneda. Solo hai, por consiguiente, un movimiento, i los obreros que perdieran su empleo en la industria abandonada, encontrarian ocupacion en las que producen los artículos que los estranjeros nos pidiesen en mayor cantidad. Tendriamos ménos obreros en las industrias a que nuestro país se presta ménos i mas en las que estan en mejor armonia con nuestro clima i nuestro jenio.

—Pero ¿qué gana el país con esto? preguntó Leonardo.

—Voi a ponerte un ejemplo. Ya os he dicho anteriormente que no se compra productos estranjeros sino cuando nos los venden mas baratos que los nacionales; pues bien, si comprando azúcar al Brasil por valor de cien millones de francos podemos obtener tanta cantidad como la que produciriamos con un costo de cien millones, habremos ahorrado cincuenta millones que se podrán destinar para la compra de otras mercaderias, i, por consiguente, para el aumento de los goces. Lejos, pues, de considerar como una pér-

dida para el país lo que se compra al estranjero, debemos mirarlo como una ganancia, ya que esta compra nos deja siempre un sobrante, i ademas porque pagando con productos lo que compramos al estranjero, resulta de este cambio un aumento de actividad en las industrias para las cuales somos mas apropósito.

—No puedo negar, dijo Mr. Lenoir, que el razonamiento es mui fundado, pero ese sistema tiende a bajar el precio de todas las cosas, i lo que estimula la produccion es el precio subido.

—Ese es un error, Lenoir. No se produce mas que para vender; por consiguiente, el aumento del consumo es lo que estimula la porduccion. I como se consume mas cuando los productos tienen un precio bajo, de aquí resulta definitivamente que el precio bajo es el mas favorable a la produccion.

No debemos olvidar que, como hombres, tenemos dos intereses contrarios. Como productores o consumidores pedimos las ganancias o salarios mas subidos; como compradores o consumidores deseamos la vida barata, lo cual es incompatible con el alza de los gastos de produccion. Compradores deseamos la abundancia; vendedores nos felicitamos de la escasez; pero, como en virtud de la division del trabajo, producimos pocos artículos i compramos muchos, la competencia nos es altamente favorable, pues en cambio de la baja en los *pocos* artículos que producimos, nos proporciona otra baja en las *muchas* mercaderias que necesitamos obtener para nuestro consumo i nos procura lo que mas deseamos, ***la vida barata.***

La competencia es la lei democrática por exelencia, la mas progresiva, la mas igualitaria de todas las que rijen las sociedades humanas, la que hace desaparecer todas las desigualdades ficticias, i la que ha permitido a un gran número de proletarios elevarse a la propiedad i al bienestar. La competencia, estendiéndose tambien al dominio de la instruccion, ha bajado el precio de los libros, ha perfeccionado los métodos de enseñanza i puesto la ciencia al alcance de las masas, ha permitido la adquisicion de bienes en ménos tiempo i con ménos gastos, i ha destruido de este modo la última barrera que se oponia a la mejora de la condicion del pobre.

La competencia que, por medio de la division del trabajo, trata de simplificar las operaciones, coloca a la disposicion de todos los obreros las industrias que primitivamente solo podian ejercer algunos, i merced a ella, los trabajos que en su oríjen exijian cono-

cimientos variados, se hacen ahora sin esfuerzo. Hasta las ventajas naturales de situacion, de fertilidad, de temperatura, i aun de aptitud industrial de los habitantes de un país, favorecen a los consumidores de todos los otros. Cada progreso que se hace en el Oriente es una riqueza en perspectiva para el Occidente; el combustible descubierto en el Sud aumenta los goces de los habitantes del Norte, i, en resúmen, la competencia que da oríjen a estos descubrimientos por el móvil del interes, proporciona a todos lo que comunmente se llama *vida barata*.

CONVERSACION DÉCIMA-OCTAVA.

Los impuestos i el gobierno.

Lo que habia estado a pique de ser para Mirebeau una causa de turbacion i miseria, prometia llegar a ser causa de paz i prosperidad para la comarca. La coalicion de los obreros de fraguas, si por acaso hubiese sido apoyada por los de la localidad, les habria privado del trabajo por cierto tiempo, i habria producido entre los patrones de fraguas i aquellos una irritacion mui natural; ademas de que, la ajitacion provocada por su momentáneo éxito, se habria comunicado a las otras industrias, resultando de aquí una antipatia creciente entre patrones i obreros.

Evitado este peligro merced al buen espíritu de los obreros, ilustrados por las instructivas conversaciones del doctor, hoi reina ya una completa armonia en la comarca; obreros i maestros viven en la mejor intelijencia; la union entre ellos descansa en una estima i confianza mútuas; en una palabra, la disposicion de los unos respecto de los otros ha cambiado, teniendo por fundamento un sentimiento de benevolencia recíproca.

Las últimas conferencias del doctor sobre el capital, los salarios i la concurrencia industrial, contribuyeron sobre todo a operar este cambio feliz, haciendo conocer los principios que regulan las relaciones entre patrones i obreros, haciendo apreciar mejor a los unos la situacion de los otros, e ilustrando a todos acerca de sus verdaderos intereses. Los patrones llegaron a convencerse de que el suyo, lejos de consistir en la minoracion de los salarios, consistia, por el contrario, en la justa remuneracion

que satisficiese al obrero, le ligase a su posicion i le hiciese desear conservarla, mostrándole su interes como de acuerdo con el del establecimiento en que se ocupa. Comprendiendo tambien que el porvenir de su industria consistia en ese grado de perfeccionamiento que permite disminuir los gastos de produccion sin tocar a la obra de mano, si no es para mejor retribuirla, llegaron fácilmente a parar a la conclusion de que era necesario aumentar el bienestar de los obreros i mejorar su condicion intelectual i moral.

Los obreros, por su parte, se formaron una idea mucho mas exacta de la posicion de los patrones con respecto a ellos. Nunca habian pensado que los patrones no fueran dueños de dar el salario que quisiesen; miraban toda denegacion de su parte, como efecto de mala voluntad i prueba de indiferencia, sino de dureza para con ellos; i, reconociendo ahora que los patrones no eran libres para hacer lo que quisiesen, porque tenian obligaciones para con el público, comprendieron tambien las dificultades que al fabricante resultan de la necesidad de sostener la competencia, no ya solamente con la industria nacional, sino tambien con la de todos los pueblos del mundo, conocieron que esta necesidad les imponia obligaciones para consigo mismos, i que de aquí nacian exijencias que debian tener mui en cuenta en sus relaciones con los patrones.

Las últimas conferencias tuvieron por principal objeto hacer comprender mejor la solidaridad de intereses que, en último resultado, existe entre patrones i obreros; por donde vinieron a convencerse que en lugar de tener celos harian mejor ayudándose mútuamente. Por esto, en sus conversaciones ventilaron cuestiones, en cuyo fondo no habia ya, como poco ántes sucedia, odio ni discordia. Querian llegar a algun buen resultado, i estaban persuadidos de que nada se podia hacer sin los fabricantes, ni mucho ménos contra ellos. Los jefes de fábrica i de fragua, así como los propietarios, sentian tambien la necesidad de hacer algo útil para sus obreros. Pero no pudiendo, ni unos ni otros, darse cuenta cabal de lo que debia hacerse, resolvieron recurrir a las luces del doctor, tan luego como posible fuese.

El dia de la reunion, i cuando éste iba a tomar la palabra, le dijo Leonardo:

—Mr. Dupré, aunque desde hace mucho tiempo habeis tomado a tarea el destruir muchas de nuestras ilusiones, con todo, di-

sipando nuestros errores e ilustrándonos acerca de nuestros intereses i deberes, de nuestra posicion i de los medios de mejorarla, nos habeis hecho un verdadero bien. Me felicito de poderos asegurar, a nombre de mis camaradas, nuestra profunda gratitud, i estoi seguro de que estos señores participan de mis sentimientos.

—En verdad, dijeron a una voz los propietarios de Mirebeau; no podeis dudarlo.

—Esperamos, continuó Leonardo, que aumentareis este servicio, resumiendo los muchos consejos que, sobre los medios de mejorar nuestra posicion i aumentar nuestro bienestar, nos habeis dado con frecuencia. Queremos que nos hagais conocer de un modo jeneral los medios que tenemos a nuestra disposicion para llegar al objeto de nuestros deseos, i confio sobre todo en que nos indicareis lo que podemos esperar a este respecto de la asistencia del Estado; pues, no lo debo disimular, hai opiniones mui diversas entre nosotros sobre este punto i, por lo que nos teneis enseñado, me temo que haya tambien muchos errores. Para comenzar por algo que tenga relacion con el asunto, permitid que os haga una pregunta. Hace quince dias que nos esplicásteis los efectos de la competencia, i nos habeis demostrado cómo le debemos la *vida barata*. Bastaba esto solo para reconciliarnos con la competencia, a la cual considerábamos ántes como un azote. Pero las ventajas de la vida barata ¿no se disminuyen con los impuestos que nos hace pagar el gobierno i que aumentan el precio de los artículos de consumo?

—Tu objecion no carece de fundamento, Leonardo. Lo que pagamos al gobierno bajo el nombre de impuesto es realmente una carga que disminuye nuestras entradas, i los derechos que percibe el Estado sobre los artículos de consumo, aumentan indudablemente el precio i disminuyen la cantidad de los que podemos consumir. Pero ¿son útiles esos impuestos? ¿son mas perjudiciales que ventajosos? ¿podriamos suprimirlos? Examinemos estas cuestiones.

Los hombres tienen intereses jenerales sobre los cuales es necesario que velen, i trabajos que por obligacion deberia hacer cada uno en beneficio de todos; pero como es mas cómodo confiar este cuidado a cierto número de personas que no tengan otra ocupacion, se hace este encargo para que lo desempeñen segun las reglas prescritas de antemano. La reunion de personas encargadas de velar por los intereses del pais i de mantener su seguridad

i prosperidad, constituye lo que en la práctica se llama gobierno, aun cuando esta palabra se aplique muchas veces a la autoridad superior que imprime el movimiento a las que estan bajo sus órdenes en todo el territorio.

Para satisfacer las necesidades en vista de las cuales los hombres se reunen en sociedad, el gobierno debe mantener la fuerza armada suficiente para defender el país contra los enemigos esteriores, i para protejer de los malhechores la vida i los bienes de los ciudadanos; debe sostener escuadras i ajentes encargados de garantir los intereses de los ciudadanos que viajan, trafican o residen en país estranjero; debe pagar un cuerpo de majistrados para hacer justicia a los ciudadanos, i hombres encargados de instruirles i velar por sus intereses morales, siendo necesario tambien que provea a la ejecucion de los trabajos que interesan a la tranquilidad pública, que haga construir caminos, puentes, calzadas, puertos, faros, arsenales, iglesias, escuelas, en fin, cuanto edificio sea de utilidad jeneral. Ademas de estos gastos que se hacen constantemente, hai otros que tienen por objeto pagar las deudas contraidas en las circunstancias apuradas en que las rentas ordinarias de la nacion no han sido suficientes. La reunion de estas deudas constituye lo que se llama *deuda nacional*, de la cual no se paga sino el interes i una pequeña cantidad anual para ir estinguiéndola, pero que no sin frecuencia es tan considerable en algunos pueblos que el interes solo compone gran parte de su gasto anual. A 511 millones sube en Francia este interes, esto es, a casi un tercio de los gastos totales del país, que son como unos 1,700 millones.

¿Con qué podrá hacer frente el gobierno a todos estos gastos? El gobierno no es un ser real, que posee rentas ni capitales; es un ser ficticio, un nombre empleado para representar la reunion de personas encargadas de los negocios públicos. El gobierno nada tiene, nada posee, i nada podria hacer, si los ciudadanos no le facilitasen los medios de hacer aquello que exijen las necesidades del país. Como estos gastos son de interes jeneral, deben por lo mismo ser sobrellevados por todos los ciudadanos; cada uno subviene a dichos gastos con la cantidad mas o ménos grande que le corresponde, i estas sumas constituyen los impuestos, los cuales no vienen a ser otra cosa que una parte pequeña que se estrae de la fortuna de los ciudadanos, para invertirla en gastos de interes jeneral.

—¿No son estos impuestos, dijo Honorio, una verdadera restriccion del derecho de propiedad?

—Sin duda alguna, puesto que lo que los ciudadanos estan obligados a pagar de este modo, se saca de lo que ellos podian destinar a sus gastos particulares. Pero no puede ser de otra manera; porque cediendo en beneficio de todos esos gastos a que estan destinados los impuestos, a nadie le seria lícito sustraerse de ellos echando la carga a los demas.

—Así, observó Miguel, puesto que los ciudadanos todos tienen que pagar el impuesto, el cual está destinado a llenar las necesidades públicas, nosotros tenemos interes en no pagar mas de lo preciso, i, por consiguiente, en que el gobierno no haga gastos supérfluos, i en que el producto de los impuestos se consagre a lo verdaderamente útil.

—Tienes mucha razon, Miguel. Vijilar estos gastos es obligacion de los ciudadanos, pudiendo decirse que esta vijilancia, así como el determinar la naturaleza i estension de los gastos anuales i de los impuestos que para acudir a ellos es forzoso pagar, es un punto al cual se da suma importancia en las diversas formas de gobierno. En la mayor parte de los Estados civilizados, se votan anualmente por las asambleas de diputados, i la forma de esas asambleas i la manera como votan el presupuesto i cuenta de los ingresos i egresos de los caudales nacionales, es punto mui importante de las constituciones que rijen a los pueblos.

Siendo el impuesto una carga para el ciudadano, debe considerarse como el pago de un servicio que a la nacion se debe, i como los gastos a los cuales provee el impuesto se hacen en el interes de todos los ciudadanos, se debe tambien establecer como un principio que ese impuesto debe ser pagado por todos.

—No obstante, dijo Miguel, como los ciudadanos no participan igualmente de las ventajas del Estado, no es justo que soporten igualmente las cargas.

—No las soportan del mismo modo, Miguel. Sin embargo, no te hagas ilusion; no hai entre los ciudadanos, una diferencia de participacion de las ventajas sociales tan grande como tú crees. Las ventajas en razon de las cuales cada ciudadano debe contribuir a las cargas que el Estado impone, son las siguientes: 1.° proteccion a lo que posee; 2.° proteccion a su vida i al goce de su libertad i derechos; 3.° proteccion a su industria i trabajo;

4.° facilidad para el ejercicio de su profesion, en virtud de los trabajos de toda especie emprendidos por el gobierno en el interes jeneral. Pues bien; si te fijas, verás que todo esto se aplica a los pobres como a los ricos, no habiendo mas diferencia sino en que el rico, como que posee mas que el pobre, aprovecha mas la proteccion acordada a los bienes i las ventajas que indiqué últimamente. Pero a causa de esta diferencia se ha establecido una mui grande en la proporcion del impuesto; pues no solo se hace pagar a los pobres ménos impuestos, sino que se han encontrado medios de hacer que ellos les sean lo ménos pesado posible. De aquí nacen dos especies de impuestos, los *directos*, i los *indirectos*.

Impuestos directos son aquellos que los ciudadanos pagan directamente en razon de su fortuna i que pesan principalmente sobre los ricos. Distínguense, entre estos impuestos, la *contribucion personal*, de que estan esceptuados los pobres; el *impuesto de rentas* o sea de propiedades, que no afecta sino a los que poseen bienes, i que les afecta tanto mas cuanto mas poseen; así que, miéntras el impuesto de rentas no alcanza a los pobres, muchos ricos pagan anualmente diez, veinte, treinta mil francos, i mucho mas, por este solo impuesto; en fin, el *impuesto de patentes* o sobre la industria i comercio, esas dos grandes fuentes de riqueza en la actualidad, impuesto que está en razon de la estension de los negocios, i, por consiguiente, de la riqueza calculada a comerciantes, fabricantes, etc.

Los impuestos indirectos se llaman así, porque los que con ellos cargan no pagan sino indirectamente al Estado: tales son desde luego los *impuestos de consumo* o derechos sobre los jéneros, carnes, vinos azúcar, café, tabaco, etc.; los derechos de aduana, i tambien los de sello, rejistro i escrituras que hacen los ciudadanos para garantir sus intereses. La variedad de estos impuestos, que se subdividen en muchas especies, i de los cuales no indico sino los principales, tiene por objeto alcanzar a todos los ciudadanos, gravándoles lo ménos posible.

—Pero ¿cuáles son los mejores impuestos? dijo Leonardo. Si he de creer lo que se dice jeneralmente, todos tienen muchos inconvenientes.

—No es estraño, Leonardo. El impuesto es una carga para el contribuyente que lo paga, i como siempre se mira de reojo lo que nos es gravoso, no es de admirarse que los impuestos hayan

sido tan atacados. El impuesto es sin duda un mal, pero un mal necesario, supuesto que no se podria de otro modo acudir a los gastos que exijen las necesidades públicas. Tiene el impuesto directo la ventaja de pesar directamente sobre la fortuna de los ciudadanos i de estar en relacion con la riqueza; siendo la mejor forma de este impuesto el de la *renta*, que en diversos paises existe i que puede ser exactamente proporcionado a la fortuna, cuando se llegue a valorizarla con exactitud; bien que dicho impuesto no suele estar ni con mucho exento de fraudes. Por lo demas, no es corta ventaja en los impuestos directos el poderse recaudar a poca costa.

El impuesto indirecto tiene otras ventajas i otros inconvenientes. No lo pagan directamente los que con él cargan, pues consiste en jeneral en derechos pagados por los productores i consumidores. Cierto es que el consumidor se los resarce cuando compra, pues el vendedor incluye naturalmente el impuesto entre sus gastos; pero lo paga sin apercibirse, i eso que con frecuencia tiene que pagar precios subidísimos. Por lo demas, el cobro de estos impuestos es mucho mas costoso, lo cual constituye una pérdida para el Estado.

Si mas ilustrados los hombres comprendiesen mejor sus intereses; si obteniendo de ellos, por otra parte, declaraciones mas sinceras se pudiese llegar a un conocimiento exacto de los medios de existencia de cada uno, el impuesto directo, i sobre todo el impuesto sobre la renta, parece que deberia ser preferido. De temer es por desgracia que, en el estado actual de los espíritus, no haya en la mayor parte de los paises una mayoria respetable que sea capaz de comprender que, pagando dos francos de un modo directo, se escapa de pagar tres indirectamente. El impuesto directo, que nos obliga a llevar nuestro dinero al recaudador, es objeto de una repulsa casi jeneral. Ménos oposicion encuentra, por el contrario, el impuesto indirecto, que se paga en porciones pequeñas i es, por otra parte, casi voluntario, pues solo lo sufren los que consumen objetos que estan gravados, tales como vino, licores, tabaco, café, azúcar, miéntras que los que no consumen mucho estos artículos apénas contribuyen con una bagatela.

—Ciertamente, dijo Leonardo, los impuestos indirectos son en la apariencia ménos pesados que los directos. Creo no obstante que aquellos imponen un gravámen mayor al pobre que al

rico; i la razon es mui sencilla: el objeto que consume el pobre, paga tanto como el que consume el rico.

—Es verdad, Leonardo, i ésta es una consecuencia de la necesidad en que estamos de aceptar ciertas cosas por ser de primera urjencia: desde luego, porque es indispensable que el impuesto alcance a los pobres, que se aprovechan tambien de las ventajas sociales, i ademas porque es el único medio de hacer que los impuestos sean productivos. Justo es notar, con todo, que el pan, alimento del pobre, no tiene otro gravámen que el que resulta del impuesto sobre propiedades raices. Por otra parte, si el rico no paga mas que el pobre por cada artículo, paga mucho mas porque consume mayor cantidad, pues paga por el consumo de los que estan a su servicio, fuera de que hai derechos sobre muchos objetos que solo él compra.

—Me haceis notar, dijo Leonardo, cosas en las cuales jamás habia pensado. Pero ¿por qué el Estado no establece el impuesto progresivo?

—Leonardo, el impuesto progresivo que hace mucho tiempo se propuso, tiene algo de engañoso; parece equitativo i no obstante es injusto, pues hai que detenerlo cuando deberia ir mas adelante. Sobre las rentas crecidas, el impuesto seria mayor que la renta misma, i no se puede menos que suspender la progresion.

Este impuesto es ademas injusto en sí mismo, porque no seria otra cosa que un impuesto contra las riquezas, una medida aconsejada por el odio i la envidia. El impuesto es el pago de las ventajas que de la sociedad sacamos, i, segun esto, todo lo que se puede pedir a cada uno es que contribuya a las exijencias del Estado en razon de las ventajas que de ésto saca i proporcional mente a su fortuna. Asi sucede en el dia. Las personas pudientes contribuyen para las exijencias públicas con mucho mas que las otras. Ademas de pagar la parte que les toca en el impuesto sobre el consumo, pagan la mayor del que grava los bienes raices i casi todos los derechos de sello, rejistro i alcabala. Las clases obreras, miéntras tanto, no tienen mas gravámen que los impuestos sobre el consumo.

I notad, ademas, que las clases acomodadas, que con mayor cantidad contribuyen para las exijencias i necesidades del Estado, pagan tambien ciertos gastos que solo aprovechan a los pobres; contándose entre aquellos los que tienen por objeto esparcir la instruccion gratuita, el primero ciertamente de los medios de

mejorar la condicion de las masas, i las enormes sumas que anualmente se invierten en sostener hospitales, hospicios, establecimientos de beneficencia i tantas instituciones fundadas para aliviar i prevenir la miseria.

—Esplicaciones son éstas, dijo entónces Miguel, que manifiestan la sin-razon de los que creen que los ricos pagan ménos impuestos que lo que justamente deben; ellos pagan en realidad en razon de su fortuna. Pero no por eso los impuestos dejan de ser una carga pesada para los pobres.

—Es verdad, Miguel, todas las cargas son pesadas para el que las lleva. Mas no es el impuesto el que pesa en este caso, sino la misma pobreza, que es una pesada carga. Debemos, pues, ante todo propender a disminuir la pobreza. Ademas, cada uno de nosotros ¿no podria acaso disminuir las cargas que sobre sí pesan? Yo creo que sí.

—I ¿cómo? dijo Andrés. ¿Podemos, siquiera por un momento, libertarnos de los impuestos que tenemos que pagar? Eso es precisamente lo que quiero saber.

—Te lo voi a decir, Andrés; pero me temo que cuando conozcas los medios, no te aproveches de ellos.

—¡Oh! nada temais, Mr. Dupré.

—Cuidado, Andrés; no te comprometas tan de lleno. La mayor parte de los impuestos que pagais son impuestos de consumo, es decir, sobre gastos voluntarios. Así, entre los que dejan mas al Estado deben contarse los impuestos sobre el vino, aguardiente, licores, que pagan cerca de 138 millones de derechos, i el tabaco cuya sola venta produce 146 millones. Suprimid el vino que tomais fuera de la comida i que daña mas que aprovecha a la salud; suprimid el vasito que tomais por la mañana i mui a menudo durante el dia i que os hace todavia mas mal; suprimid la pipa, que es una mera costumbre, pero causante de tantos incendios; suprimid las necesidades facticias que os habeis creado, que nada añaden a vuestro bienestar, i todavia ménos al de vuestras familias, i no solamente reducireis a poquísimo la parte que al Estado pagais, sino que aumentareis mas i mas vuestra renta con lo que cuestan, deducido el impuesto, esos consumos inútiles.

Os quejais de los impuestos, i no obstante os los creais de muchas especies. En efecto, vuestros gastos de lujo, de capricho, de intemperancia, vuestra fiesta de los lunes, son impuestos que

os creais vosotros mismos, e impuestos pesados. Los que al Estado pagamos nosotros, nada son comparados con los que éste saca de la disipacion, de la pereza, de la vanidad, de la intemperancia, etc. Abandonemos nuestros malos hábitos, corrijamos nuestros defectos, i nos quedará siempre bastante para pagar el impuesto. ¿Tengo razon, Andres?

—Sí, Mr. Dupré; veo que nos quejamos mucho de los impuestos que al Estado pagamos, siendo así que las mas veces no hacemos otra cosa que pagárselos a *nuestros defectos*. Yo trataré de pagar en lo sucesivo ménos contribuciones voluntarias; pero no os prometo el no pagarlas mas.

—Pagad de ellos lo ménos que podais, amigos mios, i habreis hecho entónces por mejorar vuestra condicion mas de lo que hacer pudiera la misma supresion de los impuestos.

—Me aprovecharé de vuestra advertencia, M. Dupré, dijo Miguel. Miéntras tanto, si los impuestos disminuyen, ganaremos con ello mucho mas.

—Yo pienso como tú, Miguel; pero lejos de ver dismiuuirse los impuestos, temo mucho el verlos aumentarse.

— ¡ Cómo es eso ! M. Dupré, gritaron muchas voces ¿Qué es lo que todavia nos amenaza?

—Nada sino vuestra ceguedad. Hablais de disminuir los impuestos, pedis que se suprima el impuesto de las bebidas, del azúcar, de las plazas de abasto, el impuesto del tabaco, que es, sin embargo, el mejor de todos, supuesto que es meramente voluntario, que recae sobre una necesidad facticia. Si a cada uno de vosotros se consultára, seguro estoi que no se escaparia de la supresion ningun impuesto. Los propietarios piden la disminucion del impuesto inmueble; los notarios, abogados, herederos i litigantes los derechos de sellos i rejistro; el comercio quiere la supresion del impuesto de patentes, i todos vosotros murmurais contra los impuestos camineros, la patente de carretas, etc. A un tiempo mismo, no cesais de pedir el establecimiento de nuevos impuestos.

—Por nada, M. Dupré; os engañais de medio a medio.

—No, amigos mios, bien cierto estoi de lo que digo. ¿Qué haceis sino pedir el establecimiento de nuevos impuestos, al dirijir al Estado tantas otras peticiones? A cada instante oigo decir: "El Estado debia hacer esto; debia hacer esotro." Exíjenle que dé pan i trabajo a los que no los tienen; que haga caminos,

canales, ferrocarriles, etc.; que diseque las comarcas pantanosas i riegue las secas o áridas; que instruya gratuitamente a los niños; que socorra la vejez i alivie todos los infortunios; que favorezca al comercio; que facilite a los agricultores el dinero que necesiten; que repare los males fortuitos, los incendios, las heladas e inundaciones; que se mezcle e intervenga en todo; que lo haga espontáneamente todo, de suerte que nosotros no hagamos mas que comer, beber i dormir ¡ Oh ! amigos mios, seamos, pues, consecuentes. Nada tiene el Estado, nada posee; con que asi no hai mas que pagarle impuestos. Pedirle tantas cosas, es ponerle en la necesidad de establecer nuevas contribuciones.

—Lo que decís es mui verdadero, esclamaron todos.

—¿Sabeis de dónde nace esta circunstancia? De que no tenemos una idea exacta de lo que es él Estado. Nosotros nos lo figuramos un ser real, que piensa, que quiere, que obra por sí mismo, miéntras que el Estado no es sino una palabra para designar la cosa pública, la reunion de todos los intereses, o la administracion encargada de velar por ellos. Esta personificacion del Estado da márjen a muchas calamidades i revoluciones, porque, en lugar de culparnos a nosotros mismos, le imputamos todo lo que se hace o no se hace. El Estado es un ser ideal a quien cada uno pide muchos beneficios a trueque de pocos impuestos; queremos que dé mucho i tome poco, como si algo pudiese dar él sin tomar. El Estado es una gran ficcion, al traves de la cual cada uno se esfuerza en vivir a espensas de los demas; los fabricantes a espensas de los cultivadores, la industria comercial a espensas de la agricultura, los productores a espensas de los consumidores. Se le exije que lo haga todo al propio tiempo que se le pide suprima o disminuya todos los impuestos, porque no se reflexiona que el dinero de que el Estado dispone, es vuestro, es mio; los que se lo proporcionamos somos nosotros, es decir, todos los ciudadanos.

Comprendamos mejor las cosas. Cuando sepamos bien lo que es el Estado, no le pediremos sino lo que pueda hacer, i no le rehusaremos los medios de hacerlo. No es el Estado sino la representacion de todos los intereses del pais, i el gobierno, es esa administracion tan vasta que está esparcida en toda la superficie del territorio nacional, para hacer lo que esos intereses exijan. Si queremos que él desempeñe cumplidamente su mision, no le pidamos mas de lo que pueda hacer.

—Pero ¿qué es lo que el gobierno debe principalmente hacer? preguntó entónces M. Gagelin.

—Lo que es el objeto de su existencia, replicó M. Dupré. Así, él ha sido instituido ante todo para protejer a los ciudadanos i garantir su libertad, sus bienes i su vida contra toda especie de tentativa.

—Sin embargo, dijo M. Gagelin, el gobierno hace tambien una porcion de cosas que no pueden hacer los ciudadanos; se encarga de grandes trabajos de utilidad pública.

—Sin duda, M. Gagelin; el Estado, para llenar su mision protectora, debe hacer muchas cosas que los ciudadanos no podrian hacer por sí mismos. Pero se trata de establecer el límite entre lo que él debe hacer i lo que los ciudadanos habrian podido hacer bien i aun mejor. Lo que el Estado puede hacer fuera de su mision esencial, que es velar por la seguridad de todos, es mantener la salubridad en las ciudades i campos; cuidar de su limpieza, alumbrado i riego; dar instruccion a los pobres; construir caminos, puentes, etc.; promover el establecimiento de bibliotecas, museos i otros medios de instruccion; favorecer los progresos de las artes i las ciencias. Pero no vamos tan léjos en esta enumeracion, i no le pidamos que haga lo que los particulares llevarian a cabo o ejecutarian mejor que él. En Francia, por ejemplo, somos mui dados a encargarle que haga lo que podriamos ejecutar i realizar por nosotros mismos, lo que los ciudadanos hacen en otros paises, i sobre todo en Inglaterra i Estados Unidos.

Tenemos ahora un ejemplo que debe hacernos mudar muchas erradas opiniones. Creíamos en otro tiempo que solo el Estado podria llevar a cabo grandes trabajos públicos, i hoi dia vemos compañias de simples particulares ejecutar, con ayuda de los capitales de los asociados, esas grandes líneas de ferrocarriles, de los cuales cada uno exije muchos centenares de millones, es decir, sumas mui superiores a las que se habria atrevido a proponer, ni mucho menos invertir el Estado. No dudemos, pues, tanto de nosotros mismos, i no seamos como los niños, que tienen necesidad de que se les haga todo. Obremos como hombres, i no recurramos al Estado sino cuando sea imperiosamente necesario. Así, teniendo el Estado ménos en que gastar, pedirá tambien ménos impuestos, i limitándose a su verdadera mision, la cumplirá mejor.

—Segun esto, ¿qué deberia, pues, hacer el Estado para mejor cumplir su mision? preguntó M. Gagelin. Parece que le queda mui poco que hacer.

—Lo mejor, M. Gagelin, es que haga lo ménos posible, que deje obrar al interes privado, i confie a éste el cuidado de promover i realizar el interes jeneral, velando, eso sí, para que nadie lastime los derechos ajenos. Asegurar la libertad es ya una inmensa tarea; pero una vez asegurada, dejémosle el cuidado de realizar lo que hoi pedimos al Estado. La libertad hace naturalmente sin gastos ni embarazos, lo que al gobierno costaria grandes desembolsos i sacrificios. Os pondré un ejemplo: nada es mas importante que asegurar la subsistencia de los ciudadanos, i sin embargo el Estado nada hace por ella, es el interes privado el que cuida de esto. En nuestro pueblo solamente, ¡cuántos trabajos i desvelos no costaria al señor alcalde el abastecer de provisiones a los habitantes, i hacer traer al mercado todos los dias lo necesario para su mantenimiento, si por acaso tuviese el deber de hacerlo? ¿Qué seria si se tratase de una gran ciudad, de una nacion entera? Sabeis cuánto cuesta el mantener un ejército de cien mil hombres: ¡qué organizacion tan vasta! ¡qué número de empleados! ¡qué material tan inmenso!

Ved, por el contrario, lo que pasa en una ciudad como Paris. Llegan diariamente los alimentos para su millon i medio de habitantes, del este, oeste, norte i sud, desde diez, veinte, cincuenta, cien i doscientas leguas: nadie interviene en ello, i sin embargo, nada falta; el interes privado provee a todo. Por las mañanas, todo lo necesario para tan inmensa aglomeracion de seres vivientes, encuéntrase en su lugar separado, i todo en cantidad suficiente; porque, segun que los artículos de consumo sean mas o ménos bien vendidos hoi o en esta semana, se traerán mas o ménos mañana o en la semana próxima. I ¿qué hace el gobierno en un caso como éste, en que la regularizacion del abastecimiento tanto importa a la vida de una gran multitud de jente? Nada hace, i hace mucho: conténtase con prometer a cada uno ayuda i proteccion, tiene espeditos los caminos públicos, mantiene policía en el mercado, i, seguro entónces el interes privado de ser protejido en sus transacciones, hace por sí mismo todo lo que exije el interes público.

—Prodijioso, en verdad, es lo que en un país hacen el órden i la libertad, replicó M. Gagelin; razon por la cual es indispensable

que el Estado garantice a los ciudadanos la existencia i conservacion de tan preciosos bienes. Pero ¿cuáles son los medios de afianzarlos? De seguro que entra por mucho la buena forma de gobierno. ¿Cuál es, pues, la que al efecto ofrece las mejores garantias?

—M. Gagelin, me haceis una pregunta que se sale del objeto que aquí nos proponemos: tratamos de economia política, i lo que me preguntais pertenece a la política pura. No sé si deba seguiros en semejante terreno. No obstante, veré si puedo responderos ciñéndome a la cuestion de principios jenerales, sin ninguna aplicacion a la política actual. Veamos, pues, las cosas desde lo alto, sin entrar en pormenores, que, apesar de su escasa importancia, exitan, no sin frecuencia, las pasiones de los hombres.

El objeto del gobierno es garantizar a los ciudadanos la seguridad de sus personas i el goce tranquilo de sus bienes, favorecer el libre empleo de sus facultades i de su tiempo, con tal que en el ejercicio de sus profesiones i oficios no hagan a otro ningun daño. Ved lo que esencialmente se le debe pedir al gobierno. Cuando os asegure estos bienes, podeis decir que es bueno.

Bajo todos los gobiernos, pueden los ciudadanos gozar de libertad i seguridad, i puede suceder tambien que bajo cualquiera de esas formas no gocen de uno solo de tan estimables bienes. Para hacer el bien del país, todo gobierno debe tener su base en las costumbres jenerales de la nacion, i no en las simpatias, opiniones i gustos de unos pocos, i el mejor gobierno en teoria daria pésimos resultados en un pueblo que no estuviere preparado por sus costumbres para recibirlo. No debe, por tanto, desecharse absolutamente ninguna forma de gobierno, sino el despotismo que se ejerza por uno o por muchos. Pero si queremos saber cuál es la forma de gobierno que está mas de acuerdo con la naturaleza i las aspiraciones del hombre, la encontramos sin duda en la república.

—Decidnos, M. Dupré, preguntó, Leonardo, qué es república i cuáles son los pueblos en que ha dado felices resultados esta forma de gobierno.

—Llámase república el gobierno en que el ejercicio de los poderes políticos está encargado a varias personas elejidas al efecto; entendiéndose por poder político una autoridad que, dentro de la esfera de atribuciones que se le ha designado, tiene por objeto buscar i emplear los medios necesarios para la mejor realizacion del bien jeneral.

La república admite diversas formas. Cuando las personas encargadas de los poderes públicos no pueden ser tomadas sino de ciertas cartas, o clases privilejiadas, cuyos individuos son llamados al poder, no por su capacidad personal, sino por su privilejio, la república se llama *aristocrática*. Pero si los ajentes de todos los ramos del poder político, son elejidos sin distincion de castas entre todos los ciudadanos activos, i sin mas consideracion que la de su capacidad individual, la república se llama *democrática*, o simplemente *democracia*.

Como veis, la forma de gobierno que está mas conforme con los principios de igualdad i justicia que enseña la razon, es la república democrática; i como en ella el poder lejislativo está llamado a hacer tantos i aun mayores bienes que las cámaras de diputados en la monarquia representativa, yo seria sin duda el primero en querer que aquella forma se adoptase en Francia, si encontrase aquí antecedentes i costumbres que la favorecieran.

Los Estados Unidos de Norte-América son un ejemplo elocuente de la excelencia del gobierno democrático. El prodijioso cuanto rápido desarrollo intelectual i material de ese pueblo; el avanzado grado de civilizacion en que hoi le vemos; la paz inalterable de que constantemente goza, i que no han sido parte a turbar las atrevidas reformas que allí se han operado; la riqueza i poder con que hoi se presenta a competir con las mas pujantes naciones de la vieja Europa, que cuentan siglos de existencia; los bienes sociales i políticos de toda especie que ha conquistado, todo lo ha obtenido a la sombra de instituciones republicanas. Sin ir mas lejos, ahí tenemos a nuestros vecinos los habitantes de la Confederacion Helvética, que llevan una existencia feliz i tranquila bajo la república democrática. I tómese en cuenta que estos pueblos han adoptado la república *federal*, que es una forma de república en que el gobierno supremo o poder ejecutivo es mas débil i su esfera de accion mas limitada; por donde vereis mas clara la verdad de lo que os dije no ha mucho, que miéntras el gobierno haga ménos para dejar hacer mas a los particulares en favor de su interes privado, en la esfera de lo lícito, se consigue mejor i mas fácilmente el bien de todos, porque entónces el interes privado está en armonia con el interes público.

No conviene, sin embargo, os oculte que la forma republicana suele dar ocasion a sacudimientos i revoluciones políticas, aun en aquellos pueblos que la han adoptado definitivamente.

—Pero para este efecto especial debe haber una causa tambien especial, dijo M. Gagelin.

—Es claro. Como la república es el gobierno de todos i para todos, exije en los ciudadanos mayor prudencia i sanidad de intenciones. Ahora bien, en los pueblos a que he aludido últimamente, la mayoria de los ciudadanos no profesan o no practican dichas virtudes, i hé aquí la causa de los trastornos. Hai muchos hombres atolondrados, ambiciosos, egoistas, etc., que conspiran contra el gobierno, o que, estando en éste, conspiran contra las libertades públicas o individuales. No pocos se olvidan de que las revoluciones causan siempre grandes males, siendo raras veces durables los bienes que nos legan, i que las mas preciosas ventajas sociales se han obtenido jeneralmente en los pueblos republicanos, no en virtud de tentativas prematuras de perfeccionamientos, de reformas bruscas i precipitadas, sino por la mejora gradual de las instituciones existentes.

—Decis que las revoluciones nos legan raras veces bienes duraderos: lo que es en Francia, debemos a la primera revolucion la igualdad civil.

—Verdad, Leonardo; pero es porque la igualdad existia ya en las costumbres i pudo por lo mismo pasar a las leyes, así, la revolucion de 1789 no ha hecho sino sancionar esta grande i fundamental mejora de la igualdad de todos los ciudadanos ante la lei, de donde ha dimanado su igual admision a todos los empleos, la supresion de las trabas anexas al ejercicio de las profesiones, la libertad para abrazar cualquiera estado, i, en fin, la igualdad de las porciones hereditarias en las sucesiones, que tiende a igualar las fortunas, impidiendo que la riqueza se acumule en pocas manos. Esta mejora no ha de considerarse como una conquista de la revolucion, la cual nada hizo por ella, sino como el resultado de los progresos del espíritu público, i este progreso, tenedlo por seguro, nos legará sucesivamente todas las otras mejoras que vaya preparando i que encontrarán por lo mismo su fundamento en las costumbres e ideas jenerales de la nacion.

Una palabra mas, amigos mios, sobre este asunto, ántes de separarnos de él. Todo gobierno, cualquiera estado social asegura derechos a los ciudadanos; pero todo derecho entraña deberes; ved lo que parece que hemos olvidado. Hablamos de derechos como si ellos no estuviesen acompañados de deberes, como si

para nosotros fuesen solo los primeros, i para los demas los últimos. Reclamamos, no sin frecuencia, nuevos derechos, sin cuidarnos de que ellos suponen deberes correspondientes; insistimos en que se nos deje el ejercicio de nuestros derechos, i mui a menudo nos olvidamos de respetar los de los demas. ¡Oh! amigos mios. Cualquiera deber para uno, lo es tambien para todos. Cumplamos nuestros deberes sin que nadie se exeptúe, i por ese medio tendremos asegurados i respetados nuestros derechos.

CONVERSACION DÉCIMA-NONA.

De la asociacion i sus diferentes formas.—Asociaciones de obreros, i participacion de éstos en las ganancias de los patrones.

Por mucho tiempo los obreros de Mirebeau se contentaron con quejarse de la dificultad que para pasar la vida encontraban, de la insuficiencia de los salarios, i de la dependencia en que vivian de sus patrones; quejas que, no pasando de simples manifestaciones del deseo de que cambiase semejante situacion, terminaban a menudo con votos fervientes por un porvenir mejor, que aguardaban, sin saber de donde ni cuando viniese. Pero no tardó el doctor en rectificar sus erróneas ideas, i, mostrándoles las cosas en su verdadero aspecto, en disipar las insensatas esperanzas de que se alimentaban, y que en la inaccion los mantenian.

Al fin comprendieron que, en vez de esperarlo todo de los otros, debian buscar por sí mismos los medios de mejorar su condicion. Obreros de manufacturas y de fraguas, tuvieron en los últimos tiempos, frecuentes conferencias sobre este asunto; con motivo de lo cual se propusieron diversos planes, y se emitieron ideas, que ocasionaron importantes discusiones; siendo Leonardo, a quien sus camaradas reconocian ya por jefe, el alma, por decirlo así, de estas reuniones. Mas de una vez habia sido el intérprete de ellos, i lo fué todavia en las siguientes conferencias.

—Señor, dijo, dirijiéndose al doctor; conociendo el interes que por nosotros os tomais; sabiendo que vuestras instructivas conversaciones no tienen otro objeto que disipar los errores que nos

impiden llegar al bien, e ilustrarnos acerca de los medios de mejorar nuestra posicion, i viendo ademas que no os enfadais con nuestras preguntas, permitid, pues, que os dirijamos con franqueza algunas mas.

—De mil amores, amigos mios; bien sabeis que mi mayor deseo es seros útil.

—Pero, continuó Leonardo, como lo que tenemos que hablar es concerniente a las relaciones de los obreros con los patrones, suplico a estos señores que no se ofendan de la vivacidad que, una antigua costumbre, acaso dará a nuestras palabras.

—Puedes hablar sin temor, dijo M. Lenoir, haciendo uso de la palabra a nombre de aquellos a quienes se dirijia Leonardo: nosotros te conocemos há mucho tiempo, i si mas de una vez hemos combatido tus ideas, mui bien sabes que apreciamos la franqueza i jenerosidad de tu carácter.

M. Lenoir aprovechó esta oportunidad para dar a Leonardo un testimonio de aprecio, pues conocia mui bien la creciente influencia del jóven sobre sus compañeros. Los propietarios de manufacturas i los maestros de fraguas pensaban desde algun tiempo en los medios de cimentar la buena intelijencia que entre ellos i sus obreros reinaba, i establecer entre todos una verdadera comunidad de intereses. Con este motivo tuvieron muchas conferencias, a fin de convenirse sobre lo que para ello habria que hacer, i hasta habian concertado las bases de un proyecto que les parecia llenaba el objeto.

Leonardo prosiguió:

—Antes de ahora estuvimos animados de sentimientos hostiles contra los dueños de fábricas i fraguas; ahora ya no los abrigamos: los habeis destruido, M. Dupré, i la conducta que han observado estos señores con nosotros, ha acabado por reemplazarlos con otros de naturaleza mui diferente. Pero, permitidme decíroslo con franqueza, creemos que la mala posicion de los obreros proviene ante todo de la dependencia en que nos tienen los que nos emplean. Juzgamos que está en el interes de éstos el disminuir esa dependencia.

—Estoi totalmente conforme contigo, Leonardo.

—Celebro infinito que lo estemos en este primer punto: esto me hace esperar que llegaremos fácilmente a entendernos sobre los demas. Repito, pues, que el mayor inconveniente de la posicion de los obreros es su dependencia: su existencia depende,

no de la voluntad de un hombre que no es lo que quiero decir, sino de la fortuna de éste: su suerte está ligada a la de los negocios, mientras que ellos no tienen accion ninguna en la direccion de dichos negocios. Si prospera el fabricante, encuentran trabajo los obreros; si se arruina, encuéntranse los infelices sin pan para sí ni para sus familias. I notad que el fabricante puede arruinarse por culpa suya, por disipacion i neglijencia algunas veces, mas a menudo por falta de habilidad i por imprudencia, arrojándose por ambicion a temerarias i locas especulaciones. Es castigado por su temeridad, bien lo sé, con la pérdida de su fortuna; pero él arrastra en su ruina a los obreros que, confiados en la prudencia i seguridad de sus cálculos, han hecho depender su existencia de la suya. No dejareis de convenir en que es tristísimo el verse contínuamente espuesto a ser víctima por faltas de otro.

--Real es el inconveniente que señalas, contestó M. Dupré; pero está mui lejos de ser tan grande cual lo acabas de decir. Lo exajeras quizás porque estás aquí en una situacion especial. Vosotros no teneis mas que una sola manufactura que ocupa un considerable número de obreros, los cuales se encontrarian sin trabajo si la fabrica fracasase, de lo cual ¡Dios nos guarde! Bajo este aspecto comprendo vuestros temores i vuestra solicitud. Forzoso seria, en efecto, o cambiar de residencia, o aguardar a que algun sucesor restableciese los negocios, lo que sucederia ciertamente; pues no se deja mucho tiempo sin movimiento una gran fábrica de un valor semejante. Pero ordinariamente las fábricas en que se emplean muchos trabajadores, estan agrupadas en los centros de industria, de suerte que si falta una, los obreros se emplean fácilmente en cualquiera de las otras. Su existencia no está tan espuesta ni comprometida como pudiera creerse en vista de su dependencia, i el caso no es único en el mundo; pues todos dependemos, ya mas, ya ménos, unos de otros. La suerte del fabricante depende del buen éxito de los negocios de aquellos a quienes vende sus mercaderias; la ruina o bancarrota de otros, le carrea no sin frecuencia la suya.

—Sí, M. Dupré; pero él no depende de un solo hombre.

—Es cierto, Leonardo; pero por esto mismo hai precisamente mas probabilidades en su contra. Miéntras que una catástrofe como la de que tú hablas, aflije mui de tarde en tarde a los obreros, i les priva del salario por poco tiempo solamente; casi no

hai año en que el fabricante no esperimente pérdidas que le arrebatan parte de sus ganancias i que hasta menoscaban su capital. La dependencia del obrero no presenta, además, inconvenientes, sino en las grandes industrias, en las cuales los establecimientos no son numerosos, i tienen adherida i encadenada a su suerte una poblacion considerable; mas no existe ni con mucho en las industrias menores, que ocupan ciertamente mas brazos; pues estan esparcidas por todas partes; aconteciendo que, si un taller, almacen, o injenio se cierra, pasa el obrero a ocuparse en el vecino, i todo queda allanado. Tampoco existe esa dependencia en la industria agrícola, la cual ocupa mas de los dos tercios de brazos; pues, si un arrendatario se arruina, no queda por eso un momento la tierra sin cultivo; otro arrendatario reemplaza a aquel, el jornalero recibe constantemente su salario, i si no viese caras nuevas, no conoceria por cierto el cambio.

Cualesquiera que sean, por otra parte, los inconvenientes de esta dependencia, ¿con cuántas ventajas no estan compensados? Ningun albur corre el obrero; tiene seguro su pan; la paga, que se hace cada semana, o cada quince dias a lo mas, le abastece de lo necesario con entera regularidad; ninguna pérdida esperimenta, ninguna zozobra, i duerme tranquilo sin inquietarse por el dia de mañana. Hará ganancias o esperimentará pérdidas el empresario que le emplea; el obrero nada sabe, recibe siempre su paga; la lei misma por especial privilejio manda se le prefiera a cualesquiera acreedores. En la agricultura, el propietario, el arrendatario sufrirán calamidades i tendrán malísima cosecha; acaso perderán la mitad, las tres cuartas partes de su renta o de su arriendo: el jornalero no se perjudica en nada, recibe su salario como en los mejores años. ¿No es ésta una indemnizacion preciosa, una verdadera ventaja para los obreros, i sobre todo, para aquellos que, desprovistos de instruccion i experiencia, para vivir, tienen que trabajar siempre en una misma cosa?

—Sin duda, Mr. Dupré; hai aquí una ventaja para los obreros, i, como vos decis, la hai, sobre todo, para los que han descuidado el cultivo de su intelijencia, i que son felices porque otros se toman en cierto modo la triste tarea de pensar por ellos. Pero ¿no es verdad que esta ventaja se suele pagar mui cara? El obrero tiene el trabajo, el dueño el provecho.

—Todavia empleas frases que no debes repetir, Leonardo. Tú sabes bien que las grandes ganancias se reducen a menudo al

interes del capital invertido en la empresa. Pero voi mas lejos, i admito que a mas de este interes, que le es indispensable para poder conservar los capitales ajenos invertidos en su empresa, un industrial haga una buena ganancia. Ahora bien, ¿crees tú que esta ganancia le resarce, siquiera equitativamente, de la responsabilidad i riesgos que sobre él han pesado, i de los cuales tú ni uno solo has corrido; que le resarce de las zozobras que han conturbado su espíritu, i que tú ignoras? Vamos a cuentas.

El debe indemnizarse del desgaste de las herramientas i del deterioro de la maquinaria, edificios, etc., que forman su establecimiento; tiene que ponerse a cubierto de cualesquiera eventualidades, que no dependen solamente de su capacidad, actividad ni dilijencia, sino tambien de muchísimas causas estrañas, como la infidelidad de un ajente, la insolvencia de los deudores, la concurrencia que un industrial mejor favorecido por su posicion le puede hacer, el alza de precio de la obra de mano i de las materias primeras, etc.; tiene que soportar tambien los atrazos i perjuicios que resultan del retardo en la venta, el deterioro de sus productos por mil causas diversas, i su desestimacion proveniente de la inconstancia i capricho de la moda; i todo esto sin contar el talento i recursos intelectuales de que ha menester él mismo, los continuos estudios que necesita hacer sin descanso para prever las buenas i malas eventualidades con el fin de aprovecharlas o rehuirlas, para adivinar el gusto del público, etc., etc.

¿No se debe, pues, en justicia a este industrial una parte de provecho proporcionalmente mas grande que la que sacan los obreros, sobre quienes no pesa tanta responsabilidad, que no pueden ni deben soportar las pérdidas fortuitas que a menudo aflijen al patron? Porque los obreros tampoco acuden a levantar al patron arruinado por uno de esos golpes de la fatalidad que suelen aniquilar grandes fortunas. El obrero que no ha llevado a esta esplotacion mas que su trabajo cuotidiano, i por el cual no ha dejado de recibir la paga convenida, si la empresa sucumbe, vá a llevar sus brazos a aquella que talvez la hizo caer; miéntras que el industrial, a mas de sus trabajos preparatorios i diarios, compromete i arruina su fortuna, la de sus hijos, su porvenir i muchas veces su honor.

—Teneis razon, M. Dupré, la ganancia no es injusta; tampoco digo que sea exesiva, sobre todo despues que nos habeis hecho ver los servicios que a la sociedad hacen los capitales; i si se me

ha escapado una espresion amarga, resto es, como os lo dije al principio, de una antigua costumbre. Pero, en fin, i sea de ello lo que fuere, me gustaria mas ver esta ganancia en el bolsillo de los obreros que en el de los patrones.

—No lo niego, Leonardo; pero, ¿qué hacer?

—Una cosa mui sencilla: que no haya ni patrones ni obreros, mejor dicho, que cualquiera sea a la vez patron i obrero.

—Comprendo, Leonardo; tú quieres hablar de la realizacion del tan disputado principio de asociacion.

—Precisamente, M. Dupré.

—Bien, hablemos de él, que yo lo haré con tanta mejor voluntad cuanto que, siendo ésta una de las cuestiones de economia política que se enlazan con las cuestiones sobre trabajo, capital, salarios, de las cuales nos hemos ocupado, tenia propósito de tratarla en mis conferencias. Pero, ¿de qué especie de asociacion quieres tú hablar? porque hai diversos modos de asociarse. Hai asociacion ordinaria entre dos o tres personas, que unen sus capitales i su trabajo para esplotar un comercio o fábrica, como los señores Lenoir i Dubuisson. Esta especie de asociacion la usan jeneralmente los que, no teniendo por sí solos medios suficientes para abrir un almacen o establecer una fábrica, asocian sus fondos con los de uno, dos o mas amigos, corriendo los mismos riesgos i esponiendo su fortuna en comun.

Hai tambien asociacion entre un gran número de individuos que, bajo el nombre de *accionistas*, unen sus capitales para ejecutar en comun alguna grande empresa que exije desembolsos considerables, como los que se hacen para esplotar minas i plantear ferrocarriles. Cualquiera entra en estas asociaciones, bastando entregar a la compañía la cantidad correspondiente a la accion o acciones que uno ha tomado en la empresa, en la cual no se arriesga mas que la cantidad que vale o valen su accion o acciones. Este sistema de asociacion que, de algun tiempo a esta parte, ha tomado un poderoso desarrollo en Francia, es uno de los grandes beneficios de nuestra época; porque, no solo ha permitido emprender muchísimos trabajos importantes, que no se habrian llevado a cabo, ni aun proyectado, sin su ayuda, sino que tambien ofrece a los mismos obreros el medio de cooperar a las mas grandes empresas i de tener parte en las ganancias que ellas pueden reportar.

Hai ademas asociaciones entre obreros de una misma industria,

que unen sus esfuerzos para ocuparse de una fabricacion cualquiera.

—De estas quiero hablar, M. Dupré; porque me parecen las mas propias para mejorar las condicion de los obreros, asegurando su independencia, por lo cual creo que estan llamadas a ejercer una poderosa influencia en la sociedad.

—Pienso que vas equivocado, Leonardo. Esta asociacion entre obreros no ofrece las ventajas que tú crees, i en cambio presenta muchas dificultades. Veamos primero las ventajas.

Háblase de ganancias de cincuenta, cien mil francos que hace un manufacturero, ganancias que parecen enormes porque no se pára la atencion en que ellas son proporcionales a los capitales i al número de obreros empleados. La esperiencia demuestra, en efecto, que, para hacer esas grandes ganancias de cincuenta i cien mil francos, que son casi el interes de los capitales invertidos, han sido necesarias manufacturas que ocupen millares de obreros, i aun así no se hacen siempre dichas ganancias. Admitamos sin embargo que, en una manufactura que emplea mil obreros, se haga constantemente una ganancia neta de cincuenta mil francos. Si cada año se reparte entre los obreros, ¿cuánto les toca? Cincuenta francos, el cálculo es mui sencillo.

—Bien, son siempre cincuenta francos de mas; cincuenta francos es mucho para un obrero.

—No lo niego, Leonardo; pero pocos son los obreros que siendo mas arreglados en su conducta, mas económicos, yendo ménos a la taberna i mas a menudo a la caja de ahorros, i trabajando todos los dias de la semana, no puedan, sin ménos dificultades i engorros, guardar cincuenta francos por año.

—Pero nada impide hacer esas economias i tener ademas los cincuenta francos de ganancia. Son siempre cincuenta francos ganados, i creo que la suma podria ser mayor.

—Dobla la ganancia si quieres, Leonardo, consiento en ello, por mas que sea exorbitante. Pon diez centavos al dia para cada obrero. I todavia, notadlo bien, esto tendrá lugar únicamente en los años buenos, en las mas prósperas fabricaciones. En los años ordinarios serán dos o tres centavos por dia, talvez uno solo en los años regulares, i nada en los malos. Mas bien sucederá algunas veces que tenga que llevar a la masa comun una porcion de su salario; pues el fabricante tiene frecuentes pérdidas. Hoi estais fuera del alcance de estas pérdidas; pero

seria indispensable soportarlas si tuviéseis parte en las ganancias.

—Es mui justo, M. Dupré; con todo serian menores esas pérdidas en el sistema de asociacion, pues lo que las ocasiona son las falsas especulaciones industriales, es la concurrencia desenfrenada que para lucrar se hacen.

—I cuando vosotros os reuniéseis en una asociacion industrial, a fin de participar de las ganancias del fabricante, ¿seria por amor desinteresado a la humanidad? Siempre el mismo sistema, no ver sino virtudes en nosotros i vicios en los demas; pero pasemos adelante. ¿Crées tú que una asociacion no está espuesta a engañarse? Una asociacion se compone de hombres como los demas, sujetos al error, i que no se tornan perfectos al entrar en ella; por el contrario debe temerse que lleven tambien sus defectos, sus pasiones, i, con el fin de hacer triunfar sus propósitos i miras particulares, un espíritu de oposicion a cuanto propongan los demas. Sabemos lo que son las reuniones numerosas, que mui raras veces son dirijidas por el partido de los prudentes i honrados. Cada uno emite su opinion, pone sus reparos, i sostiene a pié juntillas lo que dice; se habla en pró, en contra, se disputa, se acaloran, i acaban por adoptar un término medio ineficaz, porque tan solo con medidas sencillas i francas se obtienen buenos resultados. De este modo la asociacion, lejos de prosperar, languidece i se aniquila; da pérdidas en vez de ganancias. Introdúcese la division entre los obreros, que se echan unos a otros la culpa del mal éxito de la empresa, i, agriándose los ánimos, cunde el desaliento i se separan. Ved el porvenir que me temo esté reservado a la mayor parte de estas asociaciones.

—No veis las cosas por el lado bueno, M. Dupré.

—Las veo como son, Leonardo, porque conozco algo a los hombres i no me hago ilusiones en cuanto a ellos. No digo tampoco que no haya casos en que se eviten estos peligros; pero creo por lo ménos que será difícil.

—En todo caso, dijo Andrés, no habrá ya esa competencia desastrosa que se hacen los patrones, i de la cual nosotros somos las víctimas.

—Decid mas bien que aprovechais, puesto que ella hace subir vuestros salarios. Mas, ¿por qué la asociacion habia de acabar con la concurrencia? ¿Pensais acaso reunir en una sola asociacion a todos los obreros de cada industria? No sé en verdad cómo se gobernaria esta jigantesca asociacion, ni a cuánto ascen-

dieran los inmensos gastos de administracion que exijiria, no me ocuparé de ello; os dejo a vosotros mismos el cuidado de reflexionar sobre este punto. Pero lo que me admira es que de esta suerte se quiera constituir un monopolio en provecho de los obreros de una industria dada, i poner al público a merced de éstos para todos los objetos de su fabricacion. Si a la asociacion de zapateros se le antojase hacerse pagar por sus zapatos doce francos en vez de ocho, era necesario pasar por todo, puesto que ellos lo querian i eran dueños del campo. Los zapateros, a su vez, estarian junto con nosotros a discrecion de la asociacion de sastres, i así sucesivamente; es decir, que los consumidores estarian sujetos al capricho i codicia de los productores. Esto es absurdo, i no hai para qué detenerse mas en ello.

—Pero, señor, dijo Leonardo, no se trata de reunir a todos los obreros de una misma industria en una sola asociacion a la cual estarian obligados a entrar. Esto seria una especie de comunismo, i nosotros no lo queremos. Quiero hablaros de asociaciones voluntarias de obreros. Se asocia el que quiere, i con quien quiere.

—Entónces aparece otra vez la concurrencia, con la única pero insustancial diferencia de que, en vez de ser entre individuos, es entre asociaciones. El resultado es el mismo. Las asociaciones trabajan por hacerse de parroquianos, proporcionarse materiales al mas bajo precio, disminuir sus gastos de produccion, i, cuando la venta está buena, fabrican cuanto se puede para aprovechar las circunstancias; es decir, que habrá no solo disminucion de ganancias, sino tambien de salarios, despues de algunos tropiezos i embarazos, ociosidad en seguida. Hallareis, pues, los mismos inconvenientes que precisamente quereis evitar, i aun peores; porque, en el sistema de asociacion, como el salario se confunde en cierto modo con la ganancia, la concurrencia de asociaciones disminuirá el uno al mismo tiempo que la otra. Ved a lo que se reducen tan decantadas cuanto brillantes espectativas, que, en el sentir de ciertos apóstoles de ideas nuevas, estan llamadas a cambiar la faz de la tierra. Veamos ahora las dificultades.

Asociándose los obreros supongo que no se propondrán hacer pagar al público cuánta ventaja se les antoje sacar; quieren únicamente hacer iguales ganancias a las que sacan los capitalistas hoi dia.

—Sin duda, M. Dupré; nosotros no pretendemos otra cosa.

—Bien; para conservar al público en posesion de las ventajas de que goza, i de las cuales tambien vosotros gozais cómo consumidores, es necesario dejar organizada la produccion cual está ahora; esto es, concentrándola en vastos talleres donde se disminuye el precio de producion por la fabricacion en grande; empleando máquinas costosas i surtidos completos de herramientas, pues a todos estos instrumentos de fabricacion se debe la baja de precio de la mayor parte de los objetos destinados al uso del pobre. Es necesario que la produccion descanse sobre estos fundamentos para que pueda seguir dando buenos resultados. Concibo como posible la asociacion en las industrias en que no se fabrica por mayor, para las cuales bastan pequeños capitales, i en cuyos talleres se ocupa un escaso número de obreros; pero no veo ya esa posibilidad tratándose de las industrias en grande, precisamente de las que exitan mas la codicia i arrancan mayores recriminaciones a causa de sus brillantes esterioridades. Vastos edificios, inmensos terrenos, un capital fijo enorme, i otro en jiro no ménos importante, son necesarios en esta industria. ¿Cómo se proporcionarán todo esto los obreros?

—Pero el Estado, ¿no podria ayudar a los obreros que quisiesen asociarse, i facilitarles el capital necesario para montar la fábrica i hacerla funcionar?

—Un instante, Leonardo, i te convencerás de lo contrario. El Estado, como tú sabes, es un ser ideal, ficticio, o mas bien, somos todos nosotros. El Estado nada tiene ni posee; es solamente un cajero que no maneja otros fondos que los que los ciudadanos le entregan bajo la forma de impuestos. De esta suerte, lo que tú propones es que, los mismos a quienes quieres suplantar, te faciliten los medios para que les hagas la guerra. ¿Es esto digno, leal? Leonardo, ¿qué te parece?

—Entónces, M. Dupré, ¿qué quereis que hagan los obreros para proporcionarse instrumentos de trabajo, en el estado actual de la industria, con los capitales que ella exije?

—Yo no seré quien aconseje a los obreros que se asocien; tampoco seré quien se los vitupere. Pero si ellos quieren la asociacion, es necesario que tengan el valor de hacerla por sí mismos. Cuando la industria exije grandes capitales, exije tambien el concurso de muchos obreros. Que los obreros que quieran fundar un establecimiento industrial, grande o pequeño, traten, pues, de proporcionarse ante todo lo necesario; que tengan

la suficiente fortaleza y perseverancia para hacer economias durante algunos años, a fin de juntar los quinientos o mil francos que ha menester quizá cada uno. Formad vuestro capital, ponedlo en jiro en la industria que querais, eso es precisamente lo que deseo; pero no penseis estableceros a costa de los que deseais suplantar.

—¡Cómo, M. Dupré, quereis que cuatrocientos o quinientos obreros se convengan en hacer economias durante mucho tiempo, a fin de juntar entre sí los quinientos o seiscientos mil francos que necesitarian para establecer una manufactura como la de los señores Lenoir i Dubuisson!

—¿I por qué no? Quien quiere el fin, quiera los medios. Tú piensas que esos cuatrocientos o quinientos obreros estarán de acuerdo entre sí para hacer funcionar la manufactura cuando esté en plena actividad i cuando el contacto i la discusion de los intereses que de la asociacion resultan, ocasione entre ellos contínuos disgustos i reyertas; ¡i encuentras difícil que se convengan a fin de juntar aisladamente durante algunos años el pequeño peculio que debe ponerlos en estado de realizar una empresa de la cual esperan nada ménos que su bienestar e independencia! No eres consecuente, Leonardo. Sin duda que necesita fortaleza un jóven obrero para trabajar i economizar sin descanso durante muchos años seguidos; pero tambien se muestra entónces verdaderamente digno de entrar en una asociacion. Porque, no te engañes, Leonardo, es necesario no ver en la asociacion solamente las ventajas, es necesario tambien ver los deberes que ella impone; deberes numerosos i graves i que añaden dificultades de otro jénero a la empresa. Por eso pido almas enérjicas i vigorosamente templadas, almas que, por sus perseverantes esfuerzos en el trascurso de muchos años, se hayan mostrado a la altura de sus propósitos.

—¿Cuáles son las grandes dificultades i deberes que hai en la asociacion? dijo Leonardo.

—Veo en ella una obra de sacrificios i consagracion; veo la formal renuncia a los hábitos i costumbres mas queridas del obrero, el cual ya no se pertenece a sí mismo sino a la asociacion. El obrero que en una fábrica trabaja a vista de un jefe, ejecuta el trabajo que se le ha señalado, i cuando lo ejecuta conforme a lo que se le exijió, ha cumplido su deber. El miembro de una asociacion tiene que llevar a ésta no solo un trabajo constante i concienzudo, sino tambien sus pensamientos i su concurso pe-

renne, sus brazos i los recursos de su intelijencia. No debe contentarse con hacer bien una cosa, es necesario que la haga mejor. La prosperidad del establecimiento no está confiada a la vijilancia de nadie, sino a la conciencia de cada uno. Tiene ménos libertad para satisfacer sus gustos i sus hábitos de pereza; es necesario hacer ingresar en el capital de asociacion todo lo que ésta produzca; si quinientos obreros son los que se emplean, deben trabajar los quinientos sin descanso; un dia, una hora perdida es un robo hecho a todos. Es necesaria en la asociacion la abnegacion de sí mismo, el sacrificio de sus gustos en beneficio de la obra comun; es necesario ahogar sus sentimientos de independencia para someterse a la voluntad de los otros; porque el buen éxito de la asociacion depende principalmente de la buena armonia entre sus miembros. Ved aquí por qué exijo hombres a quienes la fortaleza mas rara, la de la perseverancia, haya probado que tienen las cualidades necesarias para la prosperidad de la asociacion. I aun así, el éxito me parece todavia mui dudoso, porque encuentro aquí otras dificultades.

—I con las dichas ya hai de sobra, murmuró Leonardo.

—No basta el concurso dilijente de todos los miembros de la asociacion; es necesario una cabeza para este cuerpo con mil brazos. Los brazos ejecutan, pero la cabeza es quien dirije, quien da las órdenes e impulsa el movimiento. ¿Será una cabeza múltiple, es decir, un consejo de obreros, la que ha de administrar, tomar las medidas que exije el cuidado de los intereses, vender, comprar, distribuir trabajo, etc? Sábese lo que es un consejo que administra: carece totalmente de unidad, de sistema constante, i sobre todo de prontitud en las decisiones. Miéntras que se discute sobre el partido que habrá de tomarse, la fábrica rival obra, i la asociacion viene al suelo. ¿Será un jefe único? Pero ¿cómo proporcionarse este administrador hábil, hombre de consejo i de accion, capaz de manejar los negocios de la asociacion i de hacerla competir victoriosamente con sus concurrentes? I dado caso que lo encuentre ¿con cuánto retribuirá su trabajo para contar siempre con sus servicios? De temer es que, a pesar de vuestra jenerosidad, el que tenga bastante talento para desempeñar este difícil empleo, esperimente la necesidad de recobrar su independencia, i que, renunciando a las cadenas mas o ménos doradas que hacen de él el esclavo de sus mil administrados, prefiera buscar fortuna por su propia cuenta.

Llego ahora a la remuneracion de los obreros i a su posicion en la asociacion. Encuentro aquí otras dificultades que resolver. ¿Todos llevarán el mismo capital, o se admitirán asociados con capitales diferentes? I en este caso ¿qué derechos se confieren a los poseedores? ¿Qué parte se dará inmediatamente a cada trabajador? Porque ellos no pueden esperar, como el capitalista, a que se vendan los productos. ¿Qué parte se distribuirá de las ganancias? ¿Cuánto se reservará para gastos eventuales i estraordinarios? Porque si próspera este año, puede ser desgraciada la asociacion en el próximo, i es indispensable hacer frente a todo. ¿Estás dispuesto a resolverme estas dificultades?

—Pero, dijo Leonardo, no he estudiado suficientemente el asunto para poder responder a estas preguntas.

—No te digo que me respondas en el acto, Leonardo: apunto solamente estas dificultades con el objeto de que puedas en adelante ver el asunto bajo todos sus aspectos, i te puedas pronunciar con conocimiento de causa. Dime, no obstante, ¿bajo qué condiciones o con qué carácter entrarian los obreros en la asociacion?

—La cuestion es complicada, M. Dupré: porque los miembros de la asociacion serian a la vez obreros i propietarios de la empresa. Como propietarios, me parece que ellos debian sacar el interes correspondiente al capital que han empleado; a las ganancias, tienen derecho como propietarios i como trabajadores; pero aquí la cuestion se complica, pues el trabajo de todos los obreros no vale lo mismo.

—¿Entónces tú no admites la igualdad de salarios?

—¡Oh! no, M. Dupré; esto seria la ruina de la asociacion; los perezosos no harian nada, i los obreros laboriosos rehusarian trabajar para los otros, se disgustarian, i harian lo mismo que los perezosos o abandonarian la partida.

—Tienes muchísima razon; me temo que con esto solo acabes de pronunciar la condenacion de las asociaciones. Esceptuando a algunos hombres de corazon jeneroso como tú, sospecho que la asociacion no seria buscada sino por perezosos que se imajinasen vivir asi con desahogo sin trabajar mucho, que digamos; i que los obreros activos preferirán el réjimen actual, que ofrece mayores espectativos al que con actividad i talento quiere abrirse paso. Has rechazado la igualdad de salarios, lo cual manifiesta ciertamente tu buen sentido. Pero la desigualdad acarreará muchísi-

mas dificultades a la asociacion. En una fábrica o en un taller ordinario, un obrero que no está contento con el salario que se le da, se retira, i no hai mas que hacer. Pero en la asociacion ¿qué hará el obrero que no se encuentre suficientemente retribuido? ¿Aceptará la decision de aquellos a quienes mira como a iguales? ¿No será esto causa de enojosas discusiones, fuente de divisiones perpétuas? Por lo demas ¿qué hará el obrero que quiere retirarse de la asociacion? El es dueño de una parte de la manufactura; le corresponde tambien una parte de las ganancias que se hagan; es por lo mismo imposible devolverle cuando quiera su propiedad i su lucro. Será, pues, necesario o que enajene su libertad o que abandone lo que le pertenece. En caso de muerte, ¿cuáles son los derechos de su viuda e hijos? ¿Cómo conciliar los que las leyes les conceden con los intereses de la asociacion? ¿Qué se hará para reemplazar a los miembros que mueran, cuya falta deja un vacio importuno? I, si llegado un tiempo de mucha actividad, el trabajo de los miembros no alcanza a satisfacer los pedidos, ¿la asociacion se resignará a no aprovechar las circunstancias, o imitará a los empresarios de industria, llamando en su auxilio a obreros asalariados? En este caso ¿con qué condiciones lo hará? ¡Cuántas dificultades, Leonardo, cuántas dificultades en una cosa que tan sencilla te parecia!

—Es cierto; hai mas de las que esperaba. La asociacion me parece, como a vos, una obra de sacrificios i de consagracion, i empiezo a creer que los resultados serán mui inferiores a lo que uno cree cuando no ha reflexionado en ello lo bastante. I sin embargo, hai en la asociacion algo que me satisface i halaga, que me parece conducente a cambiar la condicion del obrero. Confieso que no sin profundo sentimiento renunciaré a esta ilusion, si en efecto lo es.

—No, Leonardo, la asociacion entre obreros no es una quimera como otras que he combatido i que combatiré siempre, guiado por vuestro propio interes; no. Estudiando la cuestion en los escritos de los mismos que con mas vigor la han combatido, me he convencido de que dicha asociacion no es absolutamente impracticable; pero estudiándola en aquellos que se han declarado sus mas celosos partidarios, he llegado a conocer cuán difícil es. No obstante, estraordinariamente erizada de dificultades cuando se trata de una industria que no puede ejercerse sino en una vasta manufactura i con un numeroso concurso de obreros, ella

presenta muchas ménos en una fabricacion modesta i que pueda esplotarse con pocos brazos. Ofrece todavia ménos tratándose de asociaciones temporales entre obreros para la ejecucion a destajo de obras de una duracion limitada; lo cual podria ser una manera de prepararse i encaminarse a la asociacion permanente. Obreros que se conozcan, bastante unidos, i resueltos a vencer las dificultades, se pueden encontrar; pero para la asociacion permanente es necesario que sean tambien laboriosos constantemente, económicos, pacíficos, hombres de corazon, de enerjia i de mui buen sentido.

—Segun esto, dijo Andres, ¿vos no aconsejais la asociacion a los obreros?

—No la aconsejo ni la rechazo, pues es un asunto mui delicado; lo único que afirmo es que no la creo mui posible tratándose de asociaciones permanentes i numerosas.

—I, ¿qué pensais, dijo Leonardo, de la asociacion entre patrones i obreros, de aquella en que un patron parte anualmente con sus obreros, segun una proporcion determinada, las ganancias que da su industria?

—Te diré desde luego que, cualquiera que sea el nombre que se dé a los arreglos o convenios de esta especie, no veo aquí una asociacion propiamente dicha. Una verdadera asociacion supone participacion de las pérdidas i las ganancias entre todos los asociados. Así, en el sistema de que tú hablas i que yo apruebo por lo demas, veo que se da a los obreros una parte de las ganancias, pero no he visto que se les carguen las pérdidas; cosa que, por otra parte, no acontecerá en convenciones de este jénero, pues no está en el interes de los obreros. Ademas, para que haya verdaderamente asociacion, lejos de ceñirse únicamente los obreros a ejecutar lo que les prescribe su patron, deberian tambien discutir con él las medidas para el manejo de la empresa; cosa por la cual ningun patron pasa en circunstancias ordinarias, i pienso que con razon, porque esto seria abdicar en manos de los obreros la direccion de sus negocios.

—Pero, ¿por qué razon no podrá existir una asociacion completa entre obreros i patrones? ¿Por qué no habian los obreros de tomar parte en el manejo de los negocios en que están interesados?

—Porque esto no les es posible en su posicion. Si toman parte en dicho manejo, como el resultado, cualquiera que sea, les

pertenecerá en gran parte, puesto que son mas numerosos, deberian necesariamente soportar las pérdidas, bien así como perciben las ganancias; deberian tambien esperar la venta, como el patron, para recojer el fruto de su trabajo; i mientras tanto su posicion no les permite ni lo uno ni lo otro. Bien sabeis que no hai realmente asociacion cuando la ganancia está de un lado i la pérdida de otro.

—Bien, dijo Leonardo, cualquiera que sea el nombre que convenga dar a un arreglo o contrato semejante, ¿es en último resultado bueno o malo?

—Bueno i útil, respondió M. Dupré, para los obreros, i no ménos útil a los patrones. Por un lado, él mejora la posicion de los obreros, aumentando su salario i sus ganancias. Por otro, es ventajoso a los patrones, pues, si disminuye sus ganancias primitivas en la porcion que cede a los obreros, las aumenta haciendo de éstos unos cooperadores mas activos, exactos e interesados en la prosperidad del establecimiento. Las ventajas que el patron concede a los obreros, vienen a ser un premio al órden, a la intelijencia, al espíritu de economia; porque es evidente que los obreros no pueden obtenerlas sino bajo ciertas condiciones de exactitud, asiduidad i dedicacion al trabajo. El patron obtiene de este modo otras ventajas en compensacion de los sacrificios que se impone.

La concesion de estos premios se hace de muchos modos. Así, se puede convenir en que, despues de sacados los gastos de esplotacion i demas desembolsos del fabricante, las ganancias se dividan de cierta manera entre éste i sus obreros. Otras veces, a fin de estimular su celo e interesarles mas en la prosperidad del establecimiento i en la buena confeccion de sus productos, se puede establecer que, cuando las ganancias pasen de cierta cantidad determinada, el excedente se divida entre ellos i el fabricante. En ciertas industrias, el contrato puede referirse a las materias brutas que se deben transformar en objetos manufacturados, conviniéndose entónces en que, dado caso que, sin aumentar la obra de mano, se obtenga de igual cantidad de materias mayor cantidad de mercaderias, las ganancias que rinda este excedente serán el objeto de una particion. En otras industrias se emplea anualmente para la fabricacion cierta cantidad de combustible, mil quintales, por ejemplo; i se decide que, si logran los obreros economizar una décima u octava parte de combustible, el benefi-

cio de la economia se dividirá entre el fabricante i los obreros. En otra parte la fabricacion da, v. g., un 26 por ciento de merma de materias primeras; "si por efecto de mayor cuidado, se dice a los obreros, podeis conseguir que esta merma sea solo de un 15 o un 10 por ciento, participareis de las ventajas de esta economia."

—Sin descuidar por eso su propia ganancia, tienen muchos medios los patrones de proporcionar ventajas a sus obreros, dijo Andres.

—En todos los casos, tales ventajas son un verdadero premio concedido a los obreros, a fin de que se estimulen i pongan en su trabajo mayor cuidado, atencion i economia. Pero cualquiera que sea la naturaleza de esos arreglos o convenios, son útiles a todos, son morales i tienden a estrechar los lazos que deben unir al fabricante con sus obreros. Por este medio veríamos tambien en breve propagarse en todo un sistema de fomento mútuo que, aproximando a los hombres mas, redundase a la vez en provecho de cada uno.

—De suerte, dijo Leonardo, que daríais vos la preferencia al sistema de participacion en los beneficios del fabricante, sobre el sistema de verdadera asociacion entre obreros?

—No cabe duda, Leonardo; porque el uno es fácilmente realizable, mientras el otro presenta muchas i sérias dificultades. I en suma, ¿queréis que os diga sin rebozo todo mi pensamiento? En el sistema de participacion, una ganancia moral de alta importancia, viene, a mi modo de ver, a agregarse a la ganancia material.

La pequeña adicion al salario que puede resultar a los obreros de un taller, de la participacion en los beneficios del patron, será mas de una vez mui diminuta. Pero habrá siempre para ellos un inmenso provecho en los hábitos de exactitud, de órden, de cuidado, de atencion, que serán las consecuencias necesarias de esta participacion. No dejará tambien de producir un gran bienestar moral la idea de que se trabaja para el patron i para sí mismo. El contentamiento del espíritu i la union de los corazones, son otras tantas ventajas que no se aprecian lo bastante, pero creo que vosotros sereis sensatos i racionales para estimar su valor.

—Gracias, M. Dupré, dijo Leonardo, por las buenas palabras que acabais de decirnos. Vuestras esplicaciones sobre los inconvenientes i ventajas de los diferentes sistemas de asociacion han acabado de disipar nuestras dudas. No dependerá ciertamente de

nosotros si en adelante no ponemos en práctica lo que nos habeis enseñado.

—Tampoco dependerá de nosotros, Leonardo, estad seguro, dijo M. Lenoir, tomando entónces la palabra. Despues volviéndose hácia M. Dupré, dijo:

— Permitidme que yo tambien os agradezca, querido M. Dupré, las excelentes advertencias que nos habeis hecho. Si las ideas de asociacion i participacion han ocupado por algun tiempo el espíritu de los obreros, no nos han preocupado ménos a nosotros. Quieren ellos hacer algo para mejorar su posicion; nosotros lo deseamos tan vivamente como ellos. Habiamos buscado los medios i llegado a concebir un plan que nos parece concilia todos los intereses. Nos quedaban algunas dudas todavia, pero vuestras últimas palabras las han disipado. Aprovecho sin retardo esta ocasion para anunciar a nuestros obreros aquí presentes, que tenemos que hacerles una propuesta a ellos i a sus camaradas. Nuestros compañeros de fraguas me encargan os comunique que ellos estan en el mismo propósito con respecto a sus obreros. Invitamos, por consiguiente, a unos i otros para que designen a algunos de entre ellos, que con Leonardo i Andres, vengan a nuestras casas desde pasado mañana, a oir lo que tenemos que decirles.

En cuanto a vos, M. Dupré, habeis estudiado mucho estas cuestiones para que dejemos de desear que nos dispenseis vuestras luces: os suplicamos, pues, encarecidamente que asistais a esta primera conferencia i a las que se sigan, a fin de que nos ayudeis con vuestra esperiencia i saber.

—De mil amores, M. Lenoir, ya que creeis que puedo seros útil. Me tengo por mui feliz cuando me toca hacer algo por los habitantes de Mirebeau.

CONVERSACION VIJÉSIMA.

Instituciones de caridad i de prevision, i medios que las clases obreras poseen para mejorar su suerte.

En la época a que hemos llegado reinaba gran contento en Mirebeau. Los quince dias transcurridos desde la última conferencia fueron bien empleados. El dia convenido, los propietarios de la manufactura hicieron conocer a los delegados de los obreros, presididos por Leonardo, el proyecto que habian concebido; proyecto que, como es fácil de adivinar, era un plan de participacion de los obreros en las ganancias de los patrones, basado en las ideas emitidas por M. Dupré, i comprendiendo los puntos que éste habia indicado como capaces de dar lugar a dicha participacion: aumento de la produccion, como consecuencia del mejor empleo del tiempo; alza de los productos, resultante de su mejor fabricacion; economia de las materias primeras, como efecto de un cuidado mas vijilante; diminucion de las mermas; economia de combustible relativamente a la produccion, por interrupciones ménos frecuentes de trabajo. Tampoco se quedaron atras los dueños de fraguas, i propusieron a los obreros un plan basado en principios análogos, i sin mas diferencias que las que de la diferente naturaleza de los trabajos resultaban.

Una vez de acuerdo sobre los puntos principales, lo que no fué difícil conseguir, ocupáronse de establecer en cada oficina de labor un reglamento que determinase los derechos i deberes de propietarios i obreros, i en el cual se consignaron disposiciones

tendientes no solo a acrecentar los productos i ganancias, sino tambien a ejercer una benéfica influencia moral en los obreros, y a hacerles adquirir buenos hábitos, todavia mas favorables a sus propios intereses que a los de las manufacturas. No fueron largas las discusiones, porque todos se encontraban con deseos de entenderse. Enteramente concluido estaba, pues, el reglamento, quedando tan solo que fijar algunos pormenores de ejecucion: debia de ser leido a los obreros en ciertos dias i puesto en vigor desde principios del año.

Nunca habia sido tan grande el contento de los obreros. Por efecto de una propension natural en el espíritu humano, se exajeraban un tanto a sí mismos la medida tomada, creyéndose para siempre al abrigo de aburrimientos i necesidades, i contribuia no poco a hacer todavia mayor su satisfaccion la simple idea de que esa medida les honraba. Sentíanse ennoblecidos ante sus propios ojos; de miserables obreros de los dueños, habian llegado a ser, por decirlo así, sus asociados; de mui diferente manera miraban ya la fábrica; no era ésta una especie de prision donde se les tenia sujetos i a tarea; era en cierto modo una propiedad de ellos; los patrones ya no eran los dueños ordinarios, sino sus socios, sus amigos.

Por otro lado, el contento de los obreros causaba el de los patrones, que se consideraban dichosos al ver el espresado júbilo; i gozándose del cambio obrado en los sentimientos i maneras de aquellos que empleaban, venian a convencerse de que los hombres hacen mal en desconocer cuán poco tienen que trabajar para vivir con los demas en buena i cabal intelijencia. Sobre todo no habia dejado de causarles impresion la dignidad, ántes desconocida, que repentinamente se revelaba en muchos de esos hombres, abatidos no ha mucho por una posicion que para ellos tenia algo de servidumbre.

Bajo la presion de estos sentimientos estaban los obreros al abrirse la sesion.

—Amigos mios, dijo M. Dupré al comenzar, nos hemos visto tan a menudo durante estos quince dias, que no tengo necesidad de enteraros de lo que en este intérvalo ha ocurrido. Es ademas inútil i escusado que os diga cuán dichoso soi. Una éra nueva principia para los habitantes de Mirebeau; hagamos que por nuestra prudencia sea una éra de paz i de concordia. ¡Ojalá pueda yo contribuir a ella con las últimas esplicaciones que os he

hecho! Con la esplicacion de algunas menudencias i pormenores inmediatamente aplicables a vuestra posicion, pienso completar la gran medida que se acaba de tomar; con esto pondré término a nuestras conferencias sobre economia política.

—¡ Qué ! ¿ ya no nos dirijireis la palabra ? esclamaron todos, con un sentimiento de pena, que cambió en tristeza la alegria que poco ántes estaba pintada en los semblantes.

— Cómo no, amigos mios; seguiré conferenciando con vosotros de vez en cuando. Me considero demasiado feliz al estar con vosotros, para que no busque las ocasiones de veros i dirijiros la palabra. Pero hemos llegado ya al fin de lo que tenia que deciros sobre las materias de que hasta aquí nos hemos ocupado. A fin de que os sean mas útiles pienso que estas reuniones deben tener otro objeto; pero ya hablaremos de ello. Lo que es hoi, acabaré de decir cuanto se relacione íntimamente con el asunto de nuestras conferencias.

En las precedentes me he esforzado en haceros juzgar sanamente de las cosas, mostrándooslas bajo su verdadero aspecto. Os he hecho ver cuánto os engañais buscando la mejora de vuestra suerte precisamente donde no puede estar. Hoi quiero resumir lo que muchas veces os he dicho sobre los medios que teneis de realizarla; quiero haceros conocer mejor los recursos que poseeis i los que la sociedad os ofrece para lograr una situacion mas halagüeña. En cuanto a los primeros, no los conoceis bastantemente, por lo cual casi ningun partido habeis sacado de esos recursos; i en cuanto a los que la sociedad pone a vuestra disposicion, bien parece que los ignorais del todo, a juzgar por el poco cuidado que en aprovecharlos os tomais.

Transformada por las ideas cristianas que cada vez penetran mas en nuestras costrumbres, la sociedad ha multiplicado desde tiempos mui lejanos las instituciones en favor de los pobres i desvalidos; pero en nuestro siglo esas instituciones han tomado un carácter mui distinto. Antes de ahora tenian principalmente por objeto aliviar la desgracia; hoi, sin olvidarlo, tienden sobre todo a prevenir la miseria, combatiendo sus causas. Las instituciones de beneficencia son, pues, de dos clases: 1.ª instituciones para aliviar la miseria i el sufrimiento; i 2.ª instituciones para prevenir la miseria i las penosas consecuencias de los males que pueden aflijir a la humanidad. Digamos solamente una palabra de las primeras, las cuales no es lícito en verdad desdeñar por mal

entendido orgullo, pero cuyo favor debemos solicitar lo ménos posible, movidos por un sentimiento de dignidad natural.

Las instituciones que tienen por objeto socorrer la miseria i los sufrimientos, comprenden, entre otras, los *montes de piedad, casas de beneficencia, hospitales, hospicios, establecimientos para huérfanos i niños abandonados, casas de locos, de ciegos*, i, en fin, muchos otros establecimientos que seria largo enumerar, los cuales se proponen socorrer particularmente cierta desgracia o dolencia determinada.

Los montes de piedad o establecimientos donde se presta dinero sobre prenda i de los cuales suelen abusar no sin frecuencia los pobres, rinden inmensos beneficios a los que tienen necesidades urjentes con los préstamos que les hacen.

Las casas de beneficencia, como la que tenemos en Mirebeau, socorren a domicilio a las personas de edad avanzada i a las que estan temporalmente en necesidad, i les facilitan ya dinero para alimentarse solos o con su familia, ya provisiones i alimentos, ya vestidos i combustibles. No alivian solamente las familias pobres, cargadas de niños i cuyos jefes, por su edad u otros motivos, no pueden sostener su familia, sino que tambien dan socorros i medicamentos a los enfermos que no tienen medios de hacerse cuidar o que no pueden o no quieren ir a los hospitales.

—Esto sí que es excelente, dijo Honorio. Es mucho mejor ser cuidado i curado por los suyos que por los estraños. Lo que es yo, prefiero mi pobre cama al mejor lecho de los hospitales.

—Tienes razon Honorio, i haces mal. Haces mal porque manifiestas despreciar los cuidados que en los hospitales se dispensan a los enfermos. Allí hai Hermanas de la caridad, que son unos verdaderos ánjeles del bien, i comodidades que no se encontrarian en el hogar del pobre, i aun en mas de uno de personas acomodadas. Tienes razon en cuanto prefieres los cuidados de la familia a cualesquiera otros: ¡es tan dulce, cuando se sufre, el verse rodeado de seres que son queridos! Hai, por otra parte, mayor dignidad en aquello de bastarse a sí mismo en cualquiera posicion de la vida. El hospital tiene ademas el inconveniente de relajar los lazos de familia i de descargar, por decirlo así, del cuidado de los enfermos a aquellos a quienes este cuidado les corresponde. Tambien la sociedad es hoi tan previsora i vijilante que hace curar a los enfermos aun en sus propias casas, en vez de obligarles a ir al hospital. Ha organizado, ademas, recientemente

como lo habreis visto en vuestro departamento, la institucion de los médicos cantonales, encargados de asistir gratuitamente a los enfermos que no estan en posicion de poder pagar los socorros de que han menester.

—Es un beneficio importante, dijo Benito, bien que nosotros no tenemos necesidad de él aquí, gracias a vos, M. Dupré. Pero si cuando estuve en Mesnil hubiese yo consultado inmediatamente despues a un médico, no se habria alargado tanto mi enfermedad que me ha tenido un año entero sin trabajar.

—Los médicos cantonales, prosiguió M. Dupré, evitarán en lo futuro males como éste, i harán los hospitales ménos necesarios. No obstante, i apesar de la preferencia que sin duda merecen los socorros a domicilio, los hospitales no dejan ni con mucho de ser unos establecimientos utilísimos, i hasta indispensables; porque, si es conforme a la dignidad humana no ocurrir sino en último caso, i hacer lo posible para no venir a parar a ellos, mas de una vez se ve uno forzado a pedir un lecho en su recinto.

A mas de esto, hospitales destinados a la cura de personas aquejadas de enfermedades temporales, los hai en todos los departamentos de los hospicios que tienen por objeto recojer viejos achacosos, niños, huérfanos, ciegos, i cualesquiera personas a quienes su edad o achaques permanentes, juntos a la falta de recursos, dejan en la imposibilidad de trabajar para pasar la vida. Me seria imposible haceros conocer, aun cuando hubiese de destinar a esto solo una sesion, la infinita variedad de instituciones que la caridad ha inventado i planteado para alivio de la humanidad doliente i necesitada, desde los asilos de espósitos fundados por S. Vicente de Paul.

No lo sabeis todo aún. A todos estos establecimientos públicos, es necesario agregar una porcion de instituciones particulares que la caridad, en su injeniosa cuanto inagotable fecundidad, ha fundado en las ciudades para el socorro de los que sufren; de tal suerte que talvez ni uno solo de los males que pueden aflijir al hombre, deja de tener su remedio o alivio preparado de antemano.

I sin embargo, amigos mios, esto no es mas que una parte de lo que la caridad obra entre nosotros. Si a dichos socorros agregamos todos aquellos que se reparten fuera de esos institutos, los que se dan de mano a mano, los que se distribuyen por medio de los curas, como vosotros mismos habreis tenido ocasion de saberlo aquí en Mirebeau, entónces podria tenerse una idea

de lo que por el pobre hacen los ricos, a quienes se suele acusar de inhumanidad.

—¡Oh! M. Dupré.

—Sí, hacen algunas veces demasiado; porque haciendo mal la caridad, contribuyen a que la miseria se perpetúe, i hasta alguna vez la fomentan.

—¡Cómo! dijo M. Raveaud ¿que la caridad fomenta i perpetúa la miseria?

La limosna dada con buena intencion i por móviles puros es mui meritoria; pero, cuando se da sin conocer a la persona que la recibe, tiene a menudo el inconveniente de estimular a la haraganeria i la vagancia i a mas el de corromper a las clases pobres desde mui corta edad; viéndose, como en efecto se vé con frecuencia, a padres que educan a sus hijos para mendigos, i que, en vez de enseñarles a trabajar, les ejercitan en estirar la mano a los transeuntes.

Nuestras casas de beneficencia, hospitales i hospicios, a pesar de los inmensos servicios que prestan, no dejan tambien de tener graves inconvenientes. Su número mismo, i los abundantes socorros que distribuyen, no sin frecuencia, son causa de muchos abusos; pues no alivian tan solamente la miseria, sino que tambien la fomentan i provocan. La facilidad con que se obtienen socorros, hace que en cierto modo se cuente con ellos de seguro, i entónces en lugar de hacer esfuerzos para salir de una posicion estrecha i angustiosa, déjase el obrero estar i se abandona confiado a la pereza, persuadido de que será socorrido siempre por la caridad pública i privada.

—Semejante abuso se puede creer de las casas de beneficencia i de las limosnas a mendigos, pero de ningun modo de los hospitales ni hospicios. I la razon es mui sencilla: uno no cae voluntariamente enfermo, ni se enferma por puro gusto, ni tiene cómo impedir el que la vejez le sobrevenga.

—No, M. Raveaud, pero contando con el hospital para el caso de una enfermedad, y con el hospicio para refujiarnos en la vejez i siempre que nos aqueje alguna dolencia o nos sobrevenga algun achaque, no se precave uno de nada, vive con el dia, sin prevision ni economia, sin ahorrar nada para cuando nos aqueje una enfermedad en lo futuro; i adormecidos de esta suerte con tan fatal confianza, con este abrigo que juzgamos seguro, respondemos a los buenos consejos que se nos dan, repitiendo aquella

frase comun: "¡ Bah, bah ! i el hospital ¿se ha hecho acaso para los perros?"

A estos medios de aliviar la miseria, deben agregarse los talleres de caridad, que se establecen temporalmente cuando alguna calamidad como, por ejemplo, la carestia de este año, deja de repente sin trabajo a muchísimos obreros.

—Pero a lo ménos éstos no tendrán ningun inconveniente, dijo Andrés; como que se establecen simplemente para el caso de una circunstancia imprevista.

—Te engañas, Andrés; el mal nunca es imprevisto en el mundo, debemos esperarlo constantemente, i estar siempre prevenidos i sobre aviso para cuanto nos pueda sobrevenir. Esos talleres tienen ademas el inconveniente de echar a perder a los obreros, que contraen hábitos de pereza, i trabajan, como suelen decir, por amor a Dios, pues saben que por caridad se les ocupa. De ello habeis visto en Mirebeau un ejemplo; sabeis cuánto ha gastado el distrito para ver de dar trabajo a los habitantes mas pobres que estaban sin ocupacion, i conoceis las obras que se han hecho. Decidme con franqueza ¿valen éstas la mitad siquiera de lo que en ellas se ha invertido?

—No ciertamente, no, dijeron muchos obreros que tenian conocimiento de ello.

—I así acontece siempre, amigos mios, cuando no se tiene interes directo e inmediato en trabajar. Os podria citar como verdaderamente decisivo este ejemplo para manifestaros cuánto se engañan los obreros creyendo que habian de trabajar con ardor, por medio de un sistema en que no fuesen estimulados por el interes personal i la necesidad. Pero sea lo que fuere de mis últimas observaciones, no es ménos cierto que en lo que acabo de deciros, teneis una muestra espléndida i elocuente de lo que la sociedad hace para aliviar la miseria. Lo que ha imajinado i realizado para prevenir este cáncer terrible de nuestra época, es todavia mas importante; porque, a la verdad, si es noble, digna i útil accion el acudir en ayuda del desgraciado, lo es mucho mas el impedir que caiga en la desgracia.

Las instituciones que tienen por objeto prevenir la miseria, llevan jeneralmente el nombre de *instituciones de prevision*, porque ésta es en efecto su fundamento, i no solo la de la sociedad que las ha fundado, sino tambien, i mas particularmente, la prevision de aquellos para quienes se han establecido. Por desgra-

cia, amigos mios, prevision es lo que mas nos falta a los hombres. Cuando se tiene trabajo i pan, no se piensa en que vendrá talvez un dia en que nos falten uno i otro; cuando uno se conserva bueno, jamas piensa en que acaso podrá enfermarse; jóvenes i vigorosos, tampoco nos acordamos de que hemos de llegar a ser viejos e inútiles, i así vivimos con el dia, gastando cuanto ganamos, i la falta de trabajo, la carestia, las enfermedades, los achaques i la vejez sobrevienen cuando ménos se piensa i nos toman de improviso.

No basta pensar en lo porvenir, que todos en él piensan; es necesario pensar de sério, i segun esto, portarse como quien piensa en él constantemente. Cuesta, de veras, pensar así; porque para ser consecuente consigo mismo, tiene uno que correjir sus defectos, renunciar a la ociosidad, a la intemperancia, a la disipacion i el desórden; i necesita, por el contrario, contraer hábitos de órden, trabajo, actividad, exactitud, etc. ; necesita mas que todo ser prudente, económico, sóbrio, abandonar el libertinaje, el lujo, la vanidad, etc.; es necesario resignarse a no tomar vino fuera de la comida, ni aguardiente, ni cerveza, ni café, no fumar, a desprenderse de otros tantos vicios o hábitos que en breve llegan a ser necesidades; pues, en efecto, se convierte en verdadera necesidad lo que no es sino un placer cuando se usa moderadamente i se saborea en el seno de la familia.

—Pero, M. Dupré, a este andar, la vida no seria agradable ni llevadera, dijo nuestro antiguo conocido, Pablo Boitard. En verdad, que el privarse uno de todo, no vale ni con mucho la pena de vivir.

—Ya te lo he dicho, contestó M. Dupré; si no aprendes a ser sóbrio i arreglado cuando jóven, habrás de aprender a serlo cuando viejo; escoje ahora. Sabes el antiguo proverbio: *en la cama que se hace uno mismo, se acuesta*. Si quieres acostarte en buena cama, prepárala temprano. Convenzámosnos de una vez, la juventud es la estacion de la siembra, del trabajo i de las privaciones; la vejez lo es de cosecha, de descanso i de bienestar. Cuando jóvenes pensad en lo porvenir; no os caseis imprudentemente ,sin haber ántes ganado los medios de sostener una familia. Pero vivid miéntras tanto castos, pues una querida cuesta mas que una esposa, i os considero con la suficiente dignidad para no vivir amancebados, teniendo hijos para abandonarlos en seguida i hacer que otros carguen con ellos. Antes de casaros, cuidad

primero de poner una casa con todo su ajuar de muebles i trastos necesarios, de tener ropa blanca, etc., que mas tarde no os faltará nada i os sobrará quizá algun dinero para acudir a otras necesidades. Al mismo tiempo nunca dejeis de hacer economias; formaos un capitalito para estableceros alguna vez por propia cuenta, o para tener fondos disponibles en cualesquiera circunstancias imprevistas.

Antes de ahora los obreros no tenian donde colocar sus economias, i no sabiendo qué hacer de ellas, gastaban cuanto ganaban. Habia algunos que, poseyendo pequeñas sumas i no pudiendo colocarlas en poder de personas acomodadas y de crédito, se las prestaban a personas necesitadas, que se las embolsicaban mediante el cebo que al dueño ofrecian, de abonarle un fuerte interes; lo cual era causa de que no pocos obreros perdiesen frecuentemente su haber entero. Por eso muchos, i sobre todo, campesinos, se han visto obligados a enterrar su dinero sin hacerlo producir ganancia alguna, lo que siguen haciendo todavia mas por costumbre que por desconfianza, la cual no puede existir en la actualidad, en que las *cajas de ahorros*, que presentan las mayores ventajas i seguridades imajinables, se han fundado por la beneficencia pública hasta en las poblaciones ménos importantes, a fin de poner dichas cajas al alcance de todos los obreros.

No saben éstos lo que deben a tan preciosa institucion, que es sin disputa uno de los mayores beneficios del siglo. Recibiendo depósitos desde una suma mui pequeña, quita la ocasion de gastar lo que se haya economizado, por insignificante que sea. En la caja de ahorros nada se pierde, i sí se aprovecha mucho; las mas pequeñas economias llegan a convertirse en sumas no despreciables. La caja de ahorros es lo que el jenio de la beneficencia podia imajinar como lo mas propio para facilitar a los obreros los medios de elevarse a una condicion mejor, que les permita pasar de proletarios a propietarios, de obreros a patrones. Amigos mios, aprovechaos, pues, cuanto ántes de tan admirable institucion: estáis jóvenes, no teneis familia, podeis economizar diez, quince centavos diarios; otros acaso podrán ahorrar veinte; algunos mas todavia. Porque, ya os lo he dicho, diez centavos diarios son nada ménos que 180 francos anuales, i con el interes, mas de 2,200 a los diez años, 4,000 a los quince (1). Con este capitalito,

(1) Como ya lo hemos dicho al tratar del trabajo de ahorro, el interes que se obtiene en Chile es doble del que se paga en Francia, i por consiguiente, en Chile las ganancias serian mucho mayores.

podeis estableceros por cuenta propia, comprar una casa, un jardin, un campo. Yo os lo pido por vuestro mismo interes, amigos mios; hacedlo. Vuestro bienestar futuro está en vuestras propias manos, no permitais que se os escape.

—Desde hoi en adelante lo haremos, M. Dupré, estad seguro, dijeron muchos jóvenes del auditorio.

—I vosotros los casados, que teneis mayores necesidades i mas cargas, economizad tambien, que lo podeis; pues si no lo haceis teniendo trabajo, ¿cómo vivireis cuando éste os falte? ¡Ea! Honorio, Miguel: ha habido quienes se han visto en posiciones mas apuradas, i sin embargo han economizado. Imitadlos, que, como ellos, recojereis sabrosos frutos.

Hai otra institucion de prevision que se ha estendido mucho en Francia desde tiempo atras, a causa de los servicios que ha dispensado a las clases pobres, — la institucion de sociedades de *socorros mútuos*, que muchos de vosotros no conoceis por no haber ninguna todavia en Mirebeau, bien que su número llega en Francia a 3,401, contando en su seño 426,453 miembros, de los cuales, 47,281 son miembros honorarios o benefactores, i 47,982 mujeres. Su capital de reserva sube a la cantidad enorme de 16 millones 532 mil 310 francos 92 céntimos. Son asociaciones entre obreros de una misma industria o entre habitantes de una misma localidad para socorrerse i ayudarse mútuamente. Mediante una pequeña erogacion mensual, todos los que componen la sociedad tienen seguros, para el caso de enfermedad, los socorros i cuidados de médico i botica. A mas de esto, miéntras dura la enfermedad, convalecencia o incapacidad para trabajar, reciben diariamente una indemnizacion determinada por el reglamento, casi equivalente a su ganancia cotidiana, de suerte que la enfermedad del jefe mismo de la familia no es ya una causa de miseria como a menudo acontece.

—I no puede ser mas útil i preciosa, dijo Mauricio, que el año anterior a consecuencia de una enfermedad quedó empeñado para mucho tiempo por las deudas que contrajo.

—Tienes razon, Mauricio, es una institucion preciosa, i como quiera que no hai en Mirebeau todavia una sociedad semejante, debemos pensar sin demora en fundar una. Ya he preparado los estatutos en compañia del señor alcalde, i esperamos que será inaugurada a principios del año entrante. Cuento con vosotros para que tomeis parte.

—Cómo no, M. Dupré.

—Esto no os impedirá, contestó éste, el continuar prestando vuestros servicios a los amigos, cuando se presente una ocasion, como lo hicisteis cultivando el jardin de la viuda Morand, i recojiendo la cosecha de los terrenos de Gaspar cuando cayó enfermo.

—De ningun modo, respondieron de todos lados.

—A estos medios de hacer frente a las tristes consecuencias de las enfermedades, continuó M. Dupré, debo agregar los que tenemos para resarcirnos de los daños o menoscabos que por algun accidente fortuito sufran nuestros bienes: quiero hablaros de las diferentes especies de seguros contra incendios, heladas, epidemias de animales, etc. Antes de ahora, cuando alguno esperimentaba una pérdida a causa de alguno de esos accidentes, quedaba arruinado para toda su vida. Mediante una cantidad mui diminuta pagada anualmente, podemos poner lo que poseemos al abrigo de cualesquiera casos adversos i fatales. Cuando se piensa que con una bagatela que uno erogue, puede dormir tranquilo i seguro de conservar todo lo que posee, no se comprende cómo tantos vacilan todavia en darse esa inestimable tranquilidad, poniendo a salvo sus intereses de tan tremendas calamidades como suelen acontecer.

—Pero, dijo M. Jarland, cuya casa, como se recordará, se quemó años atras, i quien, por no haberla asegurado, quedó desde entónces en suma estrechez i carencia de recursos,—¿quién os garantiza el que se os pagará exactamente caso de ocurrir un siniestro, i que las compañias de seguros no faltarán a sus compromisos?

—Desde luego, la vijilancia del gobierno, que no permite se establezcan compañias sin el capital suficiente para llenar sus compromisos, i que constantemente las vijila; ademas de esto, el interes de las mismas compañias, las cuales perderán sus fondos si no administran i dirijen bien la empresa, ni la acreditan por todos medios; i, finalmente, el buen cuidado que las diferentes compañias tienen de asegurarse entre sí, a fin de ponerse a cubierto de las pérdidas excesivas que habrán de sufrir si un incendio, por ejemplo, devora una manzana i quizá una ciudad entera, o si una helada asuela toda una provincia.

—Admirable precaucion, dijo Mauricio; yo no me habia imajinado hasta dónde se estiende la prevision humana. Con todo, veo que no son útiles las compañias de seguros sino a los que tienen intereses que asegurar.

I qué! ¿no tienes acaso muebles, Mauricio? Porque las dichas compañias aseguran los muebles, mercaderias, etc., i puedes, segun eso, salvar, bien así como los demas, todo lo que tengas. Ya ves que la prevision nada tiene de neglijente ni olvidadiza; es la misma para todos.

—Perdonad, M. Dupré, dijo Leonardo, pero falta algo todavia. Los seguros impiden ciertamente perder lo que se posee; las sociedades de socorros mútuos nos dan una garantia contra las tristes consecuencias de las enfermedades; las cajas de ahorros nos facilitan un medio de hacer útiles economias i de formarnos un pequeño peculio para subvenir a las exijencias de cualquiera necesidad. Todo ello es bueno, i mui bueno; pero ved, M. Dupré, algo todavia de mas grande han menester los obreros. Lo que mas nos amarga la vida, no es el peso del trabajo ni lo módico de nuestras ganancias, ni aun ese descontento que involuntariamente despierta en el alma el espectáculo de la desigualdad; no. Lo que nos afecta sobremanera, lo que nos desalienta, desgarra i atormenta el corazon, es la incertidumbre acerca de lo porvenir.

—Eso es cabalmente, Leonardo, dijeron a una voz los obreros.

—Ved, M. Dupré, contestó Leonardo; lo que nos hace falta, es una caja de retiro para la vejez; hé ahí el deseo ardiente i unánime de todos los obreros.

—I ¿por qué no pensais en establecerla, amigos mios? Me alegraré de haceros conocer desde ahora una institucion tan apropósito para poner en lo sucesivo al abrigo de la miseria i crueles penurias de la vejez a aquellos que tengan el buen sentido de aprovecharse de ella. Hé aquí las principales disposiciones de la lei que establece dichas cajas, sin que por esto quiera indicaros que no podeis establecerlas vosotros mismos.

Da a los obreros la facultad de asegurarse una renta que a lo mas ha de ser de 750 francos por persona, desde la edad de 30 o 60 años, segun se quiera, mediante ciertas entregas de dinero hechas a la caja: bien entendido que la renta es proporcional a las entregas hechas durante la vida, i que, para gozar de ella desde la edad, de 50 años, por ejemplo, es menester entregar mas, que para gozarla desde los 60 o 65. Puede uno asegurarse dicha renta de dos modos; ya por medio de una sola entrega, necesariamente considerable, i tanto mas, cuanto mas avanzada sea la edad en que se haga; ya, lo cual es mucho mas fácil a los obreros, por medio de entregas anuales, tanto mas pequeñas cuanto se prin-

cipien a hacer en edad mas temprana. Segun se quiera, puede uno abandonar a la caja el capital formado por las erogaciones, o reservarlo para sus herederos; mas cuando se hace esta reserva, la renta que uno percibe es naturalmente menor.

Así un obrero que comenzare a erogar a los diez i ocho años, desde los sesenta principiará a gozar de una renta vitalicia de 100 francos, mediante una entrega anual de un peso cuarenta i cuatro centavos, si se reserva el capital, i de un peso solamente, si lo abandona. Multiplicad esas cantidades por 2, 3, 4, 5, 6 i 7½, segun que quereis tener una renta de 200, 300, 400, 500, 600 i 750 francos, i tendreis la suma de lo que habeis erogado anualmente. Como la mujer puede tener una renta igual a la de su esposo, llega a ser mui fácil de este modo, no solamente ponerse al abrigo de penurias, sino tambien asegurarse un bienestar para la vejez. De hoi en adelante, no lo gozarán sino los que no lo quieran. Instituciones de esta naturaleza existen en casi todas partes.

—Teneis razon, dijo Leonardo; i si aun asi hubiere todavia obreros desvalidos en la vejez, ya se podrá decir desde ahora, salvo algun accidente estraordinario, que han sido unos disipados o perezosos.

—Ved ahora: un padre que quisiere asegurar a cada uno de sus hijos una renta para lo futuro, podrá proporcionársela de 100 francos respectivamente desde los 60 años, si comienza a erogar desde los tres años cincuenta i seis centavos, i hasta cuarenta i dos centavos si abandona el capital. Multiplicad del modo que os indiqué no ha mucho, i vereis lo que habrá de erogar para asegurarles una renta vitalicia de 200 a 750 francos. Esto sucede en Francia donde el interes es mui reducido; en América, las ganancias serian mucho mayores.

—Es prodijioso! dijo Honorio. ¡ Cuánto siento ahora que una institucion semejante no hubiese existido cuando yo me encontraba todavia jóven! No estaria tan inquieto por la suerte de mis hijos. Pero nada se ha perdido, i aun puedo principiar a erogar por ellos mientras puedan erogar por sí mismos.

—Ahora, continuó M. Dupré, ved si tenia razon al afirmar que cuanto mas avanza la civilizacion, mas desaparecen las causas ordinarias de desigualdad que existen entre los hombres, i se ponen al alcance de todos, los medios i recursos necesarios para pasarlo bien.

—No, M. Dupré, no lo hemos dudado por un momento; pues

nunca nos habeis engañado, i nada, nada de lo que nos habeis enseñado, deja de ser verdadero.

—Bien, amigos mios: sobre todos los medios i recursos que os he dado a conocer, hai uno del cual, mas que de cualesquiera otros, debeis esperar la mejora de vuestra condicion social: éste es la *instruccion*.

Es innegable que muchísimo ha hecho la sociedad fundando instituciones para alivio de la miseria; mas todavia, creando las de prevision para impedir que la miseria aparezca; i no podia rematar mejor su obra que estableciendo la caja de retiro para los ancianos. Pero ha hecho mas todavia: ha abierto escuelas hasta en los villorrios i aldeas, ha esparcido por donde quiera la instruccion que, no lo olvideis, amigos mios, es la gran base i al mismo tiempo la brillante cúpula del edificio.

Gracias a la difusion de las luces hasta entre las mas humildes clases sociales, la igualdad ante la lei no es ya una mera palabra. Cualquiera individuo, si es verdaderamente capaz e intelijente, puede pretender cualquier empleo, puede subir al mas elevado puesto. ¿Qué es, pues, lo que se necesita? voluntad i perseverancia: sí, quererlo, pero quererlo con voluntad firme, enérjica, que, al divisar el objeto de sus ánsias, no retrocede ante ningun obstáculo ni desperdicia los medios lejítimos de llegar hasta él. Querer así, es poder.

En épocas de ignorancia o escasa instruccion, ésta constituye una verdadera ventaja o privilejio para los que la poseen; hoi que por efecto de las numerosísimas escuelas que existen, casi todos han adquirido cierto grado de intruccion, ésta es ya una verdadera necesidad; pues el carecer de ella cuando los demas la tienen, coloca al hombre en posicion mui inferior. Los beneficios de la instruccion no consisten meramente en saber leer, escribir i contar; esto es ya mucho, pues quien esto sabe en cualesquiera circunstancias tendrá una notable superioridad sobre el que lo ignora, pero es poco si se atiende a que la instruccion nos suministra conocimientos mas estensos. Ella desenvuelve la intelijencia, despierta el espíritu, pone en ejercicio todas nuestras facultades, nos hace raciocinar, observar, juzgar, comparar, darnos cuenta cabal de las cosas, sacar consecuencias, i aprovechar lo que se sabe para llegar al conocimiento de lo que se ignora; hace, en una palabra, que en cualesquiera circunstancias de la vida pongamos en práctica lo que sabemos.

Hé ahí, amigos mios, los efectos de una instruccion bien entendida, de una instruccion como las que os ha dado M. Raymond, vuestro excelente institutor, quien desde veinticinco años atras es mi colaborador infatigable i abnegado en la obra de mejora que en Mirebeau he acometido. Si en las conferencias instructivas que por el espacio de quince meses he tenido con vosotros, he conseguido hacer penetrar la luz en vuestra intelijencia, me complazco en reconocer que a él en gran parte se lo debo; pues con la instruccion que ha dado a muchos de vosotros, os ha puesto en el caso i aptitud de comprender las verdades por mí indicadas i que os he inculcado con teson. Seámosle, pues, gratos, i en su virtud, aprovechémonos de las lecciones que todavia quiera darnos.

Lo sabeis, amigos mios, la industria se transforma sin cesar; nuevas conquistas se hacen diariamente en el campo del progreso. Todo anda, i es fuerza no quedarse atras para no ser pisado por los que pasan adelante. Es inútil ya el protestar ni alzar la voz contra las máquinas, que no se puede negar son un beneficio inmenso, siendo insignificante el mal que a unos pocos suelen al principio causar. La sociedad tiene derecho a las máquinas i nuevos procedimientos que se inventen, i los fabricantes el deber de adoptarlas inmediatamente; pues nadie tiene derecho a ofrecer sus servicios desde el momento en que llegan a ser inútiles i escusados. Ademas de que, semejante a un rio que abandona su antiguo cauce para llevarse por otro, la industria no sin frecuencia cambia la direccion de sus impetuosas corrientes. Es, pues, indispensable el estar listos para seguirla en sus mudanzas i transformaciones. Si hoi me acuesto dorador o segador, me he de levantar mañana electro-dorador o manejando una máquina de segar; si ayer tejia siguiendo cierto procedimiento, no impide el que hoi lo haga siguiendo otro; ántes de ahora fabricaba barras de hierro o carbon de leña, pues ya esploto carbon de piedra; en un principio trabajaba en la enmaderacion de casas, en la actualidad hago pisos y techos de hierro para edificios; i, en una palabra, estoi siempre en aptitud de pasar el dia ménos pensado de una industria a otra. Así no se encuentra uno jamas embarazado, ni pende su subsistencia de cierta casa de labor, ni se está subordinado a las buenas o malas ganancias de un fabricante.

I estas aptitudes i recursos ¿a qué se deben? A la instruccion que desenvuelve la intelijencia i da al hombre nuevas fuerzas

fuerzas mui superiores a las de los brazos, pues ni las fatigas, ni los años las disminuyen. Amigos mios, un hombre célebre, cuya memoria venera vuestro institutor i cuyo nombre deberian todos los obreros pronunciar con respeto, porque jamas dejará de ser uno de sus mas dignos benefactores, el ilustre Pestalozzi que tambien fué institutor i se consagró cincuenta años a la educacion del pueblo, al cual amaba con preferencia a todo, i cuya condicion i necesidades perfectamente conocia; Pestalozzi, animado de los mas ardientes deseos de mejorar la suerte del pueblo, queria ponerle en estado de bastarse así mismo, sin necesidad de que los demas acudan siempre en su ayuda.

Habia comprendido que solo se podia alcanzar tan ansiado fin por medio de la instruccion: sí, por la instruccion, que os pone en estado de ganar mejores salarios, que os pone a cubierto de la inconstancia de la fortuna, i os hace ménos dependientes de aquellos que os ocupan.

Instruyámonos, amigos mios, i mas que todo, instruyamos i hagamos instruir a nuestros hijos, que por su bien habremos hecho mas con esto, que con lo que podamos dejarles; pues de ese modo les legamos una riqueza de recursos i aptitudes inestimable, que les seguirá a todas partes, que jamas les faltará, i que será independiente del tiempo i de la fortuna. Pero al darles instruccion no os olvideis de darles tambien la educacion que fecundiza a aquella, la hace subir de valor, i evita descarrios; enseñadles cuanto ántes esos buenos hábitos que hoi os he recomendado a vosotros mismos, y que serán, así para ellos como para vosotros, la mejor i mas segura garantia de una buena suerte.

Ni olvideis que para hacerles contraer esos buenos hábitos, la primera condicion es el ejemplo. Seamos virtuosos, si queremos que lo sean tambien nuestros hijos, i acordémonos de que Dios, que en los hijos castiga las faltas de los padres hasta la tercera i cuarta jeneracion, recompensará a los vuestros, en las jeneraciones sucesivas, todos los esfuerzos que hayais hecho aqui en la tierra. Si en el mundo no alcanzais todo el bienestar que deseais, estad seguros que no lo habeis perdido todo, porque habreis, a no dudarlo, preparado el de vuestros hijos.

Finalmente, permitid que os dé un último consejo. Esforzaos en adquirir vosotros i en hacer que vuestros hijos tomen esos modales decentes i finos que, a primera vista, dejan conocer a una persona bien educada. No sin frecuencia oigo a los obreros

quejarse del desden con que les tratan las personas de otra condicion o esfera, quienes les consideran, dicen, como si fuesen de diferente raza. ¡ Oh ! amigos mios ¿ no provocais vosotros mismos este desden con la obstinacion de conduciros en todo de diferente manera que las personas acomodadas? Dícese algunas veces que haceis ostentacion de esa rudeza i descompostura en el tono, en el acento, en los jestos, en todos vuestros modales, en una palabra. Quereis, a lo que parece, mostraros en todo i por todo diferentes a los demas hombres. ¿ Cómo estrañar entónces que no os traten de otro modo? Comprended mejor vuestros intereces: asumid vuestra dignidad de hombres, que no parece sino que la habeis puesto en olvido: sea únicamente la fortuna lo que os diferencie de los demas.

Hoi mas que nunca, la instruccion i la educacion tienden a establecer por sí solas una línea de demarcacion entre los hombres de las diferentes esferas de la sociedad. Esforzaos en hacerla desaparecer, que de vosotros depende, i la misma sociedad os ofrece los medios. Estais constantemente en contacto con los hombres de todas las clases; con ellos os hombreais en todas partes, en las ciudades, paseos, museos, galerias, lugares públicos, que os estan abiertos como a todo el mundo. En donde quiera os sentais al lado de ellos, en la iglesia, en los espectáculos, en los ómnibus i carruajes públicos; i hasta en la escuela, vuestros hijos se sientan en los mismos bancos con los de la clase media. Imitad, pues, a los hombres de mas elevada condicion, en vez de ostentar rudeza en su presencia; rivalizad si es posible con ellos en buen tono, nobleza i modales distinguidos, en surbanidad i culto lenguaje, no en lujo i ostentacion; i creédmelo, amigos mios, habreis de esta suerte hecho desaparecer esa barrera que existe entre vosotros i los individuos de clases acomodadas, barrera que vosotros solos dejais en pié todavia.

CONCLUSION.

Los últimos dias de 1847 se emplearon en los arreglos anunciados.

Terminado el reglamento para la nueva organizacion del trabajo en la manufactura i en las fraguas, leido i adoptado en una reunion jeneral de obreros, e impreso finalmente, un ejemplar con la firma de los propietarios fué remitido a cada obrero, despues de haber éstos firmado en un rejistro su aceptacion de las convenciones estipuladas.

El proyecto de sociedad de socorros mútuos del distrito de Mirebeau, que habia sido preparado por M. Dupré i el alcalde, fué aceptado por el consejo municipal, i sus estatutos sometidos de antemano a la aprobacion de la autoridad superior; dándose conocimiento de ello a los obreros que, convencidos de las ventajas que ofrecia la asociacion, se apresuraron a entrar en ella; ántes de espirar el año ya estaban todos inscritos como miembros, en cuyo número figuraban, con el título de miembros honorarios o donatarios, todas las personas acomodadas del distrito. M. Dupré fué elejido por unanimidad presidente. Mui listos, que digamos, no anduvieron por su parte los jornaleros de Mirebeau en entrar a la sociedad; pues en jeneral ménos intruidos e ilus-

trados que los obreros de las fábricas, i no estando en igual posicion, no sentian tanto la necesidad de una asociacion semejante. No obstante, debemos decir que poco a poco acabaron por comprender su utilidad, i solicitaron ser admitidos en su seno.

No era esto ni con mucho sino una parte de lo que tenia proyectado M. Dupré para dar remate a la obra de rejeneracion del distrito. Convencido de la necesidad de estender mas la instruccion entre los habitantes, i de sacar al pueblo, i sobre todo a los jóvenes, de ese abandono i estravio en que vivian, en medio de los groseros placeres de la taberna, creyó conducente a su objeto el emprender una reforma radical en las escuelas para adultos.

Antes de ahora bastaban escuelas para adultos en que se enseñase únicamente a leer, escribir, contar, i algo de ortografia; porque entónces tambien habia muchísimas personas entradas en años que nunca habian pisado los umbrales de las escuelas. Hoi no sucede otro tanto, i no basta aquello, i ni aun agregándole el dibujo i el canto, para atraer a dichas escuelas a la juventud, ya instruida, de nuestra época. Habia, ademas, llegado a ser necesario dar al pueblo industrial de Mirebeau otros conocimientos, tendentes a afianzar i sostener la prosperidad de sus fábricas para que puedan sobrellevar ventajosamente la competencia. Por otra parte, para favorecer los progresos de la agricultura, era urjente suministrar a los cultivadores conocimientos que les permitiesen adoptar voluntariamente i con buen éxito los perfeccionamientos que se hacen en ese ramo cada dia. Ademas, no era difícil de preveer, en una época cercana, la introduccion de máquinas en la industria agrícola, siendo por lo mismo importante tener para este caso preparadas las intelijencias.

El doctor habia comprendido, pues, lo urjente que era el suministrar al pueblo conocimientos apropiados a sus necesidades. Deseaba que éste tuviese nociones claras i precisas de física, química, mecánica, historia natural, hijiene, economía doméstica, en fin, de todo lo que puede tener aplicacion a la industria agrícola i manufacturera, o que enseñe a sacar el mejor partido de las cosas en el interior de una casa. Pero para poder dar con mas provecho una enseñanza de esta naturaleza, faltaban instrumentos i colecciones, cuya adquisicion no era posible proponer al distrito en circunstancias que acababa de hacer muchos gastos para socorrer a los pobres en la carestia. La beneficencia del doctor proveyó de lo necesario.

Los habitantes de Mirebeau se dedicaron con empeño a instruirse, aprovechando las bibliotecas populares i los consejos de las personas entendidas; la industria progresó grandemente; la moralidad lució en la aldea, i el doctor Dupré llegó a ver coronados los esfuerzos de su vida.



ÍNDICE.

ERRATAS NOTABLES.

Pájinas.	*Líneas.*	*Dice.*	*Léase.*
8	28	halbergar	albergar
10	5	halbergaba	albergaba
20	20	mezclare	mezclase
29	1	al ser	el ser
"	20	contraccion	contracciones
40	22	llevar	llenar
53	18	cualidad	calidad
61	33	alguna	algunas
68	22	un	una
"	37	jeneralmente sus hijos	jeneralmente a sus hijos
76	7	país	pan
80	34	inferiores	superiores
96	19	diez años	diez años,
97	1	con él	con ellos
"	2	manifestarle	manifestarles
102	29	adquieren	adquiere
124	36	todo América del Sur	todo en la América del Sur
136	27	pagais el,	pagais al
153	18	lo consumian, lo	la consumian, la
175	3	podrian	podria
186	4	de la produccion	de la poblacion
195	36	valor de cien	valor de cincuenta
212	3	cartas	castas
213	21	, así	; i así
217	1	hombre que	hombre, que
222	37	que aprovechais	los gananciosos
223	27	despues de algunos	despues algunos
238	9	La limosna dada	—La limosna dada

